

ENRIQUE SHAW
Y
SUS CIRCUNSTANCIAS

por AMBROSIO ROMERO CARRANZA

Capítulo I

Tiempo de nacer

A comienzos de la década de 1940, en la Base Naval de Puerto Belgrano erguía su elegante silueta la iglesia Stella Maris.

Situada en el Barrio de Oficiales, rodeada de extensos jardines y de las residencias de los jefes navales de más alta jerarquía, no se prestaba por su ubicación, ni por su reducida capacidad, para que los tripulantes de los distintos buques anclados en el puerto pudieran concurrir en gran número a la celebración de la Misa dominical.

Por eso, se pensó que podía ser celebrada en el hangar de la Escuela de Aviación próximo al Muelle de los Acorazados que había sido transformado, durante esa época, en *Hangar de Deportes*.

El Comandante en jefe de la Flota de Mar se opuso a esa idea, aduciendo que la celebración de la Misa perturbaría el programa deportivo que se realizaba los domingos en dicho lugar. Por último, desistió de su veto y aprobó aquella idea, pero con la condición de que la celebración fuera lo más breve posible. Así que, cuando, al fin, se pudo officiar la Misa, el sacerdote tardaba sólo veinte minutos, y para mayor brevedad dispuso no distribuir la comunión.

Sin embargo, todos los domingos un guardiamarina recién graduado, de dieciocho años de edad, desde el fondo del largo hangar en donde se le había asignado su lugar para presenciar el Santo Sacrificio del Altar, se adelantaba a recibir la Comunión.

Impecable en su uniforme, único en su gesto devoto, comulgaba con un recogimiento y unción que dejaban asombrados tanto a sus superiores como a sus compañeros y subalternos. Muchos de ellos eran católicos, más no se animaban a imitar su actitud ya fuera por respeto humano, o ya por temor de contrariar el deseo del Comandante de que la Misa se celebrara con la mayor brevedad posible.

-*¿Quién es ese fanático?* -preguntó un capitán de navío, refiriéndose al guardiamarina que con mucha unción comulgaba todos los domingos.-

- No es ningún fanático -le contestó un alférez que, si bien era católico y compañero de aquel guardiamarina, no lo acompañaba en la comunión-.

Es un creyente sincero, que de acuerdo con su fe religiosa, comulga, no para ponerse en evidencia, sino por pedírsele así su amor a la Eucaristía. Se llama Enrique Shaw, y es un verdadero marino que se distingue desde hace cinco años en la carrera por su contracción al trabajo, por su vocación de servir a la Armada Nacional, por su excelente comportamiento con sus superiores y sus compañeros de Puerto Belgrano, y por destacarse tanto por ser un joven de carácter disciplinado y valeroso; como un estudiante culto e inteligente.

Tal como fue defendido por su compañero, Enrique distaba mucho de ser un fanático.

PRIMEROS AÑOS

El sacerdote sacramentino Pedro Goicoechea lo había preparado para su primera comunión a los siete años y, luego, le dio una formación religiosa en los Cursos para niños del Santísimo Sacramento.

Esa formación, recibida en su infancia, se debió a que su muy religiosa madre, Sara Tornquist, antes de morir en el año 1925, le había hecho prometer a su marido, Alejandro E. Shaw, que hiciera dar una buena educación católica a sus dos hijos, Alejandro y Enrique, entonces de seis y cuatro años.

Y el padre de aquellos dos huérfanos de madre, pese a no ser católico practicante, cumpliendo su promesa, le encargó al mencionado Padre Pedro Goicoechea la educación católica de sus dos hijos desde muy temprana edad. Asimismo, para que esa educación fuera completa los hizo ingresar en el Colegio La Salle de Buenos Aires.

Pero la religión no penetra en el corazón de los niños ni de los adolescentes si en el seno de su familia no encuentran eco las enseñanzas recibidas en las aulas cristianas. No es extraño, pues, que ni de niño ni de adolescente, Enrique se sintiera mayormente atraído por las verdades del Cristianismo.

En el Colegio La Salle, estudiando hasta el tercer año del bachillerato, obtuvo las mejores notas y fue el alumno más destacado de su clase. Sin embargo, a los catorce años de edad decidió, por su propia voluntad, abandonar esos estudios para ingresar en la Escuela Naval.

Aprovechó, para ello, que bajaran la edad de quienes deseaban pertenecer a la Armada Nacional, y pudo, por tal motivo, ingresar en la Marina antes de haber cumplido quince años.

Dada su situación social, la fortuna heredada de su madre y la alta posición de su padre -banquero, publicista, conferenciante, abogado egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, nacido en el año 1893, miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, fundador del Banco Shaw y director de importantes empresas- nada indicaba que el menor de sus hijos ingresara a la Escuela Naval, ni él lo alentó a tomar esa decisión. Pero, aun cuando su futuro en la vida civil se le brindaba fácil y cómodo, Enrique había decidido empezar una carrera difícil y sacrificada, dispuesto a cumplir la estricta disciplina establecida en Río Santiago para los que allí se internan como cadetes con el deseo de llegar a ser oficiales de Marina.

Los motivos que tuvo para tomar en el año 1935 esa determinación en forma espontánea y voluntaria, no los especificó mayormente. Nosotros, buscando comprender tales motivos, expondremos, a continuación, las razones que a nuestro parecer lo movieron a tomar un rumbo tan inusitado

La primera razón que advertimos es su atracción desde niño por la navegación y el mar. Parecía como si su bisabuelo, el marino escocés Shaw, le hubiera transmitido por herencia su vocación por la marina.

Cerca del campo de su padre llamado *Luis Chico*, que lindaba con el Río de la Plata existía un faro, y allí iba con frecuencia Enrique durante su infancia para contemplar los barcos que pasaban, y embarcarse en ellos.

La segunda razón de convertirse a los quince años de edad en un marino destinado a llevar una vida sacrificada debe buscarse, aun cuando no lo confesara, en la carencia de una madre y de un afectuoso hogar capaz de retenerlo en su seno durante su adolescencia.

Había nacido Enrique en París el 26 de febrero de 1921 en un viaje que por Europa hicieron sus padres, y sólo tenía cuatro años cuando su madre murió en Buenos Aires. Sus tías Shaw, Giselle y Elsa de Pearson, y su tía materna Florencia Tornquist de Castex que lo amaron y mimaron, y su gobernanta, la irlandesa Juana Abeledo, que lo cuidaba con dedicación y esmero, no podían darle aquella ternura femenina que procede del amor materno y del cariño de hermanas que retienen tanto a un niño como a un adolescente dentro del calor de su hogar y su familia.

Por otra parte, no obstante el amor entrañable que profesaba a su padre, como éste viajaba continuamente debido a sus múltiples negocios y empresas, tampoco podía proporcionarle un verdadero hogar.

Esas razones lo determinaron a ingresar en la Escuela Naval, como se deduce de la lectura del Diario que comenzó a escribir a los dieciséis años. En sus páginas vemos destacarse, con nitidez, su carácter varonil y asombrosamente enérgico en un adolescente.

Una y otra vez escribe acerca de su deseo de trabajar, de no querer vivir de rentas, de ser útil a su patria, y de buscar el modo de formar su carácter bajo un régimen estricto de vida, sin privilegios ni mimos de ninguna especie, y mediante una disciplina moral que lo aparte por completo de los halagos brindados por la fortuna y posición social de su familia.

Con todo, le era muy doloroso no poder pasar ya largas temporadas en la linda estancia de *Luis Chico* situada en Verónica (provincia de Buenos Aires, partido de Magdalena), adonde veraneaba y también iba con frecuencia todo el año para cabalgar con libertad aspirando el olor a pasto de la pampa o de las hojas húmedas del monte de eucaliptus, y oyendo el canto de los pájaros, estridentes unos, como los de los loros y los chimangos, suaves y armoniosos otros, como los de las calandrias y los zorzales, y oyendo, también, el silbido de las perdices, los relinchos de los caballos y el mugido de las vacas, mientras veía volar en el cielo las bandadas zigzagueantes de los patos y las bandurrias.

Pero estaba decidido a perder en parte todo aquello, que constituía su dicha infantil, para convertirse en un hombre a carta cabal, de bastarse a sí mismo, sin dejar nada para la pereza, la holgura y el placer únicamente material.

Por todo ello, había resuelto, con la firmeza de la férrea voluntad que caracterizó su persona desde la adolescencia, ser un oficial de Marina que comandara naves con todos los peligros inherentes a la navegación por los procelosos mares australes y los peligrosos canales fueguinos en donde muchos buques naufragaban.

EN LA MARINA

Una vez en la Escuela Naval de Río Santiago, quiso visitar, durante una licencia, a su padre que estaba en los Estados Unidos de Norteamérica.

Obtenido el permiso de su tutora, Giselle Shaw, partió solo, en hidroavión, rumbo a un país para él desconocido y llegó, teniendo únicamente quince años de edad, a buscar en la inmensidad de Nueva York en qué hotel se alojaba su padre, pues no lo sabía.

Al fin dio con él. Era Alejandro E. Shaw un gran señor de importante actuación pública, de notable prestancia, alto, delgado, muy buen mozo, amante del buen vivir y de las cosas hermosas.

Coleccionaba obras de arte, cuadros y libros, y no desdeñaba el amor femenino. Se asemejaba a los hombres del Renacimiento italiano que, sin renegar de Dios, no

practicaban religión alguna. No aprobaba, dada su vida de banquero rico, culto e inteligente, lo que su hijo se había propuesto al entrar en la Marina.

Con todo, no se opuso a la carrera sacrificada que su benjamín libremente había elegido emprender. Y como lo vio decidido a seguir el camino ya tomado, le escribió más tarde cuando Enrique regresó a nuestra patria: *He recibido la carta que me enviaste desde Río Santiago, y me encanta el espíritu que la anima.*

El espíritu lo vence todo: hasta echa abajo la pared más dura, que es la indiferencia. Tu trabajo mismo, aun cuando puedas llegar a creer que no luce ni es aprobado por tus superiores, se irá acumulando y concluirá por abrirse cauce tal como si fuera un torrente de agua. Sigue, pues, tu senda, haciendo rendir al máximo tu trabajo, con o sin aplausos. Lo que debe interesarte es llegar a lo que te has propuesto, y no el recibir ponderaciones.

Enrique leyó y relejó con atención esa carta de su padre tan querido, y cumplió al pie de la letra lo que allí le aconsejaba: trabajar sin descanso, sin pedir aplausos ni elogios, ni pretender hacer lucir sus méritos, ni amargarse al sentir a su lado más incompreensión y malevolencia que apoyo y estímulo. Porque sus primeros años en la Escuela Naval fueron duros.

Era el menor de cien compañeros recién ingresados, y los mayores siempre tienden a burlarse de quienes consideran inferiores debido a su poca edad e inexperiencia.

Generalmente, en la adolescencia y la primera juventud existe una tendencia cruel que lleva a la malevolencia con el compañero menor de estudios y trabajos. El *aprovechamiento* de unos con respecto de otros, es, desgraciadamente, *cosa* común en los internados de estudiantes.

Tampoco encontró, al comienzo, con quien conversar a gusto en la Escuela Naval. Las conversaciones y expresiones soeces de muchos de sus compañeros mayores, como suelen ser las de los colegiales adolescentes o veinteañeros, giraban en torno a temas impuros.

Un compañero de Enrique en la Escuela Naval, narró, años más tarde, que en el año 1936 se incorporaron a la Marina unos cien muchachos procedentes de todas las regiones del país, y que, como pertenecían a distintos niveles económicos y medios sociales, formaban un grupo muy heterogéneo.

Al poco tiempo de haber ingresado -sigue relatando ese compañero-, la mayoría de los recién llegados constituyeron pandillas con sus líderes y satélites, destacándose entre ellos los "mujeriegos" que, después de salir con licencia, regresaban a Río Santiago llenos de ensueños carnales; y todos se reunían para celebrar sus experiencias pornográficas y reírse de los compañeros más ingenuos que no entendían el torpe sentido de sus cuentos y sus chistes de mal gusto. La religión de esos cadetes -cuando la tenían- consistía en que, después de violar los mandamientos de la ley de Dios durante todo el año, en la época de los exámenes prometían a la Virgen María que, si los ayudaba a aprobar, irían a pie hasta la basílica de Luján.

Tal vez exagere ese compañero de Enrique en sus apreciaciones, y muchos cadetes no fueran como él los pinta. Pero la verdad es que los mayores se burlaban de Enrique porque tartamudeaba o porque no era hábil en las pruebas deportivas.

Muchos lo consideraban un "niño bien" mimado por sus tías e incapaz de tener aptitud de mando como para ser un buen oficial de Marina.

Sin desanimarse ni apocarse ante esas burlas y juicios desfavorables, Enrique, con voluntad de hierro, se mantuvo firme en su vocación. Mediante paciencia, seriedad y valentía, consiguió poner freno a los cadetes y guardiamarinas a los cuales estaba

subordinado en razón de su edad; y, al fin, obtuvo el respeto y consideración de todos sus compañeros sin responder agresión con agresión ni insultos con insultos.

Asimismo, dominó su tartamudez y mejoró enormemente sus aptitudes para el deporte. Poco a poco, y paso a paso, convirtiéndose en uno de los mejores cadetes de su promoción, consiguió tener muy buenos amigos.

El valor y decisión con que cumplía tareas difíciles y peligrosas se puso a prueba con lo que le ocurrió en la Isla de los Estados (sur de Tierra del Fuego) adonde fueron a desarmar un faro. Reproducimos, a continuación, lo narrado por él en su Diario acerca de ese acontecimiento de su vida marina. Esa narración está escrita a bordo del rastreador de minas Parker el 30 de agosto de 1940.

"Hoy por la mañana hemos recorrido de cerca, a veces demasiado próximos, toda la costa sur de la Isla de los Estados. Como estuve de guardia durante ese período, no puedo quejarme de la experiencia que me brindó ese recorrido.

El Comandante se animó a virar en Vancouver, lo que fue francamente maravilloso. No son muchos los que han dado la vuelta por el este a la Isla de los Estados. A lo lejos se veían los famosos y peligrosos remolinos existentes en aquel lugar, motivados por los escarceos de la marea; uno o dos de ellos nos alcanzaron.

Pero más digno de recordar es cuanto me ocurrió ayer. Habíamos llegado al cabo San Bartolomé, que es impresionante por lo alto, por su forma y por el modo como cae al mar que tiene allí hasta mil quinientos y dos mil metros de profundidad.

El océano tenía, frente al cabo San Bartolomé, reflejos majestuosos, motivados por las nubes sombrías que cubrían sus altas rocas. Al romper las olas contra las orillas del cabo, tomaban un precioso color verde. Aquí, a la entrada de Puerto Cook, hay una roca en la cual rompe el mar y que también constituye un espectáculo digno de verse, pues la ola se levanta aparentemente sin causa y, luego, se desploma de golpe produciendo una espuma blanca, pura y liviana.

Con el segundo Comandante habíamos proyectado desembarcar en la Isla de los Estados y, para explorarla, ascender a su planicie. Fuimos en un chinchorro y llegamos a un lugar bastante bueno para desembarcar. Bajamos el segundo Comandante, un alférez y yo.

La subida inicial a la planicie parecía imposible debido a la arboleda sumamente enmarañada que impedía el paso. Pero, repitiendo mi lema: "Perseverar es triunfar", dándome maña y con voluntad de llegar, conseguí subir hasta la meseta.

A mis dos compañeros que se quedaron dando rodeos, les grité que los esperaba dentro de un ratito, y seguí explorando la meseta en la cual me encontré con una bajada casi a pique.

Bajé, sin embargo, y traspuse un arroyito apenas visible entre los frondosos arbolitos de la isla. Por último llegué hasta un lugar relativamente despejado. A todo esto sólo había caminado una media hora, y allí, en una pequeña playa, me quedé esperando a mis compañeros. Pero ellos únicamente habían subido hasta el borde de la meseta para volver a bajar en seguida, y, ante las dificultades que se les presentaron y que yo había vencido, resolvieron quedarse junto al chinchorro en la playa donde habíamos desembarcado.

Sin advertir su regreso, y mientras los esperaba en el lugar que yo estaba, hacía ejercicio para cuidarme del frío. En eso, desde la playita en donde me hallaba, pude ver que de a bordo del Parker se desprendía una lancha para venir a buscarnos. Yo empecé a hacerle señas a fin de que no sólo buscaran a mis compañeros, sino también a mí que me encontraba a unos ciento veinte metros de donde habíamos desembarcado.

Como estaba a la sombra producida por una roca y a sotavento de ellos, no me vieron ni oyeron, pese a que yo sí los veía y escuchaba su llamado. Al final decidieron regresar a bordo sin mí, porque ya se estaba haciendo muy oscuro. Yo volví a hacerles señas y a gritarles cuando se iban, pero con la misma desgraciada suerte de antes.

Se hizo entonces noche del todo, y se levantó un vientito bastante desagradable. Aun cuando del barco hacían señas preguntándome dónde estaba, yo no podía contestar por no tener cómo hacer fuego, pues el día antes me había caído al agua y los fósforos de mi bolsillo, estando mojados, no se encendían. Me puse a hacer gimnasia para no helarme.

La noche estaba estrellada y veía La Cruz del Sur, A y B del Centauro y Betelgeuse que es coloradita. Me sentía tranquilo. Sólo estaba preocupado por el mal rato que estarían pasando a bordo al haberme dejado abandonado en la isla". (La Isla de los Estados se encontraba deshabitada en aquel entonces, pues el presidio que allí existió durante un tiempo había sido trasladado a Ushuaia por causa del mal clima de aquella tierra inhóspita por lo húmeda, ventosa y fría).

"El verdadero motivo de mi tranquilidad -sigue escribiendo Enrique en su Diario-, era la fe que tengo en mí y en mi porvenir. De repente vi que la lancha a motor del barco venía hacia la isla. Al pasar por donde yo estaba, oyéndome gritar, se acercaron a la playa, y como no habían traído bote a remo, me descalcé y, mojándome, subí a la lancha".

Ese relato demuestra el espíritu valiente y decidido de Enrique, que no se arredra ante ningún peligro. En su Diario, también cuenta cómo igualmente no se atemorizó cuando, en unas maniobras, su buque chocó contra otro de guerra argentino. No hay duda de que su vocación era entonces la de marino sin tacha y sin miedo.

A los diecinueve años de edad ya pudieron reconocer en la Armada sus condiciones de oficial serio, equilibrado, culto, valiente e inteligente, con grandes miras para el porvenir de la patria y de su propio futuro.

Todo lo cual le había sido posible realizar durante cuatro años mediante su firme voluntad de llegar a ser un marino de actuación destacada (como él mismo lo dijo en su Diario, que escribía no por el mero placer de contar los hechos de su vida marinera, sino para analizarse, descubrir cuáles eran sus defectos y qué debía hacer para perfeccionar su carácter y aclarar sus pensamientos).

"Yo espero -escribía- hacer algo y ser alguien. Y me alegro de las oportunidades que la Marina me proporciona para aprender muchas cosas, y para saber organizarme y conocer a los hombres cuando vivo en el puerto o a bordo con ellos.

Ante las dificultades y luchas que se me presentarán durante mi vida, debo emplear todos los medios que tengo a mi alcance antes de darme por vencido. Recordar que el enemigo tiene más miedo de atacar que el atacado de defenderse.

Un corazón valiente constituye una verdadera fortaleza. Nada realza tanto la autoridad como el silencio y el no encolerizarse. He conseguido ser respetado siendo respetable. He aprendido a decir no. Estoy pleno de optimismo, de sana alegría, de satisfacción por mi trabajo, por lo que aprendo, por cuanto leo.

Perfilo mi camino viéndolo como si estuviera sobre una montaña, y el mundo estuviera abajo. ¡Veo tantas cosas mal hechas, tanta gente que vegeta! Pero, asimismo, ¡hay tantas cosas buenas que debo realizar! Siento como si algo ardiera en mí y me empujara a cumplir altos ideales".

Enrique aprovechaba también su vida de marino para leer una gran cantidad de libros, ya que cuando permanecía en un puerto se le presentaba la ocasión de tener tiempo para la lectura.

Llegaba a leer hasta setecientas páginas en un día. Su amor a la carrera de marino no decrecía con esas lecturas. Es así que vuelve a escribir en su Diario: "Cada día me encuentro más a gusto en la Armada, tanto cuando estoy en puerto como cuando navego en alta mar.

Si anclamos en algún lugar puedo leer mucho, y como nada entonces me distrae en el buque fondeado, lo leído me rinde ampliamente. A su vez, los viajes por mar me permiten conocer una gran parte del país; conocer, igualmente, las enseñanzas proporcionadas por el mando y la obediencia, y saber tomar las decisiones necesarias ante los peligros que se presentan.

Me mantengo, pues, firme en mi voluntad de saber obedecer y mandar, sin olvidar que un marino sin inquietudes espirituales y una gran cultura no puede tener condiciones ni para lo uno ni para lo otro.

Más no es solamente la obediencia y el mando lo que me atrae en la Armada: es, también, el espectáculo de las salidas y las puestas del sol, de las nubes, de las estrellas, de las noches de luna llena, de las olas largas que rompen contra el buque, olas grandes que llegan desbordantes de hermosura.

Todo ello me hace sentir pequeño ante la grandeza de la Naturaleza. Además, la Marina me agrada por ser una institución bien organizada y poseer su personal cierto espíritu particular, mezcla de patriciado, tradición y obediencia que le hace cumplir, sin protestar, tanto los pequeños como los grandes trabajos existentes a bordo.

Los detalles de la vida en los buques no tienen ninguna proyección fuera de la Marina, pero son excelentes para formar el carácter y el desarrollo lógico del individuo".

En su Diario puede notarse que, hasta los veinte años de edad, el pensamiento de Enrique está puesto, exclusivamente, en convertirse en un marino ejemplar. Se siente satisfecho con su trabajo en la Armada y con la vida que lleva, cuando está de licencia, junto a su padre muy querido, con quien se encuentra completamente de acuerdo en asuntos políticos, sociales y económicos. Enrique aplaude las disertaciones de su padre; en cambio, no comparte su opinión respecto al modo cómo debe vivir su juventud.

-No sabes gozar de tus años juveniles -le argumenta su padre-; lees demasiado y actúas poco. Y te arrepentirás de haberte comportado de esa manera cuando te cases y te veas entonces envuelto en las preocupaciones que traen el matrimonio, la esposa y los hijos. Porque como dijo Lord Byron: "Más fácil es morir por una mujer que vivir con ella".

-Te equivocas, papá -le contesta con prontitud Enrique-; en la actualidad gozo plenamente mi juventud de distintos modos: navegando a vela solo o con mis amigos; tripulando acorazados y torpederos por los mares del sur; encontrando almas buenas en la Marina; oyendo buena música en mi camarote por medio de la radio; admirando plenamente la Naturaleza cuando estoy entre el cielo y la tierra; nadando en Mar del Plata y en Punta del Este; galopando en mi caballo por la pampa cuando voy a "Luis Chico"; volando en algún avión abierto; yendo al teatro y al cine, jugando al tennis y bailando con chicas cuando estoy de licencia en Buenos Aires.

Nada, por tanto, desperdicio, ni de nada me arrepiento, y considero que aprovecho mi juventud del modo y con el estilo que más me gusta.

Sin embargo, aun cuando entonces no lo reconocía, todos esos gustos y todas esas diversiones y placeres, que enumeraba a su padre, no bastaban para hacerlo plenamente feliz. Su juventud, carecía en aquella época de los dos amores principales que llenarían por entero los otros veinte años que le faltaba vivir: el amor a Dios y el amor a la mujer que sería su esposa. Esos dos amores pronto se presentarían ante él

con gran intensidad. El primero en golpear a su puerta, sin ser expresamente llamado, fue el amor a Dios.

EL AMOR A DIOS

Hasta fines del año 1941, aun cuando ya enseñaba religión a los conscriptos, poco expresaba Enrique en su Diario acerca de lo sobrenatural.

Sólo invocaba al Cielo cuando agradecía a su madre la protección que él consideraba le brindaba desde lo Alto, y que le proporcionaba lo que llamaba su felicidad terrenal.

Pero a los veinte años empieza a sentir la presencia de Dios y a hablar del amor que le debe tener. Esa presencia y ese amor no aparecen en su vida de improviso. Previamente había pasado por un período de dudas religiosas y de tibieza en la fe católica.

El ambiente en el cual se creara y pasara sus primeros años, no había favorecido el crecimiento de esa fe. Y tampoco en la Marina se encontró rodeado, mientras fue cadete, de compañeros religiosos. Además, el Capellán de Río Santiago manifestaba que no valía la pena celebrar Misa para unos diez o quince muchachitos.

De ese *modo*, sin sacramentos que alentaran y fortificaran su fe católica, Enrique sufrió en Río Santiago una crisis religiosa que perduró casi cuatro años. Sin embargo, a la edad en que más rugen las pasiones, Enrique empezó a sentir un llamado que cada vez se hizo más claro.

A ese llamado, él lo tituló su conversión. Su fe dormida desde los lejanos años en que fuera discípulo infantil del Padre Pedro Goicoechea, poco a poco se despertó con fuerza en su espíritu cuando ya era un guardiamarina de veinte años de edad. La Gracia de Dios descendió desde el Cielo hasta su alma para hacerlo un hombre nuevo.

Tal vez, así como Santa Mónica rogó en la Tierra para que se convirtiera su hijo Agustín, Sara Tornquist -a quien siempre invocaba Enrique- en el Cielo pidió a Dios y obtuvo la titulada conversión de su hijo.

Su fe, que se destaca entonces tan ardiente y dinámica, estuvo influida en esa época por un libro del cardenal Suhard acerca de la doctrina social de la Iglesia.

Ese libro, que le abrió un horizonte nuevo para él, lo encontró casualmente en un lugar que nada tenía de espiritual: en la biblioteca del Ocean Club de Mar del Plata, lugar bien snob y vacío en el año 1940. Y es así que en ese lugar poco adecuado para que le surgieran inquietudes sobre las condiciones de los obreros en el mundo del trabajo y la necesidad de ocuparse de su promoción, esta preocupación se le despertó con la lectura de ese libro.

Sin embargo debemos tener en cuenta que la fe cuando es intensa -como lo fue la de Enrique desde entonces-, no es el fruto de raciocinios, ni de extensas lecturas, ni sedimento de sabiduría sobre un fondo de experiencias. "Es una aceptación sencilla de las cosas que Dios ha revelado. Es una vida de realidades espirituales que ni aun el que las cree las ve, y la actitud del alma en esa aceptación y en esa vida se deriva a la entrega del Dios escondido. Como dice San Pablo: la fe es la tierra firme de lo que se espera, y el conocimiento de cosas que no se ven", (Ver W. Grossouw: Vida espiritual, Edic. Carlos Lohlé, Buenos Aires 1956, pág. 80,)

Concurría Enrique cuando estaba en Buenos Aires a la Librería Católica Acción situada en la calle Rivadavia, para buscar libros que le interesaran. El propietario de esa librería, Juan Manuel Fontenla, que le recomendaba los mejores libros, no advertía

entonces el trabajo de la Gracia en el alma de aquel joven lector. Tampoco lo advertían sus amigos, ni su padre, ni sus tías, ni su hermano.

Aun cuando todavía no era vista por su entorno, su transformación se había producido durante el año 1941, como surge de algunos párrafos escritos en su Diario: "Un hombre escéptico que no cree en Dios -manifiesta a fines de ese año- no puede llegar a ser nada bueno. Vale más un acto de virtud que toda la sabiduría del mundo.

La Religión no entristece: eleva. Debo imitar a Jesucristo que nos enseña a dar mucha importancia a la larga germinación del grano para que fructifique en la mies. Es así que antes de la venida al mundo del Verbo Encarnado existieron miles de años; antes de su nacimiento, nueve meses en el seno de María; y antes de empezar su predicación, treinta años de vida oculta.

Esa enseñanza me hace pensar que debo asegurar, mediante un largo trabajo y estudio, mi preparación para la vida que me espera por delante. Cuanto más me prepare y espere el momento de actuar será mayor mi rendimiento. ¡Grandes cosas son las enseñanzas del Evangelio!".

Cuando escribía estos pensamientos, creía que aún le faltaban años de preparación para actuar. No podía saber que Dios lo apuraba a vivir por cuanto detendría su marcha a los cuarenta y un años de edad.

Su completo nacimiento a la vida de la Gracia quedó, pues, definitivamente cumplido durante aquel año de 1941, y dado su carácter expansivo, su voluntad y su entusiasmo, no tardó en convertirse en un activo apóstol laico. El comienzo de ese apostolado fue su ejemplo de comulgar todos los domingos en la Misa celebrada en el Hangar de Deportes. Muchos de los conscriptos y marineros por él enseñados se acercaron ahora para recibir la Comunión sin respeto humano.

Asimismo, resolvió ese año dar clases de religión a un grupo de conscriptos y marineros en un pequeño depósito de municiones existente en Puerto Belgrano, y aún continuó sus clases durante la navegación en algún rincón de la nave que tripulaba. Y cuenta uno de sus compañeros que, en vez de caer en el ridículo por enseñar catecismo a los conscriptos (apostolado que ofrecía dificultades incluso a los capellanes), él supo hacerse respetar y querer por toda la tripulación. *Los hombres de a bordo -agrega ese compañero suyo- quedaban impresionados al ver que aquel joven guardiamarina, cuya jerarquía social conocían, no tenía reparos en sentarse sobre cajones de madera para conversar largamente con rudos muchachos muy difíciles de orientar hacia el terreno religioso.*

Cumplido, por tanto, lo que llamamos su nacer a la vida apostólica, le llegaba el tiempo de crecer en esa vida. Para ello debía actuar en un campo que no fuese un Hangar de Deportes, ni un pequeño depósito de municiones, ni un rincón de la nave que tripulaba.

Ante él surgirían bien pronto horizontes mucho más amplios para desarrollar la misión que Dios le deparaba.

Hasta su puerta había llegado Jesucristo, y Enrique la abriría bien ancha, casi sin advertir lo que en él se produciría cuando, por esa puerta, Dios entrara en su alma y allí permaneciera para siempre. Su madre velaba desde el Cielo para que así ocurriera.

Pero el hecho de que con paso firme marchara, en adelante, por un amplio campo apostólico, no le quitó, durante los veinte años que aún duraría su existencia, su amor a la vida y a todas las cosas buenas que encontró en la Tierra.

Capítulo II

Tiempo de crecer

De poco sirve el crecimiento corporal de un cristiano si no va acompañado del crecimiento espiritual obtenido mediante su esfuerzo unido a la Gracia Divina.

Desgraciadamente muchos son cristianos por haber recibido el agua bautismal, y pagamos por vivir bajo el signo del incumplimiento de los mandamientos de la Ley de Dios. Y muchos, también, quienes, sin contravenir ni negar tales mandamientos, viven una religión tibia y mediocre sin buscar el modo de conseguir su crecimiento religioso.

Creer en ese sentido es ir acercándose cada día más a la unión con Dios. Esa unión será completa cuando se logre, al concluir la existencia terrenal, la llegada a la Gloria y se produzca la visión intuitiva, vale decir, el ver a Dios cara a cara.

Hasta tanto le llegue ese día, el crecimiento en la vida de todo cristiano le trae aparejado en la Tierra tanto el mejoramiento de su carácter y su espíritu, como el cumplimiento de altos ideales y firmes propósitos de adelantar por el camino de lo sobrenatural.

Todo lo cual implica ser santo. Pero la santidad, que es unión con Dios y es amarlo sobre todas las cosas y amar al prójimo como a sí mismo, sólo se realiza si la vida del creyente fructifica en abundantes buenas obras. En caso contrario, no hay crecimiento religioso, y los cristianos no son más que enanos espirituales.

Enrique habla de una conversión que se produjo en él cuando llegó a los veinte años de edad. En realidad, en vez de una conversión debió decir un crecimiento religioso. Porque una conversión significa pasar del agnosticismo a la fe, caso que no fue el suyo: siempre mantuvo su fe católica desde el día en que a los siete años comulgó por primera vez.

Pero le llegó un momento a su juventud en el que pasó de una fe infantil y disociada de su vida a un fuerte y ardiente amor a Dios. Esto es lo que puede llamarse su crecimiento religioso. Entonces, desligándose de algunas ataduras corporales y muy humanas que le impedían adelantar religiosamente, pudo escribir en su Diario:

"Necesito rezar mucho para recibir la Gracia de Dios y poder, corrigiendo mis defectos, abandonar ciertas costumbres demasiado juveniles. Y necesito también la ayuda de mi madre que, para desgracia mía, no pude conocer personalmente, pero cuya presencia espiritual siento muchas veces.

"Lo que hace más humano al hombre es cuanto recibe de divino, y yo empiezo ahora, felizmente, a sentir una recepción sobrenatural.

"Con respecto a mis abundantes lecturas, advierto, ante todo, que debo aprovecharlas, esto es, que debo servirme de ellas para conseguir un mayor conocimiento de Dios y de mí mismo.

Y todo con la finalidad de facilitar la búsqueda de mi perfección espiritual. A ese efecto debo meditar, especialmente, en la Pasión de Jesucristo, y estar dispuesto a dar mi plena conformidad a la Voluntad de Dios.

"Dejaría de ser un hombre completo si mi voluntad no estuviera informada por la inteligencia y esclarecida por la Gracia.

"Procuraré amar al prójimo como a mí mismo a fin de cumplir el segundo mandamiento de la ley de Dios; y buscando el modo de hacer felices a quienes me rodean, difundiré la religión.

"Dominar las pasiones constituye una cualidad positiva. Seré fuerte en ese dominio, perseverante en mi trabajo, feliz en la lucha. Porque milicia es la vida del hombre sobre la Tierra y son sus días los de un jornalero -como se dice en el libro de Job-.

"Mi penitencia por sí sola sería estéril: deberá ir unida a los sufrimientos del Salvador. Esos sufrimientos serán suave yugo si recurro a la Virgen María que, como madre de Jesús y madre mía, me inspira alegre confianza.

"Representar la Verdad, el sentido común, las virtudes sólidas, la alegría, tal debe ser en adelante mi vida. Y debo agradecer a Dios por haber decidido que yo sea un tabernáculo capaz de irradiar amor a quienes se me acerquen.

"Estoy persuadido de que la Redención es un acontecimiento que, durante mi vida, he de prolongar, como lo deben prolongar todos los cristianos. Debo tener la convicción de estar encargado de hacer mejor al mundo, y que puedo realizar esa difícil y necesaria tarea.

Para tal misión cristiana, me despojaré de todo complejo de inferioridad y de ese espíritu de fatalismo pesimista que a muchos inmoviliza. Si tengo humildad y desapego de los bienes materiales, tendré asimismo coraje y optimismo para realizar la transformación interior de muchas almas y conducir las a Cristo. Debo, pues, irradiar amor y alegría para hacer atrayente nuestra religión. Caridad incluye ser amable y ser alegre. Ejemplo de ello será para mí la vida de Santo Tomás Moro".

Tomás Moro todo lo hizo bien y con talento desde su juventud, y todo lo hizo con alegría, sin ostentación ni gestos grandilocuentes. Merrily (alegremente) era su santo y seña. Su humanismo estuvo impregnado de humorismo, como así lo puso de relieve en muchos momentos de su vida.

La vida de este santo presenta semejanzas con la de Enrique en cuanto que ambos fueron laicos católicos, casados, con hijos e imbuidos de una profunda espiritualidad seglar.

Es verdad que Moro superó a Enrique en haber muerto mártir y haberle precedido en cuatro siglos. Y es cierto que antes del autor de Utopía ya existieron otros cristianos que alcanzaron la santidad sin haber pasado por las filas del clero.

Sin embargo, su gran mérito consistió en haber sido uno de los primeros en poner en evidencia que un cristiano puede ser canonizado por la Iglesia Católica sin haberse apartado del mundo y, por el contrario, habiendo estado enfrascado en negocios terrenales, jurídicos y políticos, y habiendo amado la vida seglar en todos sus aspectos.

El humanismo cristiano tiene su doctor en San Francisco de Sales, y su modelo más exquisito en Santo Tomás Moro (laico, abogado, esposo, padre de familia, juez, canciller, publicista y mártir). El obispo de Ginebra nos ha persuadido con sus libros de la excelencia del humanismo cristiano; Moro nos ofrece la misma persuasión con su vida y con su muerte (Francis Hermans: Histoire doctrinale de l'humanisme chrétien, Edit. Casterman, París, 1948, t. 11, p. 136).

No es extraño, pues, que Enrique admirara a este santo laico e imitase, en gran parte, sus virtudes. En su Diario transcribe, por ello, varios párrafos extraídos de los escritos de Moro:

Desánimo y temor a menudo impiden a una persona realizar el bien para el cual estaría capacitada si sumergiese su ánimo en la confianza de la ayuda divina. Muchas veces la cobardía se enmascara de humildad. Entonces, esa persona argumenta su

incapacidad para determinada obligación y no la realiza, cuando fácilmente hubiera podido cumplirla con la ayuda de Dios.

No me sobra tiempo para aquello que con más agrado quisiera hacer: estudiar y escribir. Debo, de vuelta a casa, bromear con los chicos y comentar con los empleados la marcha de sus trabajos. Cada una de esas actividades las considero entre mis obligaciones principales (realmente se trata de auténticas obligaciones si no se quiere ser un extraño en la propia casa).

Debo procurar ser bondadoso con todas las personas con las que la vida me pone en contacto, con quienes la naturaleza y las circunstancias ponen a mi lado y con aquellos que yo mismo escogí como amigos.

Existen estúpidos tan enloquecidos por la fama, que de continuo gozan en su imaginación con ser alabados siempre y en todas partes. Como si todos, de día y de noche, no hiciesen sino cantar su panegírico e inciensarlos.

Junto con estos y otros pensamientos serios, Tomás Moro mezclaba dichos e ideas en los cuales demostraba su constante humor. Como se ha dicho, fue la jovialidad el permanente hilo de oro conductor de sus acciones, lo cual quitó a su vida ese lastre de pesadez y ese peso tonto en que incurren cuantos se sienten o son muy importantes.

El mismo Moro reconocía su jovialidad, considerándola casi como un defecto suyo, al escribir: *Dicho sinceramente, soy por naturaleza medio bromista, y más que medio. Quisiera poder controlar esa inclinación, como me es dable reconocerla. Pero apenas si la puedo domeñar, viejo loco como soy.*

Pero ese gusto por bromear no lo hacía en perjuicio de nadie, ni ofendía a sus amigos con sus bromas.

Por el contrario, como decía su gran amigo Erasmo de Rotterdam: *Tomás Moro parece haber sido creado para la amistad. Mientras apenas se preocupa por sus propios intereses, se inquieta intensamente por sus amigos. En una palabra, quien busca un modelo de amistad auténtica, en Moro lo encuentra. Siempre se mostró bondadoso y de buen talante. Parecía como que invariablemente tuviera ganas de reír. Verdaderamente parecía serle más propio el alegre bromear que una postura seria y digna. Desde su juventud experimentó tanto placer en bromear, que puede decirse que ello le era innato.*

Después de haber efectuado el elogio de la jovialidad de Moro, Erasmo de Rotterdam no olvidaba ponderar su generosidad, escribiendo: *A Moro no le interesaban dinero ni ganancias. Cuando sólo subsistía de los ingresos de sus trabajos como abogado, aconsejaba a sus clientes más en el interés de ellos que en el suyo propio. Las más de las veces promovía arreglos extrajudiciales por resultar menos costosos que un pleito.*

Si no lo conseguía, mostraba de qué modo era posible ahorrar costas en el proceso. Nadie se apartaba de él sin consuelo. A Moro se lo podía considerar el abogado oficial de los necesitados y de los débiles. El mismo se consideraba regiamente regalado cuando lograba alzar a un oprimido o liberar a un infeliz de su situación de desastre. Sus favores los repartía con alegría, y más aún, a nadie se los echaba en cara.

Tanto la jovialidad de Moro como su generosidad fueron modos de ser que Enrique tomó para su comportamiento. Y en su Diario transcribió la siguiente oración de Moro en la cual se destaca esa mezcla que él hacía de cristianismo y humorismo:

"Dame, Señor, una buena digestión y también algo para digerir.

"Dame, Señor, un alma santa que tenga los ojos puestos en la belleza y en la pureza, a fin de que no me espante ante el pecado pero sepa ponerle remedio.

"Dame un alma que ignore el aburrimiento, el gemido y el suspiro.

"No permitas que tome demasiado cuidado por esa cosa fatigante que llamamos 'yo'."

"Señor, dame "humor" para sacar alguna felicidad de esta vida y hacerla de provecho para los demás. Amén."

También transcribe en su Diario la famosa oración de San Francisco de Asís: *Haz de mí un instrumento de tu paz.*

Después de haber efectuado esas transcripciones de las oraciones de esos dos santos, y tras su entusiasmo siempre creciente por el Evangelio, la palabra y la figura de Cristo, escribe en su Diario: "No podemos permanecer indiferentes a lo que pasa en el mundo si es que deseamos construir una civilización cristiana.

No es necesario pertenecer a una organización para que nuestro apostolado sea eficaz. Pero no podemos prescindir de integrar la Iglesia Católica por ser ella creación de Jesús, dispensadora de la Gracia sacramental y, al igual que El, divina y humana al mismo tiempo.

"Aun si fuéramos santos, no conquistaríamos a todo el mundo. Pero un solo pecado mortal, una ofensa a Dios, y un daño al prójimo que podamos impedir, ya justifica nuestro apostolado. La vida cristiana es la Eternidad, comenzada sobre la Tierra y en nuestra alma por medio de nuestra unión con Dios".

Podría parecer ilógico que quien escribía en aquella época pensamientos tan profundamente religiosos, y buscaba el modo de perfeccionarse y estar unido a Dios, no expresara, en ningún momento, el deseo de recibir el Orden Sagrado.

Desde que le ocurre a los veinte años aquello que llama su conversión, nunca manifiesta Enrique la posibilidad de su ordenación sacerdotal. La explicación de este hecho queda oculta en el modo misterioso como obró la Gracia santificante en su espíritu.

Sin embargo, una vez más, nos atrevemos a intentar ver en medio de la oscuridad de ese misterio que envuelve su vida. Sabemos que el Espíritu Santo sopla dónde y cómo quiere, y pensamos que en Enrique sopló durante su adolescencia y juventud de modo que, poco a poco, se fuera convirtiendo en un apóstol laico (tan necesario en nuestra época).

Para ello, quiso Dios apartar de su mente la idea de ser sacerdote. Nos lleva a esta suposición la manera en forma lineal como transcurrió su existencia.

Pareciera que de antemano Dios hubiese trazado con claridad esa línea para que Enrique la siguiera con entusiasmo, sin pensar nunca en apartarse de ella ni aun para emprender un camino superior como es el seguido por quienes reciben el sacramento del Orden Sagrado.

No hubo para él duda alguna a este respecto: debía mantenerse en el mundo, y, con ese propósito, había recibido especiales carismas, como por ejemplo el don de la oración labial y mental que siempre poseyó en forma constante. Podemos decir que, por haber poseído ese y otros dones, fue un verdadero carismático.

Empleamos esta palabra en el sentido dado por el Concilio Vaticano II cuando expresó: "El Espíritu Santo concede dones especiales (carismas) a los fieles que practican el apostolado seglar. Señal evidente de la múltiple y urgente necesidad de la ayuda de los laicos en el ministerio de los Pastores, es la acción del Espíritu Santo que impele hoy a los seglares, más conscientes de su responsabilidad, y los inclina en todas partes al servicio de Cristo y de su Iglesia." (Decreto sobre el apostolado seglar, párrafos 1 y 3.) El Concilio llama Pastores a los miembros de la Iglesia que han recibido el Orden Sagrado.

"Por el nombre de laicos -explica dicho Concilio- se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido el Orden Sagrado y los que están en un estado religioso reconocido en la Iglesia... El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... Los miembros de la Iglesia investidos del Orden sagrado, aun cuando algunas veces pueden intervenir en asuntos seculares, incluso ejerciendo una profesión secular, están ordenados principal y directamente al sagrado ministerio por razón de su vocación particular...

A los laicos pertenece, por propia vocación, buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, esto es, en todas y cada una de las actividades y profesiones del mundo, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las cuales su existencia está como entretejida.

Allí, estando llamados por Dios a contribuir desde dentro a la santificación del mundo a modo de levadura, cumplen su propio cometido guiado por el espíritu evangélico.

De este modo, manifestando a Cristo a los demás, brillan, ante todo, con el testimonio de su vida, su fe, su esperanza y su caridad. A ellos, por tanto, de un modo especial corresponde iluminar y organizar los asuntos temporales a los cuales están estrechamente vinculados, de manera que se realicen continuamente según Cristo, y se desarrollen y sirvan para gloria del Creador y del Redentor". (Lumen Gentium, Párrafo 31.)

Como esos textos del Concilio Vaticano II fueron elaborados y promulgados en los años 1964 y 1965, Enrique no los pudo conocer, pues murió en el año 1962. Por lo cual, cuanto hemos transcrito anteriormente de sus escritos, en lo referente a la santidad y función de los laicos en el mundo, adquiere mayor originalidad, y mayor demostración de que la Gracia obraba en él.

Es verdad que en el año 1931 se fundó en la República Argentina la Acción Católica, cuya creación en todos los países cristianos propiciaba el Papa entonces reinante, Su Santidad Pío XI.

De allí que Enrique, antes de cumplir los veinte años de edad, ya había podido escuchar el llamado pontificio al apostolado seglar.

Ese llamado del Papa de la Acción Católica efectuado hace más de medio siglo, puso de relieve una verdad teológica que en aquella época muchos seglares, y hasta muchos sacerdotes, tenían casi olvidada: la existencia de un sacerdocio -llamado interno o universal- de los laicos incorporados a Cristo por el sacramento del bautismo.

Debido a la Gracia recibida mediante el agua bautismal, los cristianos quedan constituidos en Pueblo de Dios y deben cumplir, de una manera u otra, una función sacerdotal en el mundo.

El sacerdocio llamado interno universal de los laicos no va en detrimento del sacerdocio llamado externo, jerárquico y especial de los miembros de la Iglesia que recibieron el Orden Sagrado. Y, precisamente, Enrique fue tocado por la mano de Dios para que ejerciera el sacerdocio de los laicos de una manera clara, sencilla y convincente.

Pudo, así, dar testimonio, en medio de este mundo, de lo Invisible, lo Absoluto y lo Sobrenatural, y le fue posible de ese modo fomentar y glorificar el dominio de Dios sobre nuestra patria y sobre muchos argentinos.

FIRME CRECIMIENTO RELIGIOSO

La vida espiritual es semejante a una semilla que tarda en germinar a fin de convertirse en planta y dar su fruto, el cual para obtenerlo es necesario tener mucha paciencia y perseverancia.

Alcanzar la unión con Dios, sólo puede conseguirse tras un largo proceso. Imposible es lograr de un golpe esa unión.

Si algún cristiano lo pretendiera, seguramente que, al no conseguirlo con la rapidez imaginada, correría el riesgo de desanimarse y no pretender alcanzarla nunca más.

Primeramente, pues, para su obtención, es necesario esforzarse por conocer bien los propios defectos y tratar de eliminarlos después. Y advertimos que, precisamente, la primera preocupación de Enrique durante su juventud (preocupación reflejada en su Diario) fue la de buscar corregir sus defectos para lograr ser un excelente marino, sin advertir que su vida en la Armada Nacional lo estaba preparando en forma varonil para poder llegar a ser un excelente apóstol laico.

Por eso, pudo producirse en él un auténtico crecimiento religioso desde los veinte años de edad. Su crecimiento corporal nunca alcanzó la altura de los Shaw (Enrique sólo midió un metro setenta y dos). Al contrario, su crecimiento espiritual fue elevándose, año tras año, hasta sobrepasar muy por encima a ese respecto a los demás hombres de su familia paterna, no así a los de su familia materna, pues de ella formó parte un gran sacerdote salesiano: el Padre Adolfo Tornquist, hermano de su madre. Pero, sin duda alguna, Enrique creció religiosamente mucho más que la mayoría de sus contemporáneos laicos.

Tal crecimiento iba unido a otro de categoría temporal: el haber crecido notablemente en el alto concepto que sus superiores de la Marina tuvieron de él. Es así que, ascendido a Alférez de Navío, en su foja de servicios quedó estampado: "Este oficial posee una gran pureza interior y es de una gran lealtad y honestidad de procedimientos. Preocupándose mucho por el personal a sus órdenes, lo estudia y acompaña en privado.

El alférez Shaw posee un severo concepto acerca del significado del cumplimiento de su deber. Tiene un gran cariño por su profesión de marino, y demuestra muchos deseos de aprender, de perfeccionar sus movimientos y de sobresalir.

Todos sus destinos han sido hasta ahora en acorazados. Convendría, pues, destinarlo a buques chicos en los cuales pueda desempeñar puestos que le permitan actuar con mayor independencia. Cuando su grado se lo permita, será un oficial muy indicado para la Escuela Naval".

Sin embargo, a pesar de ese ascenso, su pensamiento se aparta cada día más de la Marina. Eso le ocurre porque su vida, como la de todo buen laico cristiano, se cumple recorriendo dos largos caminos: el de la purificación primero, y el de la iluminación después, para alcanzar, al fin, la meta de la unión con Dios.

Enrique ya había pasado a los veinte años de edad por el camino de la purificación, lo cual no quiere decir que estuviera purificado por completo. Sólo significa que, como surge de cuanto entonces escribió acerca de esa parte de su vida, sus defectos de más bulto y que más a la vista estaban, los había superado mediante un esfuerzo de su voluntad, y aceptando, sin amargura, dificultades y contratiempos, recibió la Gracia Divina que lo apoyaba en todo momento.

En su Diario manifiesta durante esa época:

"Cada día soy menos ambicioso en el sentido vulgar de la palabra. Es que cada día soy menos materialista. Quiero desarrollar mis facultades y llegar a una posición tal

que desde ella, a manera de plataforma, pueda, con argumentos de la razón y con el ejemplo, contribuir al engrandecimiento de la religión católica.

Muchos son los hombres que hoy día no quieren escuchar al sacerdote, ni seguir, ni hacer caso de sus enseñanzas; en cambio, escuchan a un hombre de mundo semejante a ellos por emplear su mismo lenguaje y por cuanto, además, les muestra la posibilidad de vivir religiosamente dentro del medio social en que actúan.

"Debo dar testimonio, en el mundo, de Cristo y de las virtudes evangélicas. Advierto que no todos tienen las disposiciones que para ese apostolado Dios me ha proporcionado.

Analizándome, descubro tener confianza en mí mismo y, también, mucho optimismo. Teóricamente parece que no hay diferencia entre una y otra cosa, pero prácticamente mucho se distancian: la confianza en sí mismo puede ser causa de no desarrollar ninguna iniciativa, y puede conducir a la inoperancia, mientras que el optimismo es siempre, y ante todo, creador.

"A mis amigos les repito lo leído en un libro francés: *El casto encuentra su alegría en la victoria obtenida sobre sus más bajos instintos. Dominándolos, el cristiano adquiere el control de energías que le es posible dedicar a fines más fructíferos que el de dar rienda suelta a sus pasiones.*

"La castidad es una fuerza enorme. Sin ella, y todo cuanto significa, yo no podría gozar mi felicidad actual.

"En este período de mi vida, después de muchas lecturas de libros religiosos acerca de la castidad, me ha resultado sumamente fácil defenderme de la concupiscencia".

Ya podía, ahora, desligarse de ataduras que aprisionaban sus sentidos. Pero, aun cuando comprende la fuerza enorme de la castidad, ella no significa -como lo escribe en su Diario- la obligación de ser sacerdote ni de permanecer célibe.

"A veces -agrega- tengo la sensación de ser impulsado por una fuerza superior, semejante a la de un viento poderoso, que quisiera hacerme crecer y madurar espiritualmente con suma rapidez para compensar la vida feliz, tranquila y poco cristiana que hasta ahora he llevado.

"Actualmente una cosa es clara en mi vida: tengo fe en la misión que me toca cumplir. Debo realizar una misión apostólica.

Debo buscar el modo de que la vida sobrenatural circulante en las arterias del Cuerpo Místico de Cristo sea comunicada al mayor número de personas, pues muchos son los que no posee esa vida, o la poseen escasamente, o sólo la poseen en apariencia. A veces me inquieta pensar que, habiéndome dado Dios el don de poseer la Verdad Cristiana, no correspondo bastante a Su generosidad al no difundir con fuerza esa Verdad.

"A mi padre y a mis compañeros de Puerto Belgrano quisiera convencerlos de que la religión no produce tristeza, sino alegría. Me apena pensar que ellos consideran que el catolicismo por mí practicado es muy aburrido por el hecho de no emborrachar me ni hacer cosas deshonestas con mujeres, y no sé cómo hacerles ver que mi vida no es aburrida y que soy completamente feliz.

Es cierto que me gusta la soledad, y que me agrada esa rara mezcla de understanding a que he llegado viviendo con mi querido padre cuando estoy en Buenos Aires. Sin embargo, a pesar de sentirme completamente feliz, cuando estoy en casa muchas veces extraño la ausencia de una mujer en mi vida, y siento necesidad de presencia femenina".

Esa necesidad hace que, cuando baja a tierra en uso de sus licencias, busque siempre ir a bailes, fiestas y reuniones en donde encuentre chicas que le agraden y a las cuales festeja con entusiasmo varonil, sin medir las expectativas que en ellas provocan sus amabilidades.

La bondad esencial de la Creación no quedó del todo vulnerada por el pecado de Adán y Eva: una de las cosas buenas subsistentes la constituye el gran amor que puede existir entre un hombre y una mujer. Muy pronto Enrique apreciaría esa cosa buena salvada del naufragio producido por el pecado original.

Y el gran amor conyugal que une estrechamente a un hombre y una mujer que han contraído matrimonio, le proporcionaría una verdadera y segura felicidad, y, al mismo tiempo, mayor fuerza para intensificar con generosidad y eficacia, su apostolado laico.

Dios le tenía preparado, en premio de su juventud trabajadora y estudiosa, una esposa con la cual podría doblar su personalidad y satisfacer sus ansias de presencia femenina en su vida.

Capítulo III

Tiempo de doblar su personalidad

Una vez ascendido a Alférez de Navío, encuentra Enrique más libertad y tiempo para desarrollar dentro de la Marina su apostolado cristiano. Intensifica, pues, sus clases de instrucción religiosa a los conscriptos, y amplía las conversaciones que tiene con sus compañeros acerca de temas referentes al catolicismo.

El feliz resultado de sus desvelos en ese sentido apostólico le permanece desconocido en muchos casos, como es lógico que así suceda (la obra religiosa del cristianismo queda oculta, por lo general, para quienes la realizan). Sin embargo, algunas veces puede apreciar Enrique el bien espiritual efectuado con su ejemplo y su prédica.

Un día recibe una carta en la cual se le dice: *Estimado Señor: Me permito dirigirle estas líneas para expresarle nuestro profundo agradecimiento por los buenos consejos que le ha dado a nuestro hijo Armando; por haberlo encauzado por la vía del Bien en la Marina; y por la religión que le ha inculcado. Nosotros, sus padres, estábamos muchas veces en dificultad de hacerle escuchar nuestros consejos, y atribuimos a su ejemplo y sus enseñanzas el acatamiento y el respeto que hacia la religión notamos ahora en nuestro hijo. Por eso, señor, deseamos expresarle nuestra gratitud y pedir a Dios por su felicidad y la de su familia.*

Asimismo, aprovecha la mayor libertad de acción que le brinda ser Alférez de Navío, para ir a Misa y comulgar todos los días mientras permanece en Puerto Belgrano.

Cuando no tiene que hacer guardia en el acorazado por la mañana, se levanta antes del amanecer, y va a la pequeña capilla de las monjas que tienen a su cargo el

hospital de la Base Naval. Para llegar hasta allí debe caminar rápidamente durante quince minutos de ida y otros tantos de regreso.

Durante esa caminata va cantando y silbando, de acuerdo con el consejo dado por San Francisco de Sales a su discípula Santa Juana de Chantal: *Los actos de devoción no han de ser efectuados con tristeza ni como una agobiante obligación, sino con alegría y entusiasmo. Ese es el único modo por el cual la oración y la recepción de la Eucaristía lleva a altas esferas espirituales.*

También en Puerto Belgrano, desciende Enrique por las noches al muelle del puerto, al que está amarrado su buque, y de allí se traslada al murallón que protege de los vientos del sur, a fin de rezar su rosario cotidiano mientras va y viene por ese lugar. Sus subordinados y sus compañeros y jefes saben cuál es el motivo por el cual desciende a tierra y realiza esas caminatas, pero ya no se burlan de él como lo hicieron cuando era cadete y lo veían arrodillarse para rezar. Al contrario, ahora respetan y hasta admiran su unción religiosa y su empeño en difundir la fe Cristiana entre los conscriptos.

Su religiosidad creciente no le impide frecuentar el mundo social en Buenos Aires, Mar del Plata, Punta del Este o Bariloche cuando está de licencia.

Aun cuando le gusta estar solo en la estancia *Luis Chico*, no quiere llevar la vida ascética y enclaustrada de un monje, ni la vida despojada de todo bien terrenal y de contacto con el mundanal ruido que llevarán San Francisco de Asís y sus frailes menores.

Para su comportamiento en el mundo, se inspira Enrique en las enseñanzas de otro santo: San Francisco de Sales.

La espiritualidad salesiana lo conduce no a la vida *solitaria*, sino a la existencia *solidaria*. En una hora triste de la Historia -dijo el Papa Juan XXIII-, *Dios envió al mundo al más amable de todos los santos; San Francisco de Sales, obispo de Ginebra. El apareció en la Iglesia como la encarnación de la piedad sonriente y fuerte en la cual se unió la poesía ingenua de San Francisco de Asís con el amor clarividente de San Agustín.*

Este juicio de Juan XXIII acerca de aquel santo, entonces puede serle aplicado al joven Shaw: en un momento desdichado de nuestro siglo, cuando la Argentina pasa por una época materialista, el Espíritu Santo lo inspira para que pueda convertirse en un apóstol amable y alegre cuyo espiritualismo desafía las doctrinas ateas de su tiempo.

Francisco de Sales, nacido en el ducado de Saboya el año 1567, vio consolidarse en su patria primero, y en toda Europa después, una prédica que convertiría al cristianismo en una doctrina lúgubre, triste y deshumanizada: la prédica del laico francés Juan Calvino.

El calvinismo, tomando el nombre en Inglaterra de puritanismo, y de presbiterianismo en Escocia, se difundió durante esa época en aquellos dos países, y también en Suiza, Francia, Holanda y los reinos escandinavos. Más tarde el calvinismo, atravesando el Atlántico, se establecería en la parte norte del continente americano situada al sur de Canadá. Aquel heresiarca murió en Ginebra -ciudad de la cual fue un terrible y sangriento tirano-, tres años antes del nacimiento de San Francisco de Sales. Cuando éste, abandonando su carrera de abogado, renunció tanto a la fortuna como al título nobiliario de su padre, y ordenado sacerdote, fue nombrado obispo de Ginebra, encontró con que su sede episcopal estaba en manos de los calvinistas, quienes habían extendido ya su influencia por el ducado de Saboya.

San Francisco de Sales tuvo, por tanto, que enfrentar a la doctrina de Calvino, que enseñaba los siguientes errores: *que no existía el libre albedrío* -error compartido por Lutero-; *que la concupiscencia era invencible*; *que era muy fácil caer en las redes*

del mundo, el demonio y la carne por causa de la intrínseca corrupción de la naturaleza humana viciada por el pecado original; que no todos los seres humanos habían sido redimidos por el sacrificio de Jesucristo en la cruz; y que solamente se beneficiaba de la Redención un pequeño grupo de cristianos predestinados por Dios para alcanzar la Gloria y la salvación eterna.

Para el calvinista todo lo humano era malo y pecaminoso y sólo la fe de los predestinados podía apartarlos de la maldad y el pecado. Las llamadas buenas obras de los seres humanos no eran más que pecados mortales (vanidad, orgullo, pretensión) por cuanto ellos estaban incapacitados de esforzarse en ser buenos; la libertad humana desaparecía por completo; y el cristianismo dependía por entero de la Gracia Divina que lo convertía en un predestinado aunque nada hiciera para conseguir ese privilegio.

Calvino transformó, así, al cristianismo en una religión dura, seca, fría, sin amor ni esperanza, y constituyó a Ginebra, una vez que consiguió apoderarse del poder religioso y político, en algo así como una cárcel en donde los hombres debían vestirse de negro y las mujeres llevar las blusas y cuellos hasta el mentón, y esconder sus cabellos en tocas todas iguales. El juego y la música profana estaban prohibidos.

De ese modo la vida se convirtió en Ginebra en una pesadilla tediosa, y la muerte en una amenaza constante de condenación eterna para los no predestinados. En cuanto al matrimonio, los calvinistas consideraban que los hombres y las mujeres debían contraer matrimonio con quienes sus respectivos padres así lo dispusieran y ordenaran, sin pedirles su aprobación ni tener en cuenta sus preferencias e inclinaciones.

Contra tales ideas, San Francisco de Sales, instalado en la ciudad saboyana de Annecy (hoy francesa), tuvo que desarrollar una prédica ardorosa e inteligente, ya que los calvinistas se contaban por millares y estaban peligrosamente fanatizados.

La virtud de la fe desfigurada por él, era esgrimida por Calvino para arrastrar a los seres humanos de su tiempo mediante una prédica que no parecía errónea por estar fundamentada en una creencia fuerte y austera.

Pero el auténtico cristiano no es un ser que únicamente cree -explicaría San Francisco de Sales a sus feligreses-; también ama, confía y espera. Al temor de condenarse, aquel santo contrapuso la confianza en la misericordia divina; a la aridez, la sequedad y la frialdad de los calvinistas, la piedad tierna y bondadosa. Y así se convirtió en el apóstol del Amor a Dios y al prójimo. Su humanismo quedará expresado, especialmente, en dos de sus libros, que Enrique Shaw leyó y relejó muchas veces: *La introducción a la vida devota* y *Tratado del Amor a Dios*.

En su *Introducción a la vida devota*, publicada en el año 1609, San Francisco de Sales dejó patente su piedad amable y atrayente, unida a la sencillez y concisión de su estilo literario. Dedicó ese libro a los laicos católicos para impulsarlos a cultivar una espiritualidad que estuviera de acuerdo y fuese posible viviendo en el mundo y amando las cosas buenas que el pecado original no destruyó y se mantienen en pie, heridas pero no desaparecidas. A su vez, aclaró en ese libro cómo la Gracia divina no destruye la naturaleza humana ni la libertad de los seres creados a imagen y semejanza de Dios, sino que las perfecciona sin aniquilarlas.

Han cambiado los tiempos y nuestros gustos literarios son otros. Pero, en ese pequeño libro que entonces tuvo un extraordinario éxito, Enrique buscó y encontró el gran espíritu apostólico con el cual actuó. Ese espíritu se resume en dos palabras: humanismo cristiano. Si no es desfigurado, ese humanismo es camino fácil de seguir, al conducir por una senda de amor y esperanza.

La importancia que las ideas de San Francisco de Sales tuvieron en la formación espiritual y en el carácter de Enrique, se advierte en el hecho de no encontrarse, entre sus escritos, un santo más citado que el obispo de Ginebra.

Enrique tenía la costumbre de anotar en cuadernos -que se conservan- la lista de los libros cuya lectura más le había agradado, y de transcribir, en esos cuadernos, numerosos párrafos de esas obras. Y vemos que destinó cuadernos enteros -cosa no efectuada con otros autores- a transcribir muchas partes de las obras escritas por San Francisco de Sales.

En uno de esos cuadernos figuran transcritas setenta y nueve máximas de ese santo, que Enrique comenta, escribiendo: "Excelentes, claras y sencillas son las máximas de San Francisco de Sales. En general es notable cómo insiste en que el cristiano debe ser moderadamente alegre, discreto aun en sus devociones, y comprender la importancia de vencer el disgusto y la inquietud por ser grandes obstáculos en el camino de la perfección". Entre las máximas transcritas leemos: *Haced de manera que vuestra devoción sea placentera y amable, así los demás la amarán y tendrán más ánimo para practicarla. El sólo no hacer ningún bien ya es un gran mal. El bien no hace ruido ni el ruido hace bien. En casa de ruido, querellas y discordias no entra el Espíritu Santo. Sed fieles en las cosas pequeñas y Dios os afianzará en las grandes. El amor propio sólo acaba con la vida: es imposible no sentir sus ataques; basta, pues, esmerarse en corregirlo y reprimirlo poco a poco. Amémonos en este mundo de la misma manera que nos amaremos en el Cielo.*

PROPÓSITOS ESPIRITUALES

Como un eco de las palabras y enseñanzas del obispo de Ginebra, Enrique declara en su Diario:

"Debo exteriorizar alegría, buen humor, mansedumbre, serenidad, paz y dulzura. Nunca fruncir el ceño, ni encolerizarme, ni estar malhumorado. Seré accesible, benévolo para con los demás, agradable siempre, sonriente en toda ocasión".

"Es grande la importancia de la alegría unida al entusiasmo para propagar las verdades del Evangelio."

"Es necesario, también, hablar para ello de lo que interesa a los demás; saber escuchar y dialogar; buscar puntos de contacto; ser mensajero de amor a Dios. Jesús, de quien tanto tenemos que aprender, nos recomendó muy especialmente su mansedumbre y humildad."

"Debo obrar con calma y cordialidad, tratando de reflejar el amor que Dios tiene a los seres humanos. Debo elogiar y alentar a la gente en vez de retarla o vituperarla. No debo ser vehemente para las cosas pequeñas y nunca rezongar."

"Como dice el padre Lombardi: *No seremos realmente cristianos mientras no introduzcamos en todas nuestras relaciones sociales la nota de la bondad.* Debo ser bueno, hasta con las personas antipáticas y que demuestran poca inteligencia y comprensión".

"Todo cristiano, para cumplir bien con sus responsabilidades, debe actuar de un modo varonil, con fortaleza; pero al mismo tiempo sin esa sequedad y dureza que frecuentemente acompaña a quienes actúan en forma seria. Por el contrario, debo actuar amablemente, vale decir, de forma tal que a los demás les sea fácil amar la religión que predico y practico. "

"Debo aumentar el fervor en mis obras de apostolado siguiendo lo dicho por San Francisco de Sales: *Una sola obra religiosa efectuada con fervor vale más y agrada mayormente a Dios que muchas obras de la misma especie realizadas con tibieza.* Debo poner en la más insignificante de mis acciones el mismo fervor que pondría si fuera llevado al martirio."

"Quiero aprovechar todos los medios de mi posición social, de mi dinero y de mi cultura para hacer amar a Jesucristo en el ambiente en que vivo, y hacer conocer Sus Derechos y su Realeza a quienes me rodean. Pero siempre sin discutir mucho; siempre con paciencia y bondad; tratando de iluminar a la gente con los puntos de vista que mi cultura religiosa me proporciona. Y no olvidando nunca el consejo de San Francisco de Sales: *Más se atrae a las moscas con una cucharada de miel que con un tonel de vinagre.* Esto es, más convenceremos a los incrédulos con palabras amables que con sermones largos y avinagrados"

"El verdadero motivo de mi tranquilidad y de mis adelantos espirituales, es la fe que poseo, no sólo en Dios, sino también en un futuro basado en las virtudes evangélicas. El pensamiento de estar unido a Dios me mantiene alejado de toda preocupación y de toda tentación".

"No seré como las mujeres que procuran adaptarse para agradar; pero procuraré nunca ser desagradable, y que se pueda decir de mí lo que de Santa Catalina de Siena manifestaban sus contemporáneos: *Nadie se acerca a ella sin retirarse mejor.* "

Otra gran ayuda religiosa que Enrique recibe en esta época es la que le proporciona su maestro de infancia, el Padre Goicoechea, con quien se confiesa en la iglesia del Santísimo Sacramento de Buenos Aires. Desgraciadamente, pierde a ese gran director espiritual del cual mucho bien ha recibido, cuando éste es destinado a Montevideo, adonde permanecerá hasta el día de su muerte. Enrique escribe el 4 de noviembre de 1940 en su Diario: "El padre Goicoechea se ha ido definitivamente al Uruguay. ¡Cuánto lo siento y cuánto le debo! Durante un instante dado, estando en el confesionario, al despedirme de él, no pude evitar que se agolparan las lágrimas en mis ojos."

Aleccionado aquel año por el Padre Goicoechea; inspirado por las enseñanzas del Evangelio que lee con frecuencia; escudado en un humanismo bien entendido, Enrique, cuando está de licencia, frecuenta el ambiente proceloso de la sociabilidad pueril que lo rodea, sin dejarse influenciar ni atrapar por ese ambiente.

En aquella época sus reuniones sociales se realizan dentro de un ambiente *snob* y de la vida del *jet-set* argentino, donde, por lo general, reina la vanidad, el amor propio excesivo, el deseo de lucirse y la frivolidad, y donde las personas que viven y actúan en ese ambiente, unas más, otras menos, son indiferentes en materia religiosa o, en algunos casos, se declaran francamente contrarias a las verdades de la fe católica y de la moral cristiana.

Allí concurre a fiestas, frecuenta playas y salones, y tiene muchos amigos y amigas. Hasta se convierte en un gran bailarín.

Sale muy seguido con chicas: no es un tímido frente al elemento femenino, pero considera no estar aún maduro para el matrimonio. Escribe en su Diario: "No necesito, gracias a Dios, de levaduras artificiales para trabajar en mi perfección espiritual. Y no encuentro la necesidad de recibir la influencia o el empuje de una mujer que me anime o me modere."

Cuando efectúa estas reflexiones, no imagina que, a corto plazo, caerá en la denominada *trampa del matrimonio* -como así la había llamado Enrique Lacordaire un siglo antes-.

Ese gran sacerdote francés, célebre por sus conferencias en la catedral de Notre Dame de París, estampó esa equivocada denominación del matrimonio en la biografía del apóstol laico Federico Ozanam. Después de ser sacerdote secular en Francia, el Padre Lacordaire marchó a Roma para entrar en la Orden de los Predicadores, y deseando que esa Orden fuera nuevamente admitida en su patria (donde había sido prohibida por la Revolución Francesa), buscaba el modo de formar un equipo de jóvenes dominicos franceses que fueran castos, talentosos y elocuente; y como su joven amigo Ozanam reunía esas condiciones, creía contar con él para su proyecto.

Por eso, al saber que, una vez graduado de doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, su amigo había contraído matrimonio en Lyon con una joven llamada Amelia Soulacroix, tuvo un gran disgusto. De allí que puso en la biografía de Ozanam (escrita tras la muerte de éste en Marsella, ocurrida en el año 1853) aquella frase poco feliz: *Hubo una trampa que no supo evitar: la del matrimonio*. Al leer esta frase el Papa Pío IX exclamó: *¡No sabía que existieran seis sacramentos y una trampa!*

NOVIAZGO y MATRIMONIO

Entre las muchas amigas, con las cuales sale y a quienes visita en Buenos Aires, hay una que especialmente llama la atención de Enrique por su belleza, elegancia, inteligencia, religiosidad y gustos artísticos (estudia pintura en un *atelier*). Se llama Cecilia Bunge.

Enrique la visita, conversa y baila con ella, le escribe amistosamente y se siente atraído por su presencia; sin embargo manifiesta en su Diario: "Me impiden enamorarme dos cosas que actualmente mucho me interesan y llenan mi vida por completo: mi trabajo en la Marina y la compañía de papá".

Después de su regreso del viaje inicial de instrucción realizado en el Buque Escuela *La Argentina* (viaje que narra en un artículo publicado en los diarios), pocos le bastan para olvidar lo manifestado anteriormente acerca de su falta de enamoramiento.

Ahora se siente impulsado, como por una fuerza superior, hacia su nueva vocación: casarse con Cecilia Bunge. Y, al ser correspondido, pronto ambos se ven envueltos en un hálito de amor grande y fuerte que perdurará toda su vida.

Advierte -como lo dice en su Diario- que Cecilita (así cariñosamente la llama) "es una chica notable, y, ahora que la he visto más, la encuentro mucho más bonita, y he notado al conversar con ella, en sus reacciones y palabras, un conjunto de cualidades notables."

Asimismo advierte que mucho de común lo une estrechamente a ella. Ninguno de los dos ha conocido a su madre, y Enrique, que no tiene hermanas, siempre ha sentido, con dolor, la carencia de lo proporcionado por la mujer: la ternura femenina constitutiva de algo así como un fluido capaz de endulzar y ablandar el corazón austero y un tanto rígido de todo hombre.

A su vez, Cecilia, hija única, vive con su padre, el arquitecto Jorge Bunge, quien, habiendo quedado viudo al morir, en plena juventud su esposa Cecilia Fourvel, ama a su hija y la protege con cariño. Pero, siendo ateo, choca con las fuertes convicciones religiosas de su hija, y no puede darle la ternura ni la comprensión que hubiera podido proporcionarle una madre o varias hermanas.

Enrique y Cecilia son, pues, en aquella época, dos seres carentes de un gran amor tierno y fuerte, que anhelan por igual, y siendo los dos de parecida naturaleza

afectiva, al encontrarse y trabar una gran amistad fomentada por sus creencias y gustos afines, no tardan mucho tiempo en comprender que sus vidas se unirán para siempre.

El amor que en ellos se despierta es muy intenso, mas su exaltación no constituye un motivo para que olviden las virtudes Cristianas grabadas con fuerza en sus corazones y en sus mentes.

Enrique, que ha creído bastarse a sí mismo, y alardeado de no necesitar de ninguna mujer que lo impulse hacia adelante en el camino de su perfección, concluye por comprender que en lo más profundo de su alma existe esa clase de vacío varonil que sólo logra llenarse con el gran amor que puede inspirar una mujer, cuando no existe la vocación religiosa conducente a recibir el sacramento del Orden Sagrado.

Los seres humanos que se aman verdaderamente se contemplan como en un espejo en el cual ven reflejada su propia imagen, y así, Cecilia y Enrique, al mirarse con igual amor, ven que la personalidad de cada uno se dobla en la del otro al identificarse con sus propios pensamientos y sentimientos tanto humanos como divinos. Y en ellos el amor natural que sienten queda unido al amor sobrenatural de Dios que ambos profesan.

Su amor compartido debe, empero, para consumarse en toda su intensidad, pasar por muchas pruebas y dificultades. La primera de ellas es su separación corporal: el padre de Cecilia viaja a Estados Unidos de Norteamérica a fines del año 1941, y se lleva a su hija con él, sin querer darse por enterado de su noviazgo.

Esta es la primera de la serie de muchas separaciones de esa índole por las cuales habrán de pasar durante su noviazgo primero y casados más tarde, hasta que, veintiún años después, la muerte de Enrique constituirá la última y más dolorosa de esas separaciones que han de sufrir.

Su mutuo amor no hace más que crecer intensamente, durante los años de 1942 y 1943, con sus ausencias y con las cartas que ellas motivan. En esos dos años se intercambiarán más de trescientas cartas.

Al regreso de Cecilia a Buenos Aires, es Enrique quien, a su vez, se ausenta varias veces obligado por sus funciones y trabajos en la Marina. Desde Puerto Belgrano, Bahía Blanca, Puerto Madryn y Ushuaia escribe Enrique carta tras carta a su novia y recibe otras tantas.

La segunda prueba que sufre su amor tiene un nombre: Jorge Bunge. El padre de Cecilia no quiere desprenderse tan pronto de su hija única, con la cual vive, y a la que mucho cariño tiene.

A ese que podemos llamar *egoísmo paterno* se agrega el hecho, considerado por él con justa razón, de la poca edad de Enrique: veintiún años recién cumplidos.

Como Cecilia es menor de edad necesita el consentimiento de su padre para casarse¹.

En el entusiasmo de su amor, piensa, para poder contraer matrimonio en el año 1942, hacer lo que hizo Mariquita Sánchez: al no autorizar su padre que contrajera matrimonio con el marino Juan Thompson, ella pidió al juez y obtuvo la autorización para realizar el casamiento en contra de la voluntad paterna.

¹ Sabemos que el verbo casar no admite el se por no ser reflexivo, pero lo emplearemos de este modo porque así lo usaban los protagonistas de este libro, y porque de esa manera queda mejor reflejada la idea de dos seres que se dan el uno al otro (se casan entre sí) mejor que con la frase contraer matrimonio, pues la idea de contrato es fría y no refleja bien el significado de la unión conyugal.

Pero decide no recurrir a ese extremo a fin de no disgustar a su padre, a quien Enrique, con su acostumbrada amabilidad y dulzura, desea conquistar, y así lo consigue: entre uno y otro trábese un gran afecto que perdurará toda su vida.

Sin embargo, Jorge Bunge, aceptando el noviazgo de su hija, mantiene la prudente decisión de retardar el casamiento hasta que ella cumpla veintidós años de edad. Es, por eso, que deberán separarse una y otra vez debido -como hemos dicho- a las funciones y trabajos de Enrique en la Marina.

Su grande y expansivo amor por su novia, intensificado por largas y repetidas ausencias durante los años 1942 y 1943, no es causa de que Enrique vea disminuida su unión con Dios; y su pensamiento sigue puesto en la misión apostólica a la cual se siente llamado. Tan es así que escribe en su Diario:

"Hacer apostolado significa para mí trabajar con la mente y con todas mis fuerzas por el prójimo. Significa sacrificarme, renunciando a muchas cosas. Significa humillarme. Significa, en fin, rezar, romperme, afligirme y llorar por las almas para llevarlas a Cristo. Hacer apostolado quiere decir, sobre todo, vivir con Cristo, padecer, agonizar y morir en el mundo por El y en El.

Para ello debo recurrir a la Virgen María, que me inspira alegre confianza. Jesús, mediador cerca del Padre, ha constituido a su Madre como mediadora nuestra cerca de El. De este modo ha querido aplacar los temores que a los seres humanos necesariamente debía inspirar Su Divinidad y Su función de juez.

"El día en que cumplí veinte años le pedí a Dios produjera en mí los frutos que El desea; que me hiciera consciente de mis pecados y me convirtiera decidida y totalmente. En resumen, mis ideas religiosas se han concretado en dos puntos: el primero, comprender en serio que soy un pecador; y el segundo, que debo ir decididamente hacia Dios".

"En mi vida he cumplido hasta ahora con mi deber haciendo todo lo naturalmente posible; pero en lo sobrenatural, ¿he hecho otro tanto?

"A punto de quedarme dormido en mi camarote la otra noche, reflexioné acerca de no ser mera casualidad que los tres libros traídos por mí al buque tratan de la misma cosa: *obedecer la voluntad de Dios*. Esa obediencia proporciona al cristiano una gran fecundidad. Y las lecturas de esos tres libros me han dado confianza en que, si Dios quiere, de algún modo El hará que yo cumpla bien su voluntad.

"*La vida sólo tiene valor si sabemos darla* -como dice Paul Claudel-; por ello, debemos sacrificarla y multiplicarla dándola a otras vidas así como el grano de trigo muere para dar frutos.

"Sacrificio es mortificación y donación a Dios. No basta denunciar el Mal, ni aun es suficiente trabajar para hacer cesar las causas del Mal; además hay que expiar. La expiación del cristiano es abono para la Tierra.

Ser solidario con Cristo es ser crucificado con El. Debemos perder el miedo a la mortificación, y morir con Cristo para vivir con Cristo. No hay responsabilidad sin espíritu de sacrificio, sin mística."

"Debo acoger gustoso todo dolor, y poner a disposición de la Gracia de Dios mi vigilancia, mi oración, mi sacrificio, para lo cual debo estar entregado y consagrado a Dios".

"Debo preferir ser despojado de todo espíritu de posesión para poder seguir los pasos de Jesús, desnudo como El. El renunciamiento es una necesidad aun en el plano natural."

Todo cuanto así piensa y escribe Enrique no va en detrimento de su gran amor por Cecilia y su firme determinación de unirse con ella.

No tiene la menor duda de que la misión a la cual Dios lo lleva es la de ser un apóstol laico del amor a Jesús, del amor a su Iglesia, del amor a la mujer que será su esposa, del amor a sus futuros hijos y a la familia que se dispone a constituir.

Si él no duda a ese respecto, en cambio Cecilia, al recibir algunas cartas muy místicas, empieza a dudar acerca de cuál es la verdadera vocación de su novio: si no será la de recibir el sacramento del Orden Sagrado en vez del sacramento del Matrimonio. ¿Es que acaso un hombre que piensa y se expresa como Enrique de una manera tan religiosa no está llamado por Dios para ser, como sacerdote consagrado, un otro Cristo en la Tierra? Y le escribe planteándole su duda. Enrique le contesta sin titubear que el amor por ella es demasiado grande, seguro e intenso como para que pueda dudar de su vocación matrimonial, y que su futuro es estar a su lado sin perjuicio de su unión con Dios y su misión apostólica, la cual ejercerá siendo esposo y jefe de familia porque así lo ha dispuesto el Altísimo. Y en las cartas que en lo sucesivo envía a su novia, dejando un poco de lado su misticismo, le demuestra una y mil veces todo cuanto la ama y piensa en ella, y le narra cómo mira constantemente su retrato puesto en su camarote, y cómo cuenta los meses y los días que faltan para su casamiento.

Al mismo tiempo que escribe a Cecilia cartas plenas de amor humano, manifiesta en su Diario: "He llegado a la conclusión de que tengo impulsos demasiado contradictorios: unas veces quisiera estar solo, otras reconozco la verdad de lo dicho por Dios: No es *bueno que el hombre viva solo, creámosle una mujer que esté a su lado.*

Soy ambicioso y al mismo tiempo reconozco que todo es *vanidad*. Soy apasionado, pero mi cerebro lógico y tranquilo me obliga a serenarme. Soy aventurero de espíritu, pero estoy dispuesto a que, cuando me case, ya no me lanzaré a realizar locas aventuras. Y cuando tengo todas las razones posibles para ser feliz, siento que mi corazón se endurece.

Por consiguiente, procuraré amar al prójimo y, en particular, a mi mujer. Procuraré difundir la Santa Religión en general, y al mismo tiempo demostrar a Cecilia mi gran amor, día a día, del modo que sea más convincente y conveniente."

Al fin, después de un noviazgo de dos años, llega el día de su casamiento, y escribe a su novia: "Esta es mi última carta, ya que regreso a Buenos Aires pleno de amor y entusiasmo, para siempre unirme contigo".

Pero todavía ha de surgir una postrera dificultad para poder realizar su casamiento: el día anterior a la fecha fijada (23 de octubre de 1943), Enrique es arrestado por tres días en virtud de haber hecho una observación al Almirante Jefe de la Flota.

La sanción corresponde por una razón de jerarquía, aun cuando pueda Enrique estar en lo cierto.

El padre de Cecilia, para demostrar que ahora consiente con gusto el matrimonio de su hija, ha organizado para celebrarlo una gran fiesta en su quinta de Muñiz. Muchísimas personas han sido ya invitadas. Oficiarán la Misa el tío del novio, sacerdote salesiano Padre Adolfo Tornquist, y el cura párroco de San Miguel, Presbítero Charón.

Cuando todo está así preparado, Enrique avisa la novedad de su arresto. Pero manifiesta que esa circunstancia no constituye un inconveniente para que la fiesta, ya organizada, se lleve a cabo, y que ellos se casarán en la intimidad unos días después.

Mas resulta extraña una fiesta para celebrar un matrimonio sin estar presente uno de los contrayentes. Por último, todo se arregla: el Almirante, al enterarse de la situación planteada, levanta el arresto impuesto, y Enrique llega el 23 de Octubre por la mañana a la quinta de Muñiz, en donde al fin puede celebrar su casamiento con Misa de Esponsales ante una concurrencia de más de dos mil personas.

Al arrodillarse devotamente, frente al altar, que al aire libre en el parque de la quinta se ha levantado (altar hoy conservado en su casa), Enrique pudo leer en su misal la explicación que antecede a la Misa de Esponsales acerca del significado cristiano del matrimonio, explicación extraída de un libro escrito por Federico Ozanam: "En el matrimonio hay un sacrificio, o mejor dicho, dos sacrificios: la mujer sacrifica aquello que Dios le ha dado de más precioso, lo que ha sido el cuidado de sus padres, su primera belleza, muchas veces su salud y ese gran amor que ella no siente más que una vez.

El hombre sacrifica la libertad de su juventud, esos años incomparables que pasan y no vuelven más, ese poder de abnegación que se encuentra únicamente al comenzar la vida, y el entusiasmo de su primer amor que trata de hacer a la mujer amada el camino suave y agradable. Por ello es que en el matrimonio existe un doble sacrificio. Son los contrayentes como dos vasos: en el uno se encuentra la virtud, el pudor, la inocencia; en el otro, el amor intacto, la consagración del hombre a quien es más débil que él: a la mujer que ayer no conocía y con la cual ahora necesita pasar toda su vida para sentirse feliz. Y es necesario que los dos vasos estén igualmente plenos para que la unión sea santa y el Cielo la bendiga".

De regreso de su luna de miel pasada en Luis Chico y Bariloche, Enrique escribe: "El matrimonio es una institución en la que cada cónyuge efectúa su aporte. Pero si bien cada uno posee sus propios derechos, no es dueño del matrimonio. Por eso, ninguno de ellos ni los dos juntos pueden disolverlo. En mi caso, con seguridad que mi madre habrá estado en espíritu presente en mi casamiento, y habrá rogado para que mi unión con Cecilia sea santa y Dios la bendiga concediéndonos una numerosa y Cristiana familia. Porque las madres fallecidas continúan, sin duda, la tarea protectora de sus hijos, y suscitan circunstancias favorables para ellos.

A nosotros nos tocará ahora el turno de proteger a nuestros hijos y nietos, y de ser santos para que ellos también sean santos². Dios nos garantizará nuestra mayor felicidad en el Cielo si cumplimos sus mandamientos, y también nos ayudará a ser felices aquí sobre la Tierra en el mayor grado posible a nuestra naturaleza humana: felicidad relativa pero real. Esa es la que tendremos en nuestro hogar Cecilia y yo.

"Y como miraremos al mundo que nos rodea y a nuestros hijos con ojos puros y bondadosos, la Tierra será bella para nosotros. A través del cristal de la bondad y la pureza podremos ver y valorar lo bueno y puro que existe en la Creación. El Señor no nos pide que nuestra vida conyugal sea una serie de grandes triunfos, sino una sola gran victoria: la de nuestro amor tierno y constante. Y debemos recordar que como mucha gente nos observará para ver si realmente constituimos el prototipo del matrimonio católico, el nuestro deberá ser un ejemplo que brille y sea mucho mejor que los matrimonios formados por quienes no son cristianos.

Los elementos que constituyen la grandeza del matrimonio (y que constituirán el nuestro) no serán solamente nuestras perfecciones sino nuestras imperfecciones que determinarán que Cecilia y yo tengamos ocasión de demostramos nuestro amor, nuestra paciencia, nuestra esperanza y nuestra alegría al pensar en un futuro eterno unidos ambos con Dios. No hay duda de que mi vida para llegar a su plenitud necesitaba la compañía de una mujer, y no hay duda de que esa mujer, sin la cual ahora no concibo mi existencia, era, es y será Cecilia."

Tal como lo dijera Enrique, así ocurrió: dieciocho años después de una constante unión y felicidad conyugal, amaba a Cecilia con el mismo gran amor que le demostró durante su noviazgo y su luna de miel.

² Uno de los hijos de Enrique y Cecilia (Juan Miguel) ya ha sido ordenado sacerdote y se encuentra en Kenia (África) trabajando en una misión católica; vale decir, que ya tienen un hijo camino a la santidad.

Comenzaba, pues, una nueva etapa de la vida de Enrique, en la cual tendría a su lado por compañera a Cecilia Bunge hasta el día de su muerte ocurrida en agosto de 1962.

En esa nueva etapa pronto se produciría un fundamental cambio de ruta para su existencia; transcurridos dos años de su casamiento, dejaría la Marina para convertirse en dirigente de empresa. Pero en octubre de 1943, y durante los sucesivos meses, no pensaba Enrique en su futuro sino en su presente felicidad; y, antes de ocurrir aquel cambio de ruta, pasó su vida por un tiempo de transición desde 1943 hasta 1945, tiempo en el cual, primeramente se vería obligado a permanecer en Ushuaia separado de Cecilia durante cinco meses y, luego, nacería su primer hijo (Jorge Enrique).

Capítulo IV

Tiempo de transición

Si bien el casamiento es siempre un paso importante en la vida de todos los seres humanos, sin embargo hay quienes lo contraen sin darle el real valor que tiene, ya por interés económico, por apasionada atracción física, o por frivolidad mundana.

En cambio, para Enrique su matrimonio era y siempre fue un puente hacia la vida en plenitud que necesitaba más que ningún otro hombre conocer y gozar como así afirmaba su amigo (Recaredo Vázquez).

Enrique dirá -años después- cuánto su casamiento y su mujer significaron para él: "El hombre ve a la esposa que ama, no como si fuera Dios, pero sí como un don de Dios, en el cual Dios mismo está contenido en espíritu. De allí que si es auténtico el amor que en el matrimonio une a dos seres humanos, ese amor no puede secarse por haber sido los dos cónyuges creados y unidos para darse a Dios, dándose el uno al otro.

Dios está contenido en el amor conyugal. Este amor no se confunde, sin embargo, con el amor a Dios, pero nunca lo separa de El. La vida convivida por marido y mujer, florece, se hace infinita. Es una oración en común, una escuela de Caridad.

Al comienzo del matrimonio, el amor conyugal, siendo más humano y más sensible y activo, abre el camino a la Caridad, y cuantos más años transcurren, más es el amor a Dios el que ilumina, guía y eleva el amor conyugal. Casarse es no pertenecerse más a sí mismo. No toma el hombre una esposa; se da a ella".

El mismo amigo de Enrique Shaw, cuyas palabras hemos transcrito al comienzo de este capítulo, agrega: "Enrique casado fue afortunado como merecía serlo. Después de su casamiento experimentó un cambio muy favorable en su carácter: pudo ser más jovial, fresco y juvenil, con más sentido del humor y mucho más firme para afrontar las tareas de su vida. Viviendo, desde entonces, en plenitud, tuvo mayor madurez, armonía, perfección y gozo".

Una vez unido a Cecilia, comprendió Enrique -como enseña monseñor Fulton Sheen- que "el verdadero amor conyugal no constituye un mero intercambio de servicios, sino un compañerismo viviente, fundamentado en Dios y capaz de dar a los esposos fuerzas muy grandes para vencer las dificultades cotidianas."

"En un matrimonio verdaderamente cristiano -dice aquel predicador- cada cónyuge toma todo lo que el otro tiene y a él -por lo general- le falta, y lo toma para emplearlo, por amor de Dios, en beneficio de los dos.

"Si el varón es la cabeza, la mujer es el corazón, y la conjunción en el matrimonio de la cabeza varonil con el corazón femenino, tornándose poderosísima, dota a cada cónyuge de algo así como una doble personalidad en un solo y mismo cuerpo humano que se prolongará en los cuerpos de sus hijos. No obstante, siguen siendo los cónyuges dos personas distintas, a las cuales se agrega en el matrimonio cristiano una tercera persona que, complementándolos aun más, les proporciona un toque divino. Esa tercera persona es la de Dios."

"Se necesitan -declara Fulton Sheen- tres personas para amarse verdaderamente en el matrimonio. Pues sólo Dios puede dar el amor deseado por el corazón de esposos cristianos. El sueño de los novios de permanecer eternamente unidos viviendo el uno para el otro, se convierte -al contraer matrimonio- en realidad, no solamente en ellos, sino a través de ellos: ahora se aman, no como lo soñaron cuando eran novios, sino como lo soñó Dios al bendecir su matrimonio y concederles una gracia especial que los une para siempre".

También afirma Fulton Sheen que "Dios no sólo ha creado el matrimonio para que la Humanidad no se extinga y se multipliquen los seres humanos que integrarán el Reino Celestial. Igualmente ha sido creado como la forma por El establecida para la existencia de una ayuda mutua del hombre y la mujer.

A todos los maridos y a todas las esposas no les es dado el privilegio de dar nacimiento a nuevos cuerpos físicos, pero sí la felicidad de un compañerismo que Dios ha dispuesto sea su suerte en la vida. El compañerismo y la mutua ayuda significan, especialmente, una interpretación de ideales semejantes.

La felicidad del matrimonio depende de comunes denominadores, y el denominador más común entre esposos cristianos es el amor a Dios expresado en una fe y una esperanza de permanecer unidos para siempre en éste y en el otro mundo. Cuando faltan esa fe y esa esperanza, el amor de los esposos cristianos carece de su mejor inspiración.

El matrimonio cristiano se desarrolla conjuntamente con el apostolado laico, por cuanto los dos constituyen líneas paralelas ideadas por Jesucristo para complementar la obra de su Redención. Marido y mujer son colaboradores de Dios tanto en la carne como en el espíritu, tanto por los hijos que tienen como por el amor que se profesan (Monseñor Fulton Sheen: *Casados ante Dios*, EMECE EDITORES, Buenos Aires, 1955)

FELICIDAD CONYUGAL

Lo expresado por Monseñor Fulton Sheen acerca de la felicidad conyugal, es vivido por Enrique durante los diecinueve años (1943-1962) que perduró su vida conyugal. Aún cuando proyecta constituir un hogar poblado con muchos hijos -como así lo hará- comprende muy bien que la finalidad del matrimonio no consiste, únicamente, en procrear. Esa otra finalidad de alcanzar la plenitud de su existencia Cristiana en un amor compartido, él mucho la aprecia al conseguir perfeccionar su espíritu mediante una recíproca y mutua asistencia con su mujer.

Todo lo cual le ha de proporcionar, primeramente, la paz del alma y la alegría en su hogar y, más tarde, cuando Dios lo llame, la eterna felicidad en el Cielo.

Para ese logro varias veces tendrá que sacrificar sus gustos y deseos personales: la acomodación de una vida en común entre un hombre y una mujer no es siempre fácil.

Mas esa cuota de renunciamiento y abnegación no asusta a Enrique: su fe religiosa lo lleva, precisamente, a saber renunciar, y a comprender que la abnegación y el sacrificio no quitan la alegría de vivir con esa paz del alma con la cual todo se puede soportar.

La alegría de vivir la experimentó Enrique en grado sumo durante su luna de miel en *Luis Chico* y en Bariloche, y durante los primeros meses de felicidad conyugal transcurridos en Puerto Belgrano. En ese puerto, lejos del entorno mundano que los ha rodeado durante su soltería, pueden darse por entero el uno al otro al mismo tiempo que se dan a Dios sin interferencias familiares ni sociales de ninguna especie.

El anuncio, al poco tiempo de casados, de la próxima llegada de su hijo, es causa -también- de que Enrique se sienta completamente feliz.

Sin embargo, su felicidad queda entonces interrumpida cinco meses por un sacrificio que Dios le impone y que se repetirá en muchas ocasiones durante su vida: tener que ausentarse del hogar y separarse de la mujer amada que completa y lleva a plenitud su existencia Cristiana.

Como cuando era soltero, nuevamente la Marina lo envía a patrullar los mares australes. Debía embarcarse como segundo comandante del rastreador de minas *Bouchard* de la Escuela de Ríos, e instalarse con ese buque en Ushuaia y alrededores por espacio de cinco meses.

Enrique no quiso llevar consigo a Cecilia para cuidar su salud no muy buena, y a fin de que el primer hijo pudiera llegar sin correr los peligros de un viaje por mar, ni las dificultades de una larga estadía en las poco confortables viviendas que en esa época existían en Ushuaia. Porque pasaría allí el invierno del año 1944, y Tierra del Fuego -llamada así por las múltiples fogatas que los españoles vieron en ella encendidas por los indios cuando fue descubierta por Magallanes -debiera denominarse Tierra del Frío, por sus bajas temperaturas en los meses invernales.

Aquella Isla Grande situada entre el estrecho de Magallanes y el canal de Beagle, dividida políticamente entre Chile y la Argentina, separado su extremo sur del norte por una alta montaña, y sede entonces de un presidio, no era tierra propicia para dar a luz al primogénito del matrimonio Shaw Bunge. En una de sus novelas, Julio Verne había llamado "confín del mundo" a la isla de los Estados situada al sur de Tierra del Fuego. Y en realidad, por estar entonces esa isla y las que la rodean enteramente deshabitadas, podía llamarse a Ushuaia "el lugar del confín del mundo habitado".

Por todo ello, prefirió Enrique efectuar el sacrificio, antes de cumplirse seis meses de su casamiento, de vivir separado de su mujer durante cinco largos meses.

Volvió solo, pues, a Ushuaia y dispuesto a aceptar -con tristeza pero sin amargura- el deber que le imponía su carácter de marino. Al ocurrir tal separación no podía imaginar que Dios le deparaba, junto a la bahía de Ushuaia, un acrecentamiento extraordinario de su fe religiosa.

Esta fe, afirmada en aquel lejano lugar de nuestra patria, lo convertiría hasta el final de sus días en un apóstol laico cada vez más ardiente y más eficaz. Nuevamente admiró en Ushuaia -como lo hiciera años antes cuando llegó soltero- las bellezas de aquella habia en donde, por primera vez, hace cien años, tremoló la bandera argentina.

Pero, ahora, al contemplar el paisaje y extasiarse por segunda vez ante sus aguas transparentes, sus montañas y sus árboles cubiertos de nieve, su lago helado, su glaciar, su cascada y sus bosques, sentiría Enrique algo mucho más trascendental:

la presencia viva del Creador de tantas maravillas naturales. Porque muchos sentimientos suyos eran diferentes entonces de los que tuviera durante su primera estada en Ushuaia.

Ya no pensó en aquel año de 1944 realizar las hazañas planeadas durante los primeros tiempos de marino. Su pensamiento no estaba puesto ahora en batallas navales, ni en redactar un reglamento para los conscriptos, ni en un manual de maniobras, ni en viajar a vela hasta el cabo de Hornos, ni en entrenarse para nadar dos mil ochocientos metros sin cansancio, ni en hacer de buzo en el Beagle, ni en galopar en sus orillas para demostrar sus habilidades de buen jinete, ni en dar órdenes perentorias como Alférez de Navío.

En aquella nueva estada en los mares australes, sin dejar de amar la vida, sin perder su entusiasmo por el deporte, su pensamiento se había alejado de todo cuanto hasta los veinte años de edad lo embargara por entero y fueran sus proyectos marinos expresados en su Diario juvenil.

Al presente, cumplido veintitrés años, ya era un hombre que se podía considerar maduro, estaba casado y esperaba tener pronto un hijo. Aquello que él llamaba su *conversión*, y -que hemos analizado en los capítulos I y II denominándolo su *crecimiento espiritual*- era, especialmente, lo que le hacía olvidar cuanto había constituido su ideal de marino.

Cuando recrudeció el invierno y la nieve, cayendo en abundancia sobre Ushuaia, cubrió el monte Olivia que separa esa ciudad del norte de Tierra del Fuego, ya no pudo Enrique recibir cartas de Cecilia. En esa época, la nieve amontonada impedía la llegada a Ushuaia del cartero que, a caballo y a través de los pasos de montaña, traía correspondencia desde Río Grande (ciudad situada en la isla sobre el Atlántico).

Tuvo, pues, que comunicarse con Cecilia únicamente por medio de telegramas muy cariñosos (que se conservan), contestados por ella del mismo modo afectuoso, expresándose así todo cuanto se aman y extrañan.

Pero esa circunstancia tan amarga de no poder escribir a su mujer ni recibir cartas de ella, tuvo por contrapartida el gran beneficio para su vida espiritual de incrementar el diálogo con Dios.

La intensificación de ese diálogo y las profundas meditaciones realizadas en la soledad y el silencio frente a las bellezas de la bahía de Ushuaia, fueron ocasión para expresar sus sentimientos y pensamientos religiosos en un plan de vida Cristiana titulado *Peldaños en el amor a Dios*.

A continuación lo transcribimos como una demostración de todo cuanto había crecido espiritualmente durante esa época de su vida que hemos llamado: *Tiempo de transición*.

Así lo llamamos porque entonces va afirmando, junto con su fe religiosa, la idea de abandonar la Marina a fin de entregarse, por entero, al apostolado laico del catolicismo.

" PELDAÑOS EN EL AMOR A DIOS "

"A Ti, que me llamas, quiero ir con Tu ayuda, y con profunda humildad e intenso amor" Carlos Matthey

INTRODUCCIÓN

"Mi idea central al escribir estos peldaños como puntos de apoyo y de guía para mi deseo de perfección, es la siguiente: habiéndome creado Dios por amor, mediante el amor debo ir subiendo, durante mi vida, escalón por escalón, hasta conseguir unirme a El."

"AMOR A DIOS": sobre todas las cosas, íntimo, entusiasta, dominante por los muchos favores con los cuales me ha colmado. El medio para inflamar en mí ese amor es, ante todo, la agradecida meditación de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Para lograr ese amor, debo estar dispuesto a perderlo todo antes que perder la Gracia divina y la amistad de Jesucristo. Tener presente que mi amor puede ser sumo en su apreciación racional, aún cuando no lo sea en intensidad y ternura, las cuales no siempre están en nuestro arbitrio humano".

"AMAR A LOS SERES HUMANOS": no por sus cualidades personales, sino por lo que hay de divino en ellos, por ser miembros del Cuerpo Místico. Aun con sus faltas, sus fealdades y sus pecados, pueden ser objeto de amor, no en su condición de tales, sino por ser partes redimibles de una persona amada.

Todo lo que es redimible puede ser objeto de nuestro amor si nos dejamos poseer por el amor de Cristo, Salvador y Redentor de todos nosotros."

"AMOR A TODAS SUS DEMÁS CREATURAS": por consiguiente, a todo lo que es bueno y bello, por ser obra de Dios, creado especialmente para el hombre como un jardín en el cual ha de madurar para el Cielo."

"En resumen, poner en la más significativa de mis acciones el mismo amor que pondría en el acto de ser llevado al martirio."

"Estas páginas que he escrito son para recordarme que debo cumplir tres objetivos:

"El primero, abrir puertas y ventanas a mi espíritu a fin de que penetre la luz de Dios."

"El segundo, ir las abriendo sistemáticamente y cada vez con mayor firmeza para que esa luz permanezca siempre."

"El tercero, seguir por los caminos que conduzcan, guíen, y faciliten mis propósitos y me den fuerza para cumplir con los diez mandamientos de la ley de Dios, que es lo único obligatorio y necesario."

PREMISAS

"1) La vida es para el hombre una misión que Dios le ha señalado, pero esto no quiere decir que todos los hombres estén destinados a grandes y famosas empresas; ni tampoco es signo de la superioridad moral de quien recibe una misión especial, la cual está en relación entre lo que Dios le dé y lo que ese hombre sea capaz de realizar.

Por eso, la base de la vida moral de aquellos a quienes les han sido concedido gracias especialísimas, debe ser una rigurosa humildad capaz de hacerle recordar que ha de trabajar por Dios y no para conquistar fama, aunque ésta fuera justamente merecida. Sería un error creer que se ha alcanzado una elevada condición moral cuando se vive en una dulce paz espiritual, cuando el trabajo es fácil, y las dificultades pocas y leves. Este es un don del Señor que a menudo se muestra generoso al concedernos satisfacciones y premios.

Sin embargo, la base de todo progreso moral son las luchas, los sufrimientos, los sacrificios. El premio vendrá luego; ahora es el momento de la lucha, del combate.

"Tomemos de las manos de Dios las treguas, gocémoslas sincera y plenamente, pero no alteremos su naturaleza."

"2) ¿Qué es para mí el presente? Trabajo y preparación.

"a) *Trabajo*, para cumplir los deberes de mi estado: ser un buen oficial, un buen hijo, un buen esposo, un buen padre. (Recordar que la familia es la que me ha dado la vida: hacia ella he contraído una deuda inmensa de gratitud, que es obligación mía satisfacer, pues soy un miembro de ella con importantísimos deberes).

"b) *Preparación*, para un futuro ya no lejano. Preparación técnica, moral e intelectual.

"*Técnica*, para poder desempeñar la profesión que me permitirá ganarme honradamente la vida y, además, ser útil a la sociedad.

"*Moral*, para conseguir que mi carácter y mi alma alcancen el grado de perfección interior que le imponen los dones recibidos, para ser digno de la altísima misión de Oficial de Marina y de esposo y padre cristiano.

"*Intelectual*, para embellecer mi mente con aquellos conocimientos especialmente religiosos, que me son necesarios ahora y lo serán más aún en el futuro.

"3) Los seglares, aunque en general nos hallamos en condiciones menos favorables que los sacerdotes y los religiosos para la vida espiritual, podemos -gracias a la oración- compensar la falta de facilidades de afuera con el fervor de adentro."

META

"Debo llegar al estado denominado de *perfección común*, donde el alma evita el pecado venial deliberado, y está dispuesta, si necesario fuere, a practicar las virtudes de modo heroico.

"Mi meta no es, ni podría ser, algo estático, sino que tiene que ser algo dinámico, un fin que al mismo tiempo sea un programa, por cuanto la perfección no reside tan sólo en el amor, sino en que este amor sea también el camino que a ella conduce. Para lograrlo puedo obrar según indico a continuación, y teniendo siempre presente que sólo hay una manera de ser santo, y es *siéndolo*:

"1) Imitar a Jesucristo, nuestro Señor, quien ha dicho de sí mismo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Juan, 14.16); vivir como lo haría El en mi lugar; remover todo obstáculo entre El y yo; conformar mi voluntad a la de El; darme a El; identificarme con El; ser uno con El (Juan, 17.21).

"2) Si no me atrevo a decir como Domingo Savio: *Señor, quiero hacerme santo*, por lo menos suplicarle que me haga mejor, haciéndome sufrir si fuera necesario, con tal que llegue a ser más bueno, más humilde y más unido a El.

"3) Estaré siempre alegre y dispuesto a difundir felicidad en torno de mí.

"4) Irradiaré el mensaje evangélico en un ambiente de caridad.

"5) Huiré de las ocasiones próximas de pecado; no asistiré a espectáculos inmorales; no leeré, ni permitiré leer en mi propia casa, nada que pueda ofender la virtud; evitaré toda palabra indecente y toda chanza poco honesta.

"6) Me instruiré bien en religión.

"7) Aprovecharé las tentaciones como campanillas que me llamen a la oración.

"8) Una vez al año, y durante una semana si fuera buenamente posible, haré un retiro espiritual siguiendo el orden de meditación prescripto en los Ejercicios de San Ignacio.

"9) Durante el resto de los días del año tendré bien presente el precepto de Jesús: *Velad y Orad*.

"10) Procuraré hacer triunfar los derechos de Dios y de su Iglesia, y honrar a Cristo Rey en todos los ámbitos, en mi alma, en mi familia y en todas las personas que me rodean.

"11) A los pecadores no los pelearé, sino los atraeré.

"12) Honraré a todos, y con todos seré siempre amable, cortés, como lo fue San Francisco de Sales.

A continuación escribe Enrique los incisos III y IV de esas premisas denominadas por él: *Normas prácticas y generales* (inciso III) y *Normas prácticas de cada día* (inciso IV), y allí detalla largamente, y con minuciosidad, cada una de esas normas como medio de alcanzar su perfección espiritual, o, "al menos -dice- de acercarme a ella lo más posible con la ayuda de la Gracia unida a mi esfuerzo personal".

Y concluye el detalle de esas normas con una cita de San Alfonso María de Liguori: *La suma de toda perfección está encerrada en una pregunta efectuada a Dios: ¿Señor, qué queréis que haga?*

OBRA APOSTÓLICA EN USHUAIA

Una vez escrito ese plan tan completo de vida Cristiana, Enrique se dispone a cumplirlo sin detrimento ni perjuicio de sus tareas de Segundo Comandante del rastreador *Bouchard*.

Como el comandante de ese barco le da amplias posibilidades para realizar tareas que eran propias de la comandancia, Enrique puede ejecutarlas en su lugar y en forma intensa.

Así lo hace con suma complacencia y contagiosa alegría. Pues la vida a bordo, cuando el buque está amarrado al muelle de Ushuaia, es monótona y tediosa para sus tripulantes. No así para Enrique, cuya vida interior supera todos los trances tediosos y repetidos por los cuales debe pasar su vida de marino en ese infierno.

Pleno del espíritu cristiano que lo ha llevado a escribir sus *Peldaños en el amor a Dios*, no se siente triste ni aburrido como lo están muchos de sus compañeros de a bordo. Por lo pronto, cuando el barco está en la bahía de Ushuaia, todas las mañanas, por frías que sean, baja a tierra para asistir a Misa y comulgar en la pequeña y pintoresca iglesia parroquial de Ushuaia, construida de madera (hoy existe allí una gran catedral).

Esa iglesia sin calefacción, a la que concurre todos los días, se encuentra a cargo, sucesivamente, de los padres salesianos Luis Barachino y Arturo Gianantonio, con quienes no tarda en trabar una gran amistad. Y aquellos sacerdotes, advirtiendo cuánto de puro y espiritual contiene el alma de aquel joven alférez, le piden se constituya en el cooperador salesiano del apostolado realizado en aquel confín del mundo habitado.

Tengamos presente que San Juan Bosco, más conocido en la Argentina como Don Bosco, pidió siempre a los laicos que colaboraran en su obra evangelizadora.

Aquel santo consideró, a mediados del siglo XIX, que los seglares constituían insustituibles apóstoles del catolicismo, tal como en esta centuria lo proclamó el Concilio Vaticano II y lo ratificó la Santa Sede.

Enrique, que ya era muy salesiano, responde alborozado a esa misión apostólica que le confían en Ushuaia esos hijos de Don Bosco. Recuerda, a ese fin, lo que significó para su religión y para su patria la llegada a Buenos Aires -en diciembre del año 1875- de un grupo de diez salesianos, enviados, para evangelizar la Patagonia y Tierra del Fuego, por el llamado "Santo de Valdocco" (porque en el barrio de ese nombre en la ciudad de Turín -entonces capital del Reino Sardo-, fue en donde Don Bosco fundó la Congregación religiosa a la que le dio el nombre de salesiana por tener como patrono al obispo saboyano San Francisco de Sales), y asimismo se siente estimulado Enrique, en su celo apostólico, por el ejemplo evangelizador que dejara en Tierra del Fuego uno de aquellos primeros diez salesianos enviados a la Argentina por Don Bosco: Don José Fagnano.

Este había sido el primer salesiano que en el año 1881 llegó hasta el lago Nahuel Huapi (hasta entonces en manos de los indios del cacique Sahiueque) y a quien en 1884 el Papa León XIII designó Prefecto Apostólico de la Patagonia Meridional, Tierra del Fuego e Islas Malvinas. Fagnano, desempeñándose con eficacia y sacrificio en ese cargo eclesiástico, fundó en la parte norte de la isla fueguina una misión titulada Nuestra Señora de la Candelaria -junto al Río Grande- que alcanzó un notable desarrollo evangelizador y aún subsiste. Asimismo, Fagnano llegó hasta el canal Beagle poco tiempo después que allí el comandante Augusto Laserre izara por primera vez la bandera argentina (año 1884) y dejara fundada la Sub-Prefectura de Ushuaia, luego transformada en la ciudad de ese nombre y capital de Tierra del Fuego.

Compenetrado de la importancia que había tenido y seguía teniendo la obra apostólica y civilizadora de los salesianos en la Patagonia y en Tierra del Fuego, Enrique decide colaborar con ella poniendo -como siempre lo hacía en todas sus tareas- un gran fervor y alegre entusiasmo.

Si Don Fagnano hubiera vivido en esa época, ¡con qué gusto habría abrazado a ese joven alférez de navío convertido en apóstol laico de Ushuaia! Pero si Don Fagnano había muerto en 1916 sin volver a ver a su querido maestro Don Bosco -fallecido en 1888- los salesianos continuaban su obra en Tierra del Fuego.

Junto al titulado Río Grande, que desemboca en el Atlántico, y al canal Beagle (así llamado por haber sido el capitán inglés Fitz Roy con su nave Beagle el primer navegante que lo transpuso), ellos permanecieron y permanecen, para bien de la Argentina.

Enrique encontró en aquellos salesianos lo añorado por su juventud religiosa: un gran ejemplo aleccionador de trabajo, fe, esperanza y caridad. Allí, a orillas de la Bahía de Ushuaia en una pequeña ciudad austral y en una silenciosa y humilde iglesia parroquial, su alma puede ascender hasta cumbres más altas que las de las montañas nevadas y cubiertas de nubes que sus ojos contemplan cada día en aquel invierno de 1944.

Engrandecida y fortificada, su fe ya no se conforma con enseñar las verdades Cristianas a la tripulación de su buque.

Ahora también resuelve difundirlas entre los habitantes de Ushuaia y los reclusos del presidio fueguino.

Cada día se siente más impulsado a dar testimonio de su fe Cristiana, no sólo con su ejemplo, sino igualmente con su palabra hablada. Doce marineros hacen su primera comunión gracias a sus enseñanzas catequísticas. E impulsado por su prédica, todos los tripulantes del *Bouchard* concurren a Misa los domingos.

Hasta el comandante del buque, que estaba apartado de las prácticas religiosas, es llevado por Enrique a la iglesia parroquial para que presencie la celebración de la Misa, comulgue junto con él, y escuche y elogie el sermón del padre salesiano.

Tras ocho años de ausencia, llega a Ushuaia en visita pastoral el obispo de Viedma, monseñor Nicolás Esandi, quien no puede menos de asombrarse y alegrarse ante el cálido recibimiento que entonces le hacen los marinos, y ante la cantidad de feligreses que concurren a la iglesia parroquial.

Y no tarda en saber que ello se debe, en gran parte, a la obra y el ejemplo de un alférez de navío muy religioso y dinámico.

Enrique se maravilla del buen resultado de su apostolado en Ushuaia, y, durante sus comuniones, siente una devoción sensible que mucho lo conforta. Sabe que esas gracias especiales que le impiden caer en la aridez durante sus frecuentes rezos y comuniones, no son necesarias para mantener su fe, y que perdurarán poco, pero -él escribe- de todos modos constituye una gran alegría recibirlas.

No envaneciéndose de cuanto Dios le otorga en premio del amor que le demuestra, le escribe a Cecilia: "La superioridad moral está en relación de lo que Dios da y el hombre es capaz de retribuir y realizar. ¿Qué mérito tengo de ser un buen cristiano, como aparentemente lo soy? Y me parece que debiera serlo mucho más dadas las buenas oportunidades e inspiraciones que Dios me proporciona".

Su padre le escribe expresándole su sentimiento de no llevarlo a Nueva York en un viaje que va a emprender, y le pregunta si sigue sumido en las tinieblas intelectuales de la Edad Media.

Enrique ama enormemente a su padre y, a su vez, siente que él no lo acompañe en su viaje espiritual cumplido en Ushuaia con tanta alegría y tanto provecho. No ha vivido, junto al Beagle, en medio de tinieblas intelectuales -como su padre le dice-, sino recibiendo luces divinas que enriquecen su intelecto e iluminan su espíritu. Los días que pasa en los mares australes durante aquel invierno de 1944, le han sido muy útiles: han constituido un tiempo de preparación religiosa para comenzar una nueva vida cuando regrese a Buenos Aires.

REGRESO AL HOGAR

Aquella preparación termina cuando llega el día de partir. El rastreador Bouchard debe regresar a Puerto Belgrano después de haber cumplido su misión de patrullaje en las costas atlánticas y en los canales fueguinos.

Toda la población de Ushuaia, con su cura párroco a la cabeza, va al muelle para despedir al joven alférez de navío que, habiéndolos enfervorizado con su ejemplo religioso y su palabra ardiente, les deja un muy grato recuerdo.

Emocionado ante esa cálida despedida, Enrique les promete enviarles otro marino que sea capaz de llevar a cabo un apostolado laico semejante al que ha cumplido durante su estada en la capital de esa Gobernación argentina que para él ha sido verdaderamente una Tierra del Fuego, no por las fogatas efectuadas por los indios, sino por el fuego espiritual de amor que allí Dios encendió en su alma. Inflamado por ese amor, desea hacer amar todo cuanto Dios ha creado y ama en su bondad.

Vuelve, pues, a Buenos Aires pleno de la alegría proporcionada por su fe ardiente ya consolidada para siempre, y por saberse esperado con amor por su esposa que está a punto de brindarle el goce de ser padre. Además se siente fuerte por haber

sabido cumplir con eficacia sus funciones de segundo comandante del rastreador Bouchard, cuando sólo contaba veintitrés años de edad.

Pero su gran alegría por tantos buenos motivos y tantas grandes esperanzas se ve en parte enturbiada, durante su viaje de regreso, por una preocupación: la de cómo abandonar su carrera de marino, pidiendo voluntariamente su baja.

En su mente y en su corazón, ante el avance de su religiosidad y de la Gracia que Dios le concede, puesta de manifiesto en muchas y diversas ocasiones, un pensamiento ya expresado dos años antes, ahora ha tomado fuerza *junto* al Beagle: que sin *dejar* de amar la vida y abandonar su entorno social, debe cumplir tareas apostólicas de mayor envergadura que las llevadas a cabo en su barco y en Ushuaia.

La cita de Carlos Matthey con la cual había comenzado sus *Peldaños en el amor a Dios*, volvía constantemente a su memoria: *A Ti, que pasas y me llamas, quiero ir, con Tu ayuda, profunda humildad e intenso amor.*

Por ello, al regresar a Buenos Aires, pensaba en las dificultades que se opondrían a que pudiera dar ese paso tan importante: dejar su carrera de marino a fin de tener más libertad para cumplir con mayor intensidad su vocación de convertirse en un apóstol laico del catolicismo.

Pero, ¿no sería ese paso un capricho pasajero del cual luego se arrepentiría? ¿No sería dar un mal ejemplo a sus amigos marinos al abandonarlos como compañeros de a bordo para quedarse en Buenos Aires al lado de su esposa y sus hijos? ¿No se consideraría un desprecio para la Marina que, llegado a alférez de navío, y estando por ser ascendido, ahora pidiera su baja? ¿Sería comprendido por su padre y por las personas poco religiosas de su familia y de su amistad, esa decisión suya de abandonar la Marina a fin de poderse dedicar por entero a un llamado de Dios?

Tales eran los interrogantes que se formulaba a sí mismo y que empeñaban su alegría de volver a abrazar a su tan querida Cecilia y de esperar con alborozo el nacimiento de su primer hijo.

Capítulo V

Tiempo de cambiar de ruta

Enrique había dicho que en la vida de todo cristiano son tan necesarios los días de alegría y goce como los de dolor. A poco tiempo de su casamiento había tenido que separarse de Cecilia cinco meses, y esa separación fue dolorosa.

En cambio, al regreso de Ushuaia, le tocaba el turno de pasar junto a ella una época de gran felicidad y gozó entonces de toda la dicha que puede disfrutar un matrimonio cristiano.

Para su mayor felicidad, durante aquella época nació su primogénito, que recibió el nombre de Jorge, por su abuelo y Enrique, por su padre. El gusto de ser padre constituyó un factor más que benefició el carácter de Enrique ya de por sí afectivo y expansivo.

En una de sus cartas expresó entonces su felicidad transcribiendo un verso de Francisco Luis Bernárdez titulado "El Hijo":

*Ya soy feliz, ya tengo un hijo, ya no estoy
solo por completo en este mundo.
Ya existe un ser que me acompaña, ya tengo
un sitio asegurado en el futuro.
Todo es más bello y más profundo, todo es
más vivo y más perfecto que hasta ahora.
Todo conmueve con más fuerza, todo se
imprime con más fuerza en la memoria.
Todos los seres son tan míos que no
los puedo distinguir de mi persona.
Desde que estoy acompañado, todo se
vuelve más preciso y más seguro.
Y entre las cosas recobradas tengo
descanso, tengo sombra y tengo rumbo.*

Tanto las tres tías de Enrique como los dos abuelos del recién nacido también recibieron con alborozo la llegada de Jorge Enrique. Y menudearon las felicitaciones y los regalos.

Era aquel niño el primer nieto de Alejandro Shaw y de Jorge Bunge. ¿Cómo, pues, esos dos abuelos, que muy jóvenes tuvieron la desgracia de quedar viudos, no iban a estar contentos de aquel primer fruto del gran amor que se tenían sus hijos?

En el caso de Jorge Bunge, debemos agregar que Cecilia era su única hija y ella lo había consolado en su viudez más de lo que podía imaginar. Mientras permaneció soltera, siempre había viajado y vivido con su padre, y cuando casada, también seguía haciéndole compañía a raíz de las ausencias de Enrique por causa de sus viajes.

La larga separación de cinco meses, referida en el capítulo anterior, no había sido ni fue la única que se produjo entre Enrique y Cecilia desde el 23 de octubre de 1943 -día de su casamiento- hasta el mes de agosto de 1944.

Al nacer Jorge Enrique su padre estaba ausente cumpliendo una misión profesional. Y en todas esas ausencias Jorge Bunge amparaba a su hija en su departamento de la calle José Evaristo Uriburu.

Una de esas ausencias, que no fue corta, tuvo por motivo la ruptura de relaciones con las potencias del Eje Roma- Berlín-Tokio efectuada por el Gobierno argentino el 26 de enero de 1944.

Enrique recibió orden de embarcarse en el torpedero Mendoza destinado a patrullar la costa del Atlántico, con otras naves de guerra, a fin de impedir la llegada de elementos *nazis*, y hasta del mismo Adolfo Hitler y algunos de sus secuaces, que se suponía podían huir de Europa para esconderse en América.

Recordemos que en aquellos primeros meses de dicho año, con la entrada de Estados Unidos de Norte América en la guerra, los *nazis* sufrieron derrota tras derrota, y las ciudades alemanas tuvieron que soportar terribles bombardeos de los aviones norteamericanos e ingleses. Corrió entonces un rumor: que, viéndose irremediabilmente perdido, Hitler había resuelto dirigirse a la Argentina, a fin de esconderse en nuestra patria con nombre supuesto y trayendo de Alemania fuertes sumas de dinero.

Daba pie a tal posibilidad el hecho de que el hombre fuerte del gobierno de facto establecido en nuestra patria tras la revolución del 4 de junio de 1943, era el Secretario del Departamento Nacional de Trabajo, coronel Juan Domingo Perón, quien, luego, pasando a ser Ministro de Guerra y Vice-Presidente de la República, ocupaba, así, tres cargos importantes. Y, precisamente, aquel coronel simpatizaba con el totalitarismo que había estudiado en Roma con la intención de aplicarlo en tierra argentina.

Si es verdad que él formaba parte del Gabinete que había roto relaciones con las potencias del Eje, todo el mundo sabía que esa ruptura se efectuó tardíamente y con desgano. Por eso, corría el rumor de que Hitler desembarcaría en las costas patagónicas para refugiarse en nuestro país con nombre supuesto.

De nuevo, pues, Enrique tuvo que separarse de Cecilia para navegar por los mares del sur.

Aquella ruptura de relaciones con las potencias del Eje (que sólo un año después se concretaría en una declaración de guerra efectuada el 27 de marzo de 1945), le ocasionó otro trastorno más: no pudo pedir entonces su baja debido a que el Ministro de Marina resolvió no dar trámite a tales pedidos mientras la Argentina estuviera en estado de guerra.

Enrique gozaba de gran felicidad durante los últimos meses del año 1944 y primeros del 1945. Asimismo, había alcanzado un alto concepto en la Marina por su excelente comportamiento durante los ocho años transcurridos desde su entrada como cadete, y reglamentariamente debía ser ascendido. No obstante, estaba decidido a pedir su baja.

HACIA DELANTE

Cosa curiosa que él comprobaba: antes, cuando siendo un adolescente decidió entrar a la Marina, todos sus parientes vituperaron su decisión, y ahora -ocho años después- todos ellos, más sus amigos, y hasta su esposa y su director espiritual, el Padre Francisco Rotger, se oponían a que dejara la carrera de marino.

Cada uno le daba un argumento diferente para que no lo hiciera. Pero, pese a las opiniones de seres que amaba, se sentía compelido a cambiar el rumbo de su vida.

Por eso, para explicarse los motivos de su decisión inquebrantable, escribía en su Diario exaltando lo que en ese nuevo rumbo se disponía a efectuar.

Transcribimos algunos párrafos demostrativos de que tal determinación provenía de su firme convencimiento de haber recibido un llamado de Dios.

"Soy un humilde peón dispuesto a moverme en el tablero de mi vida como Dios quiere que lo haga. Ahora, El desea que yo represente en el mundo la Verdad, el sentido común, las virtudes sólidas, la alegría del cristiano. Debo hacer recordar que Dios existe y es Padre. Y debo realizar con paciencia una acción evangelizadora en el interior de las almas, comenzando por el fondo de la mía. Pues la mejor forma de difundir el Evangelio es vivirlo".

"Considero que el modo de realizar la misión a la cual me siento llamado (tal vez sea la manera menos llamativa pero la más eficaz), es la de dar yo mismo gloria a Dios para hacer que los demás también la den.

Cuanto mayor sea mi actuación en ese sentido mayor efecto tendrá mi ejemplo sobre quienes me rodean. Buscaré que los perezosos sean movidos; los desanimados, entusiasmados; los débiles, sostenidos.

Es obvio que no puedo permanecer indiferente a la reconstrucción del orden cristiano en nuestra patria y a la movilización de los católicos. Nuestro programa debe ser el de salvar el alma del prójimo, salvar la nuestra y ser santos.

Para ello es indispensable usar en los ambientes que no son integralmente cristianos un lenguaje muy especial. A ese efecto necesitamos crear un equipo que permita ejercitar seriamente nuestras ideas. No se nos ha dicho: *Convertid*, sino *Id y predicad*.

No conseguiremos hacer deseable y posible la vida cristiana minimizando sus exigencias de *santidad*, sino viviéndolas lealmente y en toda su intensidad. Inteligencia y santidad es el lema de todo apóstol, y debe ser el mío".

"He de creer, verdaderamente, que los cristianos somos la *luz del mundo*. Debo tener un concepto claro de lo que es ser apóstol partiendo de la base de que pertenezco al Cuerpo Místico de Cristo.

Los católicos no sólo son la *luz del mundo*; son, también, el fermento que levanta la masa incrédula. No es que debemos llevar ese fermento, sino que nosotros constituimos ese fermento".

"El catolicismo ofrece una explicación razonable del desorden que es la característica principal de nuestro mundo actual. Y son muchos los que se dan cuenta de cuál es la única solución para curar ese desorden: la religión. Dios se sirve, así, de los males del presente para despertar a quienes dormían al ignorar la vida de la fe.

Por todo ello, tengo un puesto que ocupar. Si no lo ocupo seré menos feliz. Todo éxito, toda actividad, todo fracaso, no tendrán para mí -en adelante- sino una nota única: cumplir mi vocación de difundir el amor a Cristo."

Se advierte que, a los veinticuatro años de edad, Enrique ya había cumplido en gran parte el programa de vida expresado en sus *Peldaños del Amor a Dios*: escalón por escalón había subido espiritualmente hasta alcanzar ese amor que lleva hacia el Cielo.

Su alma se sumergía constantemente en un océano de felicidad al pertenecer cada día más enteramente a la esfera divina. Pero la incomprensión de muchos y el desprecio de algunos, que lo consideraban un romántico exaltado, era el precio que debía pagar por esa felicidad, obtenida mediante los dones otorgados por Dios.

Como ya lo hemos dicho, uno de esos dones, que se le habían concedido, era el de la oración practicada con perseverancia y entusiasmo. Oración no solamente labial, sino principalmente mental, la cual *constituye el alma de toda oración por cuanto es gustar con anticipación los goces del Cielo en la Tierra, y es poseer en este mundo el Paraíso en medio de las tinieblas de la fe*. (W. Grossouw: *Vida Espiritual*, Ed. C. Lohlé, Buenos Aires, 1956, p. 91.)

Enrique se entusiasmaba entonces con el movimiento litúrgico que, durante esos años, crecía intensamente en el ambiente católico.

Como, cuando estaba en tierra, asistía diariamente a Misa y seguía día a día el desarrollo del año litúrgico, comprendió con la lectura de su misal y presenciando con frecuencia el Oficio Divino que la esencia y espíritu objetivo de la liturgia significa mucho más que nuestra experiencia personal, y que ella realiza en la Tierra un anticipo del Cielo (W. Grossow, op. cit., ps. 108 y 109).

Su entusiasmo por el movimiento litúrgico efectuado en idioma vernáculo, lo determinó a pedir que sus hijos fueran bautizados en español, lo que así se hizo.

Pero, al poseer en profundidad todo cuanto le proporciona la liturgia, no se queda en lo externo del culto religioso. Su fe católica supera sus horizontes de marino. Y se afirma en su idea de que ya no puede continuar su carrera en la Armada. Debe dejar de mirar hacia atrás: es necesario abandonar sus viajes por los mares australes

de la Argentina para ir a navegar por otros mares de mundos espirituales desconocidos.

No sabía bien qué encontraría en esos nuevos mares, ni cómo haría frente a las necesidades de su familia, ni en qué forma ni dónde desempeñaría en adelante su misión apostólica. Pero sí comprendía que Dios lo impulsaba a abandonar la Marina para marchar hacia donde El lo conduciría.

El hecho de que por todas esas razones estuviera decidido a pedir su baja no le impedía seguir cumpliendo, en aquellos primeros meses del año 1945, con sus obligaciones de oficial de Marina desempeñadas con la misma estrictez de siempre.

Por ello, sus superiores, no advirtiéndoles cuáles eran sus intenciones, lo designaron para que fuera a la Universidad de Chicago por dos años para realizar allí un curso de Meteorología. Enrique obedeció ese mandato, ya que no podía entonces pedir su baja. Pero esta vez no partió solo: a Estados Unidos de América llevó consigo a su mujer y a su hijo. Y en el buque *José Menéndez* partieron los tres el 14 de julio de 1945.

El viaje duró treinta y un días, los cuales fueron muy bien aprovechados por Enrique, pues a bordo pudo conversar tranquila y largamente con dos inteligentes capellanes franco-canadienses de la J.O.C. (juventud Obrera Católica). Uno de ellos sería obispo en Canadá.

Aquellos dos sacerdotes le hicieron comprender la importancia que para el mundo del siglo veinte tenía el trabajar para la promoción y conversión al catolicismo de los obreros que, en general, eran ateos, y no suficientemente promovidos por los empresarios cristianos.

Dada la importancia que el jocismo tuvo para el pensamiento social de Enrique, debemos recordar el origen de ese movimiento de la juventud obrera cristiana, y cuáles eran sus propósitos.

La J.O.C.

A comienzos de nuestro siglo, un chiquillo desaparrado se plantó ante el autor de sus días con toda la firmeza de sus pies descalzos, y le dijo: *Papá, quiero ser sacerdote*. Y su padre, hombre católico del pueblo belga, rudo y laborioso, dirigiéndose a su esposa presente, le manifestó: *Mujer, trabajaremos más y sufriremos más, pero no nos oponemos a la Voluntad Divina, y será para nosotros una honra que Dios haya escogido a uno de nuestros hijos para su servicio*. Luego, dirigiéndose a su hijo, le contestó: *Si Dios realmente te llama, serás sacerdote*.

Poco tiempo después aquel chiquillo belga entró en el seminario.

Se llamaba José Cardjin.

Efectuada su ordenación sacerdotal, se dedicó con empeño a realizar obras sociales en la parroquia belga a la cual había sido destacado. Lo dominaba la idea de consagrar su vida entera a la conquista de los obreros para Cristo. Nacido entre ellos, conocía por experiencia sus defectos espirituales.

Comprendía que si la mayoría de los jóvenes obreros caían en el ateísmo y en el vicio, se debía a no encontrar a su alrededor cristianos que les tendieran fraternalmente la mano.

Quiso, pues, tenderles esa mano junto con un equipo especializado en esa tarea. Tuvo muchos sinsabores y tropiezos al comienzo de su generosa empresa. En 1925 publicó su primer libro: *Manual de la Juventud Cristiana*. Ese libro constituyó un código luminoso que tres muchachos obreros (Tonnet, Meert y Gare) se encargaron de llevar a la práctica con extraordinario entusiasmo.

Así nació la J.O.C. El Papa reinante entonces, S.S. Pío XI, bendijo al *jocismo* y dio su aprobación a Cardjin, diciéndole entre otras palabras estimulantes: *El mayor escándalo del siglo XIX es que la Iglesia, de hecho, perdió la clase obrera en aquella centuria*. Había, pues, que reconquistarla en el siglo XX, y para ello, la J.O.C. formó un

equipo de obreros católicos, quienes, a su vez, atrajeron a sus compañeros de trabajo por distintos medios.

La J.O.C. no tardó en extenderse más allá de las fronteras de Bélgica, y millares de obreros de muchas naciones fundaron y organizaron centros de estudio, periódicos especializados en su trabajo, cajas de ahorro, servicios de aprendizaje, y lugares de esparcimiento, descanso y vacaciones para ellos.

En la Argentina la J.O.C. quedó fundada en el año 1938, pero sólo en el año 1940 el movimiento *jocista* adquirió fuerza en nuestra patria gracias al celo apostólico de dos sacerdotes: los presbíteros Agustín B. Elizalde y Enrique Rau.

En 1941 se realizó en Ciudadela (Parroquia del Padre Elizalde) la primera asamblea diocesana *jocista*, a la que concurrieron más de cinco mil jóvenes obreros.

Cuando Enrique volvió de Ushuaia pudo presenciar una asamblea *jocista* realizada con gran éxito en Avellaneda, el 10 de diciembre de 1944, y en la cual se recordó que S.S. Pío XI había dicho: *La J.O.C. es una forma auténtica de Acción Católica, apropiada al tiempo de hoy y que ha consagrado sus cuidados y esfuerzos en favor de la clase obrera frecuentemente oprimida bajo el peso de la miseria y el engaño.*

Asimismo, Enrique había escuchado al gran publicista y orador brasileño Alceu Amoroso Lima, quien escribía sus libros con el seudónimo de Tristán de Athayde, y acaba de fallecer.

En una de las conferencias que pronunció en Buenos Aires, Alceu manifestó: "Existe en nuestros días un movimiento social, que domina todos los demás movimientos, destinado a la ascensión del proletariado.

Estemos o no de acuerdo en promover esa ascensión, el hecho es que ella llega fatalmente, no sólo por causa de las condiciones históricas modernas, sino también porque es un hecho justo y que corresponde a la ley natural y divina.

Tiene a su favor, por tanto, no el capricho de una época, sino la inexorabilidad de las leyes de la naturaleza de las cosas instituidas por el Creador y dirigidas por la Providencia Divina. Ante ese fenómeno inexorable, nuestro comportamiento sólo puede ser uno: procurar de canalizarlo de modo que se produzca racionalmente, según las aspiraciones del bien común, y no en forma desordenada como una avalancha. Impedirlo o abandonarlo a sus propias fuerzas, son dos actitudes igualmente irracionales y catastróficas.

Tal fue, desgraciadamente, la actitud de muchos católicos del siglo XIX que repudiaron los esfuerzos de Ozanam y de Lacordaire (y de Lamennais antes de su lamentable apostasía), en el sentido de resolver cristianamente el problema de la ascensión del proletariado. Y precisamente, para evitar que ese error volviera a cometerse en nuestro siglo, nació en Bélgica el movimiento de la J.O.C., fundado y conducido por aquel hijo de obreros que se hizo sacerdote: José Cardijn. La concepción cristiana del trabajo en su forma más pura es el *jocismo*. Sólo esa concepción podrá dar al movimiento ascensional de las clases trabajadoras un *sentido sobrenatural*, que impedirá la repetición con el proletariado del siglo XX del error tremendo cometido por la burguesía del siglo XIX: separarse del cristianismo, en su orgullo inicial, y, más tarde, procurar servirse de la religión para mantener sus posiciones sociales.

La J.O.C. podrá impedir que ese drama y ese error se repitan. Sólo Dios sabe si lo conseguirá. Sin embargo, nuestra obligación es hacer todo lo posible para que pueda conseguir su ideal, que es el de todos los hombres de buena voluntad."

Todas estas ideas bullían en la mente de Enrique cuando se embarcó en el *José Menéndez*, y allí encontró con esos dos capellanes franco-canadienses que lo confirmaron en su *jocismo*, pues ya antes de partir había prestado su colaboración personal y pecuniaria al movimiento iniciado -como hemos dicho- en la Argentina por los presbíteros Rau y Elizalde, debido a lo cual había sido nombrado *jocista honorario*.

No obstante escuchar con entusiasmo lo que aquellos dos sacerdotes le explicaron en aquel viaje, Enrique tenía bastante equilibrio e inteligencia para comprender que el incipiente *peronismo* que en la Argentina decía levantar la bandera

de la justicia social y de la ascensión del proletariado, no era sino una mala caricatura del *jocismo*, y nada tenía que ver con el sentido sobrenatural que Cardjin deseaba dar a su movimiento.

Entre Perón y Cardjin existía un abismo. El primero pensaba en su ambición personal, en su deseo de alcanzar el poder político para emplearlo en forma totalitaria, y únicamente peroraba acerca de la ascensión del proletariado para que los sindicatos hicieran votar su candidatura cuando llegara el momento de autoproclamarse candidato a la presidencia de la República Argentina.

El tiempo demostraría la diferencia existente entre *jocismo* y *peronismo*; mas como exteriormente presentaban semejanzas en su preocupación por el obrero, muchos católicos engañaron, o quisieron engañarse, y declararon que entre el *descamisado peronista* y el *obrero jocista* no existía mucha diferencia y tenían ideales comunes.

En ese engaño nunca cayó Enrique no obstante su preocupación por la promoción y el bienestar de los obreros.

Entre sus múltiples lecturas, había leído la biografía del fundador de las Conferencias Vicentinas, profesor de la Sorbona, doctor Federico Ozanam, y había comprendido la verdad de la línea del catolicismo social en el siglo XIX, que constituyó a Ozanam en precursor de la encíclica *Rerum Novarum* mediante sus clases dadas en Lyon durante el año 1839. Esa línea fue seguida siempre por Enrique. Porque esa línea llamaba entonces de *avanzada* por unos, y de *liberal* y *socialista* por otros, era la del obispo argentino Monseñor Miguel de Andrea, cuyas conferencias publicadas por la Editorial Difusión habían sido leídas con gusto por Enrique antes de 1945.

Por otra parte, señalemos que la verdadera calificación de esa línea, cuando no queda desvirtuada por una tendencia izquierdizante, es la de ortodoxa, pues ha sido la de los Papas León XIII, San Pío X, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y Paulo VI, la aprobada por el Concilio Vaticano 11, y, actualmente, se encuentra expuesta magistralmente por S.S. Juan Pablo II. Por supuesto que esta línea nada tiene que ver y está muy lejos de la seguida por el comunismo, el marxismo y el socialismo, ideologías que se proclaman y son ateas.

DECISION CUMPLIDA

El 1 de Agosto de 1945 desembarcó el matrimonio Shaw-Bunge en el puerto de Nueva York, y encontró al pueblo norteamericano entusiasmado por haber terminado la guerra mundial con la rendición de Japón.

La euforia producida por aquel triunfo tras una contienda tan larga y que tantas muertes y destrucciones había ocasionado, fue causa de que aquel pueblo no advirtiera el desacierto que su Presidente, Franklin Roosevelt, había cometido en Yalta al entregar a los rusos comunistas todos aquellos países que quedaron detrás de la cortina de hierro, y de los cuales las católicas naciones de Polonia y Hungría serían y siguen siendo las mayores víctimas.

Pero, en aquel agosto de 1945, la victoria nublaba las mentes de los triunfadores, y no advertían que lo dispuesto en Yalta consolidaba la fuerza del mayor enemigo de la civilización cristiana.

A la alegría que le proporcionaba la terminación de la guerra, se añadió para Enrique otra de otra especie: ahora podía pedir su baja de la Marina. Y en seguida del desembarco, se dirigió a Washington para presentar ese pedido:

Washington, 15 de Agosto de 1945.

Al señor Agregado Naval y Aeronáutico de la

*Embajada Argentina en los Estados Unidos de América.
S/O.*

De mi mayor consideración:

Me dirijo al Sr. Almirante a fin de solicitar le quiera tener a bien gestionar de la Superioridad que, de acuerdo con el artículo 21 de la Ley Orgánica de la Armada (Decreto N°10700/45), se me conceda la baja de la misma (art. 18 inc.1).

Las razones de esta medida son de carácter privado y tales que no me son posible detallar, pero ajenas del todo a la Marina, hacia la cual sigo conservando los mismos sentimientos de cariño que siempre le he profesado, por lo cual, además de las funciones obligatorias prescriptas por el artículo 105 de la L.O.A., me ofrezco para desempeñar toda otra, cualquiera sea su índole, en que en algún momento o circunstancia pudiera resultar útil.

Dadas las circunstancias especiales actualmente existentes, me he apresurado a formular esta solicitud, aun antes de que jurídicamente cese el estado de guerra, a fin de que la superioridad disponga del tiempo necesario para que, si así lo considera conveniente, pueda enviar otro oficial para reemplazarme en los estudios de Meteorología que estaba proyectado que el suscripto cursara.

Además deseo, muy especialmente, devolver al Estado, en la forma que sea más conveniente, el importe de todos los gastos efectuados con motivo de mi pase a esta Comisión Naval (pasaje, viático, diferencia entre el sueldo que me hubiera correspondido en pesos argentinos con respecto al que he recibido aquí, etc.), por haber sido tomada la decisión que motiva esta solicitud cuando el suscripto se halla en este país y ha recibido dichos emolumentos.

Saludo al Sr. Almirante muy atentamente.

*Enrique E. Shaw
Teniente de Fragata*

Conocido ya en Buenos Aires ese pedido de baja, inmediatamente sus compañeros de la Marina y los parientes de Enrique trataron de disuadirlo de su decisión.

Siete almirantes entrevistaron a Alejandro Shaw para pedirle que hiciera desistir a su hijo del pedido formulado de baja, ya que su carrera en la Marina se le presentaba brillante.

También argumentaron que de insistirse en ese pedido, la Marina sufriría un perjuicio al perder tan excelente oficial como era Enrique. Para convencerlo le dijeron sus parientes, entre otras cosas, que al menos esperase para presentar su solicitud de baja el transcurso de los dos años de estudio de meteorología en Chicago. Únicamente su suegro aprobó su idea de retirarse de la Marina.

Enrique consideró poco delicado permanecer por más tiempo en la Armada Nacional cuando su decisión de alejarse de ella para siempre estaba tomada. Además, se sentía urgido por su vocación apostólica. Dios lo llamaba a cumplir una misión trascendente, y él debía responder a ese llamado lo más pronto posible.

Su mérito al hacerlo así era grande, si se tiene en cuenta que perdía su sueldo de teniente de fragata sin contar aún con recursos suficientes para hacer frente a las necesidades de su familia.

Como el pedido de baja tardaba en llegar, partió a Chicago a fin de intervenir en la iniciación del curso de Meteorología para el cual había sido enviado.

Quince días después de estar en esa ciudad, le llegaba concedido su pedido, y comenzaba, por ese motivo, una nueva vida para él. Quedaba cumplido su cambio de rumbo.

Ahora comenzaría para él una vida de pobreza, pues su decisión era la de trabajar como obrero. En esa época la herencia recibida de su madre estaba muy reducida a causa de la crisis económica por la cual pasaba la firma Tornquist.

El campo *Luis Chico* era de su padre y constituía una estanzuela que poco o nada producía y sólo era buena para veranear. De su padre no podía, pues, recibir ayuda económica de importancia.

Por parte de su suegro tampoco podía, por el momento, recibir esa clase de ayuda, pues Jorge Bunge se encontraba ese año abocado a la construcción de Pinamar, que realizaría con gran éxito, pero que, en aquel entonces, sólo le ocasionaba ingentes gastos.

Como se ha dicho: "Cuesta imaginar que en lo que hoy es la ciudad veraniega de Pinamar, hubo gente que se murió de sed en esos médanos actualmente cubiertos de bosques, casas, jardines, canchas de golf y tenis. Los médanos conformaron durante siglos una barrera capaz de impedir a los habitantes de esas tierras su llegada hasta el mar. Los indios mismos no se habían atrevido a internarse en esas montañas de arena que el viento hacía mover de un lado para el otro".

Jorge Bunge, arquitecto recibido en la Escuela Politécnica de Munich, y que había estudiado urbanismo con detenimiento, acometió la ardua tarea de fijar y forestar los médanos para convertir a Pinamar en una playa verde, lo que así realizó durante la década de 1940.

Dispuesto por tanto a pasar por una época de pobreza, Enrique no vaciló en confiar en Dios y esperar la *añadidura* que promete a quien busca Su Reino y Su Justicia. Y la *añadidura* no tardó en llegar al producirse el ofrecimiento, por parte del tío materno de Cecilia, León Fourvel, de entrar en su importante fábrica argentina titulada Cristalería Rigolleau S.A., en la cual trabajaban tres mil cuatrocientos obreros que podrían estar, más adelante, cuando estuviera Enrique al tanto de todo lo referente a la industria del vidrio, bajo su mando y dirección.

Sin embargo, Enrique dudó en aceptar tan buena proposición por sentirse atraído a emplearse en Norteamérica como obrero, para conocer más a fondo los problemas espirituales y económicos de los trabajadores. Ya una vez, aprovechando una licencia cuando era guardia-marina, se había embarcado como tripulante de un barco carguero perteneciente a un amigo suyo, llevado por el impulso de conocer por dentro la vida del asalariado. ¿No debía hacer, pues, otro tanto a fin de difundir el *jocismo* en las filas obreras?

Pero en Chicago su confesor, el sacerdote norteamericano monseñor Reynold Hildebrand, con quien conversó acerca de su idea apostólica, lo convenció de que su lugar no era el vivir y trabajar con obreros, sino entre los empresarios; que el apostolado debe ejercerse en el propio ambiente; que el suyo no era el del proletariado; que, para trabajar por la promoción de la clase trabajadora, más convenía hacerlo como patrón que como asalariado.

El problema de la conversión al cristianismo y de la promoción de los trabajadores debía plantearse, especialmente, no sólo con soluciones materiales procedentes de la humanidad egoísta y pecadora, sino también con soluciones espirituales inspiradas por Dios y por su Gracia.

En una palabra: era a los empresarios católicos, que entonces en Buenos Aires se contaban con los dedos, a quienes más correspondía impedir la lucha de clases por medio de su generosidad, su inteligencia y su comprensión. Sin cristianismo la cuestión social no podría llegar a resolverse, y como el cristianismo era, en el siglo XX, más generalmente profesado por la clase social a que pertenecían los empresarios, que por la de los obreros, a aquellos y no a éstos correspondía efectuar en esos años el

mayor esfuerzo de unir a unos y otros con la destrucción del muro que los separaba en campos opuestos, y de aliviar las malas condiciones de vida de muchos obreros argentinos.

Enrique acabó por comprender todas esas atinadas razones expuestas por monseñor Hilldebrand, y aceptó la propuesta de León Fourvel.

LA CRISTALERIA RIGOLLEAU y LA INDUSTRIA DEL VIDRIO

Esta Cristalería había sido fundada en octubre de 1882 por el industrial francés don León Rigolleau, quien entonces la denominó *La Nacional*. Lo curioso de esa fábrica (que más adelante cambiaría su nombre por el de Cristalería Rigolleau), es el motivo por el cual fue instalada en la Argentina.

"La familia Rigolleau había fabricado papel durante generaciones a la sombra augusta de la catedral de Angulema en Francia. Y un miembro de esa familia, León Rigolleau, decidió un buen día abandonar sus catedrales, sus mansos paisajes cargados de historia, su vida ordenada y su trabajo heredado de sus abuelos, para emprender la aventura de realizar algo en la República Argentina, donde en aquellos años todo estaba por hacerse.

Llegado a Buenos Aires durante la década de 1870, instaló su papelería en la calle Belgrano 1192, y allá se dispuso a dedicarse, también, a la fabricación de tinta para escribir en los papeles importados.

Pero un día descubrió que era más necesario fabricar vidrio que tinta. Ello se debió a que un francés de apellido Moine, dueño de la Droguería del Pueblo y vecino de la Papelería Francesa de León Rigolleau, se acercó a éste presentándole una redoma de vidrio llena de tinta azul.

Si un mago hubiera entonces inclinado su cabeza sobre esa redoma como si fuera una bola de cristal en la que se pudiera escudriñar el porvenir, habría quedado estupefacto, porque hubiera visto surgir, de aquel brillo azul, el esplendoroso rojo de los hornos, y de aquella tenue envoltura de vidrio, todo un mundo de objetos útiles, bellos o científicos de los más variados colores y transparencias, y hubiese visto levantarse edificios, erigirse hornos y chimeneas, tenderse rieles, agitarse toda una colmena humana y formarse un pueblo nacido del trabajo.

Más no había ningún mago en aquella Papelería Francesa, sino su mejor sucedáneo: un hombre de empresa.

No es probable que León Rigolleau viera en aquella redoma, que le presentó Moine, el porvenir que le esperaba, pero es seguro haber advertido que en nuestro país, durante aquella época, cualquier industrial tenía grandes posibilidades de éxito si era inteligente y hábil, como él demostró ser. Porque entonces, como la tinta necesitaba tinteros, resolvió fabricar él mismo los frascos en los que vendía su producto y, más tarde, comprendió que en vez de fabricar tinta debía dedicarse a la industria del vidrio.

"Desde los intentos heroicos y precarios de Juan de Soria en Córdoba el año 1592 hasta la fundación en Buenos Aires de la fábrica Bordoni de botellas y otras piezas, la industria del vidrio se había debatido en la Argentina entre mil dificultades.

Ese período había constituido, prácticamente, la prehistoria de la producción vidriera en nuestra patria. León Rigolleau empezó por asociarse con unos catalanes que instalaron un tallercito para fabricar vidrio.

Esta asociación no prosperó, y entonces decidió instalar su propia fábrica. A ese efecto mandó llamar de Francia a su sobrino Gastón Fourvel Rigolleau, muchacho de firme voluntad y clara inteligencia cultivada ya entonces por la lectura. Y a los 14 años de edad llegó en el año 1879 a Buenos Aires llamado por su tío, con quien, tres años

después, realizó las primeras instalaciones de una nueva fábrica en la calle Belgrano y General Urquiza el 9 de octubre de 1882.

"Los comienzos fueron naturalmente modestos: se empezó con dos hornos. No siempre había vidrio debido a los sistemas técnicos del momento y a las dificultades de conseguir las materias primas entonces totalmente importadas.

Así que para evitar a los obreros una costosa inútil, se les hacía avisar por medio de un peón que recorría las calles a lomo de burro y golpeaba las puertas para despertar a los obreros y avisarles que ya había vidrio listo para ser trabajado.

A pesar de ello, la cristalería alcanzó rápidamente una producción bastante seria: 1.900 a 2.000 frascos para tinta y goma de pegar vendida por la papelería.

La idea primitiva fue tan superada que, bien pronto, olvidando su primer objetivo, León Fourvel y su sobrino Gastón se lanzaron con su propia fuerza al mundo de las grandes industrias. Una pequeña oportunidad: la necesidad de fabricar modestos envases para tinta y goma de pegar, dio al joven Gastón Fourvel Rigolleau el punto de partida para una gran empresa en la que puso toda su visión, todo su empuje, toda su capacidad. Pero no le era fácil encontrar personal capacitado.

El joven Gastón viajó, por ello, a Francia para buscar y traer vidrieros y crisoleros formados por siglos de tradición artesana. Más adelante vinieron también algunos artesanos belgas. Años de lucha y constante esfuerzo fueron para aquella empresa desde su fundación hasta su traslado a Berazategui en el año 1906.

Es importante destacar lo que significó ese traslado: la pequeña fábrica de la calle Belgrano se cambiaba por otra construida en veintisiete hectáreas que fueron compradas a José Clemente Berazategui y a la familia Aldasoro.

Antes de la instalación de aquella fábrica, que desde entonces tomó el nombre de Cristalerías Rigolleau Sociedad Anónima, Berazategui era apenas un puntito en un plano. Situada a veinticinco kilómetros de Buenos Aires sólo tenía en 1906 unos trescientos habitantes, que, desde el cierre de una fábrica de carnes de Ezpeleta que les había dado trabajo, vivían oscilando entre la esperanza de que alguna industria se instalara allí y la desilusión de ver que no se radicaba ninguna.

Por fin, en 1906, se instaló allí la Cristalería Rigolleau, y no es exagerado decir que Berazategui, hoy próspera ciudad de más de cien mil habitantes, le debe cuanto es a Gastón Fourvel Rigolleau. Una vez más se demuestra el poder de la iniciativa de un hombre como creación de trabajo y de valores económicos y sociales.

"En aquel año de 1906 pudo parecer un acto de audacia el que hacía Gastón Fourvel Rigolleau de trasladar la fábrica a Berazategui, adonde sólo se podía llegar por ferrocarril.

Pero firmemente fue creciendo en importancia, y la industria nacional del vidrio con material no ya importado sino del propio país, alcanzó un extraordinario adelanto, especialmente cuando apareció el uso industrial del petróleo para la fundición del vidrio.

En 1921 se dio el gran salto en la Cristalería Rigolleau al instalar, por primera vez en la Argentina, un horno equipado con máquinas automáticas que producían más de cien mil botellas por día (hasta el siglo pasado las botellas eran fabricadas por los obreros soplando el vidrio con una caña).

"Es interesante recordar aquí la importancia que ha tenido la industria del vidrio en la marcha de la humanidad. Más de dos mil años antes de Cristo los egipcios ya fabricaban vidrio en forma artística. Los venecianos copiaron ese arte a los egipcios en su famosa fábrica de cristal de Murano.

Pero se puede decir que sólo a comienzos de este siglo veinte la ciencia intervino activamente en la producción del vidrio haciendo que pudiera producirse liviano como un corcho, pesado como el hierro, suave como el algodón o duro como el diamante.

Se obtuvo así el vidrio mediante la fusión a 1.400 grados de tres materias primas básicas: arena, soda en forma de carbonato de sodio y cal en forma de conchilla, carbonato de calcio o dolomita.

Se añaden a las mezclas de esas materias, muchas otras substancias con distintas funciones: unas son oxidantes, colorantes o decolorantes, otras, como el bórax, descubierto en el primer cuarto de nuestro siglo, otorgan al vidrio una mayor resistencia al calor. En nuestro país, con la excepción de la soda, las restantes materias primas utilizadas en esta industria son de procedencia nacional.

Salvo vidrios planos, la Cristalería Rigolleau produjo desde 1906 toda clase de productos técnicos que incluyen artículos para laboratorios, tubos para lámparas fluorescentes, tubos pyrex y neutro, artículos de iluminación y de elementos para el hogar, incluida su línea pyrex para horno y vajilla de mesa y una amplísima variedad de envases que satisfacen las necesidades de las industrias de bebidas sin alcohol, cerveza, aceite, productos lácteos, vinos, licores, sodas, aguas de mesa, productos medicinales, alimenticios y de perfumería, veterinaria y química, entre otros.

"La industria del vidrio en la Argentina alcanzó su gran poderío en nuestra patria debido, en gran parte, a la obra y decisión de Gastón Fourvel Rigolleau, quien fue miembro fundador de la Unión Industrial Argentina. Contrajo matrimonio con Cecilia Mattaldi, hija del conocido industrial de cueros, y de ella tuvo un hijo varón y varias hijas.

Una de ellas se casó con Jorge Bunge y murió muy joven dejando una hija: Cecilia Bunge, futura esposa de Enrique Shaw.

En el año 1931 Gastón Fourvel Rigolleau dejó la presidencia de la cristalería a su hijo León Fourvel Mattaldi. Visionario, idealista, romántico, casado con Ivonne Necol, León supo mantener un difícil equilibrio entre su energía de hombre de negocios y su sensibilidad ante los problemas sociales que se le planteaban.

Fue presidente de la Cristalería hasta 1958, en un período en el cual se inició la fabricación de artículos Pyrex y Rigopal, tubos para lámparas fluorescentes, tubos de vidrio neutro, etc.

En el año 1958 León Fourvel firmó un contrato con la sociedad norteamericana Corning Glass Works para utilización de patentes que le permitieron la producción del vidrio Pyrex en el país para elementos de laboratorio". (Todo cuanto acabamos de transcribir se encuentra en el folleto publicado en 1957 por la Cristalería Rigolleau cuando cumplió el 75 aniversario de su fundación.)

León Fourvel no tenía hijos, y deseando que la Cristalería siguiese más adelante en manos de la familia, pensó que el marido de su sobrina Cecilia, dada su inteligencia y dotes de seriedad y responsabilidad, podría, cuando pidió su baja de la Marina, encargarse de la empresa, previo un serio estudio de los problemas de la industria del vidrio.

Su cuñado, amigo y socio, Jorge Bunge, aprobó con entusiasmo esa idea, y escribió a Enrique largas cartas -que se conservan- incitándolo a que aceptara esa proposición.

Enrique concluyó por aceptar ir a trabajar a la Cristalería Rigolleau, pero, no queriendo comenzar su trabajo sin conocer a fondo la técnica de la industria del vidrio, decidió quedarse un año más en Estados Unidos, por cuanto allí se le brindaba la ocasión de estudiar seriamente esa técnica. León Fourvel estuvo de acuerdo en esperar a su sobrino, y le propuso que en Norteamérica se trasladara, para efectuar ese estudio, a la fábrica de la firma Corning Glass Works con la cual había efectuado el contrato que hemos mencionado anteriormente al transcribir la historia de la Cristalería Rigolleau.

UN AÑO EN CORNING

La fábrica de vidrio y cristales existente en la ciudad norteamericana de Corning -situada a cuatrocientos kilómetros al noroeste de Nueva York- pertenecía a la familia

de los Houghton, que, de padres e hijos, se transmitían esa clase de negocio, y habían conseguido, mediante su trabajo empresario, obtener una gran fortuna.

Los Houghton eran amigos de León Fourvel y Jorge Bunge, y a ellos les ofrecieron que enviaran a Enrique, con su esposa y su hijo, a vivir por un tiempo en Corning, donde podía estudiar a fondo en su fábrica los procedimientos técnicos necesarios para trabajar en el cargo de la cristalería que ocuparía en Buenos Aires.

Aceptada la amable invitación, el matrimonio Shaw- Bunge con su hijito se trasladaron a dicha ciudad en donde vivieron casi un año entero. Por otra parte, Jorge Bunge y Alejandro Shaw les enviaron generosamente diversas sumas de dinero para su subsistencia durante ese período de estudio y entrenamiento.

Corning era entonces una ciudad pequeña y encantadora de unos quince mil habitantes, de los cuales seis mil pertenecían a la Iglesia Católica. El lugar presenta muchas bellezas naturales, pues está situado en un amplio valle cruzado por el río Chemung y rodeado por las laderas de las montañas Allegheny que constituyen una cadena de bajas alturas.

La mayor parte de ese valle está cubierto de bosques de hojas caducas que en el otoño adquieren magníficas coloraciones.

Como Enrique y Cecilia llegaron a Corning en el otoño, quedaron extasiados ante el colorido rojo y amarillo de las hojas de los árboles de sus bosques.

Entonces había allí tres parroquias católicas y otros tantos colegios religiosos.

Uno de los curas párrocos, father Smith, se hizo muy amigo de Enrique y le enseñó muchas cosas acerca de cómo en Norteamérica los católicos sostenían libremente su culto y sus colegios religiosos. Asimismo el father Smith conectó a Enrique con numerosos movimientos cristianos, y su biblioteca se enriqueció, así, con las publicaciones efectuadas por esos movimientos.

El quedó entusiasmado al considerar cómo trabajaban los católicos de Estados Unidos con tanto éxito, no siendo más que una minoría dentro de un país de pasado protestante.

Durante el invierno transcurrido en Corning, Enrique madrugaba para ir todos los días, caminando sobre la nieve y el hielo, a comulgar en la iglesia parroquial.

Luego, en las fábricas de los Houghton, iba de sección en sección, en donde pudo enterarse de todos los detalles de la fabricación del vidrio y los cristales. Lo que aprendió entonces fue de gran importancia y mucho le sirvió cuando empezó a trabajar, un año después, en la Cristalería Rigolleau.

Primeramente el matrimonio Shaw-Bunge vivió en el hotel de Corning, pero, luego, pasaron a vivir en la casa de una amiga de los Houghton: Bea Macbeth, quien llamaba a sus huéspedes *our argentine children*. Con ella Cecilia trabó una gran amistad. También tenían en Corning amistades de su edad con las cuales conversaban sus problemas y modo de encarar el futuro.

Como Enrique hablaba largamente con los capataces y obreros de las fábricas de vidrio donde trabajaba cumpliendo horario y siendo llevado a distintas secciones, tuvo el privilegio de que sus amigos norteamericanos pertenecieran a todas las clases y posiciones sociales, desde los millonarios Houghton hasta sus peones asalariados.

Fue aquel diálogo múltiple una gran experiencia para su porvenir de empresario argentino.

Durante esa estada en Corning el amor conyugal de Enrique y Cecilia pudo expandirse en toda su intensidad, ya que vivieron un año juntos sin complicaciones familiares ni económicas. Su felicidad era tan grande y estaban siempre tan alegres, que un día en una plaza un ciclista, al contemplarlos y oírlos reírse, se bajó de su bicicleta para acercarse a ellos y preguntarles: *¿Are you happy?*

Esa alegría y esa felicidad se intensificó en aquel pueblo y en aquel año de 1945 con el nacimiento de la primera hija mujer; a la que Enrique puso el nombre de Sara, por ser el de su propia madre, y el de María, por ser el de la Madre de Dios, por la cual siempre había tenido y tenía una gran devoción.

Las dos madres del matrimonio Shaw- Bunge, nunca eran olvidadas en sus oraciones, demostrándoles su agradecimiento por las muchas alegrías que les habían brindado protegiéndolos de diversos modos durante el tiempo que llevaban vivido.

Ahora, en Corning, la nueva alegría que ellas les proporcionaban, y que, por cierto, era muy grande, consistía en la hija que había nacido para su gran bien.

Cuando ya había alcanzado la felicidad de tener esa hija, a Enrique le llegó la hora de volver a su patria. Allí instalaría un hogar cristiano en el cual habrían de nacer muchos otros hijos hasta llegar al número de nueve.

Pero en la Argentina lo esperaba no sólo la paz y la alegría de su hogar, sino también una época de lucha áspera y difícil motivada por el nuevo rumbo que había tomado su vida: el de ser dirigente de empresa en momentos peligrosos para los empresarios argentinos.

Capítulo VI

Tiempo de lucha

En épocas de dificultades y de peligros se pone de relieve tanto el carácter como la energía de los seres humanos y la personalidad de Enrique fue puesta a prueba cuando, de regresó a la Argentina en septiembre de 1946, tuvo que vivir una de las épocas más tristes y tormentosas de nuestra historia patria.

Pero estaba para ello pertrechado espiritualmente. Podía luchar con ardor y sin desanimarse ante las dificultades que se le presentaban en el nuevo rumbo adoptado en su vida. Su carrera de marino -como bien dijo su amigo Hernando Campos Menéndez- lo había preparado para empresas audaces y peligrosas.

La fuerza de los vientos huracanados y el rigor de las tormentas pasadas en alta mar, dejaron templado su espíritu. Y al transformarse en dirigente de empresa descubrió que su vocación verdadera era trabajar por la paz social desde la función empresarial, por cuanto, para dicha paz, constituía un elemento clave la buena marcha de las industrias y las buenas relaciones entre patrones y obreros.

La profesión de dirigente de empresa la concibió como un apostolado destinado a resolver los problemas creados en la República Argentina debido al auge de las empresas industriales por un lado, y a las exigencias de los trabajadores por el otro.

Conciliar esas dos caras de la cuestión social planteada de una manera conflictiva y explosiva durante el siglo XIX, era para Enrique, con justa razón, una obra de la mayor trascendencia.

La llamada *cuestión social*, ya de por sí difícil de resolver sin enfrentamientos en todos los países de civilización occidental, tomó en la Argentina un cariz violento, desde aquel año de 1946, como nunca había existido hasta entonces en nuestra patria.

Pero ese cariz fue un motivo más para que el temple valeroso y cristiano de Enrique afrontara con decisión, coraje y generosidad los embates que recibiría la profesión de dirigente de empresa durante la época peronista.

Antes había tripulado buques de guerra; ahora dirigiría empresas que estaban muy necesitadas de buenos pilotos y comandantes cristianos en aquella época de borrascas sociales.

Con todo, a pesar de su temple valeroso, Enrique no pudo menos de sentirse descorazonado más de una vez ante las dificultades e incomprensiones originadas por la demagogia desatada en nuestra patria.

Por eso, dirá en una de sus conferencias al recordar aquellos tiempos de lucha: "En qué soledad me encontré entonces en mi trabajo como dirigente de empresa." Me sentí solo e incomprendido por unos y otros. Ningún representante de los sindicatos quería hablar a solas conmigo por miedo a *comprometerse*, o a que los obreros pensarán mal de él.

Tenía yo la impresión de que existía una barrera o, al menos, para usar una expresión en boga, una cortina entre los dirigentes de empresa y los trabajadores.

Cuando un obrero deseaba hablarme, en seguida los demás creían que era sólo para pedirme un favor. Y, por otro lado, comprobaba también con pena, cómo muchas personas me llamaban por teléfono a las once de la mañana o a las tres de la tarde, por no poder creer que a esa altura del día yo llevaba ya muchas horas destinadas a trabajar en la Cristalería Rigolleau. ¡Cuánta soledad era la mía en el transcurso de mi trabajo empresarial!"

"Fue aquella, para Enrique -como lo narra Cecilia en sus recuerdos acerca de la vida de su marido- una época de enfrentamientos provocados y fomentados por el Gobierno entre los trabajadores y sindicatos en contra de los empresarios.

A él le tocaba actuar en el mundo patronal, y sufría por las diferencias que suscitaba la prepotencia de los obreros peronistas. Pero, a pesar de ello, no se embarcó en el sentimiento de indignación que esas diferencias provocaban en el ánimo de algunos empresarios. Enrique comprendía las actitudes de los trabajadores durante esos años, y siguió dialogando con ellos, ayudándolos en lo que podía, y ocupándose siempre de la promoción del hombre en su trabajo".

Podemos decir que los tiempos de la vida de Enrique, narrados en los anteriores capítulos, fueron como una adecuada preparación a la tarea apostólica que Dios le deparaba en el campo social. Por eso, deseamos detenemos un momento para contemplar cuál fue su rasgo personal más característico que lo haría sobresalir entre sus contemporáneos durante aquel tiempo llamado *de lucha*.

Pero antes dejemos constancia de que esa lucha no fue contra él mismo, pues no había contradicción en su espíritu, ni contra cuanto podría perjudicarlo materialmente, sino contra lo que podía ser causa de perjuicio a su prójimo y a la paz social.

Su actitud a ese respecto sería siempre la de un activo y entusiasta constructor, no la de un destructivo y amargo opositor, y mucho menos la de un pasivo acomodaticio.

Quería contribuir a la paz social; tenía una mística del trabajador basada en la Verdad enseñada por el cristianismo, y aceptaba las reglas superiores de la doctrina social de la Iglesia que rigen tanto esa paz como esa Verdad.

Su vida había sido hasta entonces -y lo seguiría siendo con mayor intensidad- una clase de existencia, calificada por Ortega y Gasset, de vida esforzada.

Esta vida es aquella que busca superarse a sí misma, trascender de lo que ya es hacia lo que se propone ser como una obligación y exigencia de su espíritu, y cuyo proyecto no es el vulgar de la mayoría de la gente (riqueza y triunfo personal), sino el de esforzarse por cumplir altos ideales humanos en bien del prójimo, de la religión y de la patria.

Enrique lee y comenta en uno de sus cuadernos el famoso libro de Ortega y Gasset: "*La rebelión de las masas*", en el cual se habla de esa clase de *vida esforzada* adoptada por Enrique de un modo espontáneo y natural porque la gracia de Dios le otorga tal condición de espontaneidad para que efectivizara grandes principios cristianos en un mundo necesitado de esos principios, y en el cual transcurriría la etapa de su existencia como dirigente de empresa.

De ese modo se diferenció de las personas que únicamente se esfuerzan cuando se ven obligadas a reaccionar por causa de propias necesidades externas y materiales.

Y cumplió su programa de vida sin atemorizarse por las dificultades, peligros, escaseces pecuniarias o limitaciones humanas que encontró en su camino.

Tampoco se dejó influenciar por su entorno social cuando no correspondía a su modo de ser y pensar. No fue de aquellos que, yendo a la deriva, y careciendo de grandes proyectos, nada construyen aun cuando sus posibilidades y sus poderes sean grandes.

El decidía y elegía, con plena responsabilidad y dignidad, cuál sería su modo de vivir y actuar. Sabía hacia dónde iba y era el arquitecto de su propia trayectoria. Para ello contaba, humildemente, no con sus propias fuerzas, sino con el apoyo de la religión que practicaba con entusiasmo por todo cuanto ella le brindaba: paz del alma, seguridad moral en sus actos, esperanza en el triunfo final de la Verdad, la justicia y el Amor.

Su entusiasmo religioso unido a su alegría de vivir, lo convirtieron en ejemplo cristiano. No tuvo un puro afán existencial de vivir, sino un natural y espontáneo deseo de buscar a Dios en la Tierra para unírsele en el Cielo por una eternidad feliz, y de buscarlo allí donde más se lo encuentra: en el amor y la preocupación por la dignidad y libertad de los seres humanos. Así lo hizo Enrique sin temor a las borrascas estalladas en su patria cuando regresó de Estados Unidos de Norteamérica.

Recordemos que, durante el año que había estado ausente (agosto de 1945 hasta septiembre de 1946), habían ocurrido en la Argentina muchos y muy graves acontecimientos.

En el año 1945, con el decidido apoyo del gobierno de *facto* presidido por su amigo el general Edelmiro Farrell, desarrolló el coronel Juan Domingo Perón una campaña política destinada a llevarlo a la presidencia del país.

Esa campaña, efectuada con facilidades y grandes recursos pecuniarios, mientras que sus opositores de la Unión Democrática veían trabada su acción partidaria, dio por resultado -como era de imaginar- el triunfo de Perón.

Sin embargo, a pesar de todo el apoyo oficial, en las elecciones del 24 de Febrero de 1946 su victoria fue por poco margen: 1.479.511 votos a su favor, contra 1.210.822 de la Unión Democrática.

Antes de producirse el 4 de junio de aquel año la asunción de Perón, el Gobierno de Farrell se apresuró a intervenir las Universidades por ser otros tantos bastiones antitotalitarios. Por ese motivo quedaron separados de sus cátedras, unos cesantes otros renunciantes, mil doscientos cuarenta y seis profesores universitarios.

EN PRO DE LA JUSTICIA SOCIAL

Pocos meses después de esos sucesos llegaba a Buenos Aires Enrique Shaw con su mujer y sus dos hijos (el pequeño Jorge Enrique y la bebita Sara Maria).

Inmediatamente se hizo cargo de sus tareas en la Cristalería Rigolleau. Allí se le encargó ocuparse como segundo jefe de la Sección Tubos situada en Parque Patricios.

Debió, pues, comenzar la nueva etapa de su vida en circunstancias adversas para todo empresario argentino que no se doblegara ante las arbitrariedades del régimen impuesto.

En realidad, el empresariado de nuestro país se vio obligado a luchar, durante nueve años consecutivos, tanto contra un gobierno totalitario que restringía la libertad individual y la iniciativa privada, como contra una parte de la masa obrera dispuesta a

dejarse manejar por los dirigentes sindicalistas, muchos de los cuales, a su vez, se entregaron por completo a las directivas del Gobierno Nacional.

El control vertical de los sindicatos fue un hecho que ni tan siquiera se trató de ocultarlo.

Para mantener sumisos a unos y otros, y para atemorizar a los empresarios, el Parlamento con mayoría oficialista que impedía todo control a la minoría opositora, dictó una serie de leyes obreras para ser, luego, interpretadas arbitrariamente por jueces de Trabajo nombrados por Perón y obsecuentes a su persona, y por una Suprema Corte de justicia de la Nación, también nombrada por el Poder Ejecutivo Nacional tras el inicio juicio político llevado a cabo para destituir a cuatro ministros de ese Alto Tribunal que entonces ejercían sus funciones con probidad y valor, y que, por ello, hubieran podido impedir abusos en la aplicación de las leyes obreras.

Enrique, acérrimo partidario de la justicia Social y de la promoción de la clase obrera, se encontró, pues, a su llegada a Buenos Aires, que cuanto él deseaba establecer y promover se estaba llevando a cabo de la peor manera posible: avasallando al Poder judicial, dictándose una serie de leyes obreras aplicadas en forma abusiva, repartiendo dinero sin tasa ni medida a los sindicalistas y a los obreros, y lo que era peor de todo: inspirando a muchos trabajadores argentinos el odio al empresario tildado oficialmente de explotador y oligarca; vale decir, propiciando desde el Gobierno de la Nación con discursos exaltados pronunciados en los balcones de la Casa Rosada, la lucha de clases.

La legislación obrera existía en nuestra patria desde comienzos del XX. Ya, a fines de la anterior centuria, un sacerdote redentorista, el Padre Grote, -fundador de los Círculos Católicos de Obreros- había propugnado y obtenido, durante la segunda presidencia del general Julio A. Roca, muchas ventajas para los trabajadores, destinadas a efectuar su promoción social. Para ello tuvo que luchar en contra de los anarquistas, quienes entonces eran dueños de los gremios obreros de Buenos Aires.

Los dirigentes del anarquismo porteño se negaron a aceptar las ventajas solicitadas por el Padre Grote por considerarlas píldoras destinadas a adormecer al pueblo trabajador.

El anarquismo pretendía, y sigue pretendiendo, no mejorar el orden social existente en los países de civilización occidental, sino destruirlo por completo.

El ministro de Roca, doctor Joaquín V. González, se reunió muchas veces con el Padre Grote para planear las leyes obreras necesarias, y, un ex-discípulo de ese sacerdote, el doctor Alfredo L. Palacios, junto con los diputados católicos Santiago O' Farrell, Ernesto E. Padilla y monseñor Gregorio Romero, lograron que el Congreso Nacional dictara la primera ley obrera de importancia: la del descanso dominical (año 1905).

Después de esa ley se siguieron otras -como la de Accidentes de Trabajo- que, poco a poco, fueron constituyendo la legislación obrera argentina sin recurrir a discursos demagógicos ni a propugnar la lucha de clases.

A comienzos de la década del veinte, ya existía en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires una cátedra titulada *Legislación Obrera* que dictaba el doctor Leonidas Anastasi (hoy esa cátedra ha cambiado su nombre por el de *Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social*).

Si la Legislación Obrera, aun cuando atrasada y en vías de su desarrollo, ya existía como se comprueba con los hechos relatados, y no había sido tachada de inconstitucional por el Poder judicial -como con falsedad lo aseveraba Perón-, tampoco era invención suya el concepto y la aplicación de la justicia Social, de la que pretendía ser el promotor en la Argentina, sin dar libertad a quienes verdaderamente la propugnaban y buscaban realizarla en nuestro país. Al humanismo cristiano y a la doctrina social de la Iglesia ya le había tocado el insigne honor de explicitar y desarrollar la noción de la justicia Social.

El Código Social de Malinas redactado por los católicos en el siglo pasado establece en su artículo 175: *Al lado de la justicia conmutativa que regula 105 contratos, y de la justicia distributiva que regula las cargas y ventajas sociales, conviene tener en cuenta la justicia social o legal que es la referente al bien común, del que la autoridad es reguladora.*

La justicia social debe penetrar las instituciones y la vida entera de 105 pueblos. Su eficacia debe manifestarse, sobre todo, por la creación de un orden jurídico y social que informe toda la vida económica.

El término *justicia Social* no se encuentra en la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, pero se lo halla frecuentemente bajo la pluma del Papa Pío XI quien dio así un espaldarazo a esa expresión de los católicos sociales del siglo pasado.

Ellos afirmaban que *justicia social* era la expresión más adaptada a la moderna manera de pensar de la justicia que Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII llamó *justicia general o legal*.

Así la llamó el *Aquinatense* porque tiene por objeto orientar todas las acciones humanas hacia el bien común de la sociedad. S.S. Pío XI en su encíclica *Quadragesimo Anno* (año 1931) dijo: *Faltan a la justicia social tanto la clase rica cuando estima perfectamente regular y natural un estado de cosas que le procura todas las ventajas sin dejar ninguna a los obreros, como la clase proletaria cuando, exasperada por la situación que hiere a la justicia, reclama para sí la totalidad del producto, que pretende salido total- mente de sus manos.*

Dicha justicia Social, por más importante y necesaria que sea, no ha de aplicarse en detrimento de la libertad individual. La una debe y puede aunarse con la otra.

No existe *verdadera* justicia sin libertad, como tampoco hay libertad sin justicia. Cuando falta una, se parodia a la otra. Sin embargo, Perón no vaciló en afirmar, reiterada y públicamente, que para establecer la justicia Social en la Argentina era necesario restringir muchas libertades individuales.

Santo Tomás de Aquino había sostenido, siete siglos antes, que la tiranía es la peor y más impura de las formas de gobierno, por no tener en cuenta el bien común. No es difícil investigar el pensamiento del Doctor Angélico acerca del bien común, por cuanto existen abundantes textos suyos en los cuales habla de ese tema.

Dice: *el bien común es mejor y más divino que el bien de uno, por cuanto lo que pertenece a una persona es poca cosa en comparación a las cosas divinas o a las cosas comunes.*

La noción de bien común como causa final del Estado, que Aristóteles fue el primero en exponer, significa un dique al poder omnímodo que se atribuyen ciertos gobiernos, pues les veda realizar lo contrario a cuanto constituye el bien de la generalidad de los ciudadanos.

Todas esas ideas y conceptos ya eran conocidos por Enrique en aquel año de 1946.

Entre sus muchas lecturas que le dieron ese conocimiento habían figurado las encíclicas sociales de los Papas, y, especialmente, había estudiado a fondo *Rerum Novarum* de León XIII y *Quadragesimo Anno* y *Divini Redemptoris Anno* del Sumo Pontífice reinante hasta 1939: S.S. Pío XI.

Enrique había asimilado las enseñanzas de esas encíclicas y comprendido la necesidad de apoyar la justicia Social antes de que Perón se proclamara su inventor. León XIII había dicho: *Si la clase patronal oprime a 105 obreros con cargas injustas o 105 veja imponiéndoles condiciones ofensivas para la persona y dignidad humanas, si daña la salud con trabajo excesivo, impropio del sexo o de la edad, en todos esos casos deberá el Estado intervenir de lleno, dentro de ciertos límites, con el vigor y la autoridad de las leyes.*

No podía, pues, engañarse Enrique con la prédica de un gobierno despótico por más que se declarara católico y propugnador de la justicia Social.

Pero se encontró, en el desempeño de sus tareas de dirigente de empresa, ante la falsa disyuntiva planteada por ese Gobierno Nacional: la de ser necesario elegir

entre declararse y actuar como defensor de los derechos de los obreros, o ser un protector de los intereses pecuniarios de empresarios y capitalistas.

Por eso, así como en Ushuaia Enrique había redactado un programa de acción para su vida en el mundo, así también expresó lo que podemos llamar un programa de conducta para su vida patronal que lo llevaría desde el cargo de segundo jefe de la Sección Tubos de la Cristalería Rigolleau hasta el de Administrador Delegado (vale decir: Gerente General) de esa importante empresa que ya ha cumplido cien años de existencia.

Ese programa de conducta basado en la justicia Social, no sólo para él sino también de aplicación para todos aquellos que ejerzan la profesión de dirigentes de empresa, no lo redactó de una sola vez y en un solo año como aquel de Ushuaia, sino escribiendo frases y expresiones acerca de la función empresarial durante el transcurso de los dieciséis años (1946-1962) que actuó en esa profesión.

PLANES ACERCA DE SU ACTUACION PATRONAL

Hemos extraído y reunido de sus escritos lo expresado por él referente a ese tema profesional, y presentamos a continuación una síntesis de esas expresiones, para la mejor comprensión de su pensamiento social; pensamiento que, no permaneciendo fluctuante en el aire intelectual, fue la norma aplicada en sus relaciones, actitudes y trabajos con obreros y empresarios en el transcurso de esos años.

"Hay que cristianizar a la clase patronal argentina".

"Es indispensable mejorar la convivencia social dentro de la empresa. Importa mucho que el dirigente de empresa sea accesible. Hay que humanizar la fábrica. Para juzgar a un obrero hay que amarlo".

"Debe evitarse la mecanización del trabajo. No debe existir esa situación humillante de los obreros que ignoran para qué trabajan.

La desigualdad de situaciones del empresario y del trabajador, haciendo imposible toda promoción individual o colectiva de los obreros, les quita, con la esperanza de superar su situación, las mejores razones de vivir".

"Lo esencial en una empresa es el respeto por la dignidad humana. Ha de haber amistad y buena voluntad entre patrones y obreros. El dirigente de empresa ha de usar su inteligencia a fin de estudiar y dar con la adecuada técnica psicológica necesaria aun para la aplicación de sanos ideales.

Debe haber comunicación entre los dirigentes de las empresas y los obreros, vale decir, que aquellos, consultando y explicando a éstos los detalles de la producción, les proporcionen, así, participación en la empresa al darles un sentido de asociados".

"¿Hacen los empresarios cristianos todo lo que deben efectuar en su empresa? Ellos han de tener un deseo verdaderamente profundo de trabajar con eficacia en ella. La formación de un dirigente de empresa nunca está terminada.

Los obreros deben considerar a los dirigentes de empresa como hombres que valen verdaderamente".

"El ser eficiente es un deber de estado. Y es un deber de hacerse suplementar para que la función patronal sea cumplida. Si uno no puede hacer, debe ayudar a hacer, como así lo efectuaba el gran empresario francés Leon Harmel".

"Los dirigentes de empresa deben ser inspiradores y usar todo el potencial de los hombres y de la tierra para dar un beneficio material, pero también un beneficio espiritual".

"La empresa ha de ser comunidad de vida, instrumento de dignificación, hogar de relaciones humanas, escuela de prudencia y responsabilidad".

"El empresario debe sembrar esperanza sin dejar de ver la realidad y ser un puente entre quienes conocen el problema patronal, y el obrero que sólo piensa en su problema individual e inmediato".

"Un empresario con sentido social moderará su espíritu de lucro, reconocerá el valor y la dignidad del trabajo ajeno, tratará al obrero con consideración, y se esforzará para que lleve su trabajo a la elevación económica y moral correspondiente a su dignidad".

"Virtudes del empresario son: eficacia, energía, iniciativa. Considerar como deber de estado el ser eficiente, por cuanto para poder distribuir más es necesario producir más. Además, la eficacia del empresario es la mejor garantía de continuidad de trabajo para los obreros de su empresa".

"Dijo Pío XII: La función del dirigente de empresa es algo más que un simple medio de ganar se la vida, de mantener la legítima dignidad del propio estado y la independencia de la propia familia y de su propia persona. Es más que la colaboración técnica y práctica del pensamiento, del capital y de las múltiples formas de trabajo que favorecen a la producción y al progreso. Es más que un factor importante en la vida económica.

Es más que una simple -aunque laudable- ayuda al desarrollo de la justicia Social. Aun cuando fuera todo esto, todavía no bastaría para establecer y promover el orden completo, porque el orden sólo es tal cuando reina en toda la actividad material, económica y social la vida cristiana, fuera de la cual el hombre es incompleto.

"En el hombre hay algo más que el cuerpo y las necesidades económicas: hay una vida y actividad social que responden a una necesidad del mismo tipo, y sobre todo, una vida y actividad cristianas que responden a fines y realidades sobrenaturales.

Desconocer estos aspectos de la vida del hombre es minimizar su dignidad. Una empresa, aunque diera muchos dividendos, no sería perfecta si desconoce otros valores humanos que no sean los puramente económicos, y que no sean específicamente más humanos que estos últimos.

"El obrero quiere ser apreciado, desea que se lo consulte, y no ser un ciego ejecutor de órdenes. Aun cuando obedece, el obrero conserva su personalidad de productor inteligente que no queda desprovisto de toda iniciativa. Su obra es de valiosa colaboración con la obra soberana de Dios, y de excelsa solidaridad con toda la comunidad humana".

"Los obreros tienen necesidad de amor y de esperanza para que su acción sea eficaz.

"A fin de mejorar la convivencia social dentro de la empresa, se debe:

1°) respetar la dignidad humana del obrero (a quien Dios tal vez quiera más que al empresario);

2°) tener benevolencia y hasta amistad con el obrero;

3°) usar de la inteligencia patronal a fin de que, estudiando y observando el trabajo cotidiano, se encuentre la adecuada técnica psicológica indispensable para la aplicación de los ideales cristianos;

4°) comunicarse con el obrero, explicarle los problemas de la empresa, consultarles acerca de las dificultades existentes, hacerlos participar en la empresa al darle sentido de solidaridad y de libertad en la solidaridad (a fin de cuentas el empresario tiene libertad porque tiene propiedad, y bien que le gusta, que nadie le ponga trabas a su libertad);

5°) ser accesibles para que el obrero tenga espíritu de equipo y de colaboración".

"Urge formar empresarios cristianos y darles un estilo de vida. Ellos deben contribuir a la existencia de un mundo mejor".

"Debemos aplicar la doctrina y el mensaje de Cristo a los problemas concretos de la función empresarial.

El empresario ha de encarnar a Cristo en la empresa y la forma de hacerlo es aplicar sus enseñanzas. El problema más agudo es la carencia de gente cristiana capaz de actuar en los niveles más altos de las empresas”.

"Constituye una necesidad social el buscar la implantación del Reino de Dios en el mundo de los negocios. Pero, ¿cómo podrán hacerlo los empresarios que no tienen el Reino de Dios dentro de ellos mismos?"

"Debe realizarse la unión de las distintas personas que participan en la producción, y, para ello, dar al obrero el sentido de que forma parte de la empresa en la cual trabaja”.

"Asimismo hay que darle al obrero seguridad, buen trabajo, buen sueldo y posibilidad de progresar”.

"El empresario debe obtener, no sólo la confianza de sus obreros, sino también de los capitalistas que le proporcionan los recursos pecuniarios necesarios para el desarrollo de su empresa. Por todo ello el rol del empresario es difícil, pues debe conocer, elegir y dirigir hombres e inspirarles confianza en su persona”.

"El empresario pone, en su empresa, su tiempo, su dinero, su capacidad y su honor. Es el agente más activo de la producción.

Es el primero de los trabajadores, pues la misión suya es hacer a su empresa capaz de cumplir su amplio fin económico. Desde un punto de vista económico, lo más necesario para la prosperidad de un país es dejar un gran campo a la libertad y a la iniciativa de los hombres que tienen el coraje de asumir grandes responsabilidades personales, y buscan ser empresarios capaces, activos y honrados”.

"Es lícito el beneficio obtenido por el empresario, pero no debe tener en cuenta únicamente la obligación de restituir, sino también la equidad, caballerosidad, honorabilidad, dar el mejor sueldo; e igualmente debe el empresario tener en cuenta la justicia Social”.

"Si un obrero no sirve es, a veces, culpa del dirigente de empresa. En el trabajo se debe poder desarrollar la personalidad.

La empresa, consciente o inconsciente, es un molde. Los capataces son los hombres más olvidados de los industriales argentinos; es en eso en lo que más fallan las empresas”.

"La forma de trabajar del dirigente de empresa ha de ser:

- a) definir responsabilidades en los trabajadores,
- b) hacer trabajar mejor,
- c) premiar a quien se lo merece,
- d) facilitar el trabajo en equipo, pues así se pierden menos energías,
- e) definir los objetivos y dejar en libertad sobre cómo cumplirlos, siempre que no atenten contra la dignidad humana (lo justo es siempre lo más conveniente), y
- f) insistir en lo del equipo (la resistencia de una cadena está dada por el eslabón más débil)”.

"Se debe procurar que el obrero tenga iniciativa, que piense, sugiera y actúe sin esperar las ideas de arriba. Así el obrero trabaja más feliz. Hay una técnica en la acción como propia.

Debe haber comprensión por parte del patrón, si no el obrero se endurece. La función del dirigente de empresa es la de servicio hacia su empresa, hacia todos los obreros de esa empresa, hacia todos los obreros del país.

El empresario debe tener corazón, sin ser sentimental. Quien dirige es quien debe vitalizar”.

"Más que nunca, hoy la Argentina necesita paz, y si la tienen las empresas, ellas contribuirán a que también exista en nuestra patria.

Pero el obrero argentino no debe esperar milagros del empresario. Mucho de lo que éste puede hacer depende de sus obreros, y de que éstos trabajen con gusto unidos a su patrón”.

"El trabajo es un derecho natural y cristiano, derecho anterior al del capital y su beneficio. El dirigente de empresa ha de evitar litigios a menos que sea su deber para

conservar un deber superior. No hay que ver en el obrero a un hombre que únicamente se acerca al patrón para plantear problemas; también hay que ver en él a un hombre capaz de traer la solución a esos problemas”.

“El precio de la mercancía varía de acuerdo con el estado económico, político y social del país en que se actúa. Pero la estimación de ese precio debe fundarse en una correcta información, siendo los organismos profesionales los más indicados para esa estimación”.

“Para que la economía de un país sea bien estructurada, debe ser contraria tanto al libertinaje económico como a la dictadura estatal, y no debe depender de otro país en forma fundamental; sin pretender, por ello, una autarquía económica contraria a la Naturaleza que hizo regiones distantes y distintas para que los hombres tuviesen necesidad de entenderse mutuamente a fin de formar una sola Humanidad.

Toda producción artificial encarece por falta de normalidad. Lo importante es que los recursos de la Naturaleza -es decir los recursos que Dios ha puesto a nuestra disposición- sean utilizados todo cuanto sea posible para el progreso técnico y la sana organización de la vida económica”.

“Si una empresa está únicamente al servicio de sus intereses económicos, está abierta al comunismo. En cambio, si además está abierta al servicio del hombre y de una economía humana, constituye una barrera al comunismo. El fin primario de toda empresa cristiana es producir bienes y servicios; la utilidad es un fin secundario: es el motor para que el empresario produzca esos servicios. La ganancia pecuniaria es legítima en cuanto favorece al fin primario, o no lo contradice”.

“La función del empresario es sentirse solidario de su obra. Cada empresario y cada obrero, trabajando de consumo, construyen la paz social. El conflicto de intereses es normal; el de clases, no”.

“El dirigente de empresa debe ser motor y no máquina.

Porque motor se llama a la máquina de combustión interna (máquina cuya energía viene de afuera). La combustión interna es, en cambio, una de las características del dirigente de empresa.

¿Qué es lo que quema? El mismo.

¿Con qué? Con el calor producido por Dios; calor que es amor”.

“El dirigente de empresa ha de ser revolucionario, pero debe evitar rupturas para ir hacia lo nuevo! Ve la historia como una marcha progresiva, más con continuidad.

Revolución es distinto de reivindicación: aquella destruye el pasado; ésta pule y perfecciona el pasado.

Es necesario adelantarse a los problemas patronales, para lo cual hay que estar en contacto con los obreros, pues las dificultades en las empresas dependen en gran parte de ellos.

No hay, por tanto, que esperar a que se produzcan esos problemas: hay que prevenirlos.

“El corazón recibe y da. Un gerente -corazón de la empresa- continuamente recibe y da con el corazón, y en el proceso patronal mejora y enriquece como el pulmón en el cuerpo”.

“Los dirigentes de empresa han de modificar el ambiente que los rodea, y no esperar que lo modifique otro, ya sea el Estado o el Sindicato”.

“El cumplimiento de la misión del dirigente de empresa exige los siguientes deberes:

- a) acrecentar su propio perfeccionamiento y rodear de gente competente;
- b) estar a la cabeza de todo adelanto técnico;
- c) infundir en la empresa un espíritu cristiano;
- d) ejercer su autoridad en forma que fomente la paz.

"Lo económico es para todos, no para un grupo a expensas de otros; es un motor animador; es lo contrario a un principio directo, único, que no atiende a necesidades del bien común.

"El empresario católico tiene que ser el mejor empresario posible.

"La misión específica del dirigente de empresa es la de acrecentar la vitalidad económica; de ser un agente multiplicador; de promover el desarrollo de la persona humana, de lograr, así, una economía ordenada y dinámica que sea una de las bases de la paz social".

"No hay fórmula mágica que permita subsistir a una empresa que da pérdida.

Pero esta justificación del beneficio como poderoso impulso no justifica hacer de la máxima ganancia posible el único objetivo de la empresa".

"La empresa privada es inmejorable para producir bienes, y lo que mejor se acuerda a la dignidad del hombre. Más no debe ir contra el bien común, y debe distribuir con justicia su fruto. Una patronal que no busca más que defender su posición es incapaz de mantener la paz social.

Que cada jefe defienda a su personal y no demore en solucionar sus problemas".

"Los derechos individuales -dentro de sus deberes para con la comunidad- han de ser mantenidos, asegurados y exaltados. El respeto de la dignidad del individuo exige que los empresarios usen las más adecuadas técnicas humanas en todo, incluso en las relaciones entre ellos mismos." ³

PRACTICA DE IDEAS CRISTIANAS

Asimismo, recién llegado a la Argentina después de un año de ausencia, y teniendo que vivir en un departamento junto con su suegro, debió Enrique enfrentar problemas de otra especie que los laborales. Esos otros problemas se relacionaron con su vida familiar, acerca de la cual también le fue preciso luchar.

Porque en los años 1947 y 1949 nacieron su tercer y cuarto hijos (dos mujeres: Cecilia y Elsa), y muchos de sus parientes opinaron airadamente en contra de su idea de constituir una familia numerosa.

Lo acusaron durante esa época de ser un egoísta por no tener en cuenta la mala salud de su esposa, que había padecido una anemia al nacer su tercer hijo.

Además, su entorno social opinó que no estaba en condiciones económicas para sustentar un *familión*. Pero, desechando todas esas ideas adversas, siguió adelante con lo que se había propuesto. Contaba, para ello, con la anuencia y el amor de su Cecilia. Y los dos estuvieron dispuestos a recibir con alegría todos los hijos que Dios les enviara, sin afanarse por tener abundantes bienes de fortuna.

La riqueza no era su ideal, como tampoco lo fue nunca el de llevar una existencia mundana con sus vanidades, pretensiones, frivolidades y egoísmos. Más tuvo que esforzarse para cumplir su propio proyecto de vida familiar.

Se vio obligado a discutir con quienes no comprendían ni aprobaban el estilo y las costumbres cristianas de su hogar. Hasta tuvo que dejar de vivir en compañía de

³ Todas las ideas expresadas por Enrique Shaw que han sido transcriptas. no son siempre propias y originales de él: muchas fueron tomadas de textos pontificios o de autores católicos que anotaba en sus libretitas sin poner las fuentes de las cuales procedían. Por eso, ante la dificultad de controlar cuáles son sus ideas propias y cuáles las tomadas de diversas fuentes, las hemos transcripto tal como se encuentran en sus libretitas de notas.

su suegro -sin disgustarse por esa causa con él-, para poder cumplir su proyecto de constituir un hogar real y profundamente cristiano a toda hora y en todo momento.

Con esa intención, en adelante el matrimonio Shaw-Bunge y sus hijos, que fueron llegando año tras año, vivieron con Jorge Bunge en una misma casa de la calle hoy Levene, pero en distintos departamentos.

Enrique, sin desalentarse ante las críticas negativas que le llegaban de uno y otro lado, y superando todo cuanto contrariaba su comportamiento, consiguió, durante los siguientes años de su regreso de Estados Unidos, afirmarse tanto en sus proyectos familiares de constituir un hogar en el cual brillaran las virtudes cristianas, como en sus ideas relacionadas al modo cómo debía desempeñarse en su carácter de dirigente de empresa, ideas destinadas a promover a los obreros y a difundir el conocimiento de la doctrina de la Iglesia en el ambiente empresarial.

Por el cumplimiento de su programa social también debió luchar al ser controvertido por no pocos empresarios y capataces.

Sin embargo, no era cierto -como un malévolo capataz dijera- que no pensaba en otra cosa que en contemplar y abrazar a los obreros.

Su preocupación, cuando pasó a ser Administrador Delegado de la Cristalería Rigolleau, fue, ante todo y por sobre todo, que las relaciones entre los capataces y los obreros se llevaran a cabo con estricta justicia. Ocurrió en una ocasión que un capataz en esa sección como peón de limpieza, se dispuso a limpiar unos engranajes y utilizó para ello un tarrito con kerosene en el cual sumergía un pincel corto.

Como lo llamaron de la Gerencia, dejó el tarrito y el pincel a un metro de distancia del mechero que usaba una operaria para marcar tubos de vidrio. Era dicha obrera una mujer de unos cuarenta y cinco años de edad, de carácter amargado y resentido, que detestaba a su capataz.

Por eso, cuando éste dejó sus utensilios de limpieza de engranaje cerca de donde estaba ella trabajando con un mechero, denunció a la Policía que, al hacer tal cosa, la intención del capataz había sido de asesinarla mediante la explosión del mechero.

Fue tenida en cuenta su disparatada denuncia, y la Comisión Gremial Interna Obrera obtuvo que el capataz quedara encarcelado en un calabozo de la Comisaría y se lo procesará por tentativa de homicidio. Así mismo esa Comisión exigió su expulsión de la cristalería.

Enterado Enrique de cuanto ocurría y conociendo bien al capataz, que era excelente e incapaz de cometer el delito imputado, intervino inmediatamente ante el Comisario de Policía y el juez de Instrucción, y consiguió que se lo pusiera en libertad y se lo sobreyera en su injusto proceso.

Pero no se contentó con ello: además expulsó de la fábrica a la operaria calumniadora. La representación sindical se opuso a ese despido y tuvo varias entrevistas con Enrique a fin de amenazarlo si así lo hacía.

Pero él, inflexiblemente, sabiendo que obraba con entera justicia, mantuvo su decisión y, a su vez, amenazó a la representación sindical con cerrar la Cristalería Rigolleau por tiempo indefinido si se insistía en que esa obrera volviera a ser admitida. Y su firmeza en favor de la justicia triunfó ampliamente: el capataz calumniado siguió trabajando en la fábrica, y la obrera calumniadora quedó despedida.

Como en esa ocasión, en muchas otras demostró Enrique que su mayor preocupación no era proteger indiscriminadamente a los obreros, sino buscar que se procediera con justicia en las relaciones laborales y trataba de que su código de ética profesional fuese seguido tanto por los capataces como por los obreros.

En otra ocasión, habiendo oído que un capataz reprendía severamente a un obrero, lo llamó aparte y le dijo: *Tenía usted razón de reprenderlo por su mal comportamiento, aunque no tan severamente. Pero le pregunto yo: ¿usted también lo ha elogiado explícitamente cuando su trabajo es tuvo bien hecho? Pues sólo existe el derecho de reprender cuando asimismo se ha salido elogiar.*

Así obraba y aconsejaba Enrique en su tarea de dirigente de empresa, como lo relata su compañero de trabajo en la Cristalería, Eleodoro Frers, en carta al autor de esta biografía.

Capítulo VII

Tiempo de afirmación

Si Enrique se sintió seguro y fuerte en sus ideas de promover a los trabajadores, y dispuesto a afirmarlas y aplicarlas con energía y perseverancia, fue porque esas ideas no eran especialmente suyas sino el eco de principios social-cristianos expresados en forma moderna desde un siglo atrás.

Tales principios, que datan de comienzos del siglo XIX, constituyen la base de la actual doctrina social de la Iglesia, que Enrique apreciaba y deseaba difundir.

En realidad, la religión católica tuvo connotaciones sociales que se remontan a los primeros siglos de la era cristiana. Pero esas connotaciones fueron más implícitas que explícitas; esto es, no se tradujeron en aquellos siglos en una doctrina socio-político-económica expuesta con claridad e insistencia.

CAUSAS QUE DETERMINARON LA MODERNA DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA

Sólo a comienzos del siglo XIX sacerdotes y laicos católicos empezaron a formular, de una manera clara, principios socio-económicos relacionados con la justicia social.

Ese comienzo se debió a los trastornos ocasionados en la sociedad europea por la llamada *revolución industrial* que produjo grandes sufrimientos en el mundo obrero: largas jornadas de trabajo, bajos salarios, empleo de las mujeres y los niños en las industrias, fábricas insalubres para trabajar, carencia de días de descanso laboral y falta de buenas viviendas par los obreros y sus familias.

La *revolución industrial* consistió, durante el siglo XIX, en el gran desarrollo de las industrias europeas mediante el uso de la máquina a vapor inventada a fines del siglo anterior.

Como se ha dicho: *el émbolo y la máquina a vapor produjeron más cambios en la sociedad europea que la Revolución Francesa y las campañas triunfales de Napoleón I.*

El trabajo artesanal en las ciudades y la labor de los campesinos en el campo fue reemplazado, en grandísima parte, por el trabajo obrero en las fábricas industriales que funcionaban en las grandes urbes de Europa.

Y esas ciudades crecieron de golpe en su población sin estar preparadas para recibir, alojar y proporcionar trabajo digno, libre y bien pagado a la gran masa de trabajadores que, llegando desde el campo, crecía sin cesar y sin estar preparada para defender sus derechos frente a una sociedad nueva que no reparaba en el sufrimiento de los trabajadores.

Es verdad que durante el siglo XIX existió un real progreso de las ciencias económicas y las técnicas productivas, y que se dio un poderoso salto en la riqueza y el confort de la Humanidad.

El hombre llegaba a dominar la Tierra de una manera como hasta esa época nunca lo había podido hacer.

Pero, desgraciadamente, no existió durante la pasada centuria, en forma paralela a ese crecimiento científico y económico, un progreso real y efectivo de las relaciones entre patronos y obreros, entre pobres y ricos, por cuanto ni las autoridades gubernamentales, ni las leyes, ni las costumbres estaban en buenas condiciones morales para orientar debidamente las nuevas formas de vida, ocasionadas por la *revolución industrial*.

El espíritu de lucro, la exagerada desigualdad de fortunas, el desplazamiento continuo de la población del campo a la ciudad, la falta de contacto entre pobres y ricos y de unión entre obreros y patronos, fueron produciendo un fenómeno de desintegración social.

Mientras los campesinos pasaban por innumerables penurias, debidas en su mayor parte a la desenfrenada especulación de los comerciantes en granos y a los impuestos excesivos, los obreros urbanos se veían tratados cada día con mayor aspereza.

Las condiciones de trabajo en las ciudades resultaban terriblemente duras: la jornada de un obrero era hasta de dieciséis horas, pudiendo darse por privilegiado el que sólo trabajaba catorce.

Los asalariados vivían, además, bajo la constante y terrible angustia de no tener trabajo ni pan para sus hijos, porque las crisis de superproducción ocasionaban desocupación y miseria.

La sustitución del trabajo manual por el realizado mediante *las bombas de fuego* (así llamaban entonces a las máquinas de vapor), provocaba el despido de muchísimos obreros de edad madura, pues dichas máquinas no necesitaban un nutrido personal ni tenían que ser manejadas por obreros fuertes o especializados en su oficio.

Por ejemplo, la máquina de hilar denominada *Mulejenny* hacía, con un obrero ayudado por dos niños, la misma tarea que realizaban cien trabajadores en los talleres antiguos.

Y el invento del telar *jacquard*, si bien dio un notable impulso a la industria del tejido, fue causa del despido de gran cantidad de obreros, los cuales, exasperados por la falta de trabajo, provocaron numerosos motines en Lyon, procediendo a quemar, en la plaza pública, los telares *jacquard* que cayeron en sus manos.

La Revolución Francesa no había hecho más que agudizar la cuestión social: al destruir las corporaciones y prohibir toda asociación, acrecentó el desamparo de la clase trabajadora, la cual necesitaba asociarse para defender sus intereses de la rapacidad de los nuevos ricos surgidos en el siglo XIX. También contribuyó aquella revolución al malestar obrero con su política económica de inflación, emisiones forzosas de papel moneda y control desmedido en las operaciones comerciales, todo lo cual produjo un empobrecimiento general.

Y como reacción contra los decretos de máximo y el racionamiento obligatorio, los países no admitieron la intervención estatal ni siquiera en defensa de la más elemental justicia social.

Al no existir esa defensa, los industriales que no tenían principios cristianos ni practicaban ninguna religión, llevados por su egoísmo y afán de lucro, se aprovecharon del pauperismo reinante para contratar a las mujeres y los niños, desquiciando así los hogares humildes.

Casi todos los hijos de obreros trabajaban entonces en las fábricas desde su infancia, y muchos ya eran conchabados a los diez años de edad.

Por consiguiente, el obrero contribuía con la vida de su familia a la riqueza industrial de la nación, y, por tal motivo, y por no tener más patrimonio que su prole, los trabajadores recibieron el denigrante nombre de proletarios. (Llamábase proletario,

en Roma, al hombre pobre que no era considerado útil sino por los hijos que engendraba.)

En un siglo donde tanto se hablaba de progreso social, y tanto se despreciaba la Edad Media como una época de servidumbre y oscurantismo, surgió un nuevo feudalismo y una nueva servidumbre: el feudalismo industrial y la servidumbre económica del proletariado.

Años después, León XIII manifestó: *la abolición del régimen corporativo había dejado a los trabajadores aislados y sin defensa, viéndose con el tiempo abandonados a la merced de amos inhumanos y a la avidez de una concurrencia desenfrentada* (Encíclica *Rerum Novarum*).

Una burguesía sin principios religiosos y enriquecida por el comercio, las industrias y el préstamo a interés, iba, poco a poco, ocupando todos los cargos públicos y los puestos claves de las monarquías europeas. La aristocracia terrateniente cedía ante el empuje del tercer estado que todo lo invadía y todo lo hacía suyo.

Por desgracia, ese tercer estado invasor estaba imbuido de un humanismo ateo, que lo llevaba a emplear el poder obtenido para su solo bien individual, sin tener en cuenta para nada el sufrimiento de la clase obrera.

Esta clase social, vale decir, el llamado *cuarto estado*, era aplastada, en nombre de la libertad, por aquella burguesía egoísta, adinerada y sin ideales cristianos, que nada sabía de justicia social porque despreciaba la noción del bien común.

Al malestar producido en Europa por todas esas causas de índole política, social y económica, sigue, por lógica consecuencia, la apostasía y el furor de las masas. Pues la explotación del hombre llevada a cabo en aquella centuria bajo el rótulo de la ciencia, la libertad política y el progreso industrial, ahogando el amor a Dios y al prójimo, despertó terribles enconos en el mundo de los asalariados; enconos que ocasionaron sangrientas rebeliones.

En 1831 y 1834 los obreros lyoneses se levantan en armas y, al grito de *Vivir trabajando o morir luchando*, hacen frente a las tropas del rey burgués Felipe de Orleans.

Catorce años después, son los obreros parisienses quienes, a su vez, se lanzan a la rebelión armada vociferando *¡Pan o plomo!* Pero unos y otros caen vencidos, siendo terriblemente diezmados por la burguesía triunfante.

Al calor del encono obrero van entonces surgiendo, durante la primera mitad del siglo XIX, los grandes teorizadores franceses del socialismo utópico y del comunismo revolucionario: Saint-Simon, Fourier, Considérant, Cabet, Proudhon, Blanqui, Raspail, Barbés, Leroux.

Ellos obraban impulsados por el anhelo de curar los males del proletariado, más eran engañados por el humanismo ateo del cual estaban imbuidos y que les hacía creer en la posibilidad de transformar la sociedad en un paraíso terrenal sin religión, ni clases sociales, ni leyes de herencia, ni propiedad privada.

A la prédica de esos teorizadores franceses, bien pronto se unió la voz del alemán Carlos Marx, quien se erigió, durante la segunda mitad del siglo XIX y mediante la Primera Internacional Socialista, en salvador del mundo proletario.

Su grito famoso con el cual termina el Manifiesto Comunista publicado el año 1848: *Proletarios del mundo, uníos*, bien pronto recorrió toda Europa y llegó hasta América.

-¡Que las clases dirigentes tiemblen ante la idea de una revolución comunista! - agregaba Carlos Marx-. ¡Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas! ¡Tienen, en cambio, un mundo por ganar!

Esta afirmación apasionada es acompañada por una negación aun más apasionada: la negación de toda religión.

-La religión es el suspiro de la criatura hastiada por el dolor -declaraba el autor del Manifiesto Comunista-. Es el alma de un mundo sin corazón; es el espíritu de una época sin espíritu; es el opio del pueblo.

Pero no eran únicamente los socialistas y comunistas de aquella época los que señalaban el malestar social existente, y la servidumbre y miseria de la clase obrera.

También -como hemos dicho al comienzo de este capítulo- los católicos del siglo XIX dieron muestras de una gran preocupación por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, y evitar la desocupación y el pauperismo. Al mismo tiempo fundaban sociedades caritativas para socorrer a los pobres.

Entre esas sociedades debe citarse, especialmente, la fundada en Francia por Federico Ozanam, quien, con un grupo de jóvenes estudiantes, echó en 1833 las bases de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Los católicos-sociales, desarrollando una intensa actividad para socorrer al número creciente de obreros sin trabajo, empiezan, al mismo tiempo, a elaborar la futura doctrina de la Iglesia.

En el apéndice de este libro narramos cuáles fueron los que podemos llamar precursores de esa doctrina, la cual ha sido explicitada y desarrollada desde León XIII hasta nuestros días.

Debemos dejar aclarado que la situación del obrero en la actualidad es muy diferente de la sufrida durante el siglo pasado, y que la prohibición de asociarse existente en el siglo XIX ha quedado superada desde hace tiempo.

Hoy día los sindicatos de obreros tienen una gran fuerza y se encuentran establecidos en todos los países civilizados.

Con todo, eso no quita que los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia sigan en vigencia y haya que bregar para su conocimiento y aplicación, tal como lo hizo Enrique.

Pero es necesario recordar que en la actualidad Juan Pablo II no sólo se preocupa en promover al obrero, sino también en estimular a los empresarios e industriales como propulsores de la indispensable riqueza económica que proporciona nuevas fuentes de trabajo.

En su discurso a los trabajadores y empresarios en la Ex- posición Universal de Montjuich (España), el 7 de Noviembre de 1982, S.S. Juan Pablo II, dirigiéndose a los empresarios, industriales, altos dirigentes, consejeros calificados de la vida socio-económica y promotores de complejos industriales, les dijo: "No vaciléis, no dudéis de vosotros mismos; no caigáis en la tentación de abandonar la empresa para dedicaros a actividades profesionales egoísticamente más tranquilas y menos comprometedoras.

Superad estas tentaciones de evasión y, siguiendo valientemente en vuestro puesto, esforzaos en dar cada vez un rostro más humano a la empresa, pensando en la gran aportación que ofrecéis al bien común cuando abris nuevas posibilidades de trabajo. En el desarrollo de la revolución industrial se cometieron durante el pasado, también por parte de los empresarios, errores y no pequeños.

No por ello hay que dejar de reconocer y alabar públicamente, queridos industriales, vuestro dinamismo, espíritu de iniciativa, férrea voluntad, capacidad de creatividad y de riesgo, que han hecho de vosotros una figura clave en la historia económica y frente al futuro.

Por su misma dinámica intrínseca, la empresa está llamada a realizar, bajo vuestro impulso, una función social -que es profundamente ética-: la de contribuir al perfeccionamiento del hombre, de cada hombre, sin ninguna discriminación; creando las condiciones que hacen posible un trabajo en el que, a la vez que se desarrollan las capacidades personales, se consiga una producción eficaz y razonable de bienes y servicio, y se haga al obrero consciente de trabajar realmente en "algo propio".

La empresa es, por tanto, no solamente un organismo, una estructura de producción, sino que debe transformarse en 'comunidad de vida', en un lugar donde el hombre convive y se relaciona con sus semejantes, y donde el desarrollo personal no sólo es permitido sino fomentado. El enemigo principal de la concepción cristiana de la empresa, ¿no es quizás un cierto funcionalismo que hace de la eficacia el postulado único e inmediato de la producción y del trabajo?" (En el apéndice de este libro publicamos con mayor extensión este discurso de Juan Pablo II)

Con cuánto gusto hubiera escuchado Enrique todas estas ideas expuestas por Juan Pablo II. Pero si no pudo escucharlas por haber muerto veinte años antes, en cambio las puso en práctica como ya las había practicado en el siglo pasado un gran empresario católico precursor de la doctrina social de la Iglesia: Leon Harmel.

EL EJEMPLO DE UN EMPRESARIO CATÓLICO

Nacido en Francia en el año 1829 y fallecido allí también en 1915, León Harmel, hijo de padres franceses católicos, constituyó, durante toda su larga vida, el prototipo y el ejemplo del apóstol social-cristiano que Enrique tuvo muy en cuenta.

En su adolescencia, llevado por su serenidad y convicciones religiosas, pensó en entrar en el seminario de Reims para recibir el Orden Sagrado.

Su padre, su madre y sus abuelos, todos muy religiosos, lo incitaban a que fuese un sacerdote católico.

Pero, llegado a su juventud, tras una profunda meditación y bajo los consejos de su director espiritual, llegó a la conclusión de que, si bien Dios lo llamaba al apostolado, no lo destinaba al sacerdocio externo y jerárquico, sino al sacerdocio interno o universal de los laicos, y que su misión era la de ser un apóstol en la usina de su padre, dedicado a la práctica de los postulados del catolicismo social.

Su padre, Santiago José Harmel, había instalado durante el año 1833 una hilandería situada en el valle de Warmeriville de la región boscosa de la Champagne.

Esa hilandería recibió el nombre de Val-des-Bois (Valle de los Bosques), por el lugar en el cual se encontraba.

Y en la usina de su padre, León Harmel, una vez concluidos sus estudios secundarios, comenzó a trabajar, hasta que a los veinticinco años de edad pasó a ser el jefe de esa usina, pues su padre, sintiéndose enfermo y advirtiendo las excelentes cualidades de este hijo suyo, lo puso al frente de ella, en donde trabajaban más de mil obreros.

Aun cuando los principios del catolicismo social no habían recibido todavía la aprobación explícita de la Santa Sede, León Harmel no dudó en convertirse en propagador de esos principios y de aplicarlos en su hilandería.

Harmel contrajo matrimonio con una suave mujer que lo hizo muy feliz y le dio ocho hijos. Para su desgracia, ella murió a los veinte años de casados, y Harmel quedó viudo con ocho hijos menores de los cuales el último sólo tenía catorce meses de edad.

Mas, si recibió con esa muerte un duro golpe, al fin consiguió reponerse de tanta desgracia, y, sin contraer nuevo matrimonio, fue para sus hijos al mismo tiempo un buen padre y una buena madre. Las preocupaciones que entonces le ocasionó el ocuparse de la dirección y educación de su numerosa familia, sin tener una esposa que lo ayudara en esa tarea, no le impidieron, sin embargo, seguir ocupándose de la conversión al catolicismo de sus obreros y de darles a ellos cuanto correspondía a su libertad y dignidad personal.

No quiso Harmel limitarse a ejercer un ardiente apostolado laico entre sus obreros, quiso, también, influir en mejorar las condiciones espirituales y materiales de los trabajadores franceses empleados en otras empresas. Para ello entró en relación con la Obra de los Círculos Católicos fundada por otro gran católico-social de Francia: el conde Alberto de Mun.

Este trataba por medio de tales Círculos que los obreros fuesen cristianos. La sociedad francesa había sufrido muchas ruinas después de los crímenes de la Comuna parisiense (año 1870), y era necesario devolver esa sociedad a Cristo, cosa nada fácil en esa época.

Sin desanimarse ante las dificultades que planteaba la Tercera República Francesa en la cual preveía un furioso anticlericalismo. De Mun y Harmel, animados

por idénticos propósitos, hicieron causa común no obstante pertenecer el primero a la nobleza, y el segundo a la burguesía francesa y ellos dos realizaron una obra de singularísimo mérito.

De Mun diría de Harmel: *Es un hombre extraordinario, cuyo modesto exterior, aunado a su rústica sencillez, ocultan un alma de fuego, una sorprendentemente viva inteligencia y una indomable tenacidad.* (Ver Georges Guitton: *León Harmel: un industrial apóstol*, Red Americana de Editores, Buenos Aires, 1947.)

Harmel declaraba: *Yo no soy un teórico, y sería inconsolable si me convirtiera en teorizador del catolicismo social.*

Con todo, a solicitud de varios empresarios católicos, escribió un libro de más de doscientas páginas titulado *La organización cristiana de la usina*. Allí narró la obra por él realizada en su hilandería, y en ese libro propició, con elocuencia, el principio negado en su época del derecho que tenían los obreros de asociarse para mejorar sus condiciones de trabajo. Harmel decía: *Si la organización de las mejores instituciones económicas se efectúa sin asociaciones religiosas, se constituirá un cuerpo sin alma, y, a su vez, si las asociaciones religiosas se efectúan sin el concurso de los bienes temporales, existirá un alma sin cuerpo. Se repite a menudo que es necesario fundar patronatos por todas partes. Pues bien, yo que soy patrón, que trato con patrones y obreros, declaro que si las asociaciones religiosas no son profesionales, no alcanzarán nunca sino un pequeño número. Sé que esto les resultará extraño a muchos católicos, y que los tímidos lo declararán imposible. Ellos no se dan cuenta de la considerable influencia que la Revolución Industrial ejerció en las masas al enarbolar bien alto la bandera profesional. Lo que yo sí encuentro imposible es continuar como hasta ahora se vive en el mundo patronal y obrero.*

El milagro sería ver a las obras económicas-sociales vivir y desarrollarse desinteresándose de las manifestaciones humanas del orden natural.

"Harmel veía claramente que el obrero moderno, habiendo adquirido los derechos de ciudadano, no se resignaría en adelante a vivir dentro de un régimen de trabajo en que no se lo aceptara a concurrir como ente para discutir las condiciones de su trabajo. Y advertía que si, para favorecer cuanto ambicionaba en esa época la masa obrera, los católicos no se ponían al frente de tales ambiciones, la religión católica perdería por completo la estima de los trabajadores". (Guitton, op. cit., p. 70.)

Reconfortado por su optimismo con respecto a que el catolicismo social convertiría a los obreros en buenos cristianos, y les daría por medio de asociaciones y de una adecuada legislación social un gran mejoramiento de condiciones de trabajo, Harmel declaraba: *El mundo del trabajo cantará, al fin, la gloria de Dios que creó al hombre dándole inteligencia y genio, y se oirá entonces con placer el majestuoso balancear de las máquinas de vapor, el estridente ruido de las herramientas perfeccionadas y de la actividad de las usinas. El humo que se desprende de nuestras esbeltas chimeneas no aparecerá como una emanación infernal, y el cristiano podrá compararlas a las ondas móviles del humo que dejan escapar los incensarios de las iglesias, pues ese humo procedente de las chimeneas industriales ascenderá al cielo como homenaje del trabajo santificado.*

A pesar de su ardiente catolicismo que lo llevaba, ante todo, a preocuparse de la conversión religiosa de sus obreros, no escapó de ser tachado de socialista por la burguesía francesa.

Por eso, buscando la aprobación de la Santa Sede a fin de poder silenciar a la calumnia e incompreensión de sus compatriotas, Harmel viajó a Roma y se entrevistó varias veces con León XIII, quien supo comprenderlo y apreciar sus ideas.

Llevado, entonces, por el doble propósito de intensificar la religión en la masa obrera y de mostrar a la Santa Sede y al mundo católico la necesidad de apoyar las demandas sociales de los trabajadores de su época, Harmel preparó y llevó a cabo grandes peregrinaciones de obreros. "En 1887 lleva a Roma 800 trabajadores a postrarse a los pies del Papa; en 1889 son ya 10.000 obreros los que forman la peregrinación y en 1900 llegan a 15.000, continuando estas cifras en aumento. Es el

primero en aplicar los principios del justo salario, y el primero, también, en hablar de la necesidad de dar subsidios familiares a los obreros casados y con hijos.

En su fábrica estableció una sociedad corporativa, donde existía un consejo de fábrica, formado por el propietario y los obreros, consejos de taller y consejos de mujeres para aquellas cuestiones relacionadas con la particular modalidad de su trabajo.

Si debiéramos hacer una síntesis de las mejoras introducidas en su establecimiento, diríamos que consistieron en la aplicación del salario familiar, en el establecimiento de Consejos de fábrica, en limitar la jornada de trabajo para las mujeres, en la determinación de colocar a los obreros viejos en trabajos fáciles, en la creación de la caja de familia subvencionada por el industrial solamente, y en la creación de barrios de obreros, donde se les entregaba a cada uno de ellos la vivienda en propiedad.

"Por todo esto, y por su acción en el campo de los industriales en miras a mejorar la condición de vida de los operarios, se le daba el cariñoso mote de *Buen Padre*.

"Este industrial, pudo haberse refugiado en la indolencia de su época, pudo haber seguido los consejos de quienes en un siglo en que la fiebre de dinero lo dominaba todo, le aconsejaban que aumentara sus ganancias y se despreocupara de los trabajadores.

Sin embargo, sus convicciones lo llevaron a sacrificar parte de su ganancia en aras de una mayor justicia para sus obreros y este hombre, que pudo, como hacen muchos todavía hoy, expresar que le era imposible aplicar la doctrina de la Iglesia en las relaciones con sus obreros, por cuanto el régimen imperante se lo vedaba, ya que encarecía sus productos y de ese encarecimiento podría seguirse la ruina de su fábrica, prefirió cumplir íntegramente sus deberes de justicia y sin aumentar el costo de producción.

Porque cuanto daba de más lo daba de su ganancia; y aplicando la doctrina de la Iglesia, hizo de ello su mejor mérito y su máspreciado galardón". (Roberto Bonamino: *Los propulsores laicos del catolicismo social en Destacadas figuras del catolicismo social*, Publicación de la Soco de San V. De Paul, Bs. As. 1950.)

Y ese *Buen Padre*, llamado así no sólo por sus hijos sino también por sus obreros, murió en Niza, lejos de su amada fábrica de *Val-du-Bois*, por encontrarse ésta en poder de los alemanes invasores de Francia durante la guerra estallada en 1914.

León Harmel constituyó para Enrique un ejemplo a seguir de empresario católico. Por eso lo cita muchas veces en sus escritos y conferencias.

Asimismo cita con frecuencia a León XIII, por cuanto este Papa, por decirlo así, dio carta de ciudadanía en la Iglesia a la doctrina social-cristiana. Lo cual realizó mediante la encíclica *Rerum Novarum* promulgada el 15 de Mayo de 1891.

El hecho de haber sido ya exteriorizados numerosos principios social-cristianos antes de ese documento pontificio, no le quita su mérito y la importancia que revistió para la causa y difusión del catolicismo social y para el mejoramiento de la clase obrera.

Debe tenerse en cuenta que, como dijo el gran *leader* de la democracia cristiana en Italia, "las encíclicas no son, por su naturaleza, elaboraciones en las cuales debe buscarse nuevas enseñanzas; por el contrario, se presentan, substancialmente, como exposiciones de la doctrina común tal como es recibida y custodiada en el seno de la Iglesia". (Alcide de Gásperi: *El tiempo y los hombres que prepararon la Rerum Novarum*, Edit. Difusión, Buenos Aires, p. 186.)

"En realidad, el mayor mérito de León Xlii consistió en haber comprendido la necesidad de que en nuestra época existiera "un fuerte movimiento obrero que tuviera influjo sobre la legislación y la administración de modo que fuese capaz de construir de abajo hacia arriba una vida sólida sobre la base profesional, sin tener en cuenta como única mira sus intereses económicos, sino también la autonomía de la clase obrera obtenida con sus propias fuerzas". (Ibid., p.89.)

Alcide de Gásperi. concluye su libro sobre el tiempo y los hombres que prepararon la *Rerum Novarum*, diciendo: "Esa encíclica fue, y especialmente es, un inmenso impulso de caridad, una gran enseñanza de amor, un soplo ideal de fraternidad humana. Tocamos aquí la esencia íntima del cristianismo; aquí sentimos aletear el espíritu de caridad del Divino Fundador; aquí domina soberana la suprema ley evangélica del amor al prójimo, la que -como dice San Agustín- es moral, salud y vida de la sociedad.

Si este espíritu de amor no se transfunde en los organismos sociales, las reformas serán estériles y las soluciones aparentes poco duraderas".

La doctrina social de la Iglesia que comenzó a elaborar *el Papa de 105 Obreros*, no constituye una teoría infalible ni una técnica de aplicación automática, sino el conjunto de normas morales que deben regir el campo de las relaciones sociales y económicas.

Esa doctrina sigue siendo elaborada, no sólo por los Sumos Pontífices que sucedieron a León XIII, sino también por todos los sacerdotes y laicos católicos que se encuentran capacitados para ello.

Cuarenta años después (1913), Pío XI refirmaba las ideas de León XIII en la encíclica *Quadragesimo Anno*, muy citada por Enrique. A veces, Pío XII volvió a retomar las mismas ideas de sus antecesores, afirmando entre otros conceptos: *La Iglesia consideró siempre como un hecho antinatural el que una parte del pueblo llamada con el duro nombre de proletariado, deba permanecer en una continua y hereditaria precariedad de vida* (alocución del 23 de Febrero de 1944).

AFIANZAMIENTO DE LAS IDEAS SOCIALES DE ENRIQUE SHAW

Enrique pudo advertir, así, que las enseñanzas de León XIII acerca del modo de resolver la *cuestión obrera*, conservaban la mayor actualidad durante la época en que le tocaba actuar.

No es extraño, pues, que, habiendo sido el motivo principal de dejar la Marina su deseo de ocuparse de la promoción del obrero, se fuera afirmando más y más en sus proyectos de trabajar, con tesón y entusiasmo, para alzar bien en alto la bandera de la doctrina social de la Iglesia y para hacer retroceder, de ese modo, la bandera que lleva impresa una hoz y un martillo.

Los que agitaban esta última bandera, se decían partidarios del triunfo de los trabajadores, más, en realidad, contribuían a rebajar el trabajo humano con su materialismo ateo.

Puesto que el enfrentamiento y la lucha de estas dos opuestas doctrinas sociales (la católica y la marxista) tenían lugar, especialmente, en el campo del trabajo y la producción de cada país, comprendía Enrique la necesidad de conocer a fondo todo cuanto se refiriese al problema económico-social.

A la obra de la promoción del obrero -que en gran parte lo había determinado a dejar la Marina- debía unir, pues, la igualmente imprescindible tarea de conocer y difundir la doctrina social de la Iglesia, que no se limita a buscar esa promoción, no obstante la importancia a ella dada por la Santa Sede desde la promulgación de la *Rerum Novarum*.

Por eso, Enrique, una vez dentro de las filas de la Acción Católica Argentina, decidió dedicarse a la obra que allí realizaba el Secretariado Económico Social cuyo presidente era el doctor Francisco Valsecchi.

No había sido fácil la creación de ese Secretariado en el año 1934, por cuanto - como lo ha narrado el doctor Valsecchi- "en medio de las confiadas manifestaciones de

estímulo con que fue recibida la creación del Secretariado Económico Social, se oyeron también voces discordes que reflejaban la oposición, el escepticismo y las dudas de muchos católicos que se mostraban contrarios a que la Acción Católica emprendiera una labor no situada dentro del marco estrictamente religioso, o que declaraban su pesimismo acerca de la posibilidad del trabajo del catolicismo social en nuestro país", (Ver conferencias del doctor Valsecchi acerca de la obra de Mons. Franceschi pronunciada en 1967 en el Colegio de Escribanos.)

Esas reservas y objeciones llegaron hasta los oídos de Enrique, sin que él retrocediera de ningún modo en su decisión de trabajar en el campo económico-social de su patria.

Deseaba contribuir, de ese modo, tanto a la promoción de los obreros como a la difusión en la Argentina de la doctrina social de la Iglesia.

Para expresar sus ideas de cómo debía marchar la Acción Católica y afirmarse aún más en su fe de apóstol laico dedicado a esa tarea evangélica, con pasajes y dinero regalado a ese efecto, viaja a Roma con Cecilia y se entrevista con Pío XII en el Año Santo de 1950.

En aquella época Pío XII manifestó que los católicos no debían aliarse con los marxistas para efectuar juntos la promoción del proletariado. Porque entre la doctrina social de la Iglesia que, ante todo, propugna la libertad y dignidad de los trabajadores, y la doctrina de Marx que incita a la lucha de clases, la dictadura del proletariado y la destrucción de la religión, la familia y el patriotismo, existe una oposición tan grande y manifiesta, que imposible es la alianza y confraternidad entre católicos y marxistas para promover el mejoramiento de la situación de los trabajadores.

Tal mejoramiento no puede estar basado en una sectaria e intolerante doctrina que propicia -como la marxista- el odio, el resentimiento y el empleo de la violencia fratricida.

En una bula de julio de 1944, S.S, Pío XII ya había manifestado: *El comunismo es materialista y anticristiano; 105 conductores del comunismo, aun cuando verbalmente afirman a veces que no combaten la religión, de hecho, ya con la doctrina, ya con la acción, se muestran, contrarios a Dios, a la verdadera Religión y a la Iglesia Católica.*

Pío XII prohibió, por ello, a los católicos, bajo pena de excomunión, apoyar a los comunistas. "El estuvo muy preocupado por la posición inmensamente reforzada de Rusia en la Europa oriental al término de la segunda guerra mundial.

Su preocupación mayor fue por el dominio soviético sobre Hungría y sobre otras muchas poblaciones católicas del otro lado de la cortina de hierro. En esos territorios la Iglesia fue perseguida y aislada de Roma y de Occidente, de modo que se convirtió, según palabras del propio Papa, en *la Iglesia del silencio*, mientras sus jefes, especialmente los cardenales Mindzenty en Hungría, Berán en Checoslovaquia y Wyszinski en Polonia, sufrían prisión o una suerte peor.

En esos mismos años, el formidable desarrollo de los partidos comunistas en Francia e Italia evocó el espectro de una dominación soviética en Europa. Sobre ese trasfondo de peligro, Pío XII prohibió a los católicos apoyar a los comunistas. En represalia, el Papa fue acusado de *belicista*, y de colaborar a la división del mundo en dos bandos.

Sin embargo, su actuación personal, con sus constantes llamamientos en pro de la paz antes y durante la segunda guerra mundial, así como su caridad personal en Roma para con los refugiados de guerra de ambos lados, dan fe de su amor por la paz; pero él dejó bien sentado que ningún acuerdo ni ninguna organización internacional puede aportar una paz auténtica sin estar basada en la libertad y la justicia para todos los pueblos". (Ver: E.E.H. Hales: *Los Papas en el mundo moderno en El Pontificado*, de Christopher Hollis y otros, Edit. Plaza y Janés; Barcelona, 1965, Pág. 2567.)

En Roma también Enrique conversó largamente con Pietro Pavani y el padre Lombardi fundador, del *Movimiento por un mundo mejor*.

Después de su estada en Roma, Enrique se trasladó a Lovaina. Allí tuvo largas conversaciones con el canónigo Jacques Leclerq, cuyos libros había leído y mucho le habían enseñado. Leclerq recomendó a Enrique que intensificara su respeto a la Jerarquía Eclesiástica y, humildemente, aun cuando en muchas cuestiones políticas y en el modo de dirigir la Acción Católica no estuviera de acuerdo con su Arzobispo, no se apartara de la debida obediencia a la Jerarquía.

Todos esos consejos fueron muy tenidos en cuenta por Enrique, quien consideró al canónigo Leclerq como su mayor director espiritual.

Al regreso de ese viaje por Europa, efectuado con Cecilia, que nunca había estado en Europa, se dispuso Enrique a afirmar y difundir, aún más, la doctrina social de la Iglesia y la paz cristiana, siempre en colaboración con la Jerarquía Eclesiástica.

Esa doctrina había contribuido, en parte, a lo que él llamaba *su conversión*, cuando leyó en Mar

del Plata en la biblioteca del Ocean Club un libro acerca del catolicismo social, escrito por el cardenal Mercier. Ese libro abrió ante él un panorama cristiano que antes ignoraba.

Pero Enrique considera que antes de lanzarse a una campaña apostólica, tiene la obligación de aumentar sus conocimientos técnicos para ser un eficaz dirigente de empresa.

Por eso, a fines del año 1951, viaja a Estados Unidos de Norteamérica para volver a trabajar en Corning y enterarse de los nuevos inventos y maquinarias que se emplean en la industria del vidrio. En ese viaje, que no es de placer, sino de trabajo y estudio, Cecilia no lo acompaña por tratarse, además de un viaje pago por la Cristalería Rigolleau y no encontrarse ella en buen estado de salud.

"El largo viaje de cuarenta horas de avión desde Buenos Aires a Nueva York - escribe Enrique a Cecilia- me ha parecido corto debido a la lectura realizada, con sumo interés, del libro titulado *Ozanam y sus contemporáneos*, escrito por Ambrosio Romero Carranza. Envíame su dirección para escribirle y comentarle esa obra biográfica salida de su pluma".

No imagina Enrique que el autor de ese libro, treinta años después, será quien escribirá su biografía, y que a la dirección de ese escritor -Uruguay 1064- enviada por Cecilia en 1951, serán remitidos en el año 1981, en dos grandes valijas, todos sus escritos, cartas, cuadernos, conferencias publicadas y libretitas de apuntes, como así también múltiples comentarios y recuerdos acerca de su persona efectuados por su esposa, sus hijos, parientes y amigos que mucho lo amaron durante su vida terrenal, y que han sido utilizados para componer este libro.

FUNDACION DE ACDE

A comienzos del año 1952, enfervorizado por todo cuanto ha visto en Europa y Estados Unidos de Norteamérica, Enrique se encuentra más decidido que nunca a convertirse en un ardiente apóstol del catolicismo social.

Y comprendiendo que su apostolado necesita, para su mayor eficacia, no ser realizado en forma individual, busca la manera de formar un equipo dedicado a convertir a los dirigentes de empresa en instrumentos efectivos de la paz cristiana, y en difusores de la doctrina social de la Iglesia.

Le facilitó la concreción de esa su idea la circunstancia favorable de haber estado, desde el año 1946, en contacto con muchos empresarios argentinos.

Tal contacto se debió a que, al finalizar la segunda guerra mundial, el Episcopado Argentino decidió constituir una Comisión integrada por empresarios, destinada a ayudar económicamente a los pueblos europeos de la post-guerra que sufrían hambre y gran pobreza. Con su acostumbrada generosidad, muchos argentinos respondieron a ese llamado del Episcopado, el cual encargó a Enrique, a quien conocían como eficaz dirigente de la Acción Católica, la tarea de formar esa Comisión y recaudar fondos para comprar los víveres y las ropas que se enviaron a Europa.

Esa preocupación de solidaridad internacional que siempre demostró Enrique, iría unida a su preocupación por el mejoramiento de la causa obrera.

Esto lo llevó a ponerse en contacto con muchos empresarios, y este contacto lo ayudó a desarrollar un proyecto, no del Episcopado, sino propio, de formar un Centro integrado por dirigentes de empresa que compartieran su preocupación cristiana de buscar el modo de contribuir al mejoramiento, tanto espiritual como material, de los obreros que trabajaban en sus empresas.

A ese efecto y con tal idea, ya se había reunido, antes de su viaje a Roma, con el fundador de J.O.C., el canónigo Cardjin, quien, cuando estuvo en Buenos Aires en el año 1949, alentó a Enrique en la idea de efectuar un movimiento patronal de inspiración cristiana.

En realidad, eso era lo que Cardjin había efectuado al fundar la juventud Obrera Católica, la cual quedó constituida primeramente como un Centro especializado de Acción Católica hasta que, poco a poco, fue tomando mayor fuerza y difusión, y pudo entonces constituirse en una asociación independiente de la Acción Católica oficial, pero siempre en dependencia de la jerarquía Eclesiástica que apoyó al *jocismo* en toda forma.

"No se deje desanimar si fracasa en sus primeros intentos de formar un movimiento patronal de inspiración cristiana. Yo también fracasé muchas veces antes de lograr constituir, con grandes dificultades, una Acción Católica obrera" -dijo Cardjin a Enrique.

"Así como el apóstol de los obreros debe ser un obrero -le agregó el fundador de J.O.C.-, el apóstol de los empresarios debe ser un empresario."

Cardjin no se cansaba de predicar la necesidad de que fueran los laicos los que trataran con laicos y actuaran en medios seculares.

El campo patronal era específicamente secolar, y allí poco o nada podían ni debían hacer los sacerdotes. Le explicó a Enrique que si la Iglesia necesita de la clase obrera, también le es indispensable el concurso de la clase patronal.

El aspecto técnico de las empresas, las reformas prácticas, materiales y temporales que en ella se han de efectuar, las convenciones y contratos colectivos que se necesita concluir, la creación de mutualidades, cajas de ahorro, bancos y cooperativas, todo ello es incumbencia de los laicos, y si estos son católicos todo será propicio a la promoción del obrero y a favor de su dignidad y libertad.

Una nueva organización constituida por dirigentes de empresa conscientes y convencidos de su vocación apostólica contribuirían, sin duda alguna, a la unión de clases y a la consiguiente paz social. Cada dirigente de empresa tendría un apostolado propio del cual sería responsable, y que debía ejercer personalmente por ser distinto del apostolado sacerdotal que no puede, por lo general, ser efectuado en ese campo.

Todas estas ideas, nacidas especialmente de sus conversaciones con Cardjin en Buenos Aires y ampliadas con el canónigo Jacques Leclerq en Lovaina, arraigan firmemente en el corazón y la mente de Enrique.

Y, de regreso de su viaje a Roma, se propone concretarlas en realizaciones sociales entre las que figura la creación de un organismo patronal de inspiración evangélica. Para ello busca, entre los empresarios católicos que ha conocido anteriormente, los que a su parecer pueden ayudarlo a poner en marcha un movimiento económico-social destinado a mejorar las condiciones del trabajo obrero en la Argentina, y a infundir en los obreros la conciencia de su dignidad y libertad personales.

En el siglo XX quedaba establecida una nueva profesión: la de dirigente de empresa. Y a esa nueva profesión le incumbía una tarea principalísima en todo cuanto se refiera a las cuestiones sociales, y a la dignidad de los trabajadores.

Para Enrique el concepto de *Patrón católico* -tipo del "Buen Padre" León Harmel- había entrado en desuso durante este siglo, y empezaba a ser reemplazado por el concepto del moderno dirigente de empresa con sentido social.

Asimismo distinguía entre éste y *el hombre de negocios*. Enrique declaraba que a la función desempeñada por el hombre de negocios, prefería la de dirigente de empresa por estar en estrecho contacto con los obreros, con la administración empresarial y con sus técnicos, ventas y manufacturas. No dejaba, por ello, de interesarse por las modernas técnicas de producción. Pero, ante todo, las relativizaba y jerarquizaba al dar preeminencia a los valores propios de su visión humanista de la empresa.

Al efecto de obtener esa preeminencia, concretaba y adecuaba las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia a los tiempos modernos, y a las situaciones circunstanciales en que le tocaba vivir y desarrollar sus actividades.

La conciencia que tenía de la evolución existente en materia económico-social, le hacía sentir con agudeza su responsabilidad y obligación de trabajar para explicitar con más claridad la importancia de la función específica que en el mundo moderno tiene la nueva profesión por él adoptada: la de dirigente de empresa. Y hacía notar que el campo de esa profesión moderna pertenecía a los laicos y no a los sacerdotes.

Decidido a llevar adelante el consejo dado por Cardjin de ser el empresario el mejor apóstol para el empresario. Enrique reunió en su casa unas veces, y en la de sus amigos otras, a un grupo de jóvenes empresarios católicos.

En esas reuniones particulares, incitó a los concurrentes y los animó y entusiasmó con la idea de formar un Centro de dirigentes de empresa que colaborasen con la misión evangelizadora de la Iglesia, sin que su base católica significara exclusividad ni animosidad frente a otros empresarios no católicos, los cuales también podrían pertenecer a ese Centro.

Felizmente, Enrique encontró a su alrededor jóvenes capaces que actuaban en distintas empresas, y, comprendiendo su idea, se demostraron dispuestos a colaborar con lo propuesto por él.

Por último, después de realizar muchas reuniones y analizar bien lo que deseaban efectuar, ese grupo resolvió fundar el organismo titulado Asociación Católica de Dirigentes de Empresa (A.C.D.E.).

Y el 3 de Diciembre de 1952 -día de San Francisco Javier- Enrique convocó a sus amigos para hacerles conocer el resultado de los trabajos encaminados a organizar dicha entidad con sujeción al espíritu y a la doctrina de la Iglesia.

Luego de escuchar su amplio informe a ese respecto, dado por él como iniciador y secretario de la Comisión encargada de la concreción de la idea de formar ese organismo nuevo y especial, los jóvenes dirigentes de empresa allí presentes, por unanimidad, resolvieron:

PRIMERO: Tomar conocimiento de que S.E. el Cardenal Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Santiago Luis Copello, se ha dignado escuchar la solicitud de los iniciadores, y ha aprobado los Estatutos que le fueron propuestos, a los cuales prestan los presentes su total conformidad, suscribiéndolos en este mismo acto, comprometiéndose a velar por su ejemplar cumplimiento.

SEGUNDO: Agradecer a S.E. el Sr. Cardenal Arzobispo la solicitud pastoral con que ha atendido el pedido que le fuera formulado, así como la designación del Pbro. Dr. Manuel Moledo, como Asesor de la Entidad.

TERCERO: En virtud de la aprobación de la Autoridad Eclesiástica de que se toma conocimiento, declarar constituida, en el día de hoy, la Asociación Católica de Dirigentes de Empresa, con la estructura y finalidades que establecen los Estatutos.

CUARTO: Declarar que la Asociación tiene, como mira fundamental, organizar la participación de los dirigentes de empresa en la construcción del orden querido por Dios N.S.; sin perseguir otra ambición que servir al perfeccionamiento religioso y moral de sus miembros y del medio profesional en que actúan, esforzarse en la difusión y la vida de la doctrina social de la Iglesia tal como es enseñada por los Romanos Pontífices; luchar por el establecimiento de la justicia, la colaboración y la caridad, y que nada importa tanto a los fundadores de la Asociación como dar un testimonio permanente de que también para el hombre y para los problemas contemporáneos hay un camino, una verdad y una vida, enseñados en el Santo Evangelio y celosamente conservados por la Iglesia.

QUINTO: Declarar expresamente que, fiel a su vocación católica, la Asociación tendrá su mayor gloria en obedecer dócilmente todas las directivas y resoluciones de la jerarquía de la Iglesia, que se relacionan con los fines y los medios que se propone y proponga en el futuro alcanzar y seguir.

SEXTO: Elegir las primeras autoridades de la Asociación y tomar las providencias más aptas para un pronto funcionamiento de la entidad.

Lo que así se hizo, resultando electos para integrar la Comisión Directiva las siguientes personas:

I

Hernando Campos Menéndez

Carlos S. Llorente

Francisco Muro de Nadal

Miguel Alfredo Nougués

Jorge Pérez Companc

Basilio Serrano

Enrique E. Shaw

Julio Steverlinck

Fernando Tornquist

SEPTIMO: En el día y lugar que señalen dichas autoridades, mandar oficiar una Misa de Acción de Gracias.

Con lo cual y habiéndose cumplido los objetivos de la convocatoria, se prepara el acta presente, que luego de leída es aprobada por unanimidad.

Formada esa Comisión Directiva, se procedió a elegir Presidente del A.C.D.E. y por unanimidad, lo fue Enrique, no obstante que sólo tenía treinta y un años de edad.

A ese respecto escribió su amigo Carlos S. Llorente: "La calidad de Enrique como líder del ACDE era indiscutible. Al constituirse esa entidad no recuerdo hubiese duda alguna acerca de quien debía ser su presidente, a pesar de que su edad en ese momento podía haber sido un obstáculo. Desde que se fundó ACDE nunca hubo puja por ocupar la presidencia ni tampoco existieron divisiones entre sus integrantes. Ello no fue casualidad, sino consecuencia del espíritu con que Enrique supo animar a nuestra organización.

Su ejemplo servía, en todo momento, como de examen de conciencia y, al mismo tiempo, de estímulo. Cuando se presentaba una difícil ocasión de actuar, uno se preguntaba: *¿por qué si Enrique lo hubiese podido realizar, no podré yo también?* Al recordar sus consejos, parecería que no han terminado de ser expresados.

Pero siempre había algo que repensar a raíz de sus enfoques sociales plenos de caridad" (carta dirigida a Romero Carranza).

Asumida la presidencia de ACDE, Enrique se puso, como era su costumbre, a darse por entero a la tarea que se le encomendaba.

Para ello, felizmente, contaba con aquel grupo selecto de dirigentes católicos de empresa que eran, además, sus amigos personales, y contaba, asimismo, con el Asesor de ACDE, monseñor Manuel Moledo, con quien en seguida de conocerlo trabó una grande y afectuosa amistad que perduraría hasta el día de su muerte.

Por disposición de la Comisión Directiva se consideró, entonces, como socios fundadores a las personas cuya lista publicamos en el apéndice de este libro.

De acuerdo con todos esos fundadores de ACDE, con quienes siempre trabajó en equipo y a quienes atribuyó la fundación de esa sociedad, negando humildemente que él fuera su autor y propulsor, Enrique formuló en un volante cuáles eran los objetivos de los dirigentes católicos de empresa:

- 1°) Cumplir con la misión que la Divina Providencia les ha encomendado.
- 2°) Resolver los problemas de las relaciones humanas en la empresa.
- 3°) jerarquizarlos en la sociedad en que viven.
- 4°) Consolidar sus relaciones con los demás empresarios.
- 5°) Ubicarse en las relaciones con el Estado.
- 6°) Ubicarse frente a sus clientes.
- 7°) Asumir las responsabilidades que les da el cargo que ejercen.
- 8°) Ubicarse en las relaciones con los gremios obreros.
- 9°) Colaborar en el bien común.
- 10°) Imponer la moral en las actividades económicas.
- 11°) Tener personalidad.
- 12°) Capacitarse, usar la inteligencia, ser comprensivo, saber escuchar y saber ordenar.
- 13°) Conocer la doctrina social de la Iglesia.

Enrique puso, especialmente, el acento en el último de esos objetivos durante los tres años de su primera presidencia.

Y se empeñó no sólo en hacer conocer la doctrina social de la Iglesia, sino también en extender ese conocimiento al ambiente empresarial. Aplicar esa doctrina en las relaciones laborales de los dirigentes católicos integrantes de ACDE, constituyó su preocupación más ardiente. Comprendía que si bien la doctrina social de la Iglesia no es un dogma, constituye, en cambio, un ideal hacia el cual debe tender todo cristiano.

Adoptar -proponía Enrique- como punto de mira de la dirección empresarial las enseñanzas de dicha doctrina, y que ACDE exhorte e inicie el cumplimiento íntegro e inmediato de esas enseñanzas, en el grado que lo permita el actual desarrollo de las empresas argentinas, pero tendiendo constantemente a adecuarlas a tales conceptos.

Por eso, al comienzo de este capítulo nos hemos extendido sobre la historia de la doctrina social de la Iglesia, como el mismo Enrique lo haría cinco años después en el informe presentado al Primer Congreso de ACDE realizado en Buenos Aires el año 1957, al que nos vamos a referir en el capítulo noveno.

Como bien dice el actual Presidente de ACDE, ingeniero Hernando Campos Menéndez, cofundador de esa Asociación: "Enrique veía la función empresaria como obra de servicio, de propio perfeccionamiento, de progreso, constructora de paz y un medio de promoción humana, además de servir al legítimo interés particular..."

En sus trabajos sobre la *Ética del Marketing* y sobre la *Misión del Dirigente* vemos en todos sus escritos, como en toda su vida, reflejado su compromiso vital de empresario cristiano y la respuesta de su fe al desafío de un mundo materialista. No había en él dicotomía ni distanciamiento entre su vida espiritual y su vida profesional empresaria. Por el contrario, existía entre ellas coherencia y unión".

No es extraño, pues, que dando gran importancia a la doctrina social de la Iglesia, Enrique se dedicara al estudio del salario familiar. Encontró ayuda, para ello, en Guillermo Bravo y Roberto Torino, quienes presentaron a la Unión Industrial el proyecto de salario familiar que al final tuvo sanción legislativa.

Narra Alvaro Manfredi acerca de los primeros años del ACDE: "Fundada esa entidad, a la cual pertencí en seguida, se creó entre Enrique y yo una gran comprensión mutua que se tradujo en una colaboración muy íntima.

En una casa de la calle Paraguay teníamos nuestras reuniones de trabajo en las tardes de los martes, y, a menudo, me llevaba a mi domicilio en su estancia verde, donde continuábamos el diálogo recién interrumpido.

Uno de los trabajos más importantes de ACDE en su comienzo fue el dedicado a establecer asignaciones familiares, que ya en Italia se aplicaban, destinadas a solucionar las dificultades de los obreros con numerosa familia a su cargo.

Para impedir que los empleadores buscasen el modo de no asumir las elevadas asignaciones familiares de los asalariados de sus empresas personales, ACDE aconsejó la medida de una contribución proporcional a las remuneraciones en una Caja Compensadora, con la cual se efectuaría la compensación entre la correspondiente contribución de la empresa y la erogación a favor de cada uno de los trabajadores.

De tal manera no existiría para la empresa una mayor contribución cuando el personal tuviese un gran número de hijos a su cargo. Fue elaborado, entonces, un esquema que se confió a Enrique para su perfeccionamiento, y especialmente a él se le encargó la realización de las medidas conducentes a su adopción oficial, y consiguió esa adopción apoyándose en el hecho de que los contratos colectivos de trabajo se hacían sobre la base de las necesidades de una familia tipo (padre, madre y dos hijos), lo cual favorecía injustamente a los solteros y perjudicaba a los generosos transmisores de la vida.

Vino después el Primer Congreso de los Empresarios Católicos y las sucesivas presidencias de ACDE de Francisco Muro de Nadal y Hernando Campos Menéndez. Muro de Nadal trajo a ACDE un folleto del Serra Club en el cual se explicaba la finalidad de esa asociación: por un lado la difusión de la doctrina social de la Iglesia, y, por el otro, el fomento de las vocaciones eclesíásticas.

Y uno de los primeros en decidirse a integrar el Serra Club en la Argentina fue Enrique, quien con particular entusiasmo se constituyó en columna de los primeros pasos de esa institución creadora de un nuevo tipo de apostolado con la intervención laical masculina en la pastoral vocacional". (Carta dirigida a Romero Carranza.)

Así como Alvaro Manfredi en seguida se afilió al ACDE, muchos otros empresarios integraron esa organización, atraídos, especialmente, por la actividad y simpatía de Enrique. Por eso, durante los años 1953 y 1954, ACDE creció rápidamente.

También contribuyó a su desarrollo en aquella época la circunstancia de haberse fundado, poco antes, una organización semejante de carácter mundial: la Unión Internacional de Patronos Católicos (UNIAPAC), a la cual ACDE adhirió en seguida.

Esa organización nació en Roma el 12 de Mayo de 1931, fundada por varios empresarios católicos invitados por Pío XI para conmemorar el 400 aniversario de *Rerum Novarum*.

Reunidos en el Hotel Continental de la Ciudad Eterna, resolvieron ellos instituir lo que denominaron Conferencias Internacionales de Patronos Católicos, con el propósito de convertirse en instrumento de difusión de los principios naturales del catolicismo social, y ocuparse, especialmente, de la promoción de los trabajadores.

La encíclica *Quadragesimo Anno*, publicada en ese mismo año, dio un espaldarazo a esas conferencias que tuvieron, bien pronto, amplio desarrollo, no sólo en Europa, sino también en América Latina, Asia y África.

Por eso, en el año 1947 ellas se transformaron en la Unión Internacional de Asociaciones Patronales Católicas con la sigla UNIAPAC. Años más tarde, cuando ya Enrique había fallecido, y tal vez bajo su influencia y la de ACDE, manteniendo su misma sigla, UNIAPAC, se denominó Internacional Unión Cristiana de Dirigentes de Empresa.

Ese cambio de nombre se efectuó para dar cabida y aceptar la colaboración de cristianos de otras confesiones. Anteriormente, ya ACDE había modificado su nombre - tal como lo deseaba Enrique desde su creación-, titulándose Asociación Cristiana de Empresas, con la misma intención que después lo hiciera UNIAPAC, y Enrique fue uno de sus miembros que con más empeño buscó esa modificación.

UNIAPAC sigue siendo un movimiento de dirigentes de empresa conscientes de su papel de hombres de acción inmersos en el constante cambio social.

Los principios que la inspiraron y la siguen inspirando pueden ser compartidos por todos los hombres que aceptan la primacía del espíritu y la franca apertura del diálogo como camino en la constante búsqueda de un mundo que favorezca más y más el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres.

Las asociaciones afiliadas a UNIAPAC no dictan normas ni elaboran teorías. Simplemente ofrecen a los empresarios de todos los sectores y niveles la oportunidad de buscar juntos los criterios más adecuados para orientar su acción concreta de dirigentes de empresa con firme vocación de bien común y ponen al servicio de todos el enriquecedor intercambio de experiencia a nivel universal (ver revista EMPRESA de AC- DE, N° 55).

Gracias en gran parte al celo de Enrique, ACDE se convirtió, desde su fundación, en una de las asociaciones más activas de UNIAPAC. Reuniones de estudio, difusión de documentos doctrinarios, relaciones internacionales, manifestaciones públicas sobre temas de actualidad, como ser: deberes del dirigente de empresa y la paz social, manifestaciones acerca del mejoramiento de los trabajadores y estudios para implantar en la Argentina el salario familiar; tales fueron las actividades más notables que ACDE cumplió durante sus dos primeros años de vida (1952 a 1954). Desgraciadamente se vio trabada ACDE en su desarrollo a fines de 1954 y mitad de 1955 por causa de la persecución religiosa promovida por el Presidente de la República, Juan Domingo Perón.

Entre otros atropellos llevados a cabo en contra de los católicos figuró el encarcelamiento de Enrique, junto con quince miembros de la Acción Católica Argentina.

Debemos, por ello, en el próximo capítulo referirnos a esa persecución religiosa.

Capítulo VIII

Tiempo de sufrir persecución religiosa

Si bien Enrique está preocupado en desarrollar un movimiento de dirigentes de empresa destinado a dignificar el trabajo y promover a los obreros, no olvida los intereses políticos de su patria a la cual ama con fervor.

Su patriotismo, empero, nada tiene que ver con el de carácter absolutista entonces en boga, que identificaba nacionalismo con racismo y xenofobia, y que conducía al culto fanático de la Nación, a la cual consideraban los ultranacionalistas como superior, en todo sentido, a la Iglesia y la ley moral.

Contrariamente a esas erróneas ideas que llevaban a la práctica de un totalitarismo racista y *chauvinista*, Enrique declara: "Considero que se debe fomentar el espíritu nacional, pero sin odio al extranjero.

El deber político más urgente en esta década del 50 es asegurar la libertad de los ciudadanos frente al alud provocado por los avances del poder estatal.

Lo importante en una democracia es la igualdad de posibilidades para todos, y que el pueblo teniendo facultad para expresar si está o no contento con el régimen gubernamental existente, lo pueda modificar en el caso de disentir con ese régimen.

Las pasadas generaciones argentinas debieron trabajar para tomar el mando de la economía del país. En adelante, nuestra generación, sin descuidar ese manejo, ha

de tomar conciencia de otro deber nacional más importante: asegurar la libertad de los ciudadanos.

Los derechos individuales -dentro de sus deberes para con la comunidad-deben ser mantenidos, asegurados y exaltados. Debe haber:

- a) igualdad ante la ley;
- b) igualdad de oportunidades;
- c) derecho a la libertad de expresar opiniones, aunque sean de crítica al gobierno del día, siempre que ellas no atenten contra el Estado que concede esa autorización;
- d) libertad de acceso a las fuentes de información (ejemplo: el derecho de las Cámaras a interpelar al Poder Ejecutivo);
- e) libertad del temor a ser arrestado y sometido a malos tratos, o de permanecer detenido sin ser interrogado ni juzgado legalmente durante varios meses;
- f) un sistema unificado y establecido de justicia mediante tribunales que procedan a juzgar sin intromisión o amenaza de violencia, y no mediante tribunales especiales para juzgar delitos particulares;
- g) existencia de recursos constitucionales por medio de los cuales la voluntad del pueblo puede ponerse de manifiesto, incluso para cambiar la persona que ejerce el gobierno sin necesidad de recurrir a la violencia;
- h) libertad de pensamiento, de religión, de iguales oportunidades de obtener medicamentos y lugares de vacaciones".

Agregaba Enrique que la libertad, siendo un derecho imprescriptible del hombre, constituye una conquista deseable pero difícil que ha de ser realizada cada día. Y concluía sosteniendo que el lema del argentino patriota, en ese momento, era: *Libertad en la Solidaridad*.

Con tales ideas de carácter político y social, fue lógico que Enrique se demostrara muy opuesto al régimen gubernamental existente en la Argentina desde el año 1945. Su amor a Dios, al prójimo, a su patria y a su familia, iba unido a su amor a la libertad y la justicia. Por eso, mientras muchos argentinos se plegaban al Gobierno establecido, Enrique lo repudió con energía.

Un nuevo acontecimiento tiránico contribuyó para que manifestara su repudio con fuerza y valentía. Ese acontecimiento fue la persecución religiosa que, empezada en el año 1954, alcanzó su mayor intensidad al año siguiente.

PERSECUCION RELIGIOSA EN LA ARGENTINA

La persecución religiosa desatada al final de la década 1945-1955 ha sido la única llevada a cabo en nuestra patria. La Argentina siempre vivió y sigue viviendo bajo el signo del catolicismo.

No vamos a entrar en este libro -por no corresponder que aquí lo hagamos- a narrar las múltiples circunstancias originadoras de esa persecución, ni las diversas formas en las cuales fue llevada a cabo. Sólo referiremos aquello que a Enrique atañe como consecuencia de tales sucesos.

Por otra parte, en el Manual de historia política y constitucional, escrito con los doctores Alberto Rodríguez Vareta y Eduardo Ventura (Editorial AZ -tercera edición-Buenos Aires, 1981, capítulo XV, páginas 325 a 340), ya hemos detallado todos los pormenores de esa injusta persecución.

Pasamos, pues, por alto los hechos y declaraciones que enfrentaron al 'Poder Ejecutivo Nacional con la Jerarquía Eclesiástica argentina, para recordar únicamente que los miembros de la Acción Católica fuimos acusados de conspirar con el objeto de derrocar al Presidente de la República, general Juan Domingo Perón.

Por eso, el 7 de Mayo de 1955, a la una de la noche, la Policía procedió a allanar los domicilios de diecinueve dirigentes laicos de la arquidiócesis de Buenos Aires.

Todos ellos quedaron detenidos e incomunicados aun cuando en esos allanamientos no se encontró prueba alguna de esa supuesta conspiración.

Los detenidos fueron:

Ing. Luis P. Arrighi, Presidente de la Junta Central de la A.C.A.

Cont. Ambrosio Siminari, Tesorero (tuvieron que sacarlo a las pocas horas en camilla porque tenía perforación de úlcera de duodeno).

Dr. Ramiro de La Fuente, Secretario.

Enrique Shaw, Vocal.

Sarah Makintach, Vocal a cargo del Secretariado Central de Publicidad y Propaganda de la A.C.A.

Dr. Carlos García Díaz, Presidente del Consejo Superior de los Hombres de la A.C.A.

Lic. Juan Vázquez, Presidente del Consejo Superior de los jóvenes de la A.C.A.

Dr. Manuel J. Bello. Vocal de la junta Central.

Dr. Francisco Valsecchi, Director del Secretariado Central Económico Social de la A.C.A.

Antonio Malaret, Vicepresidente del Consejo Superior de los jóvenes de la A.C.A.

Francisco Borlenghi, Presidente de la junta Arquidiocesana de Buenos Aires.

Dr. Jorge Dithurbide, Presidente de los Universitarios de la A.C.A.

Dr. Oscar Aníbal Itoiz, Presidente de los Profesionales de la A.C.A.

Dr. Carlos Begué, Vicepresidente de la junta Arquidiocesana de Bs. As.

Dr. Cesar Belaúnde, Ex Secretario de la junta Central de la A.C.A.

J. Roberto Bonamino, Ex Director del Diario del Pueblo y Director del Secretariado Arquidiocesano Económico Social de Bs. As.

Amalio Fernández. Presidente de los jóvenes de Bs.As.

José Ignacio Kennedey, Dirigente de la Arquidiócesis de Bs. As.

Manuel Santa María de la Administración de la junta Central.

No era aquella la primera vez que Enrique había sido detenido por el régimen imperante; en el año anterior (1954) fue encarcelado por acusárselo de complicidad en supuestos delitos que arbitrariamente se imputaban a los Bemberg. Enrique probó que durante el año 1936, en el cual se habrían cometido esos supuestos delitos, no podía haber sido Director de la Empresa Bemberg y Cía. por cuanto entonces sólo tenía quince años de edad y era cadete de la Marina. Por ello se lo sobresejó definitivamente y fue puesto en libertad.

En esta ocasión de su segundo encarcelamiento no consiguió salir libre tan fácilmente.

Por lo pronto, él y los demás dirigentes de la Acción Católica que habían sido detenidos en la madrugada del siete de mayo, fueron hacinados en un salón de la Comisaría destinada al Orden Político, situada en Lavalle y Pueyrredón, y en donde se torturaba a los presos.

Quedaron incomunicados y debieron dormir en el suelo hasta que se les permitió que sus parientes les llevaran colchones. Enrique dio el remitido por Cecilia a uno de sus compañeros que le pareció más necesitado de dormir bien. Y sólo aceptó descansar en el que le llevó su hijo Jorge Enrique, cuando ya todos estuvieron munidos de colchones.

En cuanto a Sara Mackintach, también detenida incomunicada, la llevaron a un despacho de esa Comisaría, donde permaneció sentada en un sillón durante una semana entera.

Cuando Cecilia concurrió, con los siete hijos, que entonces tenía, a la Comisaría para visitar a Enrique, le manifestaron que no podía verlo por estar incomunicado.

Entonces Cecilia, poniendo en brazos del Oficial de Policía, que le notificaba tal orden, al menor de sus hijos, que era María Luisa, de un poco menos de dos años de edad, le pidió que la llevara a su padre para que le diera un beso ya que, al menos, la incomunicación no podía correr para impedir tal cosa.

El Oficial de Justicia, con la bebida en sus brazos, no sabía como comportarse, hasta que optó por permitir a los hijos que entraran, uno a uno, para saludar a su padre. A Cecilia no le permitieron entrar.

Durante el tiempo de su detención, Enrique debió soportar largos interrogatorios de un Comisario que, ensañándose con él, amenazaba torturarlo si no confesaba su participación y la de sus compañeros en el supuesto complot de la Acción Católica para derrocar al Presidente de la República.

Enrique no le guardó rencor a ese Comisario por la forma en que lo había tratado y, pocos meses después, tuvo ocasión de socorrerlo cuando, a su vez, fue encarcelado por la revolución triunfante.

La detención de Enrique y sus compañeros de la Acción Católica se prolongó durante diez días, y fueron puestos en libertad sólo porque la opinión pública universal, informada por el Movimiento Familiar Cristiano, desde Montevideo se hizo oír en los periódicos uruguayos denunciando el atropello que cometía el Gobierno argentino, ya que era completamente falso el complot atribuido a la Acción Católica para derrocar al Presidente de la República.

Como Perón deseaba mantener en secreto esa detención y hacer creer que esos miembros de la Acción Católica sólo estaban *demorados*, al tomar estado público en el extranjero la realidad de esa detención, resolvió ordenar la libertad de esos presos.

Nunca se había afiliado Enrique a ningún partido político, ni intervenido en contiendas electorales, pero, ante aquella persecución religiosa tan crudamente desatada en aquella época, consideró de su deber actuar en el ambiente político por constituir una cobardía el desinteresarse de cuanto en forma tan anticristiana y tan antidemocrática estaba ocurriendo en la Argentina.

Decidió, por ello, unirse al grupo de argentinos que había constituido el Partido Demócrata Cristiano en nuestra patria, para oponerse con energía, pero legalmente, a la opresión y la persecución religiosa sufrida por los habitantes del país.

Dado que Enrique decidió ingresar a las filas de ese Partido, siendo su ficha de afiliación firmada por su amigo el doctor Manuel V. Ordóñez, nos parece conveniente explicar la génesis de ese movimiento político. Y esa explicación es tanto más necesaria cuanto el lema "Democracia Cristiana" ha sido desvirtuado por otros Partidos políticos nacidos posteriormente.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN LA DECADA DEL 50

La democracia cristiana, a la cual Enrique se adhirió en el año 1955, respondía a las directivas y el ejemplo, entre otros, de Federico Ozanam, don Luigi Sturzo, Jacques Maritain y los demócratas cristianos de Italia y Alemania que, concluida la segunda guerra mundial, consiguieron tomar las riendas del poder político en sus patrias sin recurrir a la violencia.

La nueva República Italiana había encontrado en Alcide de Gasperi (discípulo de don Sturzo, fundador del *Partito Popolare* disuelto por Mussolini) un primer ministro capaz de unir a los demócratas cristianos de Italia.

Con ellos formó el gran Partido político que realizó entonces un gran bien a su patria, al salvar a los italianos de caer en manos de los comunistas capitaneados por el líder italiano Togliati, y respaldados por el jefe todopoderoso del Soviet ruso, José Stalin, quien se había aliado a Hitler en 1939 para repartirse a esa nación mártir que es Polonia. Pero cuando su maquiavélico aliado se volvió en contra de Rusia, el totalitario Stalin se declaró amigo de las democracias representativas y trató, bajo el

rótulo de la defensa de esas democracias, apoderarse del gobierno italiano como lo había realizado del polaco, rumano, búlgaro, húngaro y checoslovaco.

Felizmente, en Italia fracasaron sus planes imperialistas, y ese fracaso se debió, en gran parte, a la fundación e incremento del *Partito della Democrazia Cristiana* hábilmente dirigido por el católico primer ministro Alcide de Gásperi.

Tampoco pudo expandirse el comunismo en la Alemania Occidental, porque también allí le hizo frente el partido de la Unión Cristiana Demócrata (U.C.D.), que consiguió tomar pacífica y legalmente el poder político y realizar el denominado *milagro alemán*, vale decir, la brillante recuperación económica de esa parte del territorio alemán.

El Partido de la Unión Cristiana Democrática es el sucesor del partido católico del *Centrum* alemán que, en el siglo pasado, combatió a Bismarck, y en esta centuria se opuso a Hitler hasta que éste lo disolvió. En 1945 volvió a resurgir para salvar a su patria tanto del peligro nazista como del comunista.

Con todos esos antecedentes favorables, e ideas claras y católicas, nació en la Argentina, durante el año 1954, el Partido de la Democracia Argentina del cual Enrique decidió integrar sus filas.

Es deber de todo católico oponerse a un Gobierno que ataca la Religión y la Justicia y que, por lo tanto, no respeta la dignidad ni la libertad de los ciudadanos. Y Enrique cumplió ese deber.

Pero el Presidente de la República no estaba dispuesto a tolerar que los católicos constituyeran un Partido político opositor, semejante a los que existían con tanto éxito en Italia y Alemania.

Por más ilustres que fueran los antecedentes que hacían valer los demócratas cristianos argentinos, quienes se apoyaban en una tradición enraizada en la Constitución de 1853, y que había contado en el siglo pasado con grandes personalidades como las de Félix Frías, Estrada, Goyena, Achával Rodríguez, Felipe LLavallol, José María Moreno, Manuel Demetrio Pizarro, Miguel Navarro Viola, Juan M. Garro, Rafael García, Nicéforo Castellanos, Nicolás Berrotarán, Emilio Lamarca, Ignacio y Luis Vélez, no quiso Perón tener en cuenta sus ideas ni permitir la acción del nuevo Partido político que habían fundado.

Como la persecución religiosa se extremó en la Argentina y llegó hasta el punto culminante de incendiar varios templos de la ciudad de Buenos Aires en la noche trágica del 16 de junio de 1955, y detener a gran cantidad de dignos sacerdotes tales como los monseñores Miguel de Andrea -obispo de Temnos-, Silvino Martínez -obispo de San Nicolás- y Gustavo J. Franceschi -director de la revista "Criterio"-, y como no se permitiría que los Partidos políticos opositores al Gobierno llevaran a cabo una acción pacífica y legal, la resistencia a la opresión tuvo que realizarse en forma activa.

Recordemos que en su encíclica *Libertas* el Papa León XIII afirma: "Cuando se manda algo contra la razón, contra la ley eterna, o los mandamientos divinos, es justo no obedecer a los hombres, se entiende para obedecer a Dios.

Cerrado así el paso a la tiranía, no lo absorberá todo el Estado, y quedarán salvos los derechos de los particulares, de la familia y de todos los miembros de la sociedad, dándose a todos parte en la libertad verdadera, que consiste en poder cada uno vivir según las leyes y la recta razón." Y en la encíclica *Sapientia e Christianae* del año 1890, León XIII volvía a insistir sobre el *jus resisten di* diciendo: "Si las leyes de los Estados están en abierta oposición con el derecho divino, si se ofende con ellas a la Iglesia o contradicen los deberes religiosos, o violan la autoridad de Jesucristo en el Pontífice Supremo, entonces la resistencia es un deber y la obediencia un crimen."

En este siglo, establecido el totalitarismo en diversas naciones, vale decir, absorbiéndolo todo el Estado, y desencadenando los gobernantes totalitarios la persecución religiosa, racial y clasista, los Papas han señalado, con renovada fuerza, en qué consiste el derecho de resistir a la opresión. Pío XI, con motivo de la persecución religiosa desatada en Méjico, en su encíclica *Firmissiman Constantiam*, de fecha 28 de marzo de 1937, dirigida a los obispos mejicanos, dijo: "Vosotros habéis

recordado a vuestros hijos, más de una vez, que la Iglesia preconiza la paz y el orden aun a precio de pesados sacrificios, y que condena toda insurrección o violencia injusta contra los poderes constituidos. Por otra parte, habéis afirmado, también, que si se produce el caso de que esos poderes constituidos insurjan contra la justicia y la Verdad hasta el punto de destruir los propios fundamentos de la autoridad, no se podrá condenar el hecho de que los ciudadanos se unan para defender la nación y para defenderse ellos mismos, por medios lícitos y apropiados, contra aquellos que se prevalen del poder público para arrastrar al país a su ruina. Por consiguiente, es muy natural que cuando se atacan aun las más elementales libertades religiosas y cívicas, los ciudadanos católicos no se resignen pasivamente a renunciar a tales libertades.

Aunque la reivindicación de estos derechos y libertades puede ser, según las circunstancias, más o menos oportuna, más o menos enérgica" (párrafos 28 y 29). Y en el párrafo siguiente (30) habla el Papa de la defensa violenta que puede ser necesaria efectuar de tales derechos y libertades.

"En esa encíclica, por primera vez un Papa moderno hace la distinción entre insurrección injusta e insurrección no injusta. Añadiendo la palabra *injusta*, excluye de la condenación a las insurrecciones que pueden fundarse en motivos justos.

Así, dice que, *en el caso en que los Poderes constituidos insurgen contra la justicia y la Verdad hasta el punto de destruir los fundamentos de la autoridad, ¿quién podría condenar a los ciudadanos que se unan para defender la nación y defenderse ellos mismos?*

El Papa, sin embargo, limita los procedimientos de defensa a los medios lícitos y apropiados. Y más abajo, en el segundo párrafo, insiste en decir que sólo son justificadas, desde el punto de vista defensivo, las acciones lícitas y no las intrínsecamente malas. Por último, pide que los medios sean proporcionados al objeto, y empleados en la medida en que se aproximen a ese fin para evitar a la comunidad daños más grandes que los que se quiere impedir". (Ver Luis Sturzo: *La Política Y la Moral*, Edit. Losada, Buenos Aires, 1940, p. 190.)

De acuerdo con esas prescripciones pontificias, la *Revolución Libertadora*, estallada en septiembre de 1955, puso punto final al régimen opresor existente en la Argentina desde hacía diez años.

Enrique Shaw pudo entonces lanzarse a realizar su obra apostólica y de promoción del obrero, aplicando para ello la doctrina social en toda su extensión y sin los falseamientos a que había sido expuesta en nuestra patria durante una década.

Como hemos dicho, él no tenía vocación por la política partidaria y, por eso, una vez caído el régimen político que perseguía a la Iglesia Católica, abandonó las filas del Partido Demócrata Cristiano, el cual, por otra parte, tomó en adelante un rumbo que no era el deseado por los fundadores de ese partido, amigos de Enrique.

Capítulo IX

Tiempo de plenitud

En el año 1955 había llegado, al fin, la época de libertad durante la cual la personalidad y la obra apostólica de Enrique pudieron alcanzar su pleno desarrollo y madurez tanto espiritual como material.

Plenitud de amor a Dios, a la Virgen María y a los santos.

Plenitud de amor al prójimo y a su familia integrada por su esposa y sus hijos.

Plenitud de amor a su trabajo de dirigente de empresa, y de amor a los obreros y empleados con los cuales comparte eficazmente sus tareas laborales.

Plenitud en sus obras de apóstol laico consagrado a evangelizar su entorno social mediante su ejemplo, sus actividades y su palabra.

Plenitud en su ardiente deseo de dar más de sí mismo en bien de los demás. *Dar y más dar sin cansancio* de *dar* es su lema favorito, que en esa época, de mayor holgura económica, brilla con esplendor.

Plenitud en su generosidad y en prestar servicios y ayuda pecuniaria a sus semejantes sin tasa ni medida, y sin darse aires de superioridad por cuanto hace.

Plenitud de amor a la vida, a sus estudios, trabajos, experiencias e iniciativas, sin amarguras ni desalientos de ninguna clase ante ciertas dificultades y algunos fracasos en su múltiple accionar.

Puede decirse, por tanto, que desde septiembre de 1955 hasta su muerte en agosto de 1962, su existencia constituye un despliegue de plenitud alegre, llena de amor, confianza y esperanza que es imposible sintetizar en un solo capítulo.

Sólo en parte intentamos hacerlo. Por lo pronto transcribiremos lo por él expresado respecto de su plenitud espiritual y religiosa, conseguida en aquella época que podemos llamar de la madurez de su vida espiritual.

PLENITUD ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

"Mi tesoro más grande es el conocimiento profundo de la doctrina católica bajo todos sus aspectos, sin excepción. Mi fe es audaz porque Cristo venció al mundo; confiada por cuanto confío en la victoria final de Cristo sobre las almas; ardorosa por estar basada en el amor.

"Me siento capaz de enlazarme intelectualmente con mi ambiente; de penetrar dentro de cuantos me rodean; de conocer los procesos en los cuales me muevo y vivo.

"Mi felicidad actual consiste, ante todo, en poseer simultáneamente verdad para mi inteligencia, decisión cristiana para mi voluntad y bienestar para mi cuerpo.

"La Gracia Divina no me quita libertad; al contrario, la perfecciona y nunca me siento más libre que cuando estoy bajo el influjo de la energía suave que nace de la luz proporcionada por Dios.

"Cuanto más me creo amado por Dios, más me siento capaz de amar al prójimo, y de devolver a Dios amor por amor, dándole la única correspondencia que El pide: amor a nuestros hermanos.

"Gracias a Dios creo tener ya la formación básica que durante muchos años he buscado con mis lecturas y devociones.

"Del Pesebre de Belén surge una luz que me ilumina con claridad como para que, pudiendo casi conocer a Dios visiblemente, por El me sienta arrebatado al amor de las cosas invisibles.

"Creo, porque estoy convencido de que Cristo ha venido a la Tierra por amor hacia nosotros. Creo, porque El reclama amor con insistencia. Creo, porque confío firmemente en el contenido de los Evangelios. Mi fe está sostenida por la razón, pero vive por el sentimiento de amor al Creador.

"Dios no me ha exigido éxito, pero sí que empezara a actuar.

"Puedo en verdad decir: *Mi amado es mío y yo soy de El*. Desprecio todo cuanto puede separarme de Dios y del amor al prójimo, y trato de aniquilar mi egoísmo con todas sus mezquindades.

"Debo servirme de mis relaciones humanas como escalones para elevarme hacia Dios. Tengo, para ello, que ser benevolente, amable, paciente, suave con todos los seres humanos, y, sin herir a nadie, ser un tabernáculo que irradie amor a cuantos me rodean, no debiendo aplastar nunca a ninguno de ellos; por el contrario, elevarlos si es posible.

"Debo mortificarme con el objeto de ser más útil al prójimo, y no exasperarme por cuanto diga o haga un ser humano.

"La santificación no es otra cosa que la difusión del Amor Divino en cada uno de nosotros. Una acción es tanto más meritoria cuanto más perfecto es el motivo que la inspira. Obrar por amor a Dios es el más perfecto de los motivos, y cuanto más ferviente sea mi amor a Dios tanto más meritorias serán mis acciones.

"Por principio no hablaré mal de nadie. Muchas veces me sucede que, conociendo mejor y hablando más tranquilamente con la persona que había criticado, he cambiado de opinión a su respecto y moderado el juicio que me inspiraba. Debo, pues, mortificar la lengua. Y negarme yo mismo para poder darme íntegramente a mi prójimo.

"Liberarse y salvarse son dos acciones íntimamente unidas. El ser humano no se salva ni se libera sino en Dios y por Dios.

"Cuanto más importante es una persona, más le molesta no hacer su propia voluntad. Es necesario, pues, pedir a Dios la gracia de tener buen talante.

"Más vale ser débiles como niños que varones heroicos pero soberbios.

"Debo consagrarme a mi vocación de llevar la perfecta vida del cristiano.

"Por el hecho de ser hombres, aunque no fuéramos cristianos, tenemos el deber de superarnos para poder mejorar al mundo que nos rodea.

"No tengo el *tender love* (tierno amor) que debería poseer. Es que no estoy bastante unido a las fuentes del amor: a Jesús y a María.

"Pido a Jesucristo ser como El fue en la Tierra: manso y humilde de corazón. Pienso que la mansedumbre incluye paciencia, amabilidad, suavidad.

"No pedir por mí mismo constituiría un orgullo de mi parte. Debo pedir, entre otras cosas, perseverancia en mi fe y mejores comuniones.

"¡Señor, haz que ame un poco más! ¡Señor, que mi paciencia sea como fue la tuya!

"He conseguido ser feliz en la lucha diaria, fuerte en la decisión, perseverante en el sufrimiento (*feliciter, fortiter, fideliter*). "Los demás me miran como católico, y, aunque más no sea por ese motivo, tengo que ser mejor.

"Debo santificar me especialmente a través de las responsabilidades de esposo, padre, hijo y dirigente de empresa. Esas responsabilidades Dios las ha puesto en mis manos.

"Daré de mi dinero hasta el punto de sentir alguna privación.

"No debo tener miedo de actuar con viril iniciativa. La fortaleza nos hace vencer con valor todos los obstáculos que se oponen a nuestras obras apostólicas y a nuestra propia salvación.

"No vale la pena ser vehemente por cosas poco importantes.

"La bondad es lo que más atrae a los hombres por ser lo que los hace semejantes a Jesucristo.

"Debo constituirme en mensajero del amor a Dios, y decir palabras de paz que signifiquen dulzura, comprensión y humildad, paciencia, calma, alegría, caridad, cortesía; vale decir, debo saber ser una Navidad continua.

"Debo invitar a la vida de trabajo por el bien común. Si quisiera transar con la mayoría perdería tiempo, personalidad y rendimiento.

"La prudencia ha de hacerme discernir lo que he de hacer o no hacer para llevar al Cielo a las personas que me rodean. Debo mover hacia Dios a la gente de mi mundo social.

"Los santos fueron santos porque amaron, y no por otra cosa.

"Debo mantener una atención sonriente que haga florecer las buenas cualidades de quienes me rodean.

"La Historia de la Humanidad lleva hacia el Cielo a los hombres capaces de marchar unidos entre ellos y con Dios".

Tanto lo que se refiere a esas *plenitudes* alcanzadas por Enrique como a los deberes cristianos que se impone, como asimismo muchas de sus reflexiones formuladas por escrito, que se transcriben en el apéndice de este libro, demuestran que no sólo buscaba Enrique su perfección espiritual y religiosa, sino que también la había encontrado.

Todo lo cual ejemplifica humanamente lo establecido en el Concilio Vaticano II al respecto de la posibilidad de que un laico llegue a la perfección cristiana, cosa considerada anteriormente como imposible. Durante muchos siglos de nuestra era, se creyó que únicamente se podía alcanzar la perfección cristiana recibiendo el sacramento del Orden Sagrado, llevando una vida ascética apartada del mundo, o formulando una serie de votos religiosos.

Bien dice el apóstol laico más grande del siglo XX, Jaques Maritain: "Hubo un tiempo en que el estado secular era considerado el de la imperfección; de tal manera, el deber y la función providencialmente asignada a los laicos era ser imperfectos y seguir siéndolo al llevar una vida mundana no muy piadosa y sólidamente plantada en el naturalismo social (sobre todo en el de las ambiciones familiares).

La misión de los seglares debía consistir, por tanto, en acrecentar sobre la tierra, mediante fundaciones piadosas, el número de sacerdotes y monjes, quienes, en cambio, les ganarían a ellos el Cielo; y así el buen orden cristiano quedaba satisfecho.

Ese prejuicio ha sido tan tenaz que el Concilio Vaticano II debió tomar especial cuidado de poner al laicado, por decirlo así, en el candelero, esto es, en destacar explícitamente su papel esencial en el Cuerpo Místico, y en recordar al mundo que todos los miembros del pueblo de Dios, en cuanto viven de la gracia de Cristo, participan de su sacerdocio real.

Lo que importa, pues, para nuestra época, es ante todo la vida de oración y de unión con Dios llevada en el mundo, no sólo por quienes pertenecen a las Ordenes religiosas o al clero secular, sino también por los que son llamados a la vida en este siglo veinte con toda su agitación, sus riesgos y su carga temporal.

Estos cristianos seglares son menos escasos de lo que puede creerse, y serían más numerosos aún si no se los desviase de la vida contemplativa, ya sea por suponérselos incapaces de esa vida, ya sea por tener de la contemplación una ignorancia o una desestima igualmente profundas e inexcusables, ya sea porque se considera de mayor urgencia alistar a los laicos de buena voluntad en la fascinante eficacia de la acción colectiva y, de ser posible, tecnificada". (Jacques Maritain: *El campesino de la Garona*, Descleé de Brouwer, Bilbao, 1967, ps. 258 y 259.)

Actualmente, para mayor éxito de la evangelización de la Humanidad, es cosa definitivamente comprendida por la cristiandad, y exaltada por S.S. Juan Pablo II, tanto la posibilidad como la necesidad de que el laico, sin abandonar el ambiente en el cual vive y trabaja, actúe apostólicamente.

Un ejemplo muy claro y destacado de cómo un seglar puede alcanzar la plenitud de la vida cristiana y la perfección en el amor a Dios y al prójimo, lo constituyó, sin duda alguna, la existencia y la obra de Enrique Shaw.

PLENITUD DE AMOR A SU FAMILIA

Entre las *plenitudes* alcanzadas por Enrique (enumeradas al comienzo de este capítulo) brilla especialmente la de su amor por su mujer y sus nueve hijos. De ellos y de la educación que les debe dar, escribe mucho en las *Libretitas de Apuntes* donde expresa ahora sus ideas, por cuanto ha dejado de redactar su Diario.

Esas ideas fueron por él encarnadas durante su actuación como padre alegre, cariñoso, comprensivo y ejemplar. Transcribimos, por ello, algunas de sus expresiones, que figuran en varias de esas *Libretitas*, referidas a la educación de sus hijos.

"Debo conseguir que mis hijos me amen y me tengan confianza, pero que se comporten bien en la vida no sólo para darme gusto, sino por comprender que deben llevar *una vida de servicio*.

"Los hijos no deben sentirse incomprendidos por sus padres. La adolescencia es un momento de grandes ideales y de grandes ambiciones, pero en el cual fácilmente se tropieza con cosas pequeñas. Hay, pues, que ayudarlos en sus tropiezos.

"Debo buscar la paz en mi familia, como la busco en la patria y en la fábrica. El padre que rezonga continuamente en su hogar, no podrá llegar nunca a ser un buen padre. Al regresar a mi casa, para no retar demasiado a mis hijos por las cosas malas que hayan hecho, debo hacer una especie de recordación de lo bueno que ellos tienen. Y debo escucharlos con atención y comprenderlos con inteligencia.

Debo proponerme ser simpático, alegre, cordial y atrayente, y no ser duro, retador y airado.

"Recordar la importancia que tiene cuidar la sensibilidad de los hijos para con la forma de actuar de los padres, la cual ha de ser prestarles una atención sonriente para lo que ellos dicen a fin de facilitar su amor filial. Un corazón paterno que escucha y ama, consigue ser amado.

" A los hijos es necesario darles oportunidad de comportarse en forma excelente; de darles sentido de su responsabilidad; de vigilar sus compañías; de tratar de que no sean *snoobs*. El padre tiene que sentir que es querido y tener fe en sus hijos."

Todas estas reflexiones de Enrique acerca de cómo conducirse con sus hijos, fueron puestas en práctica de un modo excelente. Es así que consiguió que ellos lo amaran con fervor y lo recuerden al presente con gusto y emoción.

El hijo de Enrique llamado Juan Miguel -nacido en 1950- que actualmente es sacerdote en el King College fundado por monseñor Escrivá de Balaguer, escribe desde Nairobi los siguientes recuerdos de su padre:

"Cuando papá murió yo tenía doce años de edad, y entonces no me quedaba la menor duda de que el Señor lo había llevado al Cielo.

Todos mis recuerdos a su respecto se pueden resumir en dos aspectos de un gran calor humano: santidad y cariño. Antes que nada quisiera recalcar su gran normalidad: le gustaban las cosas normales y, sin que estuviera siempre hablando de cosas serias, yo notaba, al escucharlo, una diferencia entre él y otras personas mayores: su ausencia de toda superficialidad... Recuerdo su gran piedad sin ninguna inhibición pero sin ser rara ni chocante.

Los domingos íbamos todos sus hijos junto con él al Pilar, y terminada la Misa, en acción de gracias por haber recibido la Comunión, se ponía de rodillas cerca de un gran crucifijo a la derecha del altar y nosotros nos poníamos a su lado para rezar todos juntos... El iba a Misa y comulgaba todos los días antes de ir a su trabajo...

Tenía una gran devoción a la Virgen María y en el *living room* de nuestra casa rezábamos el rosario en familia... Era muy alegre; si tenía problemas no lo reflejaba en casa. Al llegar silbaba en la puerta, y todos nosotros íbamos corriendo a saludarlo...

Trataba con mucho cariño a mamá. No recuerdo que se pelearan, y recuerdo cómo bailaba con ella en el barco en el cual volvíamos de Brasil un mes y medio antes de su muerte... Siempre estaba accesible. A toda hora podíamos hacerle preguntas.

Yo no tenía ningún inconveniente en interrumpir sus lecturas... No lo recuerdo de mal humor ni haberle oído pronunciar una mala palabra. Cuando murió yo estaba convencido de que él no tenía ningún defecto...

En verano, cuando se quedaba trabajando en Buenos Aires mientras nosotros veraneábamos en Pinamar, llegaba infaltablemente los viernes; todos lo estábamos esperando; y llevándonos a dar vueltas en motoneta, nos animaba a no ser miedosos: recuerdo que me sacaba a navegar en el mar con un deslizador, toda una aventura para mi edad...

Daba pocas pero buenas palizas cuando nos portábamos muy mal, explicándonos, con calma, por qué nos castigaba y cuál había sido la gravedad de nuestro pésimo comportamiento".

A su vez, su hija Sara María -actualmente casada con Adolfo Critto- narra: ..Me es casi imposible expresar lo que él fue para mí, pero quizás estos recuerdos pinten cuán maravilloso es haberlo tenido como padre... *Sobre todo evoco su alegría.*

Cuando volvía de su trabajo reconocíamos su llegada por su silbido, y era toda una fiesta ir a recibirlo. Alzaba a los chicos y los tiraba por el aire, y nos llenaba a todos de besos, preguntándonos cómo nos había ido y cómo nos habíamos portado. Por la noche organizaba con nosotros batallas de almohadonazos en la oscuridad.

Cuando veraneábamos en Pinamar, sus llegadas y sus despedidas se transformaban en acontecimientos muy alegres o muy tristes.

Cuando partía en tren desde Pinamar, se quedaba largo rato agitando su pañuelo en señal de despedida, mientras nosotros corríamos por el andén hasta verlo desaparecer... Jugaba con nosotros de igual a igual, pero al mismo tiempo nos dirigía para que nuestros juegos fueran mejorando. En la pileta nos enseñaba a nadar como si fuera un juego, y en el mar nos hacía pasar las rompientes para que venciéramos el miedo. En la playa nos hacía trotar y respirar muy hondo, y, a veces, entre ida y vuelta hacíamos, sin damos cuenta, hasta tres kilómetros.

En el automóvil nos prestaba el volante para que manejáramos, y él lo tomaba sólo cuando advertía que nos desviábamos...

En Buenos Aires nos llevaba casi siempre a pasear por el puerto y la costanera. Le gustaba señalarnos detalles de los barcos, las nubes y las gaviotas.

Los domingos, después de ir a Misa, nos llevaba a la quinta de nuestro abuelo en Muñiz, dejándonos ir en la parte abierta de la estanciera. Íbamos con amigos y, cantando durante el viaje, llegábamos alegres y divertidísimos.

Otro gran programa en los días de trabajo era ir a visitarlo a la Cristalería Rigolleau. Le encantaba hacernos recorrer la fábrica y hacernos conversar con los obreros. Me parecía muy natural cómo él los trataba con mucha amabilidad y calor humano.

Con todos conversaba de igual a igual, escuchándolos con gran atención y respeto... Recuerdo que, después de no haberlo visto varios días cuando fue llevado preso en la época peronista, nos recibió en la Comisaría muy sonriente y con grandes abrazos, repitiéndonos que le dijéramos a mamá, a quien le impedían visitarlo, que no se preocupara, pues estaba muy bien de salud... En el campo le gustaba salir con nosotros por la noche y enseñarnos a orientarnos por las estrellas.

También salíamos con él a matar loros y nos enseñaba a tirar al blanco... Le gustaba escuchar música, y bailar con mamá y con nosotros...

Admiraba mucho en Santo Tomás Moro cómo transcurrió su vida de familia y cómo demostró su fortaleza al ser capaz de sufrir un largo encarcelamiento en la Torre de Londres y de morir en el patíbulo en defensa de su fe católica...

Hablándonos de las cosas buenas de los santos nos iba señalando el camino espiritual que debíamos seguir...

No desperdiciaba oportunidad para conversar con nosotros. Cuando estábamos acostados, iba de cama en cama preguntándonos si teníamos algún problema. Siempre encontraba algo que comentar, y aprovechaba esas conversaciones y comentarios para

ir formándonos y transmitirnos sus ideas... Un día me preguntaron si papá tenía algún defecto. Pensé y pensé, y como sé que todos tenemos defectos, busqué cuál sería el suyo, pero no lo encontré.

Era tanto el autodominio de su persona que si tenía algún defecto no se le notaba... Cuando paseábamos por el campo en "Luis Chico", haciéndonos observar la belleza de las puestas de sol, nos decía que repitiéramos: *Gracias, Dios mío...* Siempre nos transmitía el sentido de la vida cristiana, relacionándolo todo con el orden establecido por Dios y nos hacía notar el desorden que era no cumplir con la voluntad de Dios y ser egoístas, comodones y hacer lo que nos dice nuestro capricho del momento...

Todos juntos hacíamos el ofrecimiento diario de nuestras obras... Rezábamos el rosario en familia diariamente. Le encantaba repetir la frase de Pío XII: *La familia que reza unida permanece unida...*

En verano constituía un placer rezar el rosario paseando por el parque al atardecer, o en la playa por la noche, o en invierno sentados alrededor del fuego. Nos turnábamos en llevar la voz cantante, y nos gustaba decir en voz alta nuestras intenciones...

Recuerdo con nostalgia cuando íbamos todos a Misa muy endomingados.

Papá nos iba explicando lo que el sacerdote decía, y, al llegar el momento de la consagración, nos abrazaba y con gran devoción nos hacía repetir: *Señor mío y Dios mío*. Si nos dolía algo, en seguida nos decía que a Dios ofreciéramos nuestro dolor, y nos explicaba que el regalo más lindo que le podíamos ofrecer a Dios eran nuestros sacrificios y nuestras buenas acciones por sus intenciones".

A esta plenitud de amor de Enrique a su familia, estuvo unida la plenitud del número de sus hijos. Tuvo nueve: Jorge Enrique nacido en 1944, Sara María en 1945, Cecilia en 1947, Elsa en 1949, Juan Miguel en 1950, José María en 1951, María Luisa en 1953, Isabel en 1956 y Gabriel en 1959.

PLENITUD EN SU TRABAJO DE DIRIGENTE DE EMPRESA

En aquellos años de plenitud, Enrique demostró acabadamente -como dijeron sus amigos- ser un dirigente de empresa cuyas condiciones excepcionales lo destacaron en forma de poder alcanzar, en poco tiempo, las más altas posiciones en distintas empresas, y en que su actuación patronal estuviera coronada por el éxito.

Su esclarecida inteligencia y su nunca desmentido dinamismo tenían por común denominador su profunda fe cristiana.

Y esa fe, que irradiaba bondad, alegría y humildad, lo habían constituido en un eximio dirigente de empresa capaz de poner un toque humano en la solución de los problemas patronales. Lo cristiano y lo humano estaban siempre colocados en el primer plano de su actuación, y daban forma a su sello personal estampado en la marcha de las empresas a su cargo.

En su trabajo se demostraba como un verdadero *mago del hacer*. Y en el afecto de los obreros nadie le ganaba, porque pocos tenían la virtud por él poseída de llegar al fondo de sus corazones.

Su dedicación al trabajo iba unida a su piedad religiosa que estaba en él como el perfume en la flor. Todo le interesaba, a todos atendía y todo lo hacía con admirable sencillez.

Así fue en aquella época feliz de su vida, como lo atestiguaron y dijeron sus amigos y compañeros de trabajo.

El doctor Emilio F. van Peborgh que en esos años integraba el Directorio que administraba la Cristalería Rigolleau, refiriéndose a Enrique dice: "Era un hombre tocado por la mano de Dios; trece años de trabajo juntos me dieron la oportunidad de observarlo y valorarlo bien.

En su trabajo demostraba una mentalidad y una concentración muy grande, basada más en la búsqueda inquieta de objetivos que en la de planificación meditada y pausada.

Tal vez, por algún misterio inexplicable, presentía que su vida sería corta y de allí su gran sentido de urgencia. Fundador de ACDE y promotor del salario familiar y muchas otras iniciativas, el mundo que lo rodeaba lo acompañaba, respetaba y admiraba, pero no parecía seguirlo al mismo ritmo.

Su generosidad en materia de dinero era proverbial, aun cuando lamentablemente no siempre era correspondida por quienes él ayudaba, lo cual no le afectaba y seguía su generoso camino sin arrepentirse de las donaciones o préstamos efectuados."

Monseñor Manuel Moledo que, como Asesor de ACDE, tuvo ocasión de frecuentar y admirar la obra desarrollada por Enrique en su trabajo de dirigente de empresa, dijo: "Tenía la virtud de la prudencia en su grado más genuino, que no es la de *no hacer* sino la *de hacer* lo que en el momento oportuno fuera lo determinado y exigible hacer.

Estaba cargado de proyectos, con ideas clarísimas, con un afán de realizar que era su desesperación, por cuanto si alguna desesperación tuvo fue la *de hacer*."

Ese afán suyo de obrar teniendo siempre la dignidad humana como primacía sobre otras consideraciones, fueran comerciales, financiera o técnicas -según así lo dice van Peborgh -lo practicó, especialmente, dentro de las filas de ACDE, a la cual, después de 1955 consiguió darle, junto con los demás miembros de esa Asociación, un mayor desarrollo.

Para cumplir y extender la misión emprendida, que no era la de defender intereses pecuniarios, sino afirmar valores procedentes de una visión cristiana de la sociedad y de la economía, Enrique propicia entonces el primer Congreso de ACDE realizado en Buenos Aires durante el mes de agosto de 1957.

A ese Congreso el Papa Pío XII envía una carta de felicitación, en la cual demuestra la importancia dada a la asociación fundada por Enrique. La carta, firmada por monseñor Angelo Dell' Acqua, Substituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad, figura entre los documentos publicados en el apéndice de este libro.

La presidencia de aquel Primer Congreso de ACDE es ejercida por el ingeniero Hernando Campos Menéndez, y en su carácter de presidente, pronunciando el discurso inaugural, empieza diciendo:

"En nombre de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa tengo el alto e inmerecido honor y profunda satisfacción de darles la más cordial bienvenida a este primer Congreso de ACDE.

"En primer término deseo hacer llegar mis expresivos agradecimientos a las Autoridades Nacionales y Eclesiásticas que prestigian con su presencia este acto; a los colegas congresales, la valiosa colaboración que brindaran para el mejor éxito de este Congreso, y, finalmente, a las Asociaciones hermanas de Chile, Perú y el Uruguay cuya franca solidaridad ha superado las altas y anchas vallas que opusieron los Andes y el Plata para que nos acompañen sus dignas delegaciones."

Luego de referirse a la fundación de ACDE, a los objetivos que se propuso la Asociación y a cuanto ha realizado en los pasados años, agrega:

"Durante los tristes y oscuros años de la persecución religiosa que sufrió el país, ACDE tuvo el honor de sufrir con la clausura de su local y la detención de su Presidente-Fundador, señor Enrique Shaw. Aunque la acción externa de la entidad quedó dificultada, sirvieron esos años para la preparación y madurez necesarias.

"Como tema del Congreso se ha elegido la promoción del trabajador dentro de la empresa, porque la elevación material, moral y espiritual del trabajador constituye una de las más nobles funciones y serias responsabilidades inherentes al cargo de jefe de empresa.

"El trabajar por la elevación del hombre no es contrario a los intereses económicos de la empresa, sino muy conveniente, ya que el mejoramiento del hombre facilita el mejoramiento de los productos que ellos elaboran, y ya que el adelanto tecnológico requiere una continua actualización de los conocimientos técnicos del personal, es decir, de una capacitación que avance paralelamente con dicho adelanto, pues las buenas relaciones laborales son factores básicos de la productividad, y se asentarán sobre bases sólidas si el trabajador se siente elevado dentro de la empresa.

"El envejecimiento de las máquinas se compensa con dinero: hasta una amortización suficiente; pero el envejecimiento del hombre no puede compensarse con el salario, por más abundante que sea. Se requiere el valor positivo de la creación humana, del desarrollo espiritual, de la elevación moral, para todo lo cual la empresa debe ser clima propicio y tierra fecunda; así podrá germinar esa buena semilla que todo hombre encierra en sí mismo. Los trabajadores tienen derecho a que la empresa sea instrumento de su propia dignificación".

El ingeniero Hernando Campos Menéndez termina su disertación, de la cual hemos extractado los párrafos anteriores, diciendo: "ACDE espera que el Congreso señale un tramo de ese camino y que sus deliberaciones se realicen bajo el signo de la urgencia y el apremio de la hora que se desprende de las palabras de Pío XII que transcribimos en grandes letras: LA HORA ACTUAL EXIGE DE LOS CREYENTES QUE HAGAN RENDIR A LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA SU MAXIMO DE RENDIMIENTO Y SU MAXIMO DE REALIZACION, rendimiento y realización de una doctrina que no es humana sino divina y que permitirá con seguridad encontrar el camino que lleva a la verdadera promoción de todos los hombres de buena voluntad para quienes será patrimonio la paz en la Tierra".

A su vez, Enrique preside en ese Congreso de ACDE la Comisión que estudia la promoción social del obrero mediante el establecimiento de relaciones realmente humanas entre los propietarios de las empresas y sus representantes, con los trabajadores de las respectivas fábricas industriales.

En su *Informe* como relator de esa Comisión, escribe: "El énfasis puesto en la denominación de las relaciones del trabajo como *relaciones humanas* no puede significar una novedad para el empresario católico, cuyos fundamentos de conducta pública y privada se originan en la Fe y en el Mensaje Evangélico que le señalan su fraternal vinculación con todos los hombres del mundo, cualquiera sea su raza, rango o posición social.

No debemos olvidar que el trabajador no es tan sólo un productor de riqueza, un instrumento más de la empresa, o un engranaje de la gigantesca maquinaria industrial, sino un ser espiritual, cuya dignidad y valores humanos han de estar siempre presentes en el pensamiento de quienes tienen la responsabilidad, ante Dios y ante los hombres, de administrar las riquezas de la tierra".

A continuación destaca que frente a la reciente evolución social, producida en el mundo de Occidente, respecto a la atención que los hombres de empresa, sociólogos y gobernantes han puesto en las relaciones humanas que deben existir entre patrones y obreros, y en las aspiraciones, esperanzas y deseos de estos últimos, el pensamiento social de la Iglesia Católica no ha tenido que modificarse en forma substancial.

Para demostrar esta verdad que hace honor al catolicismo social, Enrique efectúa la historia de ese pensamiento que ya hemos expuesto en el capítulo VII de este libro, por lo cual no transcribiremos aquí lo que él recuerda de las etapas de esa historia. Sólo destacaremos algunas de sus reflexiones a ese respecto. Por ejemplo, al referirse a los principios expuestos por el Papa León XIII en *Rerum Novarum* (año 1881), manifiesta: "Cuando el 20 de febrero de 1878 se eligió al Cardenal Joaquín

Pecci como sucesor de Pío IX en el solio pontificio, pocas personas supusieron que el nuevo Sumo Pontífice, que adoptó el nombre de León XIII, sería llamado *El papa de los obreros*. Su origen noble, las altas dignidades eclesiásticas y los importantes cargos diplomáticos que había ocupado no eran, a primera vista, las señales más visibles de lo que luego fue su preocupación constante: el bienestar del pueblo, y, especialmente, la dignificación del trabajador por la cristianización del capital.

"No obstante se debe recordar que en su anterior desempeño como Arzobispo de Perusa había expuesto sus ideas en varias pastorales, publicadas más tarde con el título de: *La Iglesia y la Civilización* en las que fustigaba a quienes sólo veían en el obrero *una máquina más o menos apreciada, según sea más o menos productiva*.

"Durante su pontificado fueron muchas las ocasiones en que León XIII demostró esa preocupación.

En cartas al conde Alberto de Mun, al General de los Franciscanos y en sus encíclicas a los cleros de Francia e Italia insiste en la necesidad de acercarse al pueblo, conocer, compartir sus inquietudes y aliviarlas aun a costa de sacrificio, de tiempo y dinero.

"Por otro lado se le considera el Papa que ha fundado una *teología social* para la Iglesia Católica, puesto que con anterioridad y posterioridad a la encíclica *Rerum Novarum* dio a conocer diversos documentos sobre problemas económicos, políticos y sociales tales como las encíclicas sobre el socialismo (28-12-1878), sobre el poder civil (20-6-1881), sobre la constitución cristiana de los Estados (20-6-1888), sobre la libertad (1890) sobre el matrimonio (10-2-1880), etc.

"No estaba solo, sin embargo, en esa obra.

En diversos países de América y Europa otros obispos y varios laicos habían comprendido, también, que los más graves problemas de la época se desenvolvían en el campo económico-social".

No vamos a seguir citando lo expresado en ese informe acerca de cuáles fueron esos obispos y laicos católicos que pueden ser llamados *Precursores de la encíclica Rerum Novarum*, por cuanto ya nos referiremos a ellos en el apéndice de este libro.

Entre esos *precursores laicos* recuerda Enrique, especialmente, a León Harmel, diciendo: "Debe recordarse la múltiple acción de León Harmel (1829-1915) promotor de grandes peregrinaciones obreras al Vaticano, realizador en su empresa de grandes innovaciones sociales, y considerado como el primer patrón que dio intervención a los trabajadores en la dirección de las empresas".

Nos hemos extendido, en el capítulo VII, acerca de la personalidad de León Harmel: únicamente recordaremos que en ese informe se manifiesta ser una novedad, para la historia de la doctrina social en nuestra patria, lo expuesto en la pastoral del Episcopado Argentino dada el 15 de diciembre de 1956.

Enrique, que fue consultado por monseñor Enrique Rau -más tarde obispo de Resistencia- acerca de la redacción de esa pastoral, se refiere a ella manifestando: "Recientemente, en mayo de 1956, el Episcopado Argentino publicó una extensa carta pastoral titulada *La Promoción y la responsabilidad de los trabajadores*, cuyo contenido reviste suma importancia por las soluciones propuestas.

No solamente se recuerdan los conceptos social - cristianos sobre el trabajo, el justo salario, el auténtico sindicalismo, etc., sino que se plantea el trascendental tema de las reformas de la estructura de la empresa y se propicia la creación de consejos mixtos de empleadores y trabajadores, y se refiere al tan debatido tema de la participación de los beneficios.

La meditada lectura y difusión de ese documento es una necesidad que nos exime de entrar aquí en mayores detalles, ya que los empresarios católicos de la Argentina tienen en él, claramente expresada, la opinión de sus Pastores sobre los temas que tan vivamente les afectan".

Asimismo, en aquel informe especifica Enrique con detalle y minuciosamente diversos conceptos teóricos y prácticos acerca de las comunicaciones de los

empresarios con el personal de sus fábricas, y del servicio social integral que se ha de prestar a los obreros.

Entre las recomendaciones efectuadas a los dirigentes de empresa, con que concluye Enrique ese informe (el cual fue por él redactado totalmente), pide a los socios de ACDE "intensificar la labor de difusión de la doctrina social de la Iglesia referente a las relaciones entre trabajadores y empleadores, y a la participación del obrero en la vida de las empresas".

PLENITUD DE ESTUDIOS Y EXPERIENCIAS

Aun cuando a los treinta y seis años de edad, Enrique ya es un dirigente de empresa considerado como muy eficaz e inteligente, él no se encuentra satisfecho. Desea dar más de sí mismo, y comprende que la carencia de estudios universitarios profundos conspira contra una mayor eficacia profesional. Por eso lee constantemente.

Advierte que las obras a realizar en su accionar cristiano deben, a su vez, ir acompañadas de vastos conocimientos intelectuales.

De allí que escriba: "Leo, no por placer, sino para instruirme más y más. La lectura es muy necesaria, porque sin ideas nuevas, facetas originales e informaciones proporcionadas por los libros que leo, podría dejarme llevar por cualquier teoría en boga, o impresionarme por la última opinión escuchada.

A mi vez, debo escribir libros y pronunciar conferencias que señalen, como lo hacen los buenos escritores y conferencistas, guías explicativas y mapas intelectuales indicadores de los caminos que nuestro pensamiento y nuestra acción deben seguir.

A este efecto, y no para lucirme ni promoverme, escribiré y disertaré con claridad y sencillez sin entrar en polémicas que agrían y confunden".

Para intensificar sus estudios, resuelve agregar a sus lecturas algo más profundo de carácter intelectual: inscribirse en la Universidad norteamericana de Harvard a fin de seguir un Curso de *Advanced Management* (Administración Superior).

La Universidad de Harvard exigía una cierta jerarquía intelectual a los que deseaban asistir a los cursos que se dictaban en sus diversas facultades.

Su especialidad constituía, empero, el estudio de cuanto se refiere a empresas. Es así que todo graduado en Harvard en esos estudios era y sigue siendo requerido por las empresas americanas y europeas para ser dirigente en sus fábricas.

Diversos dirigentes de Corning Glass Works habían estudiado en Harvard. Así es que no fue extraño que esa empresa norteamericana, advirtiendo las excelentes cualidades de dirigente demostradas por Enrique en el desempeño de sus funciones en la Cristalería Rigolleau, lo apadrinara para que hiciese un Curso de Gerencia Avanzada en Harvard.

Enrique no vaciló en aceptar aquella ocasión de estudiar en esa famosa Universidad situada al norte de Boston, a pesar de lo doloroso que le era abandonar su hogar por varios meses, ya que debía partir solo: en Harvard no se admitía la compañía de la familia.

Obligaba a sus asistentes a vivir en grupos de trabajo y a compartir, cada uno, su dormitorio con otro estudiante. Pero sabía mortificar por un tiempo lo que constituía su gran felicidad familiar, en bien de la mayor eficacia de sus trabajos, y partió a Estados Unidos de Norteamérica a mediados del año 1957.

Cecilia no lo acompaña porque debe quedarse en Buenos Aires a cargo de sus ocho hijos, el menor de los cuales tiene apenas un año de edad. Imposible es, por tanto, viajar con todos ellos, o dejarlos en la Argentina al cuidado de las tías.

Por otra parte Enrique tiene plena confianza en que ella sabe desempeñarse sola en su hogar sin la ayuda de su marido. Puede, pues, ausentarse por varios meses -como ya dijimos lo había hecho en el año 1951- con la tranquilidad de que su hogar y sus intereses económicos serán bien atendidos por su esposa.

Es así que en una carta escrita a un amigo, le dice: "Cecilia es para mí y para su familia fuerte como Judith y suave como Esther".

Cuando se instala en la Universidad de Harvard para vivir allí internado todo el tiempo que durará el Curso de Gerencia Avanzada -de septiembre a diciembre de 1957-, pone en su mesa de luz el retrato de sus ocho hijos (el noveno, Gabriel, aún no había nacido).

Al ver ese retrato, su compañero de pieza le pregunta si son hijos suyos todos los fotografiados, y como Enrique le contesta afirmativamente y le dice que piensa tener otros más, aquel compañero, asombrado, exclama: *¡Usted, es católico o es un inconsciente!*

-La verdad es -responde Enrique- que soy enteramente católico y un poco inconsciente.

El 11 de septiembre de 1957 le escribe a Cecilia contándole el comienzo de sus clases: "Hoy empezamos ya de veras. Por lo que veo directamente tendremos un mínimo de tres horas de clase, una hora de conversación informal con los profesores, tres de estudio individual y dos de estudio colectivo en grupos de ocho hombres.

La organización y el ambiente general es espléndido. Los profesores trabajan como tales tres días por semana, y dedican los demás días a ser *consultores* de empresas, lo que les da un gran contacto con la realidad. Hay cursos hasta para dirigentes de sindicatos.

A medida que voy absorbiendo todo esto (y aún no salgo de mi sorpresa de encontrarme estudiando en una Universidad norteamericana), pienso si podrá ser útil esta etapa de mi vida por si alguna vez llego a ser *Trustee* de la gran Universidad Católica de Buenos Aires, ¡Dios dirá!"

Aquel curso de Harvard constituye para Enrique una feliz y provechosa experiencia. Puede estudiar allí con tranquilidad y un método excelente que le proporcionan nuevas ideas y nuevos proyectos de acción.

Cuando su padre, Alejandro Shaw, va a visitarlo en Harvard, el Director del Advanced Management le manifiesta que su hijo es uno de los dirigentes de empresa más inteligentes que haya seguido ese curso.

El ingeniero Hernando Campos Menéndez, que también va a visitarlo a Harvard, narra en parte su visita en carta escrita al autor de este libro, diciendo: "Tuve ocasión de visitar a Enrique en los Estados Unidos cuando seguía un curso de *Gerencia Avanzada* en la Universidad de Harvard. El me invitó a presenciar una de las clases que allí se daban en un aula bastante grande en forma de anfiteatro.

El profesor exponía *un caso*. Con una mano en un bolsillo y un pie sobre una silla, hacía un desafiante planteo a sus alumnos con cierto *snobismo* intelectual. El *caso* debía ser analizado. Se expresaron diferentes enfoques y diversas posibles soluciones.

Al final quedó la sensación de que se debía estar abierto a todas las diversas posibilidades. Pero Enrique hacía ver la carencia de una orientación doctrinaria, y que al no existir principios orientadores, los *casos* podían ser interpretados de muy distinta manera, siendo una cuestión, entonces, de pura flexibilidad y pragmatismo.

Más tarde, en reunión privada, se reconoció la necesidad de tales principios orientadores. Esa era, precisamente, la misión que deseaba cumplir Enrique y ACDE. Pero en los Estados Unidos fue difícil difundir en aquella época un movimiento empresarial cristiano" .

Durante aquella separación, Enrique y Cecilia se escriben una serie de cartas muy cariñosas. Enrique le manifiesta amarla aun más que cuando trece años atrás

también debieron separarse por tener que ir a Ushuaia y permanecer allí, sin verla, cuatro meses.

Asimismo le dice que ella ha sido y sigue siendo para él más que cuanto para Federico Ozanam pudo ser Amelia Soulacroix, pues ésta sólo dio a su marido una hija, mientras que ella le ha dado ya ocho hijos y, como aún es joven, puede darle otros más (así fue: dos años después nació su noveno hijo).

Cuando llega en diciembre de 1957 el final de su curso en Harvard y se dispone a regresar en seguida a Buenos Aires, le escribe a Cecilia, diciendo: "Creo, sinceramente, que con este curso he cumplido los dos objetivos que me había propuesto al seguirlo:

1°) adquirir prestigio para mi profesión de dirigente de empresa, y

2°) hacer apostolado en una Universidad norteamericana. Además, he realizado un tercer objetivo: mejorarme como hombre y como *manager*. En cuanto a la oportunidad de este viaje no ha podido ser mejor. ¡Ojalá que este curso me haya convertido en un instrumento más dócil de Dios!

Y también espero me haya hecho comprender mejor la virtud de la humildad. Parte por cuanto aprendí y he comprendido que me falta aprender, y parte por contrariedades sufridas aquí, pienso que Dios me mantendrá más humilde para que no me crea demasiado eficiente como consecuencia de mis estudios en Harvard".

REGRESO DE HARVARD

Con gran bagaje de estudios y experiencias, Enrique vuelve a su patria a fines del año 1957.

Casi en seguida diferentes empresas, enteradas de sus conocimientos e inteligencia, le piden que forme parte de sus Directorios. Dispuesto a dar más de sí mismo, de su tiempo y de su trabajo, Enrique no niega su colaboración a las empresas que lo llaman.

Ya estaba en el Directorio de Rigolleau y era Presidente de Ulises Bianchi.

Ahora ocupa otros cargos directivos en Ernesto Tornquist y

Cía., La Criolla S.A.,

Ferrum S.A. (Cerámica y Metalúrgica),

Compañía Introdutora de Buenos Aires S.A.,

Compañía General de Comercio e Industria,

Pinamar S.A.,

Banco Shaw S.A.,

Interamérica S.A.,

Cóndor S.A.,

Petrolera Argentina y

Cotécnica Compañía Técnica Fabril e Importadora S.A.

Sin dejar de pertenecer y ocuparse de todas esas empresas que requerían sus servicios intelectuales, Enrique sigue trabajando *full time* en la Cristalería Rigolleau S.A., en donde es nombrado Administrador Delegado, esto es, Gerente General.

Allí, teniendo bajo su mediata dirección un total de tres mil doscientos obreros, puede entonces poner en práctica sus ideas acerca de las relaciones humanas entre patronos, dirigentes de empresa y obreros a la luz de la doctrina social de la Iglesia.

Su modo de actuar que, en realidad, es la aplicación de la doctrina social de la Iglesia, queda expuesto por él en una conferencia titulada *El papel de los dirigentes de empresa*.

Esa conferencia es pronunciada en el año 1959 en una Jornada de estudios de la Asociación de Profesionales de la Acción Católica Argentina.

En ella formula un programa de acción cristiana para todos los dirigentes de empresa. A continuación transcribimos algunas partes de ese plan.

"Los hombres cargados con la pesada responsabilidad de dirigir las empresas tienen una importancia primordial, pues si ellos no cumplen con su función, tampoco las empresas lograrán sus auténticos objetivos. El rol del dirigente de empresa es complejo: obtener la confianza de quienes le facilitan el dinero, elegir el personal, fijar el objetivo, determinar los medios para cumplirlo, asegurar la unidad, la prontitud en el tomar decisiones y, mediante la energía en la ejecución, merecer el crédito y la autoridad necesarios para lograr el triunfo.

El dirigente de empresa pone en ella no sólo su dinero, sino también su tiempo, su capacidad, su honor. Es el agente más activo de la producción y el primero de los trabajadores, pues su misión consiste en hacer que su empresa cumpla su fin.

Por encima de los agentes que ejecutan simplemente el trabajo prescripto, se encuentran los dirigentes de empresa que son jefes capaces de imprimir a los acontecimientos el sello de su individualidad, descubriendo nuevas vías, transmitiendo un impulso decisivo, transformando métodos y multiplicando en proporciones asombrosas el rendimiento de los hombres y de las máquinas. Y sería un error creer que esa actividad coincide siempre con su propio interés y que no responde más que a fines egoístas. S.S. Pío XII en varios de sus discursos insiste en que *el dirigente de empresa es uno de 105 ejes, y no el menos importante, de toda reforma y progreso de las empresas, y, por medio de la valorización y jerarquización de sus funciones, de un nuevo orden más de acuerdo a la Voluntad Divina*.

"Más que darle de lo suyo a sus colaboradores, el dirigente de empresa debe hacerles descubrir lo que tienen de bueno.

Nada, pues, en nuestra época y en nuestro país, de paternalismo. Pero notad que existen muchos casos en que el paternalismo no solamente ha sido una etapa indispensable, sino que sigue siendo todavía, con respecto a las poblaciones asalariadas y no suficientemente evolucionadas, una etapa que no se debe franquear demasiado rápidamente.

Notad que, en un amplio sentido, se deberá siempre sobre todo entre cristianos, conservar en la empresa una especie de espíritu familiar, de solidaridad personal, ya que la empresa no está constituida solamente por inmuebles, instrumentos y capitales... *Si hoy nadie defiende el paternalismo* -ha dicho el Padre Moledo, asesor de la ACDE- *que es una caricatura de la paternidad, no debe*

impedirnos esto ver claramente al empresario en la perspectiva cristiana de un hombre cuya alma está llamada a una paternidad espiritual.

"Los problemas de las empresas deben ser resueltos por los interesados - patronos y sindicatos- de común acuerdo. De lo contrario los resolverá el Estado. Y el gran problema de la hora presente -viéndolo en su conjunto- no es cómo defenderse de los sindicatos, sino cómo defenderse del Estado...

La empresa libre sólo puede encontrar seguridad para su desarrollo en una democracia. Y la democracia no existe donde no hay sindicatos, porque su ausencia provoca tal intervencionismo del Estado que mata la libertad económica y con ella la libertad política (confrontar con lo dicho por monseñor Pietro Paván en el discurso que pronunció en el primer Congreso de ACDE realizado en Buenos Aires el año 1957).

"El dirigente de empresa debe ser leal con el Estado, no sólo cooperando directamente con él, sino también evitando su intervención indebida con solicitudes de privilegios para la propia empresa o sector de actividad... El primer deber del dirigente de empresa es ser realmente un *empresario*; ser un *hombre de empresa* es ser emprendedor: debemos crear trabajo...

"Un dirigente cristiano de empresa no tiene que *hacer más* que quien no lo es; simplemente debe de hacer las cosas en forma diferente. Porque como dirigentes cristianos de empresa estamos invitados a hacer lo eterno con lo temporal; a servir a Dios mediante el servicio de los hombres en el terreno económico; a santificamos a través de la profesión; y a santificar también la profesión.

La función patronal esclarecida por la unión con Cristo, vivida por los titulares de esa función, tiene un contenido distinto al de la función patronal, aun correctamente ejercida, de un no cristiano."

"Como frecuentemente se insiste en ACDE, *lo justo es también lo más conveniente...* Cada hombre debe tener un trabajo interesante, responsable y concreto para que pueda dar lo mejor de sí sin que se siga exceso de cansancio, ni frustración, ni postración.

"Cuando se trata de ejercer autoridad, no basta con sólo la rectitud moral, aunque sea muy necesaria. Hace falta una profunda humildad, y confiada sumisión a la inteligencia y voluntad de la Voluntad Santa y perfecta de Dios. El hecho de ser legítimo titular de una autoridad es ante todo la indicación de una verdadera misión de confianza procedente de Dios. Es preciso, pues, aceptar esa misión con auténtico y filial temor de Dios.

"Tenemos que despojamos de ese complejo de inferioridad y de ese espíritu de fatalidad que inmoviliza. Si tenemos humildad, no nos faltará el coraje optimista necesario para encarar plenamente nuestra misión de dirigentes de empresa. *Creamos obstinadamente en lo contagioso del bien y en la fuerza de la Verdad* -ha dicho el cardenal Leger, arzobispo de Montreal en la conferencia de apertura del 14º Congreso Patronal Mundial-. Pero ello no significa desmoralizamos por no ver ya los resultados. Las obras de Dios son siempre lentas, y no pretendamos obligar a Dios a ceder a nuestra voluntad. En vez de decir: *Si Tú quieres, seguramente puedo*, a veces pensamos: *Yo quiero y Tú deberías*

"Un ejemplo de lo que se puede hacer es ACDE, que ha cambiado la vida de muchos de nosotros, y ha aumentado nuestra esperanza en la Historia, esperanza de que ella no es un devenir inevitable, sino que podemos influir sobre su curso y destino." (cfr. Hernando Campos Menéndez: Discurso inaugural en el 1er. Congreso de ACDE)".

Todo cuanto Enrique expresó en aquella conferencia fue por él confirmado en el informe presentado, conjuntamente con el profesor universitario chileno Carlos Domínguez Casanueva, en el Congreso Mundial de la Unión Internacional de Asociaciones Patronales Cristianas realizado en Santiago (Chile) el año 1961, y que se publicó en el folleto titulado *La Empresa: su naturaleza, sus objetivos y el desarrollo económico*. En el apéndice, transcribimos algunos párrafos de tal folleto, dedicado por Enrique a su esposa *sin cuya paciencia y ayuda este trabajo nunca se hubiera escrito* - según dice en la dedicatoria.

OTROS TRABAJOS E INICIATIVAS

Pero no solamente a trabajar por ACDE y por las empresas, en las cuales desempeñaba diversos cargos, dedicó Enrique su vida cuando regresó de Harvard.

Como si hubiera presentido que poco tiempo tenía por delante para vivir, además de esos trabajos dedicados a su función patronal, se lanzó a cumplir varias tareas e iniciativas de otra especie.

Por lo pronto aceptó ser nombrado, por el Episcopado Argentino, para ocupar la Presidencia de la Asociación de Hombres de la Acción Católica Argentina.

Y desde esa presidencia, ejercida activamente, impulsó para que las reuniones de esa asociación fueran más interesantes y provechosas, mediante clases y conferencias por él propuestas.

También aceptó ser uno de los fundadores del Serra Club de Buenos Aires. Como se sabe, los Serra Club son asociaciones integradas por seglares católicos, las cuales fueron constituidas con el fin de fomentar e impulsar el catolicismo a través de una más profunda formación de sus socios y una perdurable amistad entre ellos.

Los Serra Club forman parte de un movimiento internacional nacido el año 1935 en Seattle (Estados Unidos de Norteamérica) que tomó su nombre de Fray Junípero Serra, franciscano español (1713-1784) llamado *Apóstol de las Américas* por la obra evangelizadora realizada en la costa americana del océano Pacífico. Actualmente el Serra Internacional y todos los clubes afiliados se hallan incorporados a la Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales. Enrique, desde el Serra Club de Buenos Aires, cooperó intensamente para el aumento de vocaciones sacerdotales en nuestra patria.

Y una de esas vocaciones, que él no alcanzó a ver, sería, precisamente, la de su hijo Juan Miguel, nacido en Buenos Aires el año 1950, quien, como hemos dicho anteriormente, se encuentra en la actualidad cumpliendo una misión apostólica en Kenya (África).

El Serra Club de Buenos Aires, a cuyas actividades Enrique contribuyó muy especialmente durante los primeros años de su fundación (mayo de 1959) continúa existiendo en la actualidad con gran éxito y aumento de sus socios.

Otra de las múltiples iniciativas de Enrique que, comenzada felizmente en esa época, no pudo perdurar, fue la de tomar con un grupo de amigos el control de la editorial Haynes. Esta empresa había sido propietaria de ocho radios: L.R. Radio El Mundo, L.S. Radio Libertad, L.T. Radio Cerealista. L.T, Radio Chaco, L.V.O. Radio Libertador, L.V. Radio Tucumán, L. V. 5 Radio Los Andes y L.U. &.. Radio General San Martín. Además era propietaria del diario de la mañana El Mundo con un tiraje de 300.000 ejemplares, y de las revistas El Hogar y Mundo Argentino.

De allí se comprende la inmensa importancia de obtener que todos esos medios de comunicación fueran controlados por una empresa católica.

Enrique había dicho: "El hombre de empresa católico debe ser capaz de desapegarse del miedo a perder los bienes en los cuales se apoya para tener seguridad

económica, y, confiando en Dios y con prudente optimismo, tomar algún riesgo, sobre todo si se trata de desarrollar riquezas naturales o de crear nuevas y auténticas fuentes de trabajo, o aquellas formas de empresas -periodismo, por ejemplo- que, aun cuando riesgosas e improductivas, pueden contribuir al bien común".

De acuerdo con tales cristianas ideas, con un grupo de amigos trató de conseguir la mayoría de las acciones de Editorial Haynes.

El diario católico El Pueblo, fundado por el Rev. P. redentorista Federico Grote en el año 1900, después de más de medio siglo de publicación había sido cerrado por el Gobierno peronista cuando arreció la persecución religiosa; y si bien resurgió con la Revolución Libertadora, debido a las gestiones de monseñor Miguel de Andrea, desgraciadamente había concluido por no salir más, a raíz de la mala administración del grupo que lo compró.

Por tanto, urgía que nuevamente existiera un periódico católico, y Enrique y sus amigos se propusieron que así fuera, tomando, en septiembre de 1957, a su cargo la publicación de los 300.000 ejemplares del diario El Mundo.

La operación era por demás riesgosa debido de la deplorable situación económica en la cual se encontraba la empresa Haynes, agravada por la incautación por parte del Gobierno de sus radios, lo cual trajo una falta correspondiente de ingresos por carencia de avisos comerciales. Los bienes físicos de las radios de Haynes, sin uso posible de onda, quedaron en precarias condiciones para su venta. Todas las gestiones realizadas por Enrique para levantar esa incautación no tuvieron resultado.

El Gobierno de la Revolución Libertadora deseaba dar El Mundo a otras personas. Para colmo de males, cuando el Gobierno argentino pasó a manos de Arturo Frondizi, un grupo frondizista maniobró para apoderarse de la mayoría de las acciones de Haynes, y concluyó por conseguirlo.

El diario El Mundo quedó entonces en manos no apostólicas, y Enrique vio así frustrado su intento de que ese medio de comunicación tan importante fuese dirigido por el catolicismo. Ese intento sólo pudo, por tanto, perdurar un año, y le ocasionó a él y a sus amigos mucha pérdida de tiempo, dinero y desinteresadas esperanzas.

Enrique, con su espíritu cristiano, no se amargó ante tal fracaso, y consideró que Dios había querido, de ese modo, acrecentar su humildad al hacerle ver que sus esfuerzos personales nada habían conseguido a ese efecto.

Advirtiendo que la Divina Providencia no había querido hacer fructificar sus planes periodísticos, escribió: "No hemos respondido bien a la Gracia para que nos concediera el triunfo, o porque no hemos rezado suficientemente, o porque no hicimos las mortificaciones necesarias para que Dios pudiera reinar plenamente en nuestros corazones.

Para efectuar un apostolado eficaz y convertir a nuestro prójimo, no existe sino un proceder: ser santo. Quiero, por ello, estar más unido a Cristo y transformarme en un **crístocéntrico**.

Esa es la forma de hacer que el plan de Dios, que es un misterio de amor, se cumpla entre los hombres. Nuestro deber es unir santidad e inteligencia, y no es necesario un periódico ni una radio para que nuestra santidad puede influir en nuestro país".

Y humildemente agrega: "Volviendo a la desilusión que me ha causado perder el control de la empresa Haynes, pienso que tal vez me haya venido bien ese fracaso para, en adelante, adecuar más debidamente mi actividad. Pues no basta ser buen católico y tener buena voluntad para que fructifiquen nuestras obras apostólicas.

A fin de que anden bien, hemos de ser muy humildes, confiar plenamente en Dios, trabajar mucho más y poner mayor dedicación cuando se trata de una obra de esa especie, que cuando realizamos un trabajo puramente nuestro".

Todas esas cristianas reflexiones impidieron que Enrique se desalentara ante ese fracaso. Y, una vez más, se lanzó a cumplir otra de sus atrevidas iniciativas: socorrer a la vecina República de Bolivia que pasaba por un grave momento económico.

La caridad de Enrique lo impulsaba a salir de las fronteras de su patria para ir también en socorro del prójimo que habitaba tierras extranjeras.

Por eso, se trasladó al Altiplano, y allí fundó una ACDE boliviana, cuyo secretario permanente él pagó de su propio peculio. Al mismo tiempo interesó a UNIAPAC para que contribuyera al desarrollo económico de aquel país en apuros financieros.

La importancia que también Enrique siempre dio a la cultura y al trabajo intelectual, lo llevó a fundar una llamada *Casa del Libro*, la cual comenzó siendo una pequeña librería al lado de San Marón. Cuando el suizo dueño de esa librería dijo que la iba a cerrar por cuanto se iba a vivir a Friburgo, Enrique la compró junto con Luis P. Arrighi -distinguido miembro de la Acción Católica Argentina- y la trasladó de la calle Paraguay a un local mejor.

Por ese medio Enrique hizo llegar a Buenos Aires muchos libros católicos de distintos autores franceses que aquí se desconocían. La gerente de *La Casa del Libro* fue María Matilde Castro Nevares, quien le recomendó y facilitó la lectura de las obras que más contribuyeron a su trabajo titulado "Y dominad la Tierra" -según lo expresó en la dedicatoria de ese trabajo- al cual nos vamos a referir en el capítulo siguiente.

Su interés por todo cuanto fuera intelectual para la marcha del catolicismo en la Argentina, lo indujo, igualmente, a prestar un decidido apoyo -ejercido de distintas maneras espirituales y materiales- a la fundación de la Pontificia Universidad Católica *Nuestra Señora del Buen Aire*, la cual desde entonces hasta la fecha ha progresado en forma constante.

Todas estas actividades llevadas a cabo por Enrique, a las cuales se agregaban muchas otras de menor importancia, las realizó sin menoscabo de su vida contemplativa.

Podemos decir que su vida activa no fue una resta sino una suma de su vida contemplativa. El mismo lo reconoció, escribiendo: "Es menester no confundir acción con activismo. Acción es actividad racional y eficiente, con fundamento en la reflexión, en el estudio y en la vida contemplativa".

Además de haber sabido sumar su vida activa a su vida contemplativa, tiene, entonces, otro mérito: el no dejar de actuar con entusiasmo e intensidad aún cuando sabe que ha contraído una enfermedad mortal. Como si nada le sucediera y no experimentase fuertes dolores por causa de su salud maltrecha y de las diversas operaciones quirúrgicas que le son practicadas, continúa realizando sin tregua su vida apostólica y aún su vida deportiva.

Capítulo X

Tiempo de pasar adonde no existe el tiempo

En la vida de todo ser humano llega un tiempo durante el cual debe enfrentar la enfermedad y la muerte.

Ese tiempo había llegado para Enrique. ¿Cómo las enfrentaría él, cuya alegría era su rasgo más característico, y cuyo amor a la vida nunca había disminuído desde la lejana época en que galopaba por los campos de *Luis Chico* o navegaba por los mares australes?

Las enfrenta como eximio cristiano que es: sin perder su acostumbrada alegría, ni perder, tampoco, su amor a esa vida suya llegada a la plenitud.

Porque sabía -como lo sabe todo cristiano- que el sufrimiento que acarrea la enfermedad es la puerta del Cielo, y que lo llamado vulgarmente muerte es más vida que la vida misma, por no ser otra cosa que el paso de la existencia terrenal a la

existencia celestial en la que el amor y la paz reinan sin límites de ninguna especie, y la visión de Dios impide toda angustia, desaliento o dolor.

Pero, sabiendo todas esas verdades, al verse detenido, inopinadamente, en su camino terrestre pleno de amor y actividades apostólicas, no puede dejar de sentir la pena de abandonar a su amada Cecilia y a sus queridos hijos de cuya educación ya no podría ocuparse.

Por eso, advirtiéndole que estaba afectado por una enfermedad mortal, escribe en una de sus libretitas: *" ¡Señor! ¡Quisiera seguirte! ¿Qué me pides para ello? Te daré todo cuanto quieras, pero no me pidas la vida. Dios, sin embargo, no quiere comerciantes que ofrecen una cosa para conseguir otra. Puede ser que Dios no me pida nada, y puede ser que me pida estar listo para todo. Quien oye el llamado de Dios, comprende que su vida no tendría sentido si no se entrega a Él por entero, y aquí la palabra "entregarse" tiene un sentido pleno.*

No quiere decir "dar algo", sino "darse uno mismo ". Un cristiano no se da parcialmente a Dios cuando lo llama: se entrega totalmente.

Por esa causa, a mi requerimiento de seguirlo, su respuesta es pedirme renunciar a todo cuanto pueda ser un obstáculo para que se cumpla Su Voluntad. Y Su Voluntad es que lo siga sin poner condiciones de ninguna especie. Debo, pues, embarcarme para ir hacia donde Dios me lleva, aún cuando me cueste perder la estupenda visión cristiana de la vida terrenal, y aún cuando todavía me sienta con fuerzas para difundir esa visión a mis hijos y a las personas que me rodean. Lo único terrible que tiene la muerte para el justo es que pone punto final a su trabajo de engrandecimiento personal, y que detiene de golpe su vida en una cifra dada ".

No le asusta, empero, pasar al Más Allá, y escribe: *"El Cielo es también un lugar de actividad, de plenitud, de unidad, de intercambio, o sea, de caridad. Para la mayoría de los hombres que temen la muerte, Dios es una abstracción. Para mí constituyó y constituye una realidad más intensa que todas las realidades terrestres, y que me dice: ¡Ven! y yo le contesto: Habla, Señor, tu siervo te escucha. A lo cual me manifiesta: Te he llamado porque eres mío. Y entonces todo desaparece, y sólo quedamos Dios y yo. Las luces fuertes ennegrecen de tal modo que resulta difícil explicarlas, pero la explicación esencial es que Dios me llama y que la vida cristiana es la Eternidad comenzada en nuestra alma sobre la Tierra para llegar en el Cielo a la unidad completa con Dios".*

Veamos, ahora, en qué forma y en qué tiempo Dios lo llamó para que pasara a ocupar el lugar que le tenía preparado allí donde no existe el tiempo y sólo existe una Eternidad feliz en la cual miraremos a Dios cara a cara.

EL LLAMADO DE DIOS

De regreso de Harvard a fines del año 1957, Enrique le mostró a Cecilia una mancha oscura que tenía en el dedo pulgar y que atribuía proceder de la tinta de su lapicera. *La tinta norteamericana es tan fuerte, que no la puedo sacar de mi dedo que ha manchado* -le dijo a Cecilia-.

Pero ella, con su intuición femenina, comprendió que aquella mancha no procedía de la tinta norteamericana, sino que era otra cosa tal vez de gravedad. Y lo

llevó al consultorio de su amigo, el médico de la piel doctor Luis María Baliña, quien igualmente advirtió lo presentado por Cecilia.

Realizada la correspondiente biopsia, el diagnóstico pronunció su terrible fallo: cáncer.

Inmediatamente fue resuelto amputarle la parte de ese dedo pulgar en la cual estaba la mancha.

Pero Enrique, sabiendo la enfermedad que tenía, no se inmutó ni perdió su alegría. La misma mañana en que sufrió esa amputación, se presentó a la reunión que se realizaba en ACDE, y, pidiendo disculpas por llegar tarde, les dijo a sus compañeros que esa tardanza se debía a que le habían cortado un pedazo de hueso en el dedo pulgar, en razón del cáncer que lo aquejaba. Sus compañeros, al escuchar tal anuncio, quedaron consternados.

Sin embargo, Enrique los obligó a continuar la reunión comenzada, en la cual participó como si nada le hubiera ocurrido.

Asimismo, aún cuando las operaciones se continuarían unas tras otra para extirparle nuevos tumores, Enrique no cambió el ritmo normal de su vida, y siguió trabajando *full time* en la Cristalería y asistiendo a las reuniones de los directorios de las distintas empresas a que pertenecía. Y así transcurrirían los últimos cinco años de su vida.

Las personas que no estaban allegadas a él no pudieron advertir la proximidad de su muerte, por cuanto ni hablaba de ella ni dejaba de mostrar su habitual alegría y amor al trabajo. Pero, si se observaban atentamente las expresiones de sus conferencias pronunciadas en aquel lustro, se podía advertir que su religiosidad aumentaba en su madurez.

Por ejemplo, pronunció una conferencia en la ciudad de Córdoba en octubre de 1959, en ocasión del VI Congreso Eucarístico Nacional, en la cual disertó acerca de la necesaria unión de la Eucaristía y la vida empresaria. Unirlas en un mismo haz mostraba su profunda fe católica y cómo ella determinaba, más que nunca, su pensamiento y su acción.

Transcribimos, a continuación, algunos párrafos de esa conferencia titulada *Eucaristía y vida empresaria*, que demuestran el punto de madurez a que había llegado la religiosidad de Enrique.

"La Eucaristía, que constituye la presencia sacramental permanente entre nosotros del Verbo Encarnado, con su silencio llamado a un mayor *personalismo* y a una mayor solidaridad, es no sólo el motor sino la dirección, el *volante*, de una auténtica vida empresaria..."

"¿Podemos nosotros, dirigentes de empresa que procuramos actuar cristianamente, compartir una actitud de desorientación, frustración y aún de resentimiento que hoy suele encontrarse en el ambiente empresarial de nuestro país? ¿Cuál ha de ser nuestra actitud? Es evidente que ha de ser la de Cristo..."

"En la Eucaristía se superan las barreras artificiales, individuales o colectivas, fruto de inadecuadas estructuras económico-sociales, que nos separan con frecuencia, inconsciente o involuntariamente, de los demás partícipes de esa comunidad de actividades, de intereses y de vida que debe ser una empresa.

La Eucaristía es, por tanto, el gran medio para el logro efectivo de esa aspiración de sentirse y ser verdaderamente humanos, pues une entre sí a los hombres en el Hombre-Dios, ya que Cristo, por la Comunión, nos une a Sí fusionándose misteriosamente en nosotros..."

"Cristo-Eucaristía, cuando desde la custodia, allá en lo alto, está expuesto a nuestra veneración, parece volver a insistir en que en esas actitudes básicas; todo cristiano debe cumplir lo enseñado en el Sermón de la Montaña."

En seguida Enrique se refiere a las bienaventuranzas más relacionadas con las actividades y comportamientos de los dirigentes de empresa. Al comentar la bienaventuranza que expresa: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados*, agrega:

"En estos momentos en que los dirigentes de empresas encontramos tantas dificultades para cumplir nuestra misión, esta bienaventuranza no sólo debe impedir que nos desalentemos; además debe animarnos a que, comenzando por las de Dios y siguiendo por las de las personas de nosotros dependientes, sean satisfechas las exigencias de la justicia; si sólo buscamos defender nuestros propios derechos no sólo no seremos saciados, ni siquiera satisfechos, sino que seremos frustrados. Y no nos preocupemos por la magnitud de la tarea y las dificultades que encontramos; la bienaventuranza comentada no pone el énfasis en la magnitud del éxito que logremos, sino en la magnitud del amor con que procuramos llevar a cabo la porción de tarea que nos corresponde".

Y al referirse a la octava bienaventuranza (*Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos*) manifiesta:

"Cada vez que la conciencia nos lleva a ejecutar algo (por ejemplo a extremar las medidas antes de despedir o suspender personal por causas suficientemente fundadas), o nos impide utilizar procedimientos (como ser ofrecimiento de coimas para obtener un beneficio exclusivo) que la competencia utiliza o, lo que es más doloroso, socios o colegas presionan para que utilicemos; en otras palabras, cada vez que por cumplir nuestro deber de estado encontramos incompreensión, esta bienaventuranza nos anima, no sólo a cumplir con nuestro deber, sino a hacerlo con alegría...

"Estas son, pues, a mi entender, algunas de las actitudes que nos inspira el Sermón de la Montaña. Todas son eminentemente positivas, y es evidente que nada tienen que ver ni con esa resignación pasiva con que corrientemente se las confunde, ni con ese resentimiento que desgraciadamente empaña y amarga a muchas personas poseedoras, por otra parte, de una voluntad y celo firmísimos".

Para concluir, en la tercera parte de esa conferencia Enrique se refiere explícitamente al tema de su disertación, diciendo:

"La Eucaristía, además de prenda de la vida futura, es encanto de la presente. Ella estimula el gusto de vivir y suscita el ansia de expansionarse, fundiéndose en el misterioso dinamismo de la acción entera.

Nos hace presente el mandato bíblico de *dominar la tierra* y la parábola de los talentos, que nos inducen a estar a la cabeza de todo adelanto técnico que libere al hombre, multiplique su capacidad creadora y evite todo desperdicio de lo material.

La Eucaristía- Sacramento y por lo tanto compuesta de *materia* y *forma* (materia y espíritu) nos hace pensar que la empresa también debe ser un instrumento de progreso, de perfección humana y sobrenatural.

En otras palabras, debe ser tal que no sólo fabrique o distribuya buenos productos, sino que sea un ambiente propicio al desarrollo de los hombres que en ella trabajan, y contribuya al crecimiento de la vida de Cristo en sus almas...

"El dirigente de empresa, por estar en posición de privilegio, tiene que tomar la iniciativa. Debemos trabajar por la elevación del hombre: somos responsables de la ascensión humana de nuestro personal, sin trabar por eso, de ninguna manera, su legítima iniciativa y su necesaria responsabilidad...

La empresa debe contribuir a la ascensión del hombre y brindarle por su trabajo y en su trabajo la mejor de las oportunidades para su desarrollo.

El dirigente de empresa debe dar la libertad posible para que cada uno sea dueño de sus actos y pueda expresar su personalidad. La Eucaristía confirma todo esto, pues constituye una prueba más de que Jesús quiso establecer una relación de amistad, lo que supone un intercambio, una donación recíproca: su amor nos ha sido dado para que, a nuestra vez, amemos...

Quien ama a sus obreros los conocerá mejor y descubrirá en ellos capacidades insospechadas...

"La Eucaristía es la respuesta al problema de la masificación del hombre moderno: no sólo nos recuerda que Cristo vino para servir, sino que también nos enseña cómo debemos hacerlo: de persona a persona, individualmente".

Es difícil encontrar un dirigente de empresa que haya tenido la audacia (en el buen sentido de la palabra) de vincular, como lo hizo Enrique en esa conferencia, con toda naturalidad y sin respeto humano alguno, Eucaristía y vida empresaria. Así lo comentó uno de los asistentes a dicha disertación.

SE INTENSIFICA EL LLAMADO DE DIOS

El acrecentamiento de la religiosidad de Enrique corría parejo, en esa época, con el aumento irremediable de su enfermedad: durante los meses de febrero y marzo de 1960 sufrió dos operaciones para extirpar ganglios que le impedían respirar normalmente.

Después de esas operaciones, al parecer quedó tan curado que realizó, entonces, un viaje a Europa con Cecilia y sus dos hijos mayores. Y en ese viaje manejó él mismo su automóvil unos veinte mil kilómetros.

En Europa se encontraron con monseñor Manuel Moledo, quien manifestó más tarde que nunca había visto a Enrique tan alegre, tan contento con su estada en el Viejo Mundo y tan lleno de amor a la vida. Hacía el efecto de *no* advertir que el hilo de su existencia terrenal estaba a punto de cortarse: sólo le quedaban dos años por vivir.

Una vez más de regreso en Buenos Aires, continuando su tren normal de vida, se hizo cargo, también, de la dirección de la Sociedad Pinamar, por haber fallecido su suegro Jorge Bunge.

Incansable en su trabajo en la Cristalería Rigolleau, siempre obtenía el amor de sus obreros con los cuales dialogaba del modo más natural. "Pocas veces logra un hombre tan dotado para la acción -escribe su amigo **Juan Cavo** que trabajaba junto con él en la Cristalería Rigolleau-, consubstanciarse con el hábito de escuchar. Podría decirse que, en él, escuchar a su semejante constituía una de las formas más activas de acción, porque escudriñaba en su diálogo con el prójimo el acento de la voz de Dios.

Dotado de una personalidad vigorosa, enriquecido por un esfuerzo constante de superación, había descubierto el secreto que le permitía alternar con todos como hermano, hablando con pareja sencillez a cultos e ignorantes, a poderosos o débiles, a superiores, iguales o subordinados un mismo idioma de relación fraterna.

En todo encuentro con un semejante hallaba una ocasión de servicio. Es frecuente encontrar personas que lo recuerdan por la influencia que ejerció en sus vidas, a pesar de haber tenido, con él, sólo dos o tres conversaciones".

Juan Cavo agrega en sus reflexiones acerca de Enrique, efectuadas el 26 de agosto de 1964: "¿Qué fuerza misteriosa animaba a este hombre que, por auténtica vocación profesional, había asumido uno de los roles más completos de nuestro tiempo? ¿Qué condiciones reunía Enrique, capaz de actuar eficazmente como dirigente de empresa, empeñado en alcanzar un creciente dominio sobre la Tierra, para que, por encima de sus propias limitaciones y por encima de las limitaciones que le impusieron

las estructuras de su hora, dejara en pos de su paso un aliento de renovación y una esperanza más de reconciliación humana?

Creemos que esa fuerza misteriosa y esas sus excepcionales condiciones consistían en su dedicación total a encarnar el amor a la Verdad y el servicio al prójimo. Ese interés suyo por el hombre como hermano, como semejante, le permitió ser todo para todos, sin perder vinculación con otras realidades del contexto humano.

Esa actitud de amistad y de servicio le permitió hacer rendir su don de sí, su medida total por una continua exigencia para consigo mismo como promotor, consejero, dirigente, capaz, en suma, de asumir todos los riesgos para dejar, como nos ha dejado, una presencia de amor en nuestra vida".

Un Co-Fundador de ACDE -Carlos Llorente- recuerda que, aún cuando Enrique conocía y valoraba el sentido de su propia importancia como Administrador General de su empresa, sabía, sin embargo, dar a cada obrero lo que le correspondía sin que ninguno se sintiera inferior a él. Porque todos lo querían y seguían sus indicaciones, considerándolo como un amigo y otro colaborador más de una industria a la cual le daba, ante todo, un sentido humano.

Su capacidad de asumir todos los riesgos humanos posibles por amor a sus semejantes, la puso Enrique especialmente de manifiesto cuando la mayoría de los accionistas de la Cristalería Rigolleau S.A. decidió en el año 1961 dejar cesantes a mil doscientos obreros de la fábrica de vidrio de Berazategui, a raíz de las dificultades económicas por las cuales atravesaba la Sociedad.

Enrique se opuso a tal medida por considerar que esas cesantías dejaban sin trabajo y, por tanto, sin medios de subsistencia, a obreros que se habían comportado bien en sus tareas.

Por eso, arriesgando perder su importante cargo de Administrador General -que constituía la mayor entrada de sus recursos para sostener su numerosa familia-, Enrique viajó a Estados Unidos de Norteamérica para convencer a los accionistas de ese país, que poseían esa mayoría de acciones, de no proceder a tales cesantías.

Y con sus argumentos humanos y proponiendo medidas profesionales y económicas para que continuaran trabajando en Berazategui los tres mil doscientos obreros que allí desempeñaban sus tareas, consiguió impedir que se llevara a cabo esa decisión mayoritaria.

Rigolleau había pasado entonces a ser propiedad de *Corning Glass Works* en muy hábil *take over*. No obstante Enrique garantizó con su firma que ningún obrero sería despedido mientras durara su buena conducta.

Asimismo, Enrique apoyaba pecuniariamente y alentaba a la Sociedad mutual fundada en el año 1952 por los asociados de la Cristalería Rigolleau, bajo sus auspicios.

Esa Mutual brindaba a sus socios servicio médico, subsidios por enfermedades y préstamos de urgencia en casos especiales de casamiento, nacimiento, servicio militar o fallecimiento de los asociados o de sus parientes.

A mejorar esos préstamos, cuando ello era necesario, Enrique ayudaba de su propio pecunio. En un libro especial se llevaba la cuenta de los préstamos que él efectuaba personalmente y de las devoluciones llevadas a cabo.

Después de su fallecimiento, Cecilia recibió, muchas veces, sumas de dinero que devolvían los obreros generosamente favorecidos por esos préstamos.

Cuando Enrique advirtió que los obreros encargados de los hornos de la fábrica bebían, para desalterar la sed producida por el calor de esos hornos, un agua poco fresca, por cuenta propia instaló en ese lugar un refrigerador a fin de que se pudiera tomar agua helada.

Por esos y otros favores largos de relatar, dicha mutual lo nombró su Presidente Honorario.

No es extraño que, por tal motivo y por el modo como desde hacía quince años trataba con amor y respeto a los empleados y obreros de la fábrica de vidrio, Enrique

fuera muy amado de todo el personal de la Cristalería Rigolleau, amor que muy pronto se pondría de relieve de un modo espectacular cuando le llegó el momento de morir.

Sin embargo, aún no había llegado ese momento: Enrique aún tenía por delante un año de vida que no desperdició de ninguna manera.

Sus actividades no hicieron más que aumentar durante ese año de 1961 y comienzos de 1962.

Y en este último año, cinco meses antes de su muerte, todavía pronunció una extensa conferencia en la Reunión Nacional de Dirigentes de los Hombres de Acción Católica, realizada en Buenos Aires el 4 de Marzo de 1962.

A esa conferencia destinada a explicar el concepto cristiano de *desarrollo*, sobre el cual tanto se hablaba en aquel año, la tituló: *Y dominad la Tierra*. Es curioso comprobar que cuando su cuerpo ya se encontraba dominado por la enfermedad que le aquejaba, se refiriera a cómo los cristianos deben dominar la Tierra.

Es que, una vez más, no pensaba en él ni hablaba de su muerte, sino de la vida de los demás, y en este caso de todo el género humano al que Dios -cómo se narra en el Génesis- le concedió el derecho y la función de dominar la Tierra.

Para la publicación de esa conferencia, que sería la última por él pronunciada, escribió una detallada dedicatoria, la cual decía así:

"Cumpro con un muy agradable deber de justicia al agradecer de todo corazón a: Cecilia, mi esposa en el más desarrollado sentido de la palabra, sin cuyos sacrificios para procurarme la necesaria tranquilidad física y espiritual, este trabajo no hubiera podido prepararse.

Hernando Campos Menéndez, Vice Presidente de la Unión Internacional de Dirigentes de Empresa Cristiana (UNIAPAC), quien primero me hizo ver este grandioso panorama.

Francisco Valsecchi, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica Argentina, cuyas reflexiones me precisaron importantes aspectos de este tema.

María Matilde Castro Nevares, Gerente de La Casa del Libro, quien me recomendó la lectura de las obras que más contribuyeron a este trabajo.

Padre Moledo, por su aliento y enseñanzas, algunas pocas de las cuales figuran aquí.

Julia Uranga, Luis Arrighi, Carlos García Díaz, Carlos Llorente y Ricardo Diez Peña, por sus valiosas críticas y sugerencias.

Martín de Achával y Lucio García, cuyos cuidados por mi salud hicieron posible que esta conferencia fuera pronunciada.

Inés N. de Achával y Catalina Carberry, por su invariable buen humor y casi infinita paciencia en preparar el material para la impresión de esta conferencia.

Como se advierte por el detalle y la extensión de esta dedicatoria, mediante ella Enrique expresaba palabras que podían ser consideradas como una despedida a tales mencionadas personas, de quien se disponía a partir muy lejos. Así ocurriría: murió cinco meses después de esa conferencia. En ella, entre otros conceptos, manifestó:

*"El vocablo *desarrollo* está hoy en labios de todo el mundo. Como veremos en el transcurso de esta exposición, esto es algo que debe alegrarnos y a lo que debemos contribuir intensamente, pues sólo nosotros los cristianos podemos y, por lo tanto, debemos, darle su verdadero valor.*

Además, lamentablemente, mientras los comunistas defienden místicas falsas para movilizar en su provecho las energías humanas, nosotros con frecuencia no aprovechamos plenamente el maravilloso tesoro de verdades reveladas depositado en la Iglesia, verdades necesarias para estimular y orientar las fuerzas constructivas y solidarias indispensables para procurar un auténtico desarrollo."

"Existen dos extremos erróneos: el de quien no acredita el peso debido al desarrollo económico, y el otro que cree que el desarrollo económico puede por sí solo producir valores no económicos como son los sobrenaturales de la vocación religiosa.

"¿Es posible dedicarse profundamente a las tareas de aquí *abajo* si se está convencido de que lo único esencial es el *más allá*, y por lo tanto todo lo visible no es más que algo pasajero, secundario?

A primera vista parece estar más próximo el Evangelio del Mahatma Gandhi que de Carlos Marx, por cuanto nos enseña, con la conocida parábola de los lirios del campo, a no preocuparnos del mañana y, en general, insiste en el desapego del mundo a fin de que el alma esté libre en su marcha hacia Dios, sin alabar para nada la energía o la inteligencia en la búsqueda de fines temporales y a muchos de sus intérpretes superficiales les ha parecido que debemos temer que, si dedicamos demasiado tiempo al mundo terreno, nos privaremos de la contemplación de la belleza de los cielos.

Pero, si reflexionamos sobre sus enseñanzas, nos percataremos de que es un error creer que Jesucristo pone como ideal una actividad puramente espiritual. El *tuve hambre y mediste de comer, tuve sed y me diste de beber* (Mateo 25, 35) como asimismo la Parábola de los Talentos (Mateo 25, 14-30) son suficientemente elocuentes. Siempre ha habido una cierta *tensión* entre quienes daban preferencia al influir directamente sobre el mundo, y quienes propiciaban el retirarse del mundo. Pero, últimamente, el marxismo, *herejía*, como todas, en *cierto sentido providencial*, ha hecho que este problema fuera nuevamente analizado, y que se buscara más intensamente dentro del depósito de la verdad revelada, la auténtica actitud cristiana al respecto."

"Para que haya justicia y paz, ya sea entre las naciones o entre los empleadores y empleados, no basta con pedirla a Dios, no basta con hablar en abstracto del espíritu del Evangelio, indicando cuánto mejor sería el mundo si todos fuéramos buenos cristianos.

Es necesario que sean resueltos, con espíritu de buena voluntad y de respeto mutuo, muchos problemas de orden técnico. Por ejemplo, la implantación legal del salario familiar requirió muchos estudios técnicos, jurídicos y económicos, para poder adecuar a las realidades de nuestro país la aplicación de un principio al cual pocos se oponían, pero nadie se molestaba en llevar a cabo el paciente y aburrido trabajo de hacer los estudios previos."

"Desarrollar la civilización es poner al hombre más o menos directamente en condiciones de ir a Dios con todo lo que Dios ha puesto en él. Mostrar con los hechos todo lo que aporta la vida cristiana al desarrollo de las actividades temporales, revela la presencia activa de Dios en el hombre y contribuye, así, a realizar la expresión evangélica: *para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen al Padre que está en los cielos* (Mateo, 5, 16).

Cuando el hombre medio ve una monja que cuida leprosos u otros enfermos sin ninguna retribución para ella, sino, por el contrario, nada más que sacrificios, no puede menos de admitir que ese amor al hombre sólo puede estar sustentado por un intenso amor a Dios, y en esa forma, sin decirle una palabra, esa monja está, como lo prueba la experiencia diaria, abriendo camino al Evangelio.

" Los cristianos queremos el desarrollo tanto como los marxistas, pero nos diferenciamos de ellos en dos puntos de gran importancia. El primero es que ante todo propugnamos la promoción del hombre, porque el hombre es de Dios.

En cuanto al segundo se deduce de la siguiente clasificación de actitudes posibles frente al mundo, que a la vez puede considerarse una síntesis de lo tratado hasta aquí:

- a) la de quienes condenan al mundo: los rigoristas;
- b) la de quienes quieren poseer el mundo: los marxistas; y

c) la de los cristianos, que también queremos tomar posesión del mundo, pero para luego ofrecerlo a Dios.

"Un desarrollo que fuera solamente económico, considerado como un fin en sí mismo, tarde o temprano deberá afrontar las consecuencias de su desequilibrio respecto al hombre, y lleva fatalmente al desorden y la tiranía.

Es así que los regímenes marxistas necesariamente son tiránicos, dado que sólo procuran resolver los problemas económicos.

"Pío XII, en el Mensaje de Navidad, que pronunció el año 1957, manifestó: *La intervención en el mundo es un derecho y un deber que corresponde intrínsecamente a la responsabilidad del cristiano.*

"Por su parte, S.S. Juan XXIII no deja lugar alguno a la duda sobre si el desarrollo aún meramente económico es una opción.

Dice textualmente en su encíclica *Mater et Magistra: Es un deber favorecer el desarrollo económico y el progreso social.*

"El cristiano debe comprometerse tanto en el desarrollo del mundo -que será imperfecto sin su contribución- como en la obra del apostolado sin la cual el mundo carecerá de la luz divina que necesita imprescindiblemente para organizar la vida de los hombres...

Quien desea el desarrollo de los demás, debe, ante todo, esforzarse en procurar el propio desarrollo y, actuando con un cristianismo profundo, dedicarse a la consagración del mundo, eminente función del laico.

No se trata de un mero perfeccionamiento de uno mismo, de saber por lucirse, de saber por tener un título o incluso de saber por saber, sino de un desarrollo que permita tener mucho que dar; un desarrollo relacionado con Dios y con el prójimo a fin de dominarse y capacitarse para continuar más activamente la Creación y la Redención."

EL POSTRER LLAMADO DE DIOS

Después de pronunciada esa conferencia, que es muy aplaudida por los concurrentes, la enfermedad de Enrique se agrava: el cáncer se ha generalizado y ya no se le puede realizar otra operación más. Hay que recurrir, sólo para aliviarlo en sus dolores, a múltiples transfusiones de sangre.

En el salón-comedor de la Cristalería Rigolleau, Enrique interrumpe un día la exposición que está haciendo como Gerente General de esa empresa, para dirigirse a sus compañeros donantes de sangre y decirles: *Cuando alguien me hace un regalo -por ejemplo, una lapicera-, yo le escribo en seguida para agradecerle el obsequio. Pero en este caso he tardado en agradecer el regalo que ustedes me han hecho, porque no se trata de expresar mi agradecimiento por el obsequio de un objeto, sino de algo tan vital, tan lleno de sentido como símbolo de vida tal cual es su propia sangre para ser transferida a mis venas. Sólo ahora que estoy reunido con todos ustedes, les puedo decir con emoción: Gracias, mis queridos compañeros* (relato efectuado por Juan Cavo que era uno de esos compañeros presente en ese día).

Los médicos aconsejan a Enrique que pase un mes del invierno del año 1962 en Brasil a fin de tomar unos baños en las termas de Pozo de Caldas. Allí va en junio de ese año con Cecilia y acompañado de dos de sus hijos varones de diez y doce años de edad: José María y Juan Miguel. Su compañía lo alegra, y con ellos juega y trepa por los senderos de la montaña brasilera.

Pero, antes de terminar su estada en Pozo de Caldas, empieza a tener fuertes dolores de cabeza y a respirar con dificultad.

A pesar de ello, en el viaje de regreso en barco desde Santos, su hijo Juan Miguel recuerda -como ya lo hemos dicho anteriormente- que lo vio bailar con su

madre en el salón del barco cuando sólo faltaba un mes y medio para su muerte. El seguía confiando en la Virgen María de la cual siempre había sido muy devoto.

A su llegada a Buenos Aires, los médicos diagnosticaron que poco tiempo tenía ya de vida.

Cecilia, sin embargo, no está dispuesta a darse por vencida: en su gran amor por Enrique idea un postrer recurso para salvarlo, o, al menos, retardar su fallecimiento: llevarlo a Lourdes para que se bañe en las aguas de la gruta de Masabielle y pida a la Virgen María, de la cual es tan devoto, que lo cure o prolongue su vida unos años más.

A esa propuesta, Enrique contesta que más vale regalar a los pobres el precio de los pasajes a Lourdes. Además, él considera inútil ese viaje por cuanto el llamado de Dios es apremiante, y le parece escuchar su voz que le dice *Ven* -como lo hemos expuesto al comienzo de este capítulo.

Su padre, que mucho lo ama y no se conforma con verlo declinar sin hacer nada para impedir su próxima muerte, no acepta los argumentos de su hijo, y, apoyando la idea que vaya a Lourdes, ofrece pagar todos los gastos de ese viaje, por lo cual su hijo no puede pretextar que más vale dar el precio de los pasajes a los pobres, pues él, su padre, no destinará para tal cosa el dinero ofrecido si no lo acepta.

Enrique, ante la insistencia de quienes mucho lo aman, parte con Cecilia a Lourdes en el mes de julio de 1962. Allí encuentra a su tía Elsa junto con su marido Ricardo Pearson. A ellos, Alejandro Shaw les había escrito el 26 de julio:

"Cuánto me alegra saber que lo esperan a Enrique en Lourdes! No lloren delante de él. Hay que mantener su espíritu. Alquilen un automóvil por mi cuenta y distráiganlo con excursiones a Pau, Carcasona, Moissac o donde sea. Espiritualmente, para Enrique este viaje es el mejor de los tónicos. Pero ¿físicamente también lo será? Si no mejora, al menos se irá con la paz del alma".

En Lourdes, Ricardo Pearson acompaña a su sobrino a bañarse en la piscina cuyas aguas provienen del manantial surgido en la gruta de Masabielle cuando la Virgen María se apareció a Santa Bernardita Soubirous. Esas aguas se mantienen químicamente puras no obstante los muchos enfermos que en ellas se sumergen.

Cuando Enrique se baña allí, su tío se asusta al ver las enormes cicatrices que las operaciones quirúrgicas han dejado en su cuerpo.

Las aguas de Masabielle quitan momentáneamente a Enrique sus dolores de cabeza, y, llevando él mismo sus valijas, se despide, en el Aeródromo, de sus tíos (Eisa y Richi) sonriendo como de costumbre.

Asimismo, una vez en Buenos Aires, abraza alegremente a sus hijos como si nada le pasara y sus hijos se hacen ilusiones. Pero Alejandro Shaw, que sabe la verdad del caso, de nuevo escribe a su hermana Elsa: "A su regreso Enrique estuvo unas horas más aliviado. Sin embargo el mal sigue su curso inexorable.

Tiene un tumor detrás del ojo derecho que le provoca espantosos dolores de cabeza. Ha sido necesario darle inyecciones de morfina cada cuatro horas. La Acción Católica hace decir Misas por él en todas las iglesias. Yo he implorado a todos los Santos del Cielo. Estoy como sonámbulo. No puedo concentrarme.

Casi no duermo desde que supe se le había generalizado su mal. En cambio, Enrique está lucidísimo y su espíritu es admirable".

Días antes de ser escrita esta carta, Enrique ha dado muestras de su admirable espíritu al levantarse una tarde de la cama, en la cual hace días se encuentra postrado, para concurrir, apoyado en el brazo de su hijo Jorge Enrique, a una reunión de la Organización Internacional Católica que se celebra en el salón dorado del Consejo Deliberante de Buenos Aires.

Allí, después de escuchar el discurso del conferenciante que describe con trazos muy pesimistas la situación social de la Argentina, Enrique pide la palabra y concedida que le es, dice en alta voz, repitiendo conceptos ya expresados en su última conferencia y *dominad la Tierra*: "*Bienaventurada es nuestra patria porque en ella un cristiano puede llegar a ser santo. Bienaventuranza es una palabra que quiere decir*

felicidad, y con ese significado la explicó nuestro Señor Jesucristo en el Sermón de la Montaña. Felices somos, pues, nosotros, los argentinos que podemos cumplir todas y cada una de esas bienaventuranzas. Hay mucho de bueno que hacer en nuestro país aun cuando a veces no lo parezca. Está a nuestro alcance y posibilidades hacer triunfar al cristianismo, y, por lo tanto, debemos hacer lo que a ello contribuya de un modo u otro. Si empleamos bien todos los medios existentes a nuestra disposición, somos más fuertes de lo que pensamos. ¡Actuemos! Las Sagradas Escrituras dicen que los santos juzgarán la Tierra, juzgar en hebreo quiere decir ejercer autoridad, vale decir, tener dominio. Ellos ya lo están ejerciendo porque la fase definitiva de la vida cristiana comenzó con la Encarnación, de modo que no dudemos de recurrir a su intercesión, no sólo para pedir les por el éxito de nuestras actividades cristianas, sino también para que se resuelvan satisfactoriamente todos los problemas sociales que afectan al mundo en general y a nuestra patria en particular.

Pidamos por todos los hombres de buena fe, quienes, aunque no participen de la totalidad de nuestras ideas, procuran una correcta solución a esos problemas. Esa solución nos llevará a los argentinos más de un período de gobierno; por consiguiente serán otros los hombres que cosecharán su fruto. No nos desalentemos por ello, y pidámosle inspiración y ayuda al Espíritu Santo.

Muchas son las veces que hemos rezado diciendo: Ven, Espíritu Santo, y renovarás la faz de la Tierra. Más también son muchas las veces que hemos efectuado esa invocación en forma rutinaria, sin llegar a reflexionar sobre todo cuanto significa.

Igualmente pidámosle inspiración y ayuda a Mana Santísima, Patrona de la Argentina en su advocación de Nuestra Señora de Luján. Ella es la obra maestra anticipada de los nuevos Cielos y la nueva Tierra. Su Asunción es el anticipo de la creación renovada.

En Caná ella intervino para procurar un servicio de orden temporal -obtener vino, bien material no imprescindible, del que tan fácilmente se puede hacer un mal uso-, pero lo hizo con proyecciones a lo trascendente: la bendición de la alegría y la manifestación del comienzo de la acción mesiánica de su Divino Hijo. Pidámosle, por tanto, a María -apóstol laico por excelencia- que nos haga comprender y amar nuestra misión, y nos proporcione luz, fuerza y alegría para que estemos a la altura de cuanto debemos hacer para lograr una Argentina mejor, y así tener más para ofrecer a Dios ",

Este era, también, el final de su última conferencia, y todos los asistentes a ese Congreso lo aplauden con entusiasmo. En realidad aquel constituye su canto del cisne.

Ya nunca más podrá hablar en público ni levantarse de la cama. Su padre, desesperado, vuelve a escribir a su hermana Elsa el 23 de agosto:

"Es terrible ver morir lentamente a un hijo adorado sin poder hacer nada por él. Le ponen inyecciones de morfina cada tres horas.

Hoy le han hecho una tercera punción para sacarle líquido del estómago: más de dos litros cada vez. Puede durar mucho tiempo, pues tiene un corazón fuertísimo. Le he tomado dos enfermeras.

Cuando está despierto tiene la cabeza clarísima y piensa en todo como si tuviera años por delante. Me quiere hacer creer que su enfermedad es curable, pero -según el doctor Achával que lo atiende- sabe la verdad. Hoy he rezado con él y por él".

*La claridad de su mente, que conserva, se pone de manifiesto, especialmente, cuando conversa con las personas que lo visitan. Al Padre Moledo le comenta: *iSe ha producido el milagro! Mi padre, que no había vuelto a comulgar desde que lo hizo para acompañarme el día de mi primera comunión en el año 1928, acaba de comulgar después de haberse confesado en el Santísimo Sacramento. Yo había pedido en Lourdes a la Virgen María que realizase ese milagro.**

*Y Enrique hace enviar un telegrama a su tío político Ricardo Pearson, que está en Francia, en el cual dice: *Virgen de Lourdes cumplió: tu cuñado comulgó hoy. No comenten.**

Nuevamente Enrique se dirige a Monseñor Moledo para explicarle la razón por la cual su padre ha cumplido, sin saberlo, el pedido que efectuara en Lourdes.

-Así como en el interior de Francia-explica a su amigo-;se libró la sangrienta batalla de Marne, en la cual millares de franceses dieron su vida para salvar a su patria, así también dentro de mi cuerpo se ha librado una batalla en bien de mi padre, y mi cuerpo ha quedado destrozado como el de aquellos franceses.

El médico hematólogo, que recibe la sangre de quienes voluntariamente la dan para Enrique, visita a Cecilia y le pide conocer a su marido.

-Sabe usted, señora -le explica-, doscientas sesenta personas se han presentado para dar sangre a su esposo. Por eso, deseo conocerlo, pues ha de ser una persona muy excepcional dado ese hecho poco común que llama la atención.

La mayoría de esos dadores de sangre pertenecen a los obreros de la Cristalería Rigolleau, y hasta los obreros del Sindicato Comunista contribuyeron a ser donantes de sangre. Un grupo de ellos se presenta en casa de Enrique para saludarlo en nombre de todos y desearle que se mejore y pueda volver a ser el Gerente General de la empresa.

-Mucho lo queremos a su señor esposo -le dirá uno de los obreros a Cecilia-; él supo derrumbar el muro que nos separaba de los empresarios.

Enrique ya ha entrado en el silencio precursor de la muerte; sin embargo, enterado de la presencia de ese grupo de obreros, dispone que se les haga pasar a su dormitorio, y, al verlos a su lado, les dice: *Discúlpenme si les hablo con poca claridad por tener mi lengua endurecida como si fuera un principio de parálisis infantil. Pero no quiero dejar de agradecerles todo cuanto han hecho por mí al dar su sangre para las transfusiones que se me hacen. Puedo decirles que ahora casi toda la sangre que corre por mis venas es sangre obrera. Estoy así más identificado que nunca con ustedes a quienes siempre he querido y considerado, no como simples ejecutores, sino también como ejecutivos.*

Dichas estas palabras, la voz de Enrique se hace ininteligible cuando se refiere a problemas de la fábrica y a la necesidad que a fin de su marcha eficiente existan hombres de buena voluntad y buena fe; hasta que la enfermera le hace señas de que debe guardar silencio. Interrumpe, entonces, su conversación para despedirse de los obreros, quienes salen del dormitorio profundamente conmovidos, y con la esperanza de no perder un dirigente de empresa tan querido.

A su vez, el Padre Jorge Mejía se asombra cuando, al visitar al enfermo, lo recibe diciéndole que los seminaristas de Villa Devoto tienen frío, por lo cual hay que poner calefacción en el seminario. Al escuchar tal cosa, el Padre Mejía sale de su visita creyendo que Enrique no está tan grave, dados la lucidez de su mente y su preocupación por las cosas de este mundo, como el frío sufrido por los seminaristas.

Como ya no puede servirse de sus manos paráliticas, hay que darle de comer en la boca.

Y entonces dice a sus hijos: *Antes me vanagloriaba de dar y siempre dar, pero ahora me toca el turno de recibir todo: comida, sangre, remedios, cuidado de mi familia, de mis médicos, de mis enfermeras, y dinero de mi padre para pagar esas enfermeras, y esto me hace más humilde; porque en el dar existía de mi parte un cierto orgullo. En cambio, el recibir tantas cosas me hace advertir el gran cariño de quienes mucho me cuidan, y me hacen comprender, también, lo poco que di a Dios en compensación de cuanto de El recibí durante mi vida.*

Le llevan la comunión todas las mañanas y, en una de ellas, tiene la gran felicidad de ver a su padre comulgando junto a su cama. Lo acompaña ahora de la misma manera como lo acompañó treinta y tres años antes: recibiendo los dos la Eucaristía.

El sacramento de la extremaunción le es impartido por el padre Dubois.

En medio de sus grandes sufrimientos no olvida hacer a su familia recomendaciones prácticas: a su padre, que se vaya a 'Luis Chico' a Cecilia, que no venda nada y conserve el departamento que posee unido al suyo, por cuanto -le dice- puede servir para el hogar de algún hijo; a Sara le indica las personas con las cuales debe aconsejarse.

En la mañana del 26 de agosto ya está por llegar la agonía. Pero aún no ha perdido su conocimiento ni el habla, y dice a Cecilia y a monseñor Moledo que lo acompañan: *Estoy con un cansancio tan grande y doloroso que no sabía que existiese. Pensándolo bien, este cansancio me sirve para ofrecerlo por quienes no se cansan de pecar.*

Luego, agrega: *Sufro diez dolores distintos, pero no tengo el que Jesucristo sufrió en la cruz al verse abandonado de sus discípulos. En cambio, mis amigos no me abandonaron, y si Jesús tuvo el consuelo de ver al pie de la cruz a la Virgen María y a San Juan, yo también me siento consolado al ver a mi lado a ustedes dos.*

La enfermera Leonor, para aplacar su sed, le trae un vaso con agua, pero él, dispuesto como siempre a mortificarse, se niega a beber, diciéndole: *No, Leonor, no beberé porque hay mucha gente en las villas-miseria que no tiene agua en sus casas.*

Durante la tarde de ese mismo día 26 de agosto, en su delirio Enrique cree encontrarse de nuevo frente a sus obreros y repite con voz entrecortada muchas de las cosas que les dijo anteriormente cuando lo fueron a visitar, agregando otras cosas más: *Ustedes no son meros ejecutantes sino también ejecutivos... ustedes son capaces de ayudar a resolver los problemas de la fábrica si tienen buena fe... comprensión... rectitud en sus intenciones... tengan confianza... si se encuentran en dificultades vayan a verlo al señor Mito Van Peborgh... hombre de bien y recto que les podrá solucionar esas dificultades...*

Con esas expresiones y otras que eran ininteligibles, murmurando el nombre de Juana (su gobernanta de infancia) y de *Luis Chico* (la estancia donde galopó en su adolescencia), y ocupando los obreros de la Cristalería Rigolleau un lugar de privilegio en sus últimos pensamientos y palabras, entró Enrique en agonía.

El 27 de agosto de 1962 -aniversario de la muerte de su madre, que desde el Cielo tanto había rogado por él- acudió Enrique al postrer llamado de Dios. Sólo tenía cuarenta y un años de edad.

En su Diario Enrique había escrito, veinticinco años antes de su muerte, que durante su vida deseaba *hacer algo* y quería *ser alguien*.

Nosotros, a nuestra vez, finalizamos esta biografía con los siguientes interrogantes:

En el día de su muerte, ¿quedaba cumplido aquel doble deseo suyo expresado en su juventud?

Ese hacer algo, ¿había consistido, entre las muchas cosas que realizó, su profundo apostolado laico y su ejemplo inolvidable de simpatía, amistad, honradez e inteligencia?

Y *ese ser alguien*, ¿fue verdaderamente llegar a ser un santo?

APÉNDICE

A) Oración fúnebre pronunciada por monseñor Octavio N. Derisi

- B) Reflexiones de Enrique Shaw (extraídas de su Diario, apuntes y conferencias)
- C) Textos pontificios relativos a cuestiones tratadas por Enrique Shaw
- D) Carta del Vaticano al Primer Congreso de ACDE celebrado en Buenos Aires
- E) Primeras figuras y escuelas del catolicismo social mencionadas por Enrique Shaw
- F) Fundadores de ACDE
- G) Veinte años después

A) ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA POR MONSEÑOR OCTAVIO N. DERISI

Entre las varias oraciones fúnebres pronunciadas durante el entierro de Enrique Shaw en el cementerio de La Recoleta, al cual concurrió gran cantidad de personas, publicamos a continuación la del Exmo. y Revmo. Obispo Rector- Honorario Monseñor Doctor Octavio N. Derisi:

"Hablo en nombre de la Universidad Católica Argentina, a la cual Enrique prestó, desde su fundación, un gran apoyo espiritual y material, y, siendo miembro de su Consejo de Administración, a ella le consagró, en seguida de ser fundada, todo su cariño.

"Realmente, fue Enrique un alma de excepción, lo que decimos en lenguaje cristiano: un hombre de Dios.

"Vivió intensamente su vida de fe y de amor a Dios.

"Trasuntaba su alma de Dios donde quiera que actuase.

"En todas partes se prodigó: la donación de sí mismo a los demás constituyó el signo más saliente de su vida.

"Vivió para los suyos, para su hogar, para sus empresas. "Parecía haberse olvidado de su propia persona para darse incluso a los obreros de su fábrica, los cuales lo querían, no como a su patrón, sino como a un amigo.

"Puso todo su amor en las obras que emprendió. Nunca supo decir *No* para el bien. Siempre encontró tiempo, en su vida tan llena de trabajos, para darse sin medida.

"Por todo eso su ausencia se hace sentir en muchísimos r: corazones que guardan de él numerosos buenos recuerdos.

" Pocas veces un hombre será recordado con tanto afecto y se lo recordará por la gran limpieza de su conducta y haber sido un testigo de Cristo mediante su vida cristiana.

"Pero, si su ausencia produce gran dolor en los suyos y en quienes quedamos en la Tierra, sin embargo estamos ciertos de la alegría que él posee, en estos momentos, al ver a Dios cara a cara.

"Pedimos, pues, que no obstante sufrir el dolor producido por el vacío de su ausencia, Dios nos proporcione la fuerza necesaria para seguir caminando por la ruta

del bien cuyo ejemplo dejó marcada, y que para su esposa, para sus hijos y para todos nosotros su vida constituya un estímulo en nuestro obrar.

"Para su alma pedimos a Dios que la tenga en su seno".

B) REFLEXIONES ESPIRITUALES DE E. SHAW (extraídas de su Diario, Apuntes y Conferencias)

¡Qué todas las personas que me han conocido, asocien mi nombre con un buen recuerdo!

Morir sin dejar ningún recuerdo en pos de sí, es acabar como un mal cristiano.

El entusiasmo tiene gran importancia para la vida y la religión. A veces me desespero al ver la indiferencia de la gente hasta en cosas terrenas que mucho le interesan.

Cuando, criticando a la Iglesia Católica se dice que ella desea dominar a toda la gente, más que refutar los argumentos de quienes así opinan debemos explicarles que lo único deseado por nosotros, los católicos, es que Jesucristo sea conocido para bien de todos los seres humanos.

Vibrar en la onda de los seres que me están más próximos, es una de las maneras de desprenderme de mi yo.

La vida, más que una afirmación de sí, es un don de sí.

¡Ojo con la envidia! Cuando una persona ha hablado mal de otra, aunque no sea más que para mantener lo dicho anteriormente seguirá hablando del mismo modo malévolo.

Todo ser humano gana cuando se lo conoce, y siempre tiene algo que merece ser amado.

¿Para qué le sirve al cristiano haber leído mucho, si a su vez no escribe algo bueno?

Muchas veces he tenido la sensación de que debo expiar por los malos patrones.

Por medio del trabajo nos vinculamos con el prójimo: principio de orden y de unión en vez de separación. Aún más: si entendemos así el trabajo, veremos que constituye una vocación, vale decir, una forma de cumplir la misión que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros. Un medio que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros.

Un medio que Dios nos da para conformarnos a Su Voluntad Divina, ¿no es lo mismo que decir que es un medio para santificarnos? Hagamos que el trabajo sea una oración interrumpida, en el sentido de entenderlo como servicio de Dios. De tal modo comprenderemos que la jornada de trabajo de un verdadero cristiano está, desde ahora, sumergida en la eternidad.

La Misa no es un espectáculo al que se asiste: es un drama en el cual tenemos un papel que desempeñar, y podemos estar tanto o más mezclados en ese drama que lo estuvieron los propios Apóstoles.

Nuestras empresas nos superan tanto que no tienen proporción con nuestra pequeñez; pero, si nos mantenemos fieles a la doctrina del Evangelio, estoy seguro de

nuestro éxito; y hasta la desproporción entre lo emprendido y nuestra pequeñez, nos da mayor seguridad, por cuanto así el éxito está enteramente en manos de Dios.

A aquel que está adherido a Cristo, nadie puede robarle su recompensa. El fermento que Jesucristo ha depositado sobre la tierra germinará y nadie podrá impedir que crezca. Todos aquellos que adhieren a Cristo son vencedores por esa misma razón: el mundo no los puede afectar aun cuando los mate. He ahí la victoria cristiana.

José Folliet -secretario general de las Semanas Sociales de Francia- ha resumido lacónicamente nuestro deber cristiano: *Inteligencia* y *Santidad*. Quien quiere transformar al mundo, debe empezar por conocerlo.

¡Qué poco vale la naturaleza humana! ¡Qué fácil tendencia tiene uno a cambiar de opinión, a dejarse llevar por el corazón o, lo que es peor, por los sentidos!

Los viejos saben más que los jóvenes, pero, desgraciadamente, les falta muchas veces entusiasmo para hacer algo eficaz.

Es muy difícil que una generación comprenda a otra.

¿Qué mejor herencia que vanagloriarse de las virtudes de sus padres?

Por su esfuerzo y su sacrificio, el trabajo diferencia al hombre del animal.

Es necesario que nuestros hijos tengan una vida de *servicio*. Habrá que irlos acostumbrando a esa vida lo antes posible.

Aún cuando en Estados Unidos de Norteamérica existe mucha gente que levanta un monumento al dinero, también existen muchas personas, como monseñor Fulton Sheen, dignas de ser amadas por no haber caído en ese error.

Si el obrero norteamericano es más educado que el argentino, ello se debe a que tienen buenos jefes que saben ser amables y simpáticos aun con los trabajadores poco amables y tontos.

Virgen María: ten misericordia de aquellos que quieren decir *sí* para siempre, siguiendo el ejemplo de que por vuestro *Sí* cambiaste la faz del mundo. Tú que sabes a qué precio se adquiere y se mantiene esa palabra, obtiene para nosotros que nunca rechacemos lo que Dios exige de nosotros.

Enséñanos a decir esa palabra del modo como Tú la dijiste: con humildad, pureza, simplicidad y abandono a la Voluntad de Dios. Haz que a lo largo de toda nuestra vida, los *sí* que digamos, después de aquel *sí* a Dios, no sean otra cosa que un medio de adherir aun más perfectamente a la Voluntad Divina para nuestra salvación y la del mundo entero.

El mundo no es un lugar de exilio, ni un objeto de admiración creado por Dios como testimonio de Su omnipotencia: el mundo es para el hombre el lugar donde se elabora su destino eterno. Allí tenemos que influir para que la Historia, efectuada día a día, se aproxime, en cuanto sea posible, al Plan de Dios previsto, por Su sabiduría y amor, para los hombres y para el mundo. Tomemos el caso de un valor humano como es la justicia. No basta esperar que en el día del juicio Final se haga justicia (como sin duda se hará); además, hay que procurar que, aun cuando imperfecta, exista desde ya, y ésa es responsabilidad nuestra, de los hombres que, consciente o inconscientemente, y por limitada que pueda parecer nuestra contribución, estamos haciendo Historia.

Para el cristiano el mundo constituye un misterio cuya llave es el amor: es de *Alguien*, existe por el amor de *Alguien*, va hacia *Alguien*. Hay un plan, cumplido en

etapas progresivas, que se desarrolla en etapas cada vez más perfectas y acabadas. No es un desarrollo ciego, dialéctico, como dicen los marxistas, sino que tiene que ser completado por el hombre.

El mundo no sólo ha de hacer que alabemos a Dios, al mostrarnos Su poder y Su perfección, sino que nos invita a nosotros, los bautizados, en quien se prolonga la Encarnación, a que lo desarrollemos mediante nuestro trabajo y lo llevemos a su término mediante nuestra unión con Dios. Conviene, sin embargo, hacer una precisión.

El mensaje del Evangelio es fecundo en ideas de desarrollo, señalando la posibilidad de transformaciones maravillosas; el hombre puede elevarse a niveles insospechados para el no cristiano. El más culto de los griegos o los romanos no se atrevió a pensar que el hombre pudiera llegar a participar de la vida de Dios, a ser hijo de Dios por adopción. Pero la idea cristiana no es la de un avance indefinido, sino más bien, como lo evidencian las parábolas de los talentos, de la semilla de mostaza, etc., de un desarrollo en plenitud, idea que entraña la de madurez, armonía, perfección y gozo.

La Historia demuestra, sin lugar a dudas, que donde la Iglesia ha podido actuar con libertad ha habido un incremento de la civilización. La noción misma de progreso es fruto del cristianismo. Ni los griegos ni los romanos la conocían ni la imaginaban; la filosofía y visión del universo eran meramente estáticas.

El mundo se ha desarrollado, incluso en lo material, mucho más en los últimos mil novecientos años que en todos los siglos que precedieron a la venida de Cristo; y han sido los países de Occidente, de cultura, aunque secularizada, impregnada de cristianismo, y no los de Oriente, los artífices de ese progreso.

El cristianismo, que si bien, con San Agustín, elogia la limosna al hambriento, sabe que es mejor procurar que no haya hambrientos. Tiene, además de esa razón que podríamos llamar *horizontal*, otro motivo vertical más profundo, más centrado en Dios, para procurar con todas sus fuerzas el máximo desarrollo, aun el material.

En concreto, no podemos saber cual es la relación exacta entre la civilización y la religión, pues Dios, que ha querido condicionar Su acción a la de los hombres, nunca ha decretado un paralelismo entre la acción divina y la humana. Pero, cualquiera sea el modo con el cual procuremos expresar la relación positiva que existe entre la acción histórica del hombre y el llevar a término el mundo celestial, una cosa es segura: esa relación existe.

Dios ha querido, por caridad y con soberana independencia, sin estar obligado a ello, condicionar Su acción con la nuestra, preparando las riquezas de Su gracia a lo largo de una lenta maduración cuyos elementos concretos son el trabajo y las civilizaciones.

La mejor forma de darle a Dios gracias por el don que nos ha hecho de los bienes materiales, es usarlos según su designio, esto es, como instrumentos para ir -y llevar a los demás- hacia El. Es éste el profundo significado de la expresión *Consagración del Mundo*. Y cuanto más perfecto, más desarrollado es lo que le ofrecemos a Dios, mejor... La Iglesia siempre se esfuerza para que a la Gracia, que ha de edificarse sobre la naturaleza, no le falte ni fundamento estable, ni clima apto, ni las condiciones vitales de su existencia.

No se puede vivir el Evangelio sin preocuparse de que se den las condiciones de gobierno, de estructuras sociales, de vivienda, de alimentación, libertad, etc., sin las cuales la vida deja de ser humana.

Los progresos temporales han sido puestos a nuestra disposición por Dios, para que vayamos a El en forma plena y más armoniosa. Pío XII ha dicho: *El progreso técnico no debe ser considerado como un mal al cual buscamos remedios, sino como un bien en cuyo camino se levantan ciertos escollos que es preciso evitar; pero es innegable que el progreso técnico procede de Dios y por esto puede y debe conducir a Dios*. Y Juan XXIII, luego de afirmar que la Iglesia apoya y promueve el desarrollo

técnico, hace notar que, además, *muestra el camino por donde se pueden lograr beneficios, no sólo de orden material sino también espiritual, de modo que la cultura de la mente y el bienestar general se vean acrecentados.*

A Dios no se le sirve bien con mediocridad: una plantación mal hecha, una fruta que se pudre antes de tiempo por no haberse usado el insecticida adecuado, una fábrica manejada con descuido, no contribuyen al Orden Divino.

El hombre no ha sido hecho para la Tierra, y debe desapegarse de las riquezas, pero la caridad fraterna hace que sea un deber el trabajar para que esas riquezas sean puestas al servicio de todos. Sabemos que no se puede servir a Cristo con las riquezas, entendiendo por tales no sólo la económica, sino también la técnica, la cultural, la de saber apreciar la belleza.

El paganismo consideraba al trabajo como algo vil, propio de los siervos, obra servil; el marxismo considera al hombre esencialmente como un trabajador sólo consagrado al perfeccionamiento del cosmos; en cambio, el cristianismo señala la eminente dignidad del trabajo en función de la vocación divina de la Humanidad: el trabajo no es un fin en sí mismo, sino que debe favorecer el desarrollo del hombre, del mundo y del Reino de Dios.

Es necesario el espíritu técnico: esforzarse por ver la realidad tal cual es, tener un criterio objetivo y desapasionado, actuar enérgica y eficazmente... Es necesario actuar con premeditación y cálculo, buscando inteligentemente el mejor camino para el éxito, pero el hombre que quisiera hacer todo *con cálculo* dejaría de ser humano.

También hay que tener generosidad sin cálculo, actuando gratuitamente, sin esperar resultados: ni éxito ni gratitud. El mandato bíblico de *creced, multiplicaos y dominad la tierra* está en plural. Es decir que los hombres tenemos que estar unidos, actuar juntos, para poder ejercer el dominio sobre la creación. Las riquezas no podrán ser nunca suficientemente multiplicadas a menos que los hombres nos pongamos de acuerdo y actuemos solidariamente...

A pesar de ser verdad que Cristo nos envía para redimir el mundo y hacer esta tierra más habitable por el hombre, detenerse ahí es falsearlo todo, es olvidar lo principal. Hay que ver claramente y tener el valor de decir que el fin último de nuestra acción no es dar Dios al hombre para que éste sea más feliz, sino el hombre a Dios para que Él sea amado: no amamos a Dios por amor del hombre, sino al hombre por amor de Dios.

El progreso material de este mundo, corrompido por el pecado, tiende a degenerar en materialismo, el confort en egoísmo y la riqueza en olvido de los que no la comparten. Dios, que nos habla también por medio de la naturaleza, nos hace notar el peligro de todo exceso.

El éxito terrestre no favorece la santidad a menos que los hombres respondan a la Gracia... Como dice el proverbio: *en el don está la tentación*: un hombre apto para mandar tiene más tentación de ejercer poder que el que carece de esa aptitud. Otro peligro es que cuanto más en serio tomemos al mundo -y hay que hacerla- más nos arriesgamos a quedar fascinados por él. Podemos tomarle tanto gusto al arreglo de la ciudad terrena que nos olvidemos de cuanto esa ciudad debe reproducir y hacia dónde ella nos conduce: hacia el Reino de Dios. Es una vieja verdad que la Humanidad sin Divinidad se degrada hasta la bestialidad.

Los valores humanos no pueden ser alcanzados plenamente sin la Gracia, pues ésta no sólo ayuda a preservar de las tentaciones que pueden desviar del verdadero fin, sino que hace posible -por así decir- el rendimiento total de la naturaleza.

Actuamos de acuerdo con lo que somos. Si estamos en estado de gracia, somos en el mundo un elemento de armonía y reproducimos en él, aún sin quererlo, alguna parte de la imagen de Dios en nosotros.

Por ello es tan necesario el deber de apostolado, de evangelización, de contribuir a hacer participar a otros de la vida de la Gracia, pues el hombre sin ella es capaz de hacer un cierto bien, y en consecuencia de contribuir en alguna medida a mejorar las instituciones, pero no puede, sin la ayuda de la Gracia, realizar todo el bien humano que le sería posible.

Es totalmente absurda y herética la opinión de que la naturaleza puede producir Gracia, como asimismo son absurdas las dos extremas opiniones opuestas que, consciente o inconscientemente, constituyen la fuente en la cual se alimentan las obras de algunos autores. Una de ellas es la muy pesimista de que la naturaleza y el mundo pasarán, y que, por tanto, es inútil esperar que puedan servir para algo duradero. Esta opinión debe dejarse de lado, pues si fuera así y nada influyera sobre el mundo, la Iglesia no se preocuparía, como siempre lo ha hecho, por mejorar las condiciones de vida de los seres humanos, y Santo Tomás de Aquino no habría expresado que hace falta un mínimo de bienestar para la práctica de la virtud. La segunda extrema opinión es la exageradamente optimista -más de moda hoy día que la anterior-, la cual sostiene que la civilización con el tiempo va a desarrollarse tanto y tan perfectamente que, luego de la Parusía, se convertirá en el Reino de Dios.

Si así pudiera ocurrir resultaría que el desarrollo de la civilización aceleraría la venida de Cristo. Esta segunda opinión no da suficiente importancia ni a la triste realidad del pecado, ni a aquel pasaje de la segunda epístola de San Pedro que afirma ser la caridad la aceleradora de la venida de Cristo. Pero, sin duda, hay una cierta vinculación entre la civilización y la religión, entre la naturaleza y la Gracia, si bien es difícil determinar esa vinculación con exactitud.

Dentro de la más pura ortodoxia hay ocho o nueve opiniones ligeramente diferentes al respecto, sostenidas por otros tantos teólogos de prestigio. De ellas, la que más me satisface es la que sostiene que la civilización condiciona y dispone para la vida sobrenatural, no la produce sino que la condiciona, ya sea a favor o en contra.

San Juan Crisóstomo dice: *Dios no nos ha enseñado a pedir: Hágase tu voluntad en mí, o en nosotros, sino en la tierra.* Es ahí donde debemos enseñar la Verdad y predicar la Virtud para que la Tierra sea floreciente y llegue a parecerse al Cielo.

Hay que estar en los problemas temporales, pero no quedamos prisioneros de tales problemas.

La gran tarea de la hora presente es la animación espiritual del orden temporal, la reintegración de todos los valores profanos en una concepción total de la vida y del mundo según Cristo.

El afán de la promoción humana del obrero impedirá que no nos *instalemos* en el actual régimen económico-social, y nos hará procurar, en la medida de nuestras posibilidades, promover las necesarias reformas de estructura y de clima de relaciones humanas para lograr una promoción de los trabajadores al orden de dignidad que corresponde al trabajo, a la persona humana y a su familia.

Cada vez que la conciencia nos lleva a ejecutar algo (por ejemplo, a extremar las medidas antes de despedir o suspender personal por causas suficientemente

fundadas), o nos impide utilizar procedimientos que la competencia utiliza (como ser ofrecimiento de coimas para obtener un beneficio exclusivo), o, lo que es más doloroso, que socios o colegas presionan que utilicemos; en otras palabras, cada vez que por cumplir nuestro deber de estado encontramos incomprensión, la bienaventuranza que dice: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia porque de ellos es el Reino de los Cielos*, nos anima, no sólo a cumplir con nuestro deber, sino también a hacerlo con alegría.

Las actitudes que nos inspira el Sermón de la Montaña son eminentemente positivas, y es evidente que nada tiene que ver con esa resignación pasiva con que corrientemente se la confunde, ni con ese resentimiento que por desgracia empaña y amarga a muchas personas poseedoras, por otra parte, de una voluntad y celo firmísimos.

Pacíficos son los que tienen paz en el corazón y la irradian alrededor de ellos. Es lógico que sean llamados *hijos de Dios* en la séptima bienaventuranza del Sermón de la Montaña, porque precisamente fue el Hijo de Dios quien se encarnó para hacer la paz entre el Cielo y la Tierra.

Hay muchas personas que desean ardientemente un nuevo orden social, y por lo menos estamos de acuerdo con ellas en lo que critican del orden actual, pero en lo que reside su gran error es que quieren imponerlo por la violencia. Olvidan que la paz es el aceite del orden social.

¿Podemos, nosotros dirigentes de empresa que procuramos actuar cristianamente, compartir una actitud de desorientación, frustración y aun de resentimiento que hoy suele encontrarse en el ambiente empresarial de nuestro país? ¿Cuál ha de ser nuestra actitud? Es evidente que ha de ser la de Cristo.

Todo lo que es justo, todo cuanto sea verdadero, todo lo que sea bueno, logrará su completamiento en los *Nuevos Cielos y la Nueva Tierra* predichas por Isaías (65, 17), de que habla San Pedro (2 Pedro, 3, 13) y que nos revela el Apocalipsis (21, 1).

La Iglesia, cuando contempla a los santos en el Más Allá, aún antes de la Resurrección, se los representa como sentados en la Gloria, pero no inaccesibles: ellos prosiguen en el Cielo la misma función que llevaron a cabo sobre la Tierra.

Podemos admitir que los privilegios del Más Allá no hacen más que llevar a su plenitud, a su más alta potencia, lo que está latente en cada uno. El hombre eterno que algún día seremos y que está en germen en nosotros, no abolirá al hombre temporal: al contrario lo activará al removerle toda limitación.

Por la Eucaristía Cristo nos diviniza, nos eleva hasta Él y nos asimila, procurando que no seamos nosotros los que vivamos, sino Él quien viva en nosotros, haciéndonos otros Cristos.

Así, también, el dirigente de empresa debe ejercer en los que lo rodean una acción elevadora y promotora; e intentando hacer de ellos otros tantos empresarios, debe constituirse en un agente multiplicador.

La influencia de la Eucaristía en la sociedad humana no es directa o automática: se hace sentir a través de los hombres y mujeres que constituyen la sociedad.

La acción del cristiano debe parecerse, en cuanto sea posible, a la de Jesús en la Eucaristía al provocar en nosotros una doble actitud profundamente comunitaria: responsabilidad ante Dios, y servicio de los hombres, sintiéndonos responsables de la aplicación concreta del Amor de Dios para que la gente perciba el amor que Dios nos tiene.

La Sagrada Eucaristía es una potencia transformadora que actúa desde hace dos mil años. Jesús no se ha contentado con hacerse uno de nosotros: ha querido hacer de cada uno de nosotros *algo de Sí!*

Sin la Eucaristía tampoco podrá llevarse a cabo durante mucho tiempo un verdadero bien, aún en una esfera de acción limitada, pues nuestra naturaleza caída tiene necesidad de ser continuamente enderezada.

El poner al hombre en comunicación con Dios, es una manera indirecta, pero sin par, no sólo de conducirlo a ser mejor hombre, sino también de que la morada terrestre se vuelva menos inhospitalaria, pues el don de la vida divina no sólo libera del mal sino que perfecciona la naturaleza.

La verdadera religión y el profundo interés por todo lo humano no son rivales: son hermanos. Y no tienen nada que temer el uno del otro, sino todo por ganar.

La Eucaristía, que constituye la presencia sacramental permanente entre nosotros del Verbo Encarnado, con su silencioso llamamiento a un mayor personalismo y a una mayor solidaridad, es no sólo el motor sino la dirección, *el volante* de una auténtica vida empresarial.

En la Eucaristía se superan las barreras artificiales, individuales y colectivas que nos separan con frecuencia, inconsciente o involuntariamente, de los demás partícipes de esa comunidad de actividades, de intereses y de vida que debe ser una empresa.

La Eucaristía es, por tanto, el gran medio para el logro efectivo de esa aspiración de sentirse y ser verdaderamente humanos, pues une entre sí a los hombres con el Hombre-Dios.

La parábola de los talentos es bien expresiva: no se es buen cristiano si no se es a la vez un buen ciudadano, y, según corresponda, buen trabajador, propietario, ingeniero, etc. Gracias a Dios en nuestro país este concepto es cada vez mejor comprendido, cada día hay menos *beatos* en el mal sentido de la palabra, vale decir, que frecuentan los sacramentos pero que sólo viven para sí, para salvar su alma, desinteresándose de cuanto ocurre a su alrededor a no ser para efectuar una crítica.

Dice el Eclesiastés: *En todas tus obras se preeminente* (33, 23). Y en esto se encuentra la perfección cristiana: en hacer excelentemente todas las obras por él realizadas. El Señor nos pedirá cuenta, no de haber hecho obras excelentes, sino de haberlas realizado excelentemente.

Más vale amar a Dios que conocerlo, aunque claro está que no se puede amar lo que no se conoce. Dios nos juzgará por cuanto lo hayamos amado, no por lo que hemos leído o escrito sobre Él.

Humildad y confianza en el Señor son dos virtudes fundamentales e íntimamente unidas una a otra. No es posible poseer una sin la otra. La humildad es la visión precisa de nuestra situación moral, al reconocer cuáles son nuestros puntos débiles y cuáles nuestras culpas, al mismo tiempo que la ayuda que nos proporciona el Señor, para tener, con sus abundantes dones, esas dos virtudes.

Dios ha dado en todos los tiempos a su Iglesia los medios apropiados para combatir los peligros especiales de cada época.

Entre los medios que siempre la Iglesia pone a nuestro alcance para adelantar en la vida espiritual, figuran la devoción al Espíritu Santo, el recurso filial y constante al Sagrado Corazón de Jesús, a la Bienaventurada Virgen María, y la piedad sincera hacia los Angeles y los Santos.

En el folleto titulado: *La Empresa: su naturaleza, sus objetivos y su desarrollo económico*, al cual nos hemos referido, Enrique Shaw agregó:

"Uno de los problemas clásicos en materia de relaciones humanas, es el progresivo alejamiento ya sea por la magnitud de la empresa, ya sea por la complejidad de las funciones y responsabilidades que aquél desempeña, o bien porque no se ha valorado debidamente la necesidad del contacto personal.

Entre las técnicas más desarrolladas para la eficiente dirección del personal se encuentra la que se refiere a los sistemas y medios de comunicación dentro de la empresa.

Para ello se utilizan diversos medios, orales o escritos, entre las que se pueden mencionar: entrevistas, comisiones o grupos de consultas, reuniones informativas, las líneas de autoridad ya establecidas, avisos o comunicados, carteles, circulares, cartas, boletines y revistas internas, planes de entrenamiento, etc.

"Otro medio habitual de comunicación lo constituye las reuniones informativas, a las que se invita generalmente a los jefes y supervisores, pues no debe olvidarse que estos últimos son los "hombres clave" y que por su intermedio la Gerencia se comunica y es representada ante los trabajadores y recibe por ellos las informaciones desde los lugares de trabajo.

"Entre los requisitos que debería cumplirse para que una actividad de esta clase tenga éxito, podemos mencionar la necesidad de que el órgano interno tenga una presentación gráfica, formato y modelo de la mayor jerarquía, de acuerdo a las posibilidades de cada empresa: no hay que olvidar que, al fin, constituye un medio de expresión de la dirección y como tal se la juzga.

Si el objetivo que se persigue es transmitir ideas al personal, ello debería hacerse mediante un plan de artículos que fueran presentando esas ideas en forma indirecta, a través de una redacción adecuada al nivel intelectual de los lectores, sin mengua de su calidad y correcta redacción.

"La colaboración de los trabajadores es un tema que no se encuentra únicamente vinculado con el aspecto económico, sino que está vinculado con los distintos planos de actividad en que se desarrolla la vida de la empresa.

Uno de sus objetivos, de orden social y humano, tiende al mejoramiento de las relaciones del trabajo al reconocer al trabajador otras funciones además de las que cumple en su trabajo específico, permitiéndole participar y expresar sus ideas en problemas que directa e indirectamente le afectan.

"El derecho natural exige que los interesados fijen en forma consensual los términos que hayan de regular sus relaciones en el seno de la empresa, siendo por tanto facultad de los interesados la de regular sus relaciones con un contrato de trabajo, con un contrato de sociedad o con un contrato de trabajo modificado más o menos profundamente con elementos extraídos del contrato de sociedad.

"Otra de las técnicas más ampliamente difundidas y quizá de las más inicialmente utilizadas por los empresarios, fue y es la de los servicios sociales para los trabajadores.

Con fundamentos diversos en casi todos los casos, pero respondiendo a necesidades realmente comprobadas, los servicios sociales tratarán de suavizar un tanto y allanar los complejos problemas que originó la concentración urbana como consecuencia del crecimiento industrial.

"Según la enseñanza de los Pontífices, los trabajadores no poseen un derecho natural a la gestión de las empresas.

"Sin embargo, y siempre según la misma enseñanza, el personal puede considerar la gestión de la empresa como un ideal, y posee el derecho natural de esforzarse por lograr su realización con todos los medios lícitos.

"De una orientación netamente paternalista se ha evolucionado hacia el concepto de actividad social que es intrínseca a la función que debe cumplir la empresa en el mundo moderno".

c) TEXTOS PONTIFICIOS RELATIVOS A CUESTIONES TRATADAS POR ENRIQUE SHAW, QUE CORROBORAN SUS IDEAS

"¿Cuál es este ideal, cuál es este pensamiento, que va de día en día concretándose e iluminándose con precisión?

Es, nos parece, el concepto claro, elevado y cristiano que vosotros tenéis de la empresa. Para vosotros la empresa es algo más que un simple medio de ganarse la vida y de mantener la legítima dignidad del propio estado, la independencia de la propia persona y de la propia familia.

Es más que la colaboración técnica y práctica del pensamiento, del capital, de las múltiples formas de trabajo, que favorecen a la producción y al progreso. Es más que un factor importante de la vida económica, más que una simple -aunque laudable- ayuda al desarrollo de la justicia social.

Si no fuera más que esto, sería todavía insuficiente para establecer y promover el orden completo, porque el orden no es tal sino cuando reina en toda la vida y en toda la actividad material, económica, social y, sobre todo, cristiana, fuera de la cual el hombre queda siempre incompleto.

(Del discurso del Papa Pío XII el 31 de Enero de 1952 a los componentes del Consejo Nacional de la U.C.I.D. Unione Cristiana Imprenditori Dirigenti (Unión Cristiana de Directores de Empresa de Italia).

Citado por E. Shaw.

...Porque estamos convencidos de que "solamente esta doctrina (de la Iglesia) puede remediar males tan extendidos, ya que junta, con suma perfección y a un tiempo, los deberes todos de la justicia y de la caridad, y promueve un orden social que ni oprime a cada ciudadano en particular, ni los separa entre sí por el excesivo afán de propia utilidad, sino que los une a todos en la armonía de sus aspiraciones mutuas y con los vínculos del amor fraterno".

(Exhortación Apostólica MENTI NOSTRAE del Papa Pío XII, del 23 de Septiembre de 1950).

Los trabajadores quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro (Juan Pablo II a los trabajadores de Monterrey-México, 31 de Enero de 1979).

En el trabajo debe existir esa mística pascual con la que los sacrificios y fatigas se aceptan con impulso cristiano para que resplandezca más claramente el nuevo orden querido por el Señor, y para hacer un mundo que responda a la bondad de Dios en la armonía, el amor y la paz. (Juan Pablo II a los obreros en el estadio Jalisco-Guadalajara-México, 31 de Enero de 1979).

El trabajo debe ayudar al hombre a hacerse mejor, espiritualmente maduro, más responsable para que pueda realizar su vocación sobre la tierra, sea como persona irrepensible, sea en comunidad con los demás, y sobre todo en la comunidad humana fundamental que es la familia (Juan Pablo II a los obreros en la homilía de la misa celebrada en el santuario de Jasna Góra -Polonia -6 de junio de 1979).

Cristo no aprobará jamás que el hombre sea considerado -o que se considere a sí mismo- únicamente como instrumento de producción, que sea apreciado, estimado y valorado según este principio.

Cristo no lo aprobará jamás; por esto se dejó clavar en la cruz, como sobre el gran umbral de la historia espiritual del hombre, para oponerse a cualquier degradación del hombre, incluso la degradación mediante el trabajo.

De esto debe acordarse tanto el trabajador como el patrón, el sistema de trabajo y el de la retribución; lo deben recordar el Estado, la Nación y la Iglesia (Juan Pablo II a los trabajadores de Nowa Huta -Polonia, 9 de junio de 1979).

Muchos conflictos y antagonismos entre trabajadores y dirigentes de empresa hundieron las raíces con frecuencia en el terreno infecundo de la falta de escuchar, del rechazo del diálogo o de que éste se aplaza indefinidamente. No es tiempo perdido el que empleéis en reunirlos personalmente con los empleados (Juan Pablo II a la Unión Cristiana de Dirigentes de Empresa de Italia, 24 de Noviembre de 1979).

Existe un lazo estrecho, un lazo particular entre el trabajo del hombre y el medio fundamental del amor humano que llamamos familia. Por esta razón hemos de colocar en primer lugar a la familia, entre las medidas que permiten evaluar el trabajo del hombre.

El trabajo no puede destruir la familia; por el contrario, debe unirla y ayudarla a perfeccionar su cohesión. Los derechos de la familia deben estar inscriptos profundamente en los cimientos mismos de todo código laboral ya que el trabajo tiene por objeto propio el hombre, y no solamente la producción y el beneficio.

El mundo del trabajo humano debe ser, ante todo, un mundo cimentado sobre la fuerza moral; debe ser el mundo del amor y no el mundo del odio. (Juan Pablo II a los trabajadores en la Homilía de la Misa celebrada en la Iglesia de Saint-Denis el 31 de Mayo de 1980).

El hombre no puede renunciar a sí mismo, ni al puesto que le es propio en el mundo visible, ni puede hacerse esclavo de las cosas, de los sistemas económicos, de la producción y de sus propios productos (Juan Pablo II; Redemptor Hominis n.6)

Reine siempre en vuestras fábricas, en vuestros puestos de trabajo, la serenidad del modesto taller de Nazaret, la serenidad que proviene de la conciencia de haber cumplido diariamente el propio deber, la serenidad que hace del trabajo humano factor de crecimiento y le da la dimensión de vocación fecunda.

La Iglesia es vivamente sensible al valor del ambiente "fábrica", lugar en que se realiza la vida del trabajador -vuestra vida-, pero en donde debéis hacer que también la fe incida de manera constructiva, y que resulte operante (Juan Pablo II a los obreros de Rosignano Solvay - Italia, 19 de Marzo de 1982).

CONCEPCION CRISTIANA y MISION SOCIAL DE LA EMPRESA

En el discurso del Papa Juan Pablo II pronunciado en Montjuich -España- el 7/11/1982, dirigiéndose a los empresarios, industriales, altos dirigentes, consejeros calificados de la vida socio-económica y promotores de complejos industriales, les dijo:

"Saludo y rindo honor en vosotros a los creadores de puestos de trabajo, empleo, servicio y enseñanza profesional, a todos los que en esta querida España dan trabajo y sustento a una gran muchedumbre de trabajadores y trabajadoras.

El Papa os expresa su estima y gratitud por la alta función que cumplís al servicio del hombre y la sociedad. También a vosotros anuncio *el Evangelio del Trabajo*.

"Y al invitaros a reflexionar sobre *la concepción cristiana de la empresa*, quisiera ante todo recordaros que, por encima de sus aspectos técnicos y económicos -en los

que sois maestros- hay uno más profundo: el de su *dimensión moral*. Economía y técnica, en efecto, no tienen sentido si no son referidas al hombre, al que deben servir.

"De hecho, el trabajo es para el hombre, y no el hombre para el trabajo. Por consiguiente, también la empresa es para el hombre, y no el hombre para la empresa.

"Superar la antinatural e ilógica antinomia entre capital y trabajo -exasperada a menudo artificialmente por una lucha de clases programada- es, para una sociedad que quiere ser justa, una exigencia indispensable, fundada sobre la primacía del hombre sobre las cosas. Solamente el hombre -empresario u obrero-- es sujeto del trabajo y es persona: el capital no es más que un conjunto de cosas (*Laborem Exercens*, 12).

"El mundo económico -lo sabéis bien- está sufriendo desde hace tiempo una gran crisis. La cuestión social, de un problema de clases se ha transformado en un problema mundial. La evolución de las fuentes de energía, y la incidencia de fuertes intereses políticos en este campo, han creado nuevos problemas, provocando la puesta en duda de ciertas estructuras económicas hasta ahora consideradas indispensables e intocables, y haciendo cada día más difícil su dirección.

"Ante tales dificultades, no vaciléis; no dudéis de vosotros mismos; no caigáis en la tentación de abandonar la empresa para dedicaros a actividades profesionales egoístamente más tranquilas Y menos comprometedoras. Superad esas tentaciones de evasión, y seguid valientemente en vuestro puesto; esforzándoos en dar cada vez un rostro más humano a la empresa, pensando en la gran aportación que ofrecéis al bien común cuando abris nuevas posibilidades de trabajo.

"En el desarrollo de la revolución industrial se cometieron en el pasado, también por parte de los empresarios, errores no pequeños. No, por ello, hay que dejar de reconocer y alabar públicamente, queridos industriales, vuestro dinamismo, espíritu de iniciativa, férrea voluntad, capacidad de creatividad Y de riesgo, que han hecho de vosotros una figura clave en la historia económica y frente al futuro.

"Por su misma dinámica intrínseca, la empresa está llamada a realizar, bajo vuestro impulso, una función social -que es profundamente ética-: la de contribuir al perfeccionamiento del hombre, de cada hombre, sin ninguna discriminación; creando las condiciones que hacen posible un trabajo en el que, a la vez que se desarrollan las capacidades personales, se consiga una producción eficaz y razonable de bienes y servicios, y se haga al obrero consciente de trabajar realmente en *algo propio*.

"La empresa es, por tanto, no solamente un organismo, una estructura de producción, sino que debe transformarse en comunidad de vida, en un lugar donde el hombre convive y se relaciona con sus semejantes, y donde el desarrollo personal no sólo es permitido sino fomentado. El enemigo principal de la concepción cristiana de la empresa no es quizás un cierto *funcionalismo* que hace de la eficacia un postulado único e inmediato de la producción y del trabajo?

"Las relaciones de trabajo son, ante todo, relaciones entre seres humanos, y no pueden medirse con el único método todo de la eficacia.

Vosotros mismos, queridos empresarios presentes, si queréis que vuestra actividad profesional sea coherente con vuestra fe, no *conforméis con que las cosas marchen*, que sean eficaces, productivas y eficientes, sino buscad más bien que los frutos de la empresa redunden en beneficio de todos por medio de la promoción humana global y el perfeccionamiento personal de aquellos que trabajan a vuestro lado y colaboran con vosotros.

" Sé que la realidad socio-económica es por su misma naturaleza, bastante compleja, hasta el punto de parecer difícilmente gobernable en los momentos de crisis agudas, sobre todo cuando adquiere proporciones planetarias.

Sin embargo es, precisamente en tales situaciones, cuando conviene dejarse guiar por un gran sentido de justicia y por una total confianza en Dios.

En los tiempos difíciles y duros para todos como son los de las crisis económicas - no se puede abandonar a su suerte a los obreros, sobre todo a los que como los pobres, los inmigrantes-, sólo tienen sus brazos para mantenerse.

Conviene recordar siempre un principio importante de la doctrina social cristiana: *la jerarquía de valores, el sentido profundo del trabajo mismo exigen que el capital esté en función del trabajo, y no el trabajo en función del capital (Laborem exercens, 23)*

" Y ahora, al finalizar nuestro encuentro, quiero decirles que una última palabra, queridos hermanos obreros y queridos empresarios de España: ¡ Sed solidarios!

" El tiempo en que vivimos exige con urgencia que en la convivencia humana, nacional e internacional cada persona o grupo superen sus posiciones inamovibles y los puntos de vista unilaterales que tienden a hacer más difícil el diálogo e ineficaz el esfuerzo de colaboración.

"La Iglesia no ignora la existencia de tensiones e incluso conflictos en el mundo del Trabajo. Pero no es con los antagonismos o con la violencia como se resuelven las dificultades. ¿Por qué no buscar vías de solución entre las partes? ¿Por qué rechazar el diálogo paciente y sincero? ¿Por qué no recurrir a la buena voluntad de escuchar, al mutuo respeto, al esfuerzo de la búsqueda leal y perseverante, aceptando acuerdos, incluso parciales, pero portadores siempre de nuevas esperanzas?

"El trabajo tiene en sí una fuerza que puede dar vida a una comunidad: *La solidaridad.*

La solidaridad del trabajo, que espontáneamente se desarrolla entre los que comparten el mismo tipo de actividad o profesión, para abrazar con los intereses de los individuos y de los grupos el bien común de toda la sociedad.

La solidaridad con el trabajo, es decir, con cada hombre que trabaja, la cual - superando todo egoísmo de clase o de intereses políticos unilaterales- se hace cargo del drama de quien está desocupado o se encuentra en difícil situación de trabajo.

Finalmente, la solidaridad en el trabajo, una solidaridad sin fronteras, porque está basada en la naturaleza del trabajo humano, es decir, sobre la prioridad de la persona humana por encima de las cosas.

"Tal solidaridad, abierta, dinámica, universal por naturaleza, nunca será negativa, una *solidaridad contra*, sino positiva y constructiva, una *solidaridad para*: para el trabajo, para la justicia, para la paz, para el bienestar y para la verdad de la vida social".

D) CARTA DEL VATICANO AL PRIMER CONGRESO DE LA ACDE CELEBRADO EN BUENOS AIRES Y MENCIONADO EN EL CAPITULO IX

"Señor Presidente:

"El Augusto Pontífice ha tenido noticia de que esa Asociación Católica de Dirigentes de Empresa va a celebrar en la Capital Federal su primer Congreso para estudiar el tema de la promoción del trabajador dentro de la empresa, bajo tres aspectos: económico, profesional y social.

"Vivamente complacido de que quieran tener esta asamblea animados del mejor espíritu, para conocer e implantar las normas de la doctrina de la Iglesia en esta materia, Su Santidad ha accedido benévolamente a los deseos que han manifestado y les envía gustoso unas palabras de aliento y bendición para que el éxito corone la labor que van a realizar.

"La empresa es, hoy por hoy, el sistema de producción casi ordinario de la vida moderna.

En la empresa, los factores capital y trabajo tienen sus relaciones bajo dos aspectos: la organización económica de la misma y el proceso laboral. Es, por consiguiente, de suma importancia que dichas relaciones se desenvuelvan de manera normal y con mutua inteligencia, para evitar trastornos en el campo de la producción y de la paz social.

"Hablando de estas relaciones, ha dicho el Santo Padre que 'en el dominio económico hay una comunidad de actividades y de intereses entre jefes de empresas y obreros', pues *empresarios y obreros no son antagonistas inconciliables; son cooperadores en una obra común*⁴.

Hay en esto un principio claro y fundamental que debe regular cuanto se refiere a la empresa.

"Si la cooperación entre empresarios y obreros en esta obra común ha de tener un valor eficaz, se ha de tender a una justa promoción o elevación de los trabajadores para obtener de ellos un efectivo concurso a los fines de la empresa.

Un primer aspecto de esto es la promoción económica. El salario del trabajador debe ser un salario justo, y *justicia es que los salarios de los obreros basten para sustentar tanto a ellos como a sus familias*⁵. Pero supuesto este salario, que ha de ser igual para todos los trabajadores, la empresa puede estimular al obrero con salarios suplementarios, bien por la mayor competencia o capacidad del mismo, bien por su iniciativa o rendimiento.

Por otra parte, es justo también que los trabajadores participen algo de los beneficios de la empresa, lo que es muy conforme a la naturaleza de la misma por ser una comunidad de actividades y de intereses, y que produciría una aproximación de empresarios y obreros, no sólo económica, sino grandemente humana.

"El problema de la producción está íntimamente unido al de la *capacitación* profesional del trabajador, pues a una mayor técnica en el obrero, corresponde lógicamente un aumento de productos y de perfeccionamiento de los mismos.

Este nuevo rendimiento del trabajador comprende dos aspectos: técnico y moral. La técnica exige del obrero una preparación progresiva que le haga apto para el manejo de nuevas maquinarias, y la responsabilidad de su trabajo en la empresa requiere de él un empeño serio y racional en el mejoramiento de la labor para estar a la altura de las circunstancias; por eso al obrero hay que darle *una instrucción profesional adecuada, que le haga consciente de la específica contribución que aporta el bien producido*⁶.

"Estas relaciones entre empresarios y obreros, a causa de falsas teorías, se han visto turbadas a veces con grave daño para ambas partes.

Por esto han sido muchos los proyectos sobre la reforma de la empresa; pero los más han olvidado que el remedio ideal sería hacer que la empresa estuviera penetrada "por sentimientos humanos en la más amplia y más alta acepción de la palabra. Es necesario que este *sentido humano penetre como la gota de aceite en el engranaje, por todos los miembros, por los órganos todos de la empresa*⁷.

La falta de este sentido en las relaciones dentro de la empresa ha producido la gran desgracia social de 'que *no es profundamente cristiano ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico*⁸'.

"¿Y cuál ha sido la causa de ello? El trabajo, por decirlo así, *ha perdido el alma; es decir, el sentido personal y social de la vida humana, y los hombres al fin de cuentas han venido a ser ruedas del grande automatismo en que se ha convertido la vida humana en el mundo del trabajo. El hombre, sin embargo, por su dignidad personal, está por encima de los valores técnicos y hay que evitar su despersonalización para que las formas fundamentales del orden social puedan crear y desarrollar las relaciones humanas*⁹.

⁴ s.s. Pío XII.

⁵ Carta de la Secretaria de Estado a la XXV Semana Social de Italia -19-1X-52.

⁶ s.s. Pío XII. Discurso a la U.C.E.D. 31-1-951

⁷ Lugar citado

⁸ S.S. Pío XII. Discurso al Primer Congreso Internacional para los problemas de la vida rural 2-VIII-951.

⁹ S.S. Pío XII. Radio Mensaje de Navidad 1952.

"Si a este concepto de la dignidad de la persona humana del trabajador se unen sentimientos de fraternidad cristiana propios de su condición de hijo de Dios, se encuentra la fórmula completa y el camino seguro para establecer, dentro de la empresa y en todo el mundo económico, un eficaz y sólido orden.

"Su Santidad no puede menos que animar a cuantos forman esa Asociación, a trabajar con criterio y entusiasmo para que la doctrina social católica penetre cada vez más en la vida de las empresas, y así pueda ir extendiendo en esa amada Nación la práctica progresiva del espíritu cristiano en todo el orden social, como único remedio para llevar a las masas obreras el mensaje de Jesucristo, la paz y la verdadera prosperidad.

Para que en esta labor cuenten con los auxilios del Altísimo, el Padre Santo les imparte de corazón la Bendición Apostólica.

"Con el testimonio de mi distinguida consideración, quedo de usted seguro servidor".

ANGELO DELL' ACQUA

Substituto

E) PRIMERAS FIGURAS Y ESCUELAS DEL CATOLICISMO SOCIAL

En el primer Congreso de ACDE, al cual nos hemos referido en el capítulo IX, Enrique Shaw presentó un informe mencionado en este libro. En ese informe él habló de las primeras figuras y escuelas del catolicismo social, por lo cual, a nuestra vez, explicitaremos a continuación su historia.

Entre los católicos, cardenales, obispos, sacerdotes y laicos que, advirtiendo el sufrimiento de la masa obrera buscaron protegerla durante el siglo pasado mediante la elaboración y práctica de una doctrina social-católica, figuraron:

En Francia: De Coux, Villeneuve Bargemont, Lacordaire, Montalembert, Ozanam, Melun, Harmel, de Mun, Le Play, de la Tour du Pin, Tourville y Freppel; en Alemania y Austria: Ketteler, Vogelsang, Kolpin, Dasbach, Hitze, Kuefstein y Lueger; en Inglaterra: el cardenal Manning; en Estados Unidos de Norteamérica: el cardenal Gibbons; en Bélgica: el cardenal Mercier; en Suiza: monseñor Mermillod y Gaspar Decurtins; y en Italia: Taparelli, Liberatore, Ventura y Toniolo.

El hecho de que entre estos precursores del movimiento del catolicismo social en esa época se destacaran tres cardenales: Enrique Eduardo Manning, Gaspar Mermillod y Jaime Gibbons, dio mayor fuerza a ese novel movimiento, y aseguró el carácter de su ortodoxia católica.

Enrique Eduardo Manning (1808-1892), nacido y formado dentro del anglicanismo, se convirtió al catolicismo como consecuencia de sus estudios serenos y profundos que lo llevaron desde el estado eclesiástico inglés al sacerdocio católico.

Nombrado primeramente arzobispo de Westminster (1865), recibió diez años más tarde el capelo cardenalicio (1875). El exaltó el trabajo como fuente de toda riqueza y toda prosperidad.

En la célebre huelga que estalló en el otoño de 1889 en los *docks* de Londres, se vio al cardenal Manning intervenir personalmente, con admiración general, en defensa de los obreros, y conseguir mejorarles su condición, con lo cual evitó a Inglaterra una espantosa crisis industrial de consecuencias incalculables.

El cardenal Caspar Mermillod (1824-1892) fue obispo de Lausana y Ginebra. Le tocó desarrollar su episcopado en un ambiente completamente hostil. Aumentaba entonces la división de clases y se promovían entre ellas luchas ardorosas.

Para superarlas, Mermillod demostró la necesidad de proceder a la creación de organizaciones obreras, *pero con la condición de que éstas no maten la libertad individual*. Formuló a este respecto serias advertencias.

Por esa causa debió afrontar un sinnúmero de contradicciones. El mismo recordará, más tarde (en el Congreso de Lieja en 1886), que había sido inculcado de socialista. Y hasta tuvo que soportar el exilio. En el discurso que pronunció en París a invitación de un grupo de católicos, señaló que bajo la prosperidad económica de Francia durante el Segundo Imperio, se incubaba una profunda y peligrosa revolución social en el subsuelo del país francés. Mermillod incitó, por ello, a los católicos parisienses a prepararse para una futura resistencia y lucha. A ese efecto les proponía, como único medio de salvación, el desarrollo del catolicismo social.

Bajo su dirección Mermillod constituyó en Friburgo una organización internacional de católicos sociales que actuaron desde 1884 hasta 1891. El año anterior (1890) León XIII había elevado a Mermillod a la púrpura cardenalicia.

En febrero de 1892 murió en Roma, un mes después que el cardenal Manning había fallecido el 13 de enero. Los dos habían cumplido una gran obra apostólica, y después de ellos sólo la más insigne mala fe anticlerical podría sostener ante los obreros que la Iglesia Católica se había mostrado hostil a sus reivindicaciones.

El cardenal Jaime Gibbons (1834-1921) siguió la misma senda del catolicismo social emprendida por Manning y Mermillod. Ordenado sacerdote en 1861 y promovido al arzobispado de Baltimore en 1877, Gibbons se afanó en su patria, Estados Unidos de Norteamérica, para que se aboliera la esclavitud, y apoyó las reivindicaciones obreras sobre la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas diarias, sobre el amparo a los despidos sin causa y al establecimiento de un plazo prudencial para las cesantías.

La obra realizada por estos cardenales que acabamos de nombrar, tuvo, en realidad, un ejemplo a seguir en lo efectuado y enseñado por otro obispo que no llegó a recibir el capelo cardenalicio, pero que tuvo el mérito de ser el verdadero precursor del moderno catolicismo social: el obispo de Maguncia, monseñor Guillermo Manuel Ketteler (1811- 1877).

El fue quien, desde el año 1848, bregando para realizar la implantación del catolicismo social, dedicó a ello la mayor parte de su apostolado. En 1864, en un libro titulado *La cuestión obrera y el cristianismo*, publicó la síntesis de todos sus trabajos y discursos referentes a lo que debía constituir la doctrina social de la Iglesia.

Decía monseñor Ketteler: *Así como el arquitecto puede hablar de una iglesia por él construida, de la misma manera el cristianismo puede hablar de los intereses de la clase obrera, pues ésta, desheredada de todo durante la época del paganismo, debe toda la consideración, que hoy alcanza, a Cristo, obrero él también durante su vida en la Tierra.*

Al morir Ketteler en 1877 dejaba echadas las bases de cuanto realizarían y explicarían durante el siglo pasado los cardenales mencionados, como así también los sacerdotes Liberatore, Lacordaire, Kolping, Dasbach, Vicent, Tourville y Kitze, y los laicos Ozanam, Kuefstein, Harmel, de la Tour du Pin, Lueger, de Mun, Tonilo y Decurtins, para no citar sino los principales propulsores del Catolicismo social antes de publicada la encíclica *Rerum Novarum*.

ESCUELAS DEL CATOLICISMO SOCIAL

Durante el siglo XIX tres Escuelas católicas principales trabajaron para elaborar una doctrina social-cristiana, que luego se denominaría *doctrina social de la Iglesia*.

Esas tres escuelas fueron la de Angers, la de Lieja y la de la Democracia Cristiana. La de Angers, así llamada por la ciudad de ese nombre, ciudad en la cual se

encontraron sus más importantes expositores, tuvo por divisa el lema *justicia, Caridad, Libertad* y sostuvo que el remedio a la cuestión social planteada tan ardientemente en el siglo XIX, sólo podía ser dado por la Iglesia Católica aliada al principio fecundo de la libertad del trabajo y de la asociación libre y voluntaria de los trabajadores.

Esta Escuela fue también llamada de *católicos liberales* porque sus integrantes eran acérrimos partidarios de las libertades individuales, y restringían a un mínimo la intervención del Estado en materia social y económica. *La libertad nos basta* -afirmaba monseñor Freppel-.

Este obispo francés de la Escuela de Angers, consideraba que el Estado debía intervenir en el campo social-económico en sólo dos ocasiones: para proteger los derechos individuales y para reprimir los abusos manifiestamente contrarios a la ley divina y moral.

La Escuela de Angers fue declinando a medida que prosperaba y alcanzaba su desarrollo la Escuela de Lieja, que recibió su nombre de la ciudad belga de ese nombre en donde se reunían sus integrantes. Esta Escuela fue también llamada *de los reformadores católicos*.

Para resolver la cuestión obrera proponían las siguientes medidas:

- a) difusión y arraigo en la vida práctica de los principios de la moral cristiana;
- b) retorno a la asociación, acomodada a las condiciones de la época actual, y apoyada y fomentada por los poderes públicos (recordemos que en aquella época el Estado prohibía la libertad de las asociaciones obreras en nombre de la libertad del trabajo);
- c) intervención moderada del Estado mediante una sabia reglamentación del trabajo y de la producción en general, del comercio y de las operaciones de cambio; sistema racional de impuestos; reforma de la sucesión hereditaria; conveniente protección del derecho de propiedad;
- d) descentralización administrativa con la autonomía para todos los organismos intermedios entre el individuo y el Estado, y reconocimiento por parte de éste de todos los derechos personales; y
- e) representación por clases en los organismos administrativos y legislativos.

"La Escuela de Lieja formó como el centro de la acción social católica. Su programa podía reducirse en estas pocas palabras del conde de Mun: *Nosotros no queremos para el Poder Público ni la indiferencia y la abdicación de su deber social, ni el despotismo que le permita absorber en sus manos todas las fuerzas de la Nación*". (ver José M. Llovera: Sociología cristiana, L. Gilli Editor, Barcelona, 1954, ps. 341 y 342).

La tercera Escuela social-católica que nació en Europa a fines del siglo pasado, fue llamada *la democracia cristiana*.

Esta Escuela presentó en un comienzo dos aspectos, uno esencial y otro accidental. El aspecto esencial quedó ampliamente explicado por el economista italiano Giuseppe Toniolo, y consistía en aspirar a una organización tal de la sociedad, que en ella todas las fuerzas sociales, económicas y jurídicas cooperasen especialmente en dos fines: 1) en el bien común y 2) en el bien de la clase obrera.

El aspecto accidental o accesorio de esta Escuela se refería a la forma de gobierno y régimen político de la sociedad, a las relaciones jurídicas entre las clases sociales, a la repartición de la riqueza y a la participación de todos los elementos sociales en las funciones gubernativas.

Además de estas tres Escuelas, igualmente contribuyó a preparar el ambiente para la publicación de la *Rerum Novarum*, el movimiento social-católico denominado *la Unión de Friburgo*.

Era ésta un círculo de estudios que se reunía en la ciudad suiza de ese nombre. Allí confluían todas las corrientes y Escuelas del catolicismo social. El cardenal Mermillod fue el alma y propulsor de la Unión de Friburgo.

Tanto las tres Escuelas mencionadas anteriormente como la Unión de Friburgo, habían estudiado en profundidad los temas referentes a la cuestión social que luego León XIII explicitaría en Rerum Novarum. Esa encíclica fue -como dijo monseñor de Andrea- "la Constitución del nuevo ordenamiento del mundo económico, el Código de justicia social, y la Carta Magna del trabajo y de la redención del pueblo".

F) SOCIOS FUNDADORES DE ACDE

Marcelino J. ADURIZ
Enrique ALGORTA
Roque ALVAREZ
Francisco AMORRORTU
Luis P. ARRIGHI
Lucas J. AYARRAGARAY
Dino J. BOCACCI
Max BUNGE
Rafael BUNGE
Juan M. BUSTOS FERNANDEZ
Hernando CAMPOS MENENDEZ
Roberto J. CARDINI
Jorge CASTRO NEVARES
Elbio COELHO CRANWELL
Juan Carlos CORRAL BALLESTEROS
Horacio G. CRESPO
Martín DE ELIZALDE
Carlos E. DIETL
Carlos DIEZ
Ernesto DIEZ MILLARES
Jorge R. DIEZ PEÑA
Ricardo A. DIEZ PEÑA
Jorge M. DITHURBIDE
Roberto G. DOLAN
Jorge A. DURAN
Manuel ESCASANY
Ricardo ESTELLER
Mario FARNESI
Raúl FERNANDEZ AGUIRRE
Heriberto FERRARI
Ramón J. FONT
Horacio E. FRIAS
Alberto GAONA
José María GONZALEZ CHAVES
Víctor JACOBS VAN MERLEN
Raúl J. LANUSSE
Mario F. LUPARIA .
Carlos S. LLORENTE
Saturnino LLORENTE TORROBA
Carlos E. MACKINNON
Manuel MAJO

Alvaro MANFREDI
 Francisco MUÑOZ
 Francisco MURO DE NADAL
 Luis MURO DE NADAL
 Miguel Alfredo NOUGUES
 Jorge J. PEIRE
 Jorge PEREDA
 Carlos PEREZ COMPANC
 Jorge PEREZ COMPANC
 Jorge PEREYRA IRAOLA
 Rafael L. PEREYRA IRAOLA
 Jorge N. SALIMEI
 Juan A. SEITUN
 Basilio SERRANO
 Enrique E. SHAW
 Julio STEVERLYNCK
 Alois STEVERIYNCK
 Jorge M. STEVERLYNCK
 Fernando TORNQUIST
 Jorge TRUCCO AGUINAGA
 José M. VALLARINO
 Juan Ernesto VELÁSQUEZ
 Juan VIDAL ROSELLO
 Federico VIDELA ESCALADA
 Iván VILA ECHAGUE

G) VEINTE AÑOS DESPUES

Fue celebrada una Misa por el alma de Enrique Shaw, veinte años después de su muerte, en la capilla del Colegio La Salle donde había estudiado su bachillerato. Pese a ser un día lluvioso, muchos fueron los asistentes que testimoniaron, así, cómo perduraba el gran amor por él inspirado a sus amigos y parientes.

La homilía estuvo a cargo de monseñor Manuel Moledo, quien, no obstante encontrarse enfermo, no quiso dejar de celebrar esa Misa y de recordar las grandes virtudes cristianas de Enrique, y con qué resignación y amor a Dios aceptó la dolorosa enfermedad y muerte que le tocó sufrir.

"Fue una de las gracias grandes que el Señor me concedió en mis años jóvenes - dijo en su homilía monseñor Moledo- haber vivido a la luz clara y ardiente de la intimidad de Enrique que, a su vez, vivía en la intimidad de Cristo, quien, exaltándolo con Su Amistad venturosa, lo invitaba a compartir estrechamente Su Vida, *en la cual de rico se había hecho pobre por los hombres, a fin de enriquecerlos con su pobreza* (Cf. San Pablo, 2a. Cor. 8 y 9).

"Porque, mis queridos amigos, y amigos aun más queridos de Enrique, el rasgo definitorio de su excepcional personalidad fue: *iseguir, y muy de cerca, a Cristo!* De ello tuve el privilegio de ser testigo.

"Si Cristo no ha pedido a todos sus discípulos que renuncien a sus bienes, ha invitado a seguirle en la empresa evangélica -Su Empresa- de descubrir al pobre y con él compartir su vida, reconociendo y comprendiendo que los bienes a cada uno confiados por la Providencia, constituyen riquezas a administrar como gerentes desinteresados, y que deben ponerlas al servicio de los hijos de Dios -los hombres- de acuerdo con sus necesidades.

"Enrique ciñó su vida, con ánimo decidido y al mismo tiempo con alegre naturalidad, a la luminosa y entusiasta enseñanza de San Pablo: *Todo es vuestro, vosotros sois de*

Cristo y Cristo es de Dios (1a. Cor. 3, 22-23). Fiel a esa vocación evangélica, por él encarnadas en todas las vertientes de su conducta. Enrique consagró su talento y sus recursos, y sobre todo su capacidad de amar, a construir una sociedad, en cuanto de él dependía, que no estuviera dominada por el egoísmo y el lucro, sino preocupada por la distribución, la entrega y el servicio.

"Si viviera hoy, estoy cierto que pondría toda su imaginación y tenacidad en el empeño de arbitrar las formas políticas, jurídicas y sociales adecuadas a un proyecto de vida verdaderamente humano, y trataría de movilizar el valor de todos los responsables para hacerles participar en esta obra, como nunca urgente, de regeneración social, en la cual cada hombre sea amado y ayudado, como lo amaría y ayudaría el mismo Cristo, salvadas las inevitables distancias".

Al finalizar esa Misa en que los asistentes comulgaron con fervor, habló el presidente de ACDE, ingeniero Hernando Campos Menéndez. A continuación reproducimos algunos de los párrafos de su disertación, que fue publicada en la revista "Empresa" con el título: *El alma de un hombre de acción*.

"Desde la perspectiva que nos dan dos décadas, es conveniente recordar las reflexiones y propósitos de ese apóstol moderno y de su obra efectiva, como también de la potencial y germinal que realizó en ACDE. Por el tiempo transcurrido desde que se fue, son muchos los actuales socios de ACDE que no le conocieron, y es, por eso, útil que reflexionemos un poco sobre esta obra y el ejemplo que con ella nos dejó.

"A Enrique lo recordamos lleno de dinamismo cargado con sus responsabilidades como administrador delegado de la Cristalería Rigolleau, presidente de Ulivi Bianchi de Pinamar, director del Banco Shaw, de Cóndor S.A., síndico de Ernesto Tornquist, presidente de la Junta Arquidiocesana de la Acción Católica (también lo había sido de la rama masculina), consejero de la Universidad Católica, miembro de la comisión de salarios y precios de la Unión Industrial Argentina, del Serra Club, de la Editorial Haynes, del Movimiento Familiar Cristiano; haciendo un comentario sobre un caso del curso que siguió en la Universidad de Harvard sobre gerencia avanzada, o sobre un libro de Peter Drucker, o sobre la JOC (Juventud Obrera Católica) de la que era un *jocista honorario*, o hablando de su familia de la que fue esposo y padre ejemplar. :

"Lo vemos con su famosa *libretita*, anotando las ideas que surgían en conversaciones casuales con amigos o con subordinados, o en las abundantes lecturas y en propias reflexiones. Así fue reflejando la riqueza de su vida interior y de su actividad, como si presintiera que sus días serían breves. Las muchas hojas de sus *libretitas* quedan como el testimonio de la historia de un alma: del alma de un hombre de acción, de un empresario cristiano.

"Enrique veía la función empresaria como obra de servicio, de propio perfeccionamiento, de progreso, de constructora de la paz, y un medio de promoción humana, además de servir al legítimo interés particular. *El dirigente de empresa - escribía- debe considerar a cada uno de sus colaboradores como un "posible", a quien debe facilitar su realización, ayudándolo a descubrir lo mejor que hay en él.* Relacionó la *Parábola de los talentos* con el concepto de rendimiento; el perfeccionamiento humano con la productividad; y la Eucaristía con la mayor transformación que podamos imaginar.

"En sus trabajos sobre *La ética del marketing* y sobre la *Misión del dirigente* vemos, como en todos sus escritos y como en toda su vida, reflejado su compromiso vital con el empresario cristiano; vemos la respuesta de su fe, del desafío de su fe en un mundo materialista. No hay en Enrique dicotomía ni distanciamiento entre su vida espiritual y profesional empresaria. Por el contrario, encontramos coherencia, unión.

Su más íntimo deseo lo encontramos en las siguientes palabras escritas en una de sus libretitas: *Señor mío, ayúdame para que pueda, en esta hora materialista, hacer obra material y moral en la que figure tu nombre y el de los más puros ideales, mostrando que son congruentes.*

"Confiemos que ACDE pueda seguir ese camino de hacer realidad, proyectada en el tiempo y en el espacio social, una obra material y moral donde figure el nombre del Señor, y demuestre así que son congruentes.

"Debemos agradecer a Enrique por el mensaje que nos dejó".